

NUMERO 11 / MARZO 1968 / PRECIO $ 45.00

cuadernos de MARCHA

los cronistas

DOMINGO GONZALEZ

EL LICENCIADO PERALTA

CRONICAS DE UN MONTEVIDEO LEJANO

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S.A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Hugo R. Alfaro
Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

SUMARIO

LOS RECUERDOS DE "EL LICENCIADO PERALTA"

NO es habitual el caso de que a los ochenta años de edad un hombre se aplique denodadamente a pergeñar sus recuerdos y aun lo es menos que alcance a publicar nueve volúmenes con ellos. Sin embargo, tal fue el extraño final de la existencia del Dr. Domingo González hasta que, en 1923, la muerte interrumpiera esa labor de una manera que, a esa altura de las cosas, sería difícil llamar abrupta. Así se sucedieron Carnet de un filósofo de antaño *(I - 1917; II - 1918),* Sueño tártaro *(1917),* Bocetos y brochazos *(1918),* Los festines de Plutón *(1920),* Resonancias del pasado *(1920),* Al Indostán y a la China *(1921),* La atalaya de Ulises *(1922) y* Sexteto clásico *(1923). Labor tan considerable no se cumple sin algún acicate muy activo y especial y junto al estímulo de rescatar contornos de un pasado que sin su registro se perderían —es móvil común de toda literatura memorialista— parece haber actuado en el doctor González un vivo orgullo por su ancianidad lúcida y vigorosa. Los descendientes del doctor José María Castellanos, de quien fue estrecho amigo, recuerdan que, al final de su vida, González observaba despectivamente que "hoy cualquier sonso tiene cincuenta años". Desde su cima octogenaria el logro le parecía ínfimo y estaba dispuesto a demostrar que tres décadas más no restaban nada a los alcances ni a las fuerzas del hombre.*

Domingo González, o "El Licenciado Peralta", como gustaba firmarse, había nacido en 1837 y fue hijo de un acaudalado comerciante español que sufrió las dolorosas alternativas de la Guerra Grande y cuya imagen estampó en tela admirable el pincel de Cayetano Gallino. Alumno de la legendaria escuela de Juan Manuel Bonifaz, su infancia y su adolescencia se movieron entre la ciudad y el Cerrito del Sitio, con esos frecuentes trasiegos de un campo al otro que suelen dejar asombrados a los que conciben esos ocho años de división nacional como una guerra formal y continuada. Empleado público más tarde, abogado desde 1861, González ingresó en la magistratura durante la dictadura de Latorre (1879) y alcanzó a integrar la entonces llamada Alta Corte de Justicia, en oportunidad de su creación en 1907.

Ninguno de los libros de recuerdos del doctor González es impecable —acaso el más logrado sea "La Atalaya de Ulises"— y cual más cual menos arrastra graves deficiencias sintácticas y un penoso lastre de divagaciones extremadamente erráticas. Sobre ello, la reiterada intervención de personajes semi-ficticios y semi-reales introduce en cada obra elementos de ambigüedad cuya clave de dilucidación, como es natural, se ha perdido. Sin embargo, el considerable conjunto que esos seis años de labor de pluma representan, merece algo más que el "succés d'estime" que registran las amables cartas de colegas y contemporáneos y que epilogan varios de los libros del "Licenciado". Como no es infrecuente en la literatura memorial, muchas páginas —y son las que en lo que sigue se ha pretendido recoger— se salvan por su cálido valor testimonial y aun por cierta enternecida calidad de evocación: tal excelencia, creo, podrá hallarla, por ejemplo, el lector en el texto en que el anciano escritor

reencuentra en los hontanares del recuerdo al niño deslumbrado —al Arturito protagónico y "alter-ego"— que ve crecer en la orilla portuaria, entre el estrépito de sierras y martillos, uno de aquellos veleros que en tiempos mejores llevaron por ríos y por mares la bandera del sol y de las franjas.

Prolongando una línea literaria que inició Isidoro de María en "Montevideo antiguo" y continuara D. Antonio Pereira en varios volúmenes de memorias, los libros del doctor González se filian todavía en cierto "costumbrismo" romántico que desde su origen español (Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón) había tenido su difundida versión latinoamericana en el peruano Ricardo Palma y sus "Tradiciones". Y si bien es cierto que no hay ajuste cabal al molde y el gusto por la divagación marca otros prestigios y otros modelos; si bien es cierto que falta en el uruguayo el refinado arte del limeño y la relativa inmediatez de la materia memorada descartaba todo distanciamiento legendario, tales ausencias no dejan de compensarse con calidades de simplicidad, de interés más inmediato y nudamente histórico que no son nada despreciables.

También el lector de esta selección del doctor González advertirá actuando como trasfondo de hechos narrados y personajes bocetados, cierta "tonalidad" de la vida y las conductas de aquel lejano Montevideo, de aquella pequeña ciudad marítima de 1840, de 1860, de 1875.

Se trata de un difuso pero penetrante temple social pequeño-burgués y comerciante, aun profundamente español, pacato, murmurador, amistoso, bien humorado. Es el acento de un mundo tan satisfecho como asombrosamente circunscrito, en el que vicios, pasiones, manías, apetitos son de limitado radio y todos conocen a todos y se saben al dedillo pecados y virtudes, bellaquerías y abnegaciones. También un mundo en el que la discordia con las pautas dominantes se expide en multitud de seres pintorescos y estrafalarios cuya silueta el memorialista traza a menudo y que, en su acentuado perfil, son como el ápice individual de aquella sociedad en la que nada resultaba anónimo ni anómico. Parece entonces innecesario decir que la gracia de esa colectividad castiza es todavía la gruesa "sal" española con sus caídas a la chocarrería, aunque las buenas maneras del escritor eludan sus versiones más directas y sólo sobrenade al nivel de lo insinuado.

Pero como "El Licenciado Peralta" evocaba su infancia y juventud a medio siglo de distancia, también sería dable advertir en estas páginas la refracción que las hondas transformaciones de las dos primeras décadas de nuestra centuria uruguaya estaban produciendo en un representante tan típico de la vieja burguesía doctoral. Aquí se encontrará la nostalgia del "buen tiempo viejo" y la antipatía por todo "modernismo". Y el encomio del principio de jerarquía de clase contra el "socialismo" y la igualdad en avance. Y el rigor del magistrado contra todo sentimentalismo ante el crimen y los criminales. Y la afirmación de los valores del trabajo, la austeridad, la continencia que habían hecho la fuerza de nuestra clase media y se erizaban entonces frente a lo que veía como la prédica oficial por el ocio y la promoción desatentada de los juegos de azar. Y aun la desesperanzada apelación a la mesura, a los pausados ritmos del vivir, ya perturbados por un mundo de móviles veloces que aún estaba en su infancia. Las costosas ramblas, satirizadas por toda la opinión conservadora, el Hotel Carrasco, todavía oloroso a mamposterías y barnices, el inminente, efusivo "bataclán" eran las señas horrendas de un universo en vertiginoso trance de perdición. Tales actitudes que configuraron toda una mentalidad y que las páginas del "Licenciado" vierten de modo muy transparente, agregan un valor más a estos textos que bien vale le pena hoy, así sea fragmentados, rescatar de su situación de olvidados y aun de difícilmente hallables.

CARLOS REAL DE AZUA

ENTRE LA DEFENSA Y EL SITIO

LA DEFENSA

Que da cuenta de la organización militar de la plaza sitiada y de otras cosas.

I — LAS TRINCHERAS

A la vez que el grueso del ejército sitiador se instalaba en la falda Sud del Cerrito y sus alrededores, e inmediato al monte existente, y llamado entonces de los Olivos y a la casa-quinta del vasco Chopitea (1), en la plaza sitiada se hacían los trabajos preliminares para la delineación y construcción de trincheras, desde el extremo Norte al Extremo Sud, siguiendo para ello la dirección que actualmente tiene la Avenida Rondeau.

Empezados ya los trabajos y bastante adelantados, para lo cual se trabajó día y noche con inversión de los días festivos, pues las cosas no se ofrecían propicias para **Sábados ingleses** y **Lunes criollos**; se instalaron **cantones** de trecho en trecho de la línea y a la altura de la calle Miguelete; y se construyó un sólido portón de madera reforzado por pernos de hierro. Este portón daba salida a la playa Norte, bañada por las aguas del río, las que, alternando con las bajas mareas ya dejaban a aquélla en seco, como horas después inundaban de nuevo sus orillas.

Además, esto se hizo necesario para precaverse contra cualquier intentona del enemigo y como la continuación de las trincheras que llegaron hasta el referido portón, no podía realizarse sobre el terreno movedizo e inconsistente de la playa sin entrar en erogaciones extraordinarias a las cuales no había con qué hacer frente, se resolvió clavar en una grande extensión de aquélla, millares de estacones de madera dura, que hacían imposible el tránsito, tanto a pie como a caballo.

Por último, en la parte Sud de las trincheras, se colocó otro portón de iguales dimensiones y construcción que el de la parte Norte, y más afuera de la línea de fortificación se construyeron varios reductos o fortines en dirección de la hoy calle de Sierra, con tres piezas de artillería cada uno, quedando así complementado el servicio de defensa y protegida ésta contra toda eventualidad en la lucha sangrienta que iba a iniciarse.

Estas obras produjeron una impresión desastrosa en el ánimo de la población, no obstante hallarse ya advertida por la organización militar que empezaba a toda prisa con porción de planes de tal trascendencia, como se verá más adelante, y que hacían presentir a los menos preocupados, horas de grandes decepciones y de tristes y lamentables acontecimientos.

---

(1) Era este un hombre muy apreciable y apreciado por todos los que le conocían y trataban: jamás daba opinión sobre los puntos que se discutían en su presencia, limitándose a pronunciar con acento vasco y cuando terminado el debate y el silencio se restablecía, estas palabras: con-ver-sa-ción!

II — LAS LEGIONES EXTRANJERAS

Se organizaban también los cuerpos de línea, compuestos de los ciudadanos que voluntariamente se habían presentado al servicio, así como con los enganchados y hombres de color, que en número relativamente crecido, se encontraban en la Capital.

Como estos últimos, casi en su totalidad, eran esclavos procedentes de África, sus amos, que los habían adquirido a título de compra, destinándolos a trabajos domésticos y agrícolas, fuesen hombres o mujeres, desde los primeros momentos se vieron privados de sus servicios por la acción de las levas, que los tomaban en las calles, sin distinción de sexo ni edad.

Más tarde, apercibida la policía de que los patrones o amos los retenían en sus casas con prohibición de salir a la calle, los requerían en aquéllas con apremio y por último, mediante la ley sobre abolición de la esclavitud. Y si bien se declararon libres aquellos infelices redimiéndolos a la tutela y dominio de sus amos, a los varones se les destinó desde entonces a jugar los azares de la guerra en la línea de fuego, con muy raras probabilidades de haber mejorado en el cambio.

Las legiones italiana y francesa, una vez organizadas, vinieron a hacer el complemento del plan general en esta parte importante de los medios empleados para la defensa de la plaza. La escasez y dificultades en la vida diaria de la población, por la carestía de los alimentos y falta de recursos ,hizo que las legiones de que me ocupo creciesen en unidades, pues de un núcleo limitado, vino a convertirse por escala gradual en dos batallones bastante numerosos en su personal.

El coronel entonces, don José Garibaldi y don N. Anzani, eran los jefes superiores de la legión italiana y el coronel don N. Tibaut, el de la legión francesa.

Garibaldi, pasado algún tempo, y como jefe superior de la escuadrilla que improvisó la defensa para contrarrestar en lo posible la acción agresiva del almirante Brown, al servicio del general argentino don Juan Manuel de Rosas, servía de principal agente y principal actor en la defensa del puerto de Montevideo y de las aguas a que alcanzaba su jurisdicción. Esta actitud la asumió aquel jefe por el papel que en tal sentido tuvo desde un principio y por las afinidades que existían entre él y los hombres dirigentes de la defensa.

Durante algunos años, Garibaldi vivió con su familia en la calle 25 de Mayo, casa que actualmente, reedificada en parte, lleva el nº 312; Tibaut en la calle Rincón nº 742 y el coronel o mayor Anzani, con la Legión Italiana, en la esquina Sud-oeste, formada por las calles Colonia y Andes, determinando un espacioso barracón que hoy aparece dividido en solares poblados, pero con igual exterioridad en sus muros.

III — UNA CARTA DE GARIBALDI

A tres cuadras de mi casa de la calle Paysandú, hoy números 872 y 874, el batallón de Garibaldi y Anzani, me ofrecía la facilidad de pasar diariamente por el portón de entrada y salida del cuartel y presenciar muchos de sus ejercicios militares y hasta la de familiarizarme tiempo después, y tomar relación con algunos de los jóvenes enrolados en aquel cuerpo, pero de mayor edad que yo, como el joven alférez Pedro Moreti, el soldado distinguido, Antonio Camblón y el pistón de la banda, Luis Sambucetti, quien con su constancia proverbial, puso todo su empeño para crearse una posición, como profesor distinguido en las orquestas de San Felipe y Solís, lo mismo que en la enseñanza de la música, por la cual sintió siempre marcada vocación.

Este apreciable joven era natural de Italia y el Uruguay, su patria adoptiva, a la cual amaba casi como a la suya propia.

Fue allá, cuando niño, víctima de un accidente, que le privó del sentido, con todas las apariencias de haberle producido la muerte, colocándosele en un ataúd para ser conducido al cementerio.

Felizmente, y a tiempo, volvió en sí del letargo en que había caído la víspera, y desde entonces, pudo contar esta peripecia original entre otras muchas de su vida laboriosa y accidentada.

Garibaldi dispensaba a Sambucetti especial estimación, cuando figuraba en la banda del cuerpo de línea, que aquél y Anzani comandaban, estimación, que a pesar de larga ausencia no se había debilitado, como lo prueba la siguiente carta, que original tengo a la vista, escrita por aquel ex-jefe de la defensa de Montevideo.

"Mio caro Sambucetti:

"Ho recebuto il foglio de la musica de y cacciatori del «Alpi». La manderó á Teresita, per che me la facha udire quando torneró di Caprera.

"Salutáteme y buoni amice di Montevideo terra hospidale y amica, do cui mi sovengo sempre con intima satisfacione di piacere.

"G. Garibaldi, Turín 17 abril de 1860."

Aquel hombre tan modesto como apreciable y que tanto se distinguió en la vida social por sus procederes correctos y generosos sentimientos, llegó a ser uno de mis más íntimos y estimados amigos, desde 1865 a 1914, año en que falleció en esta capital, en donde fue bien conocido y estimado.

Los distinguidos profesores Don Francisco, Don Luis y Don Juan José, que han tenido brillante actuación en Montevideo desde hace muchos años, son sus hijos.

En cuanto a los no menos distinguidos profesores, algunos enrolados en aquel cuerpo de línea, señores Garabelli, Pio Giribaldi y Scremini, sus hijos, honran al presente la memoria de sus padres, en la respectiva actuación que les distingue; el primero como abogado y ministro plenipotenciario de nuestro país en Alemania; el segundo como médico y ex ministro de Relaciones Exteriores durante la presidencia del ciudadano doctor don Claudio Williman y el último como médico cirujano, con actuación entre los más distinguidos facultativos del país.

IV — ALREDEDOR DE LA LEGIÓN ITALIANA

He dicho antes, y si no lo he dicho lo diré ahora, que la Legión Italiana se hallaba ubicada en la esquina de las calles Colonia y Andes, esto es, haciendo cruz con el nuevo bazar al Nord-Este sobre estas mismas calles.

Es de advertir, que aquel edificio, no sufrió desde entonces hasta nuestros días modificación alguna de importancia, pues el de hoy es el mismo de antaño con los muros que forman su perímetro, salvo pequeñas modificaciones con la abertura y clausura de varias puertas y ventanas, siendo la principal la supresión del gran portón situado en el ángulo esquinero, y que daba entrada y salida a la tropa.

El batallón salía del expresado cuartel por las mañanas y formando línea en la calle Andes, evolucionaba durante una hora, extendiéndose alguna vez hasta trasponer las casillas de madera que se encontraban de trecho en trecho, desde la mitad de la cuadra hasta la Avenida 18 de Julio.

Después de media hora de ejercicio, ya en la calle Andes y Colonia, según dejo dicho, o en el interior del cuartel, que era bastante amplio, se daba puerta libre a la compañía que estaba franca y el resto del batallón, entraba o pasaba a ocupar las cuadras si el ejercicio de esa mañana, había tenido lugar en el interior del expresado cuartel.

Y esto día a día y todas las semanas se repetía, salvo cuando el cuerpo se encontraba de servicio en la línea durante las 24 horas de ordenanza.

En el local, que ocupa hoy el ángulo Noroeste del Casino, titulado Teatro Artigas; había una fonda en cuya pared o muro del fondo se encontraba estampada una figura representando al entonces coronel Garibaldi, de poncho punzó, pañuelo de seda verde terciado sobre el pecho y los hombros.

Su cabellera y barba rubias y ojos celestes armonizaban con su tez blanca y rosada, a estar a lo que podía traducirse de los detalles del cuadro, que se me ofrecía a la vista y con los cuales, me encontraba familiarizado desde los diez años de edad.

Nunca pude llegar a verificar la exactitud de esos detalles con el original de aquel hombre, destinado a figurar, como figuró en los trascendentales acontecimientos de su país, con especialidad, cuando terminó la influencia protectora de Napoleón III en el Vaticano, pues nunca se me ofreció la oportunidad de ver el original.

La fonda a que me refiero, era muy concurrida por los legionarios italianos y otras personas sin ser ni legionarios ni italianos, pero que tenían la costumbre de frecuentarla diariamente.

Anzani, el segundo jefe de la Legión, era hombre de mediana estatura, delgado, muy blanco y rosado y cuyos cabellos y barba castaña, hacían contraste con la de Garibaldi, a juzgar por el retrato o figura que durante años largos y hasta que aquel soldado se ausentó para Europa, se conservó en el muro de la fonda de la calle Andes y Colonia.

V — LA MURRA

Una de aquellas mañanas en que la legión evolucionaba militarmente, un señor Arreses, que vino recomendado desde España a mi finado padre y que con su protección llegó a dar sus pruebas de suficiencia para ejercer la medicina en Montevideo, se aproximó a mí y en tono de broma me dijo: ¡hola!... ¿tú por aquí, tan temprano, muchacho?...

—Ya lo ve usted, contestéle... estaba entretenido en ver quién ganaba este partido a la murra...

—Mira, Arturito, no pierdas tu tiempo y vámonos que van a dar las diez y ya es llegada la hora de almorzar.

Olvidaba decir que el señor Arreses en virtud de la recomendación de que fue portador desde España, almorzaba, comía y dormía en nuestra casa.

Entre tanto, mientras duró esta corta escena a la puerta de la fonda, se oía la voz de los

que luchaban por el triunfo en la contienda en que estaban empeñados: ¡Quatro... ¡Tre! ¡Cinque!... ¡tre! Y en medio de estos quatro, tre, cinque y tre, se oían ternos, maldiciones y otras flores por el estilo y así continuaron, hasta que una disputa acalorada se inició entre los contricantes en la cual intervinieron varios de los testigos de aquella escena y entre ellos, dos que elevaron la prima de los improperios que se les ocurrieron, produciéndose con tal motivo, un verdadero escándalo.

Uno de estos dos últimos individuos, mal entrazado y de voz atronadora, hizo relucir un cuchillo en su mano derecha con el cual embistió a otro mocetón que se hallaba desarmado y que perdía terreno, mientras que el del cuchillo lo estrechaba y reducía a una situación difícil de salvar.

El señor Arreses, que se había aproximado a los contendientes, cediendo a un sentimiento generoso, en favor de aquel hombre indefenso y comprometido de tal manera, quiso intervenir en la contienda y avanzó hasta el grupo sin lograr su objeto, pues el hombre desarmado acababa de caer al suelo gravemente herido, al mismo tiempo que caía también Arreses debido a un traspiés o pisada en falso.

El herido, fue conducido al hospital, los camorristas y el heridor a la cárcel y el señor Arreses a mi casa, en donde hizo varios días de cama antes de poder salir a la calle, pues se había fracturado el brazo izquierdo a la altura de la muñeca.

. . . .

En este preciso momento se presentó el coronel Anzani que se dirigía urgentemente al cuartel acompañado de un oficial perteneciente al cuerpo que aquél comandaba y con actitud resuelta, desarmó y redujo a prisión al heridor.

Y a la vez que esto ocurría en la puerta de la fonda de la calle Andes y Colonia, en las inmediatas y transversales, se oía la llamada a tropa de la tarde, tocada por los tambores de las legiones italiana y francesa.

Plam-plam-pla,
plam-plam-plam,
plam-plam-plam,
plataplam-plam-plam... hasta perderse gradualmente confundidos con otros más próximos de los demás cuerpos de la guarnición.

¡Qué extraña y melancólica emoción me produce el solo recuerdo de este toque o llamada a una hora fija y al caer de las tardes, cuando resonaba en mis oídos allá en mi tránsito por las calles silenciosas de la querida ciudad sitiada!...

LA ATALAYA DE ULISES

PASAPORTES Y PASES

TODAVÍA LOS BANDOS

Por el cual, con el amago de un proceso, se consigue lo que por el momento representa varios miles de pesos, con un agregado de mil más, a guisa de epílogo y por el cual, en fin, se ve, que los bandos partidistas, uno durante el sitio grande y el otro en éste y después, nada tienen que enrostrarse.

I — LA CONFERENCIA

He dicho al principio del capítulo anterior, que don D. G. había sido llamado al despacho del ministro de la Guerra.

Poco tiempo empleó aquél para llegar a su destino, y atravesar este gran patio, del Fuerte (1), a cuyo alrededor, se encontraban los principales departamentos y oficinas dependientes de la presidencia y de los tres únicos ministerios que actuaban en aquella época, esto es: el de Gobierno y Relaciones Exteriores; el de Guerra y Marina y el de Hacienda.

El de Guerra, estaba ubicado a la derecha de la entrada principal y a la altura de la mitad de la vereda de piedra, que conducía desde aquella entrada a los departamentos de la presidencia y del ministro de Gobierno.

Cuando llegó el señor G., aquél primero no estaba, pero, dadas las tres de la tarde, entró, saludó a las varias personas que lo esperaban en un pequeño departamento e invitó al expresado G. para que pasase a su despacho.

La conferencia con éste fue breve, tan breve, que el diálogo empezó sin preámbulos, porque, tan pronto como traspuso el dintel de la puerta de entrada, el ministro se dirigió a su mesa de trabajo y abriendo un cajón, tomó de él una carta y poniéndola en manos de aquel señor, le dijo: ¿es de usted esta carta?

El interrogado, después de pasar vista por el principio y el final de ella, contestó tranquilamente en sentido afirmativo.

—Pues bien, agregó entonces el ministro, se encuentra usted en igual caso que don Luis Baena.

Al conminado con semejante notificación, casi se le cayeron de las manos las antiparras de

(1) Se daba el nombre de "Fuerte", al edificio que ocupaba el terreno, que hoy abraza la Plaza Zabala y el cual servía al Gobierno de residencia habitual durante sus funciones diarias, hasta que se habilitó a igual objeto, el actual Palacete de la Plaza Independencia.

que se había valido para verificar la autenticidad de la carta; pero al fin se repuso y contestó: no alcanzo lo que tiene que ver esta carta con la que sirvió de cabeza de proceso en la causa que se inició a aquel ciudadano. Yo, en la mía, me resisto a trasladarme al campo sitiador, a pesar de los ruegos de mi familia, porque no puedo abandonar mis intereses, que están en esta plaza, como es de notoriedad y pido que se consulte a un amigo, sobre lo que me toca hacer.

—Está bien, replicó el ministro, pero para hacerlo, pide usted consejo a un jefe enemigo.

—Señor ministro, insistió G., el coronel don José María Reyes, es casi un pariente, en cuya casa vive mi familia, aunque provisoriamente, y a propósito del consejo que indico se le pida, lo mismo se lo pediría siendo un particular, que siendo militar, como lo es. Además, el coronel Reyes, estaba habilitado para opinar con acierto, si yo sería bien recibido en el campo sitiador o si no me expondría a algún vejamen.

El párrafo de la carta con que argüía el ministro, decía: "no puedo ausentarme de Montevideo, sin hacer abandono de mis intereses y temo que abandonados, se apoderen de ellos y entre éstos de las propiedades de mi pertenencia, aparte de que no sé como sería recibido ahí. Sin embargo, pide consejo a Don José M. Reyes y con ello, me resolveré". (Textual).

. . . .

Esta era la cabeza de proceso con que el ministro de la Guerra pretendía juzgar y penar al autor de la carta, no obstante los títulos que éste tenía para contar con la consideración y el aprecio de los prohombres de la defensa, a quienes facilitó fuertes sumas de dinero, hasta ofrecer su fortuna entera para los hospitales, si necesaria fuese, para los gastos que aquella demandase. (1)

Sin embargo, estas razones parecieron calmar el énfasis y rigorismo, real o aparente, con que lo abordó el coronel Pacheco en el primer momento, y después... de un paseo doble en toda la extensión de su despacho, se detuvo bruscamente y mirándole de frente con gesto adusto, le dijo:

—¿Tiene usted paños y bayeta colorada en cantidad suficiente para vestir a dos escuadrones?

—Sí señor —contestó secamente el interrogado, pues desde luego se hizo cargo de la tendencia del ministro y del empleo calculado de su carta.

—¿Y... recados o monturas aparentes, riendas, cojinillos y demás útiles?, agregó.

—Con esto no debe contar el señor ministro, porque nada tengo, pero sí con los paños y bayetas, que están como han estado siempre a disposición del gobierno.

—Está bien y puede usted retirarse.

El padre del doctor X se inclinó, no se hizo repetir el permiso que se le acordaba ,y salió del ministerio con dirección a su casa de la calle Paysandú, en donde tenía un gran depósito de mercaderías despachadas hacía una semana.

Antes de la diez de la mañana del día siguiente, se presentó un comisario con dos carretillas y una orden del ministro de la Guerra y retiró una cantidad de piezas de paño azul y de bayeta colorada, otorgando el recibo correspondiente para pagarse diez años después en bonos cotizables a vil precio.

II — UN PASAPORTE SALADO

El señor G., en previsión de lo que podía ocurrir, pues conocía las desavenencias y celos que existían entre el coronel Pacheco y el general Rivera, a los que atribuyó la hostilidad, mal disimulada, que el primero dejó traslucir siempre en su contra, decidió salir de Montevideo con el consejo y sin el consejo del coronel Reyes, mucho más encontrándose ausente el general Rivera, cuya acción protectora no podía llegar a favorecerle ni guardarle de la mala voluntad de Pacheco. Presintió además, que no era sólo lo ocurrido lo que debía temer, pues tras aquella embestida, habían de venir otras de mayor calibre. Este temor lo indujo a tomar aquella resolución y desde el siguiente día, abordó lo relativo a obtener el correspondiente pasaporte.

Fue servido al pensamiento, pero... se le comunicó por el oficial mayor del ministerio, señor Freire, que atentas a las necesidades del erario y apremios porque actualmente estaba pasando, tendría que abonar mil pesos por el pasaporte que solicitaba. (1)

Y como el señor Freire se apercibiera de la sorpresa y desagrado que esto causara a G., se apresuró a agregar con cierto tono de amabilidad y aire de inteligencia... debo prevenirle, que para el caso de que usted volviese a Montevideo y saliese de nuevo para el campo enemigo, este mismo pasaporte, le serviría hasta para dos viajes más.

—¡Vamos! ¡Muchas gracias!... y el cuitado viajero quedó con el oficial mayor de vol-

---

(1) "Anales de la Defensa de Montevideo", Tomo II parte I, Capítulo XXVI, página 311, año de 1843 a 1844.

(1) De a 80 centésimos cada uno.

ver a las cuatro, a oblar la suma exigida y retirar el pasaporte.

En esos momentos se encontraba, en cuanto a moneda contante y sonante, como se encontraban las arcas del estado y tuvo que recurrir a don Francisco Hocquard, para que le facilitase dos mil quinientos pesos que necesitaba para pagar el pasaporte y cubrir los gastos, que forzosamente tenía que hacer antes de ausentarse, sin tiempo fijo para la vuelta y los que se ocasionasen en el campo sitiador.

El señor Hocquard, a pesar de sus afinidades con el general Pacheco, quedó muy mal impresionado con lo que se hacía con su amigo, después de la actitud que éste había asumido espontáneamente cuando se inició el sitio y de que he tenido ocasión de ocuparme en otro lugar, pero no le tomó de nuevas lo del pasaporte, pues a la respetable señora doña Carolina L. de García, el señor don Andrés Lamas, jefe de la Policía, le obligó a pagar igual suma por un pasaporte a Buenos Aires.

III — LA PARTIDA

Don Aparicio Pernas, sobrino político del señor G. y uno de los empleados superiores de la Contaduría General del Estado, vivía con su tío en una de las casas de la calle Paysandú, y fue el que quedó al frente de todas ellas, como administrador y munido a tal efecto, del correspondientes poder.

La familia del señor G., había salido para el campo sitiador, casi con lo puesto, según suele decirse, pues en su principio se creyó que el sitio duraría pocos días y que las cosas, de grado o por fuerza, concluirían pronto.

Por consiguiente, todo el menaje de la familia estaba allí íntegro, y aún con restos de mercaderías de bastante valor deducidas las que habían entregado al ministro, coronel Pacheco, días antes.

Pernas, debía tener a su tío al corriente de lo que sucediese.

En tal estado las cosas, éste último se embarcó en un lanchón a vela que hacía la travesía dos veces por semana, desde el Muelle Viejo, situado al extremo Norte de la calle Misiones, hasta la Teja o muelle de don Samuel Laffone, el que servía de embarcadero y desembarcadero.

El Capitán de Puerto, o el que hacía las veces, era don Pancho Oribe, coronel graduado, que aún cuando su nombre de pila era el de Francisco, nadie le llamaba sino Don Pancho.

Era hombre entonces de unos cincuenta años, de pocas palabras, adusto de gesto y de maneras que mucho dejaban de desear y que hacían contraste con las muy cultas de sus hermanos don Manuel y don Ignacio.

. . . .

Después de tres cuartos de hora con viento fresco del Sud Este, nuestro viajero y demás personas que se dirigían al muelle de Laffone, en ese viaje, llegaron a destino con toda felicidad siendo las 2 a.m.; pero como el capitán de bahía no se encontraba en su puesto a aquella hora por estar enfermo y no pudiendo bajar ningún pasajero, hallándose aquel ausente, tuvieron que permanecer a bordo del lanchón, sin resguardo alguno y amacándose a merced del viento fresco que soplaba, mareándose dos niños de las pasajeras, incluso una de éstas.

Al fin, allá a las cuatro de la tarde se presentó el coronel Oribe, a caballo en traje particular y seguido de un ordenanza de chiripá punzó, casaca azul, gorra de manga del mismo color y sable a la cintura, ordenando inmediatamente el desembarco de los cuitados pasajeros del lanchón a vela.

IV — EN LA ORILLA OPUESTA

Era formalidad ineludible una vez verificado el desembarco de los pasajeros procedentes de la capital, que éstos comparecieran uno a uno ante el jefe del puerto, a no ser cuando ellos trajeran familia consigo, pues en tal caso, todos los que la componían debían hacerlo juntos y en un solo acto. Además, debían presentar su pasaporte y equipaje, contestar a las preguntas que se le dirigiesen, aunque, no se alcanzaba bien a qué podía conducir esta formalidad, luego que esas preguntas, por lo general, se referían a actos ajenos y de los cuales se desentendían los pasajeros, con más o menos habilidad, para evitar compromisos.

El señor G. iba solo, y solo se presentó a presencia del coronel Oribe, con un pequeño baúl (1), que contenía la ropa de uso indispensable para un mes y una capa de paño, que iba suelta y ligada con una ancha faja a la tapa del expresado baúl.

El viajero saludó atentamente, aunque con cierta ceremonia, y en igual forma lo hizo el coronel Oribe.

Entre ambos, no existía más antecedente de relación o afinidad, que la del saludo, aunque a Oribe le constaba, que G. la tenía y muy buena con sus hermanos don Manuel y don Ignacio, en su calidad de contratista de vestuarios del ejército durante la presidencia del ge-

(1) No había valijas entonces, ni malas.

neral Rivera y de su mismo hermano, hasta que éste renunció el cargo en 1838.

Y tan era así, que el ex presidente, en presencia de su hermano, don Ignacio, y del mismo don Pancho, al despedirse en el muelle de la capital, cuando dimitió, de porción de personas que lo acompañaban, y del señor G., le dijo a éste: hasta más ver... agregando después estas palabras: **lo que siento, es que lo dejo a usted clavado** (textual).

El ex presidente Oribe, se refería a los dos últimos vestuarios y equipos, que su interlocutor había hecho para el personal militar de la capital y de campaña, cuyo importe era de $ 143.000, y que hasta aquel momento no había sido satisfecho por las perturbaciones que se habían producido en la chancelación de las erogaciones más urgentes del estado, a causa de la actitud asumida en campaña por el general Rivera contra el expresado general Oribe.

Pero... veo que estas disgresiones me han apartado del verdadero objeto de mi narración y voy a continuar...

Después del cambio de saludos, el coronel Oribe le preguntó al señor G., si tenía su pasaporte.

—Aquí está, señor coronel — y extendió el pliego hasta que el coronel lo tomó.

—¿Viene usted por mucho tiempo?

—Ese sería mi deseo, pues tengo aquí toda mi familia, pero... tal vez tenga necesidad de volver, porque...

—¿Por qué? —interrumpió bruscamente Oribe.

—Porque, si aquí tengo a mi familia, continuó el interrogado, en Montevideo tengo mis intereses, tal vez amenazados a estas horas.

—Sin embargo, usted ya ha contribuido voluntariamente con fuertes sumas a favor de los sitiados.

—Señor coronel, lo que yo he dado ha sido a favor de los heridos y huérfanos víctimas de los desastres ocurridos en la línea de fuego y cuando todos contábamos con la pronta terminación del sitio, antes que se desarrollaran las pasiones partidistas, los celos y prevenciones contra los que pudieren hacer el bien por el bien mismo, como lo he hecho yo, y que siéndome posible lo mismo lo habría hecho aquí, pues ya he tenido ocasión de manifestar, que mis oficiosidades en los lamentables momentos porque pasa el país, son la expresión sencilla de mis sentimientos humanitarios, y no de intereses políticos, que el señor coronel me atribuye. Ahora, sólo espero la autorización de V.S. para dirigirme al domicilio de mi familia, que me espera impaciente.

—Pero usted tiene afinidades muy cordiales con el pardejón Rivera... (textual).

—Lo que yo tengo y he tenido desde mi primera juventud, es una amistad íntima con don Fructuoso Rivera, más tarde general de la nación, pues como extranjero no me inmiscuyo con lo que se relaciona con los partidos en que parece dividirse hoy día la opinión.

—Con todo, aquí no comulgamos con ruedas de carreta y a los que no están con nosotros...

—Decía usted...

—Se les corta la cabeza... (textual).

Si al padre del doctor X casi se le cayeron las antiparras cuando el ministro de Guerra le dijo que se encontraba en igual situación que don Luis Baena, después de la brusca amenaza del párrafo anterior, poco le faltó para llevarse instintivamente la mano al pescuezo y echar a correr, para tomar de nuevo el lanchón que le había traído y oír de boca del hermano del sitiador las flores con que acababan de regalarle el oído. Sin embargo, después de un breve intervalo, pudo dominar su emoción y en tono de mal disimulada protesta, exclamó:

—¿Puedo marcharme?...

—Puede usted retirarse... —contestó secamente el coronel Oribe.

El señor G. tomó y dobló el pasaporte que el jefe del puerto le había devuelto y guiado por un ordenanza, salió por el fondo de la habitación.

V — EL CARRO-MATO

Un hombre que se encontraba a la salida, le ofreció su carretilla toldada para conducirle al Camino de Reyes, en el que se encontraba alojada provisoriamente su familia, según lo sabe el lector.

El señor G. se apresuró a aceptar el ofrecimiento trepándose en el rústico vehículo, el cual dando botes, trepando y bajando cuestas y moliéndole como le habría molido un viaje sobre el más escabroso camino.

Felizmente, la distancia no era grande y no lo fue tampoco, la contrariedad y el malestar que esto le produjo, ante la idea de abrazar a su familia y poner término a la repetición desagradable de los actos, de que venía siendo víctima sin justificación de ninguna especie.

Desde ese momento no se preocupó de otra cosa que de hacer acto de presencia ante el general Oribe, como era de práctica hacerlo por el número limitado de personas que hacían viajes desde la capital sitiada, al campo sitiador.

Excuso decir, que el viajero durante su cor-

la visita, se guardó bien de hablarle al general de la amable recepción de su hermano, el flamante capitán de puerto.

VI — LA CONFISCACIÓN

Durante dos semanas las cosas marcharon sin novedad en Montevideo, por lo que respecta al señor G., pero una buena mañana, éste recibió una carta de que fue portador don Juan Montes, el lanchonero, que hacía frecuentes viajes de Montevideo a la Teja y viceversa, el cual era buen amigo del señor G. y de su sobrino, don Aparicio Pernas que como recordará el lector, había quedado encargado de las fincas y demás intereses de propiedad de su tío.

Estas propiedades consistían: en la de la calle Paysandú Nº 872, y que habitaba él con su familia; la contigua, en la misma calle, Nº 860; la esquina Noroeste Nº 852, y las cuatro pequeñas casas también contiguas y ubicadas con frente a la calle Andes, y por último, otra casa de familia y casa de inquilinato, sitas en la calle Piedras números 571 y 573.

En la casa principal de la calle Paysandú, habitaba solo con un sirviente de confianza, el señor Aparicio Pernas, que años después ocupó un cargo superior en la Contaduría del Estado.

Además, en esta casa, existían mercaderías consistentes en paños, bayetas y lienzos, importando unos doce mil pesos y además los muebles de uso de la familia, ropa blanca muy fina y en gran cantidad, la loza y vajilla de plata del comedor, etc., etc.

La carta del señor Pernas, ponía en conocimiento de su señor tío, que el día anterior a su fecha, el oficial mayor del Ministerio de la Guerra, señor don Manuel Freire, acompañado del escribano público, don Luis Lebron y de un oficial de policía y cuatro soldados, se presentó intimándole al señor Pernas la entrega de las existencias de las casas a excepción de los muebles de uso, que podía retirarlos dentro de las veinticuatro horas, destinándose las mercaderías a la Comisaría de Guerra; la ropa blanca de uso de la familia, al Hospital de sangre; la vajilla de plata, a la comisión encargada de proveer de moneda circulante, otorgándose recibo de todo esto al señor propietario o a quien hiciera sus veces; agregando por último, el señor Freire, que las propiedades de pertenencia de aquel señor, quedaban a su cargo desde aquel momento, destinándose al albergue de los jefes y legionarios y a sus respectivas familias, una vez desalojadas, y a tal fin se notificaría a los actuales ocupantes para que lo verificasen en un término perentorio que se les señaló.

El señor G., según se le dijo al joven Pernas en aquel acto, estaba reputado como prófugo, sin que se tuviese para nada en consideración lo alegado por su sobrino, de que su tío había pagado mil pesos por el correspondiente pasaporte, limitándose el señor Freire, a decir: que esto podría ser materia de una reclamación, que en todo caso, el interesado debía deducir ante el señor ministro de Guerra.

El señor escribano Lebrón, dio fe de todo lo que pasó a su vista, y con su gran nariz y un cartapacio debajo del brazo, se retiró de la casa interdicta, de donde también se retiraron las mercaderías y objetos enumerados anteriormente.

Excusado es decir, que las casas de la calle Piedras, fueron también comprendidas en la diligencia practicada en la principal de la calle Paysandú y Andes, haciéndose a los inquilinos las respectivas intimaciones de desalojo, para dárseles el mismo destino que se dieron a aquellas días más tarde.

Con tales noticias, fácil es comprender cuáles fueron las gratas impresiones del propietario

LA ATALAYA DE ULISES

ESPERANZAS EN 1845

EL TRATADO DE PAZ

Un paréntesis a los horrores de la guerra frente a los muros de la Nueva Troya, según el novelista Alejandro Dumas.

I — EN CAMINO

He dicho al principio de esta narración, que según opinión general en Montevideo, la invasión al país, de don Manuel Oribe, fue con el propósito de recuperar la posesión del alto cargo de Presidente de la República. Sin embargo, sabemos que esta especie que por el primer momento vino a constituir una esperanza de paz, no tardó en disiparse.

En esta situación pasaron los años 43 y 44 pero al fin, un rayo de nuevas esperanzas surgió llegado el 45 con la negociación de paz que iniciaron los ministros inglés y francés, Ouseley y Deffaudis.

En efecto, un buen día cundió la voz de que los expresados ministros plenipotenciarios de Inglaterra y Francia, habían ofrecido sus buenos oficios a los beligerantes, para llegar a un arreglo que pusiese término a la contienda iniciada dos años antes.

Las gestiones ante el gobierno de Montevideo, habían tenido buena acogida y alentados los señores ministros por tan propicio resultado, decidieron dirigirse al campo sitiador, a fin de entrevistarse con el general Oribe.

La noticia siguió día por día acentuándose en sus detalles con general aplauso y al fin, llegó aquél en que los ministros debían embarcarse en Montevideo para pasar al campo sitiador.

Para esto, el padre de Arturito, que como le consta al lector se encontraba instalado en la casa-quinta del coronel de ingenieros don José M. Reyes, le anunció a su hijo que al siguiente día, que era el designado para la recepción oficial en el cuartel general del Cerrito, debía acompañarle después del almuerzo.

Arturito, muy contento y bien dispuesto con el paseo anunciado y ávido de presenciar la revista de que su señor padre le habló esa mañana, y aun desde la víspera, se levantó el día designado mucho más temprano que de costumbre y allá, a las 10 ½ a.m., partieron padre e hijo por el Camino de Reyes hasta tomar el hoy llamado de Larrañaga.

En este camino, y al enfrentar con el humilde rancho de material que habitaba entonces el honorable e ilustrado sacerdote, que dio nombre hasta hoy a aquel camino y a otras cosas de mayor importancia, se encontró con el señor don Vicente Nubel, primer comisario general del ejército sitiador, y junto con él, continuaron hasta la hoy calle San Martín, doblando a la izquierda y repechando por ella hasta llegar a la altura del Cerrito de la Victoria, pues aquel señor, como Arturito y su padre, se dirigían al cuartel general con igual objeto.

II — EL CAMPAMENTO Y EL MIRADOR DE ORIBE

Pasada media hora se encontraban ya próximos a la antigua casa-quinta del vasco Chopitea y minutos después, en el cuartel general, ubicado entre aquella casa-quinta, el Cerrito y el monte llamado entonces, de los Olivos, en línea al Sud-Este paralela con el pueblo "Restauración".

Ocupaba una extensión importante de Oeste a Este y no menos de Norte a Sur, constituyéndolo centenares de ranchos revocados con barro sus muros y techados de paja. Su aspecto, diseminados en todas direcciones, y perfectamente blanqueados era alegre, con especialidad en la parte más alta y en dirección a la cumbre del Cerrito.

La uniformidad, que podía notarse en el conjunto de los ranchos que formaban el albergue de los cuerpos de línea, se veía interrumpida de trecho en trecho, por otros ranchos de más prolija construcción, pertenecientes a los jefes y oficialidad, como al cuerpo de empleados de distintas reparticiones de la administración pública.

En esta condición se encontraban las instalaciones de este género al servicio del jefe sitiador, al de sus titulados ministros (1) y personal de empleados superiores e inferiores.

A treinta metros de distancia, más o menos, de estas instalaciones, se elevaba el esqueleto de un mirador de pino blanco, de forma cuadrangular y reforzado por numerosos tirantillos, que servían de sólida trabazón y refuerzo a los cuatro robustos postes que formaban los pies o punto de apoyo del polígono. Éste se elevaba a una altura de unos veinticinco metros, aproximadamente, según lo aseguraba el padre de Arturito, aunque a este último le pareciese de doble altura en la plataforma de su parte superior, rodeada de una sólida baranda, hasta la cual llegaba una escalera en forma de espiral, y dos caballetes de distinta altura, para colocar los anteojos y poder usar de ellos con más comodidad.

Desde aquella altura el general Oribe, munido de un anteojo de larga vista que mandó buscar a Río Janeiro y de otro mejor, que le regaló el conocido comerciante don Félix Buxareo, dominaba la ciudad, encerrada dentro de sus muros de piedra.

Un programa de señales le tenían al corriente de muchas de las evoluciones de la plaza, durante el día y la noche, que como es natural, el jefe sitiador necesitaba conocer con anticipación a fin de neutralizar sus consecuencias en cuanto fuese posible.

Varios emisarios remunerados debidamente, se hallaban instalados en las diferentes secciones de la población, y ya por cierta combinación de banderas y de luces, no en colores porque esto sería sospechoso y comprometedor, pero sí en número, en movimiento y combinaciones de esas mismas luces y signos de inteligencia; el jefe sitiador obtenía muchos datos que le eran necesarios.

Conocí yo en Montevideo a un italiano vecino de la calle Andes, sindicado como uno de esos emisarios, al cual se había traído al retortero por la policía, bien que, siempre pudo escapar de su acción. Se llamaba Antonio Camblon y cuando se le dejó tranquilo, recuerdo

---

(1) Téngase presente que el general Oribe, titulándose Presidente de la República, tenía sus ministros.

que llegó a ser inquilino con su familia, del padre de Arturito, ocupando una de las pequeñas casas de la calle de Andes.

Como Ulises, al frente de la antigua Troya, Oribe al frente de la que, el literato Alejandro Dumas, había de calificar un día con el nombre de la "Nueva Troya", desde su torre, no sólo realizaba iguales propósitos que Ulises, explorando en terreno ajeno, sino que exploraba además cuanto ocurría en sus propios dominios.

Los cuarteles, fortines y puntos avanzados de la línea, no escapaban a los largos anteojos del sitiador, y no pasaba una semana, que no tuviese muchas cosas que observar sobre lo que se hacía en su servicio en sus propios dominios, y sobre lo que se dejaba de hacer, también. Si no necesitó Ulises de mirador para llenar su cometido al frente de sus huestes y de la vieja Troya, a que sitiaba contando con alturas naturales del accidentado terreno que pisaba, Oribe, elevó su mirador de esqueleto, que tuvieron ocasión de conocer en 1845, los ministros de Francia e Inglaterra, Ouseley y Deffaudis.

Los encuentros y escaramuzas que tenían lugar entre las fuerzas beligerantes, durante el día, no escapaban tampoco a los anteojos del sitiador, y aún durante la noche, aunque con los relativos inconvenientes de la oscuridad.

El hecho es, que el mirador durante el sitio, prestó verdaderos servicios.

El secretario privado del general Oribe, algunos de sus ministros y el mentado Dañobeitia, de gran figuración en el cuartel general del Cerrito, lo visitaban diariamente, y con especialidad cuando de día o de noche, se notaba mayor actividad en la línea de fuego.

Este mirador, hacía complemento al cuadro singular que ofrecía el cuartel general de Oribe en el año de gracia de 1845.

III — LA CONCURRENCIA

Porción de vehículos de distinto corte y apariencia tirados por caballos y mulas, enjaezados por arreos de suela de cuero fresco y coyundas variadas, iban llegando por intervalos, procedentes de todas direcciones, alineándose por orden en la extensión de dos líneas perpendiculares entre sí, con dirección al Norte y Este del campamento militar.

Las personas, que al llegar se lanzaban al terreno, buscando el contacto con otras para orientarse sobre la mejor situación que podían elegir para presenciar con sus familias el espectáculo, que no iba a tardar en desarrollarse a su vista, miraban a todas partes con notable inquietud, concluyendo por cambiar de sitio o permanecer después de corta vacilación, en el que primeramente habían ocupado.

Gente a caballo y a pie, llegaba también en grandes grupos, que no tardaron en formar un conjunto respetable del populacho de las inmediaciones y jinetes de todo pelaje.

El naciente pueblo Restauración, Pando, Las Piedras y Canelones, sin duda quedaron desalojados ese día por el interés que despertó en todas partes la probabilidad de que la tan ansiada paz se realizase.

En medio de aquel híbrido aglomeramiento de hombres, mujeres, niños, jinetes y vehículos, mucho llamó la atención una quincena de berlinas pintadas de negro, carros de dos ruedas sin capotas, pero munidos de toldos improvisados, que se habían hecho extensivos a las carretillas de carga, según he tenido ocasión de decirlo anteriormente.

La animación y alegría estaba retratada en todos los rostros; la esperanza daba mayor expresión a las miradas que se cruzaban como en busca de un signo de conformidad y asentimiento a aquellas tiernas y generosas expansiones. No sólo eran escasos en el campo sitiador, los vehículos aparentes para el transporte de personas, aun tratándose de las más acomodadas, sino que también lo eran de la capital.

Momentos después, y a la distancia, ya se dejaban oír toques de clarín y redobles de tambores, anunciando la aproximación de tropas militares que debían llegar a la falda Sud del Cerrito y formar en batalla a inmediaciones del campamento.

Estos toques, tan peculiares de la lucha como de la victoria, parecían aproximarse produciendo en aquella inmensa y variada concurrencia una grata emoción que se traducía en todos los semblantes, como acabo de decirlo.

Los que no corrían de un lado a otro, volaban por la sola necesidad de moverse, obedeciendo a los nervios más que a un propósito determinado.

La animación y excitación nerviosa, pues, iba en aumento gradual, al son de la aproximación simpática de los tambores y clarines como seguro presagio de la paz soñada y el oleaje de todos aquellos grupos dominados por la curiosidad y la variedad del espectáculo, que iba a ofrecerse a sus ojos con motivo tan halagador, constituía el fondo relieve más marcado e interesante del cuadro.

Arturito era muy niño entonces, pero, aunque sin darse completa explicación de lo que veía, no dejaba de ofrecerle novedad e interés aquella animación, y aquella inquietud, que

veía observar en todas las personas que le rodeaban.

Era un espectáculo nuevo para él que no podía apreciar en toda su importancia, porque veía presentir mucho de lo que aquel podía encerrar.

Los recuerdos y referencias posteriores de su padre en el curso de los años subsiguientes y la tradición fueron gradualmente iniciándole en la significación de cuanto Arturito vio ese día, rompiendo para ello la densa niebla que dificultaba la visión de aquel cuadro inolvidable.

IV — LA REVISTA

El señor Nubel y sus acompañantes entraron al fin a la comisaría general, y permanecieron en grata conversación con otras personas que allí se encontraban, mientras que Arturito se estacionó en la puerta de salida, atraído por el toque de tambores y trompetas que en ese momento, precisamente, se hacía sentir a la distancia y por puntos distintos.

Eran las tropas de línea y guardias nacionales, que se aproximaban, lo que, por otra parte, no le extrañó, pues sabía por referencia reciente del señor Nubel que aquella tarde el ejército debía revistar, cuando menos, con tres mil quinientos hombres de las tres armas, en honor a los ministros inglés y francés, que con su respectivo séquito, debían de llegar a las dos de la tarde, más o menos.

El primer cuerpo de línea que se ofreció a la ávida mirada de Arturito, fue el que comandaba el coronel argentino, don J. Ramiro. Constaba de quinientas y tantas plazas de infantería, y no había acabado de alinearse al frente de la plazuela que ocupaban las oficinas de inmediata dependencia del general Oribe, cuando se presentaron dos cuerpos más, el compuesto de negros africanos y criollos en número de ochocientos bajo las órdenes del distinguido coronel, don Francisco Lasala, padre de mis amigos Ángela Lasala de Areta y Martín Lasala.

Momentos después, fueron llegando el coronel Montoro a la cabeza de su escuadrón de Caballería; el coronel Rincón, argentino, y jefe de otro batallón de infantería de línea, un nuevo escuadrón de caballería, cuyo jefe, no sé con certeza, si era el coronel Fonticelli, o Montero, y por último llegó el batallón de GG.NN. a las órdenes de un coronel Sienra cuyo nombre tampoco recuerdo, y el de Vascos a las órdenes del coronel don Ramón Artagaveytia. Revistó del mismo modo un piquete de artillería ligera y un grupo de la policía seccional que se ocupaba en mantener libres y despejados los alrededores de la formación.

El general de división don Antonio Díaz, mandaba la revista acompañado de sus ayudantes y ordenanzas como procede en tales casos.

Los cuerpos de línea y el de GG.NN., se alineaban conforme iban llegando desde las inmediaciones de la casa de Chopitea, a que me he referido antes, para formar un ángulo recto al llegar al pie de la residencia habitual del general Oribe y prolongarse en una extensión de trescientos metros.

Con excepción del cuerpo de GG.NN. que vestía de camiseta y gorra celeste y pantalón blanco, los demás ofrecían un aspecto novedoso para las costumbres de aquella época en el ejército de la capital, aunque no en el de campaña.

En efecto, vestían calzoncillo blanco con flecos, chiripá punzó a la porteña (1); casaca azul con correa de suela blanca y gorra de manga del mismo color azul con una borla sujeta al brazo izquierdo, por un broche de metal.

Las dos únicas líneas que formaban las tropas, según la posición ocupada, desde el primer momento, y las sinuosidades del terreno ofrecían a la vista y a la distancia, el efecto de una faja multicolor tendida en aquellas dos direcciones sobre una alfombra verde y con la cual reverberaban los rayos del sol.

Las gorras de mangas punzoes, las casacas azules y las correas blancas, que cruzaban el pecho de cada uno de los soldados, los chiripaes, las cañas y flecos blancos de los calzoncillos, casi a flor del tosco zapato, venían a ser complemento del cuadro en la línea de batalla por las tropas en formación.

V — LA RECEPCIÓN

Entre tanto, la concurrencia iba en aumento: como ya he dicho, gente de a pie y de a caballo llegaba de los alrededores y principalmente de los pueblos inmediatos, hasta de Canelones, por la novedad e importancia del asunto que motivaba tan trascendental acontecimiento.

Se veían cruzar por las callejuelas o senderos del cuartel general, a porción de empleados superiores e inferiores, en actitud de proveer a medidas urgentes, y propias del momento, entre ellos, a uno de los secretarios privados del gene-

---

(1) El chiripá a la porteña consiste en un cuadro de tela de un metro con veinte cuadrado, que se coloca entre las piernas y se sujeta a la cintura con una faja de tela o de cuero, y en cuanto a la gorra de manga, ésta se componía de dos triángulos de paño unidos por sus lados laterales, de manera, que los otros dos lados unidos también, viniesen a dar cabida a la cabeza del que debiera usarlos.

ral Oribe, llamado Dañobeitia, que ya he nombrado antes, una especie de Carralón de la Rua, amanuense del general Santos y un don Ángel Brian, que prestó sus servicios en época menos remota al mismo Santos y al doctor don Julio Herrera y Obes, durante su presidencia. Le hicieron ver también al coronel don Salvador García, militar ilustrado, que años después, terminada la guerra desempeñó el cargo de fiscal y el coronel Golfarini, padre de mi querido compatriota y amigo doctor Ángel Golfarini, hoy general de la nación.

Allí estaban también los doctores don Francisco Solano de Antuña, don Joaquín Requena y don Jaime Estrázulas; los señores Calixto Quincoces, Felipe Maturana, don Norberto Larravide, don Rafael y don Manuel Anavitarte, don Juan Susviela, don Luis Lerena, don Atanasio Lapido y tantas otras personas de las cuales conservo recuerdo.

En dos de los cuerpos de línea se oyeron tocar algunas piezas por las bandas respectivas, que en nada se parecían a las actuales como debe suponerse, y en los otros algunos toques de clarín y redobles de tambores, que vinieron a dar relativo interés y explicable animación a aquel cuadro precursor de la deseada aparición de los simpáticos emisarios de la paz.

Entonces no teníamos telégrafos ni automóviles ni teléfonos para trasmitir las noticias con la rapidez deseada, pero teníamos un medio supletorio, es decir, los chasques, con buenos caballos, para acortar las distancias y anticipar en algo aquellas noticias, y bastante tiempo tuvimos que esperar los de mi generación para gozar de las ventajas a medias, que nos ofrecen hoy los telégrafos, teléfonos y automóviles.

. . . .

En estas alternativas y espera pasaron dos horas para concluir las impaciencias explicables de aquel día, con la llegada de un chasque anunciando, que antes de media hora, estaría allí la comisión encargada por el general Oribe, para recibir, cumplimentar y conducir a su presencia a los distinguidos representantes de Inglaterra y Francia, pues ya habían desembarcado y se dirigían a este lugar.

En el acto, aquel militar, sus secretarios y funcionarios que lo acompañaban, se pusieron en movimiento y en disposición de recibir a aquellos diplomáticos, con los honores que correspondían a su alta categoría.

Momentos después de dar las dos de la tarde, redobles de tambores, toques de clarín y voces de mando, se dejaron oír en las dos extensas filas de los cuerpos de línea, que en ese instante presentaban las armas al grupo que ofrecían los diplomáticos y sus acompañantes que venían en dirección al que le esperaba con el general Oribe a la cabeza.

Las bandas de música de los cuerpos, que las tenían, tocaban a un tiempo y los vivas y clamoreo de la numerosa concurrencia, daba grande solemnidad y realce a aquel acto, en que se cifraban tantos anhelos y esperanzas.

Las tropas continuaban en formación, pero en descanso y guardando silencio completo los tambores y trompetas. Lo mismo la concurrencia que al cruzar los senderos del cuartel general y rodear sus orillas, esperaba impaciente y silenciosa el resultado del tratado de paz.

VI — LLEGADA DE LOS PACIFICADORES

Inmediatamente de incorporarse los grupos y hacerse las presentaciones recíprocas de orden, la conferencia dio principio en el departamento del general Oribe, arreglado al efecto, en las mejores condiciones que fue posible.

Su larga duración no dejó de fastidiar bastante a Arturito, que ya había empezado a sentir el aburrimiento que siempre producen las cosas más bellas cuando no ofrecen variantes, principalmente, tratándose de chicos de poca edad y de mucha edad también.

En uno de los capítulos de mi obra "Carnet de un filósofo", ya tuve ocasión de describir, aunque a grandes rasgos, la espaciosa habitación que actualmente ocupaba el general Oribe. Era su pieza de trabajo, su despacho, en una palabra, y allí se reunían diariamente sus secretarios, celebrando sus sesiones.

Una gran mesa, con carpeta de paño punzó con sus útiles de escribir; un sofá de caoba tapizado en crin negra; un gran armario de cedro; una mesa más pequeña que aquella a que acabo de referirme, cubierta de papeles; un reloj de pie con esfera de acero; una dotación de sillas de caoba también tapizadas de crin y una alfombra gris de jergón de lana, era todo lo que componía el mueblaje de la habitación del general invasor y fue, precisamente en ella, que fueron recibidos los pacificadores y en la cual tuvo lugar la conferencia anunciada.

Las conjeturas de éste y aquél iban en progreso, las predicciones optimistas de unos y las pesimistas de los más, corrían de un grupo a otro de los muchos en que estaban divididos los cuatro o cinco mil concurrentes que habían invadido el cuartel general del Cerrito y de sus alrededores. Se hicieron apuestas en un sentido y otro, y hasta hubo discusiones acaloradas entre dos ciudadanos conspicuos, afectos a la causa del

general sitiador, llegando hasta perder la discreción y moderación que correspondía guardar.

Entre tanto, nadie, en resumen, sabía lo que pasaba en aquellos momentos y sin embargo, discutían hasta perder la calma, obligados más por la obcecación o amor propio comprometido, que respondiendo a un convencimiento íntimo, que no existía.

Al fin, la aparición del señor Dañobeitia en una de las puertas del departamento que ocupaba la comitiva que acompañó a los ministros extranjeros y a la espera, como los que se encontraban en el exterior, del resultado de la conferencia, no tuvo inconveniente en decir al primero que lo interrogó, que la expresada conferencia acababa de terminar en la mayor armonía y buena disposición.

Esta última palabra, que esa tarde corrió de boca en boca, dio lugar a nuevos comentarios y gratos presagios en favor de una solución satisfactoria y desde ese momento, muchas caras risueñas se vieron, con un agregado de apretones de mano y hasta por uno que otro abrazo.

Finalmente, las puertas del frente opuesto, que hacían bis a bis con la torre que tuve ocasión de describir a grandes rasgos en uno de los incisos anteriores de este capítulo, se abrieron con estrépito. Los ministros y parte de su comitiva y el general Oribe con varios personajes de su confianza y distinción, aparecieron con rostros radiantes dirigiéndose a la torre; subieron hasta la plataforma superior, desde donde pasaron una media hora, en gozar del panorama interesante que ofrecían las campiñas pintorescas del campo neutral, el Cerro, la ciudad sitiada y el caudaloso Río de la Plata que baña sus orillas por el Sud y por el Norte.

VII — FRACASO

Todos, más o menos sugestionados por la intensidad y seducción de sus propios deseos, y a pesar de vagos recelos, empezaron a acariciarse con las auras de una paz tan deseada.

El que más y el que menos, se inclinaba a aquella que le ofrecía mayor satisfacción y simpatía, y bajo la grata impresión de esta idea, una gran parte de la concurrencia empezó a retirarse en distintas direcciones, mientras que los ministros y el general Oribe, descendían de la torre en actitud de la mayor cordialidad, para tomar en seguida los carruajes que debían conducir a los primeros y comitiva al Muelle de Ellone, siendo a la sazón las seis de la tarde.

Los redobles de tambores, toques de clarín de los cuerpos de caballería, música de varios cuerpos de infantería y aplausos de la concurrencia, se dejaron oír de nuevo y en medio de estas manifestaciones, los carruajes desfilaron, hasta descender por el camino que trajeron, para tomar por el de Larrañaga.

Entre tanto, en medio de los grupos restantes de la numerosa concurrencia empezaron a circular varias especies, que a pesar de las primeras y buenas impresiones, no dejaron de producir ciertas dudas mortificantes.

Se decía, por ejemplo: que el general Oribe, consultaría su resolución sobre las bases de Paz y las comunicaría al día siguiente, antes que los señores ministros se retiraran de Montevideo. Otros decían, que el general estaba conforme con todas ellas, pero que tenía necesidad de consultar a su aliado, general don Juan M. de Rosas, y otros agregaban que las negociaciones podían considerarse fracasadas por una condición sine qua non, que pondría seguramente el expresado general, y a la cual, no podría suscribir el Gobierno de la Defensa, sin jugar un papel humillante.

La tarde aquella pues, sobre todo para el resto de la concurrencia que permaneció hasta las últimas horas en el cuartel general, fue de una verdadera decepción, y fue el que primero dio con la realidad de las cosas, pues días después, sólo los ilusos y soñadores podían esperar la oliva de la paz en vez de la bala rasa y los tiros de cañón.

En efecto, el general Rosas, con quien se consultaron las bases del tratado de paz, pasada una semana contestó que "Motivos de alta política, en la cual estaba comprometida la suerte y porvenir de la Argentina y demás Repúblicas del Continente Sudamericano, se oponían a su sanción".

Y rindiéndole homenaje y obediencia a tan ruda y deprimente sentencia, la paz fracasó, la guerra siguió su marcha destructora, por la voluntad y miras egoístas de un solo hombre!... ¡de un extraño!... ¡y la complacencia de uno que no lo era!

VIII — AL REGRESAR

El padre de Arturito y éste, regresaron del cuartel general, por el mismo camino que llegaron, hasta tomar el de Larrañaga, y en compañía del señor Nubel.

A la altura del hoy pueblo de Atahualpa, en donde por la mañana se encontraron con este señor, pues allí vivía, se despidieron, siguiendo solos hasta la casa quinta de la familia Jackson.

En su lugar existía entonces un rancho de material, sin revocar, y techado de paja, y a

veinte pasos de distancia, un horno también de material y revocado de barro.

Un individuo, casi andrajoso, se encontraba a su puerta y se ocupaba de sacar de su interior, bizcochos, tortas, u otras masas, que trascendían agradablemente y que, una morena de delantal blanco, recibía en un plato, presentándolo después a un sacerdote, a juzgar por el vestuario, el cual los llevaba a su boca saboreándolos después con marcada fruición.

—Arturito, ¿conoces a ese respetable sacerdote? —preguntóle su padre.

—No lo conozco — contestó el niño.

—Pues bien, ese sacerdote, es el doctor don Dámaso Larrañaga, vicario apostólico de la república; se encuentra casi ciego y vive en este humilde retiro.

Arturito, después de hombre, cada vez que pasa por aquella localidad, contempla la capilla de orden gótico, elevada por la piadosa familia de Jackson y lo mismo el propio edificio habitado por ella a distancia de doscientos metros más adelante y en dirección al Sud.

Y con razón, porque precisamente sobre los escombros del modesto rancho, que sirvió de humilde morada al venerable e ilustrado sacerdote, es que se eleva aquella mansión veraniega de la piadosa familia.

. . . .

Media hora después, Arturito y su padre, sentados a la mesa en familia, trasmitían las fuertes impresiones recibidas en la original excursión novedosa de aquel bello día de primavera.

LA ATALAYA DE ULISES

LA ESCUELA DE BONIFAZ

¡DÍGALE USTED AL MARQUÉS!...

Por el cual se hace una ligera reseña de cosas que pasaban en Montevideo, durante el Sitio Grande y de otras en Madrid con un viajero novel.

I — LA RECOMENDACIÓN

Desde el 30 de agosto de 1847, día de Santa Rosa de Lima, patrona de América, el joven Arturito, se encontraba en Montevideo, después de varios años de ausencia en el campo sitiador.

Su padre lo traía a la capital, con el objeto de ocuparse seriamente de su educación, pues aquél acababa de cumplir diez años y éste, creía notarle de tiempo atrás, cierta afición al caballito y marcada repulsión para el estudio.

Los establecimientos de educación en el pueblo "Restauración", dejaban mucho que desear, pero aparte de esta circunstancia, se agregaban los inconvenientes de las distancias y los peligros que se ofrecían para un niño en una época de guerra, de malos hábitos y de peores ejemplos.

El niño Arturito, como ya he tenido ocasión de decirlo en el capítulo "La Corina" del primer tomo de mi obra "Carnet de un filósofo", fue colocado en el Colegio Oriental, regenteado por el distinguido caballero y sabio educacionista, don Juan M. Bonifaz, a quien por cierto, no se le hizo en vida, toda la justicia que merecía, sus importantes servicios prestados en sus tareas escolares y en la redacción de sus métodos de enseñanza, en que trabajó con ahinco durante medio siglo.

Estos métodos, diferían en mucho de los usuales entonces, que, según el distinguido pedagogo, no se adaptaban a la tierna penetración de los niños, a quienes ofrecía tanto trabajo comprender el verdadero sentido e inteligencia de lo que se pretendía enseñarles, así como retener las reglas que se les daba para conseguirlo; ellos llamaron desde un principio la atención, por su originalidad, aunque por algún tiempo no merecieron sino la crítica irreflexiva de muchos, que más tarde se vieron obligados a cantar la palinodia.

Dictaba sus reglas en verso, fundándose para ello en que los niños, lo que estudian en tal condición, ya sea en versos asonantes o consonantes, no lo olvidan jamás y en que, tratándose de enumeración de especies de palabras y otras distintas categorías, debiendo para ello forzar la memoria, difícilmente, omitían una sola de ellas cuando eran interrogados.

Así, por ejemplo, a un niño a quien se le preguntaba cuáles eran las palabras que componían la lengua castellana, contestaban en verso y con la mayor seguridad:

"Las palabras que componen
"La lengua española, son:
"La preposición, el nombre,
"El artículo, el pronombre,
"Verbo, participio, adverbio,
"Conjunción e interjección."

Y resultaba, que había dicho todas, pues no hay más, mientras que, enumerándolas en prosa de seguro, le habría costado mucho obtener igual resultado.

Lo mismo ocurría al niño, a quien se preguntaba, cuántas eran las preposiciones propias.

Éste contestaba, con igual seguridad:

"Las preposiciones son:

"Sobre, contra, tras, de, so
"Entre, a, para, en, sin, con, ante
"Según, desde, hacia, hasta, por."

Y por último, si la pregunta se refería a los artículos contestaba con el mismo aplomo:

"Los artículos son:
"El, la, lo, los, las, del, al,
"Del es de él, al á él."

Y así en general.

Sus versos sobre espiritualidad del alma, descripción del cuerpo humano y otros, son admirables por el sistema ingenioso empleado para hacerse comprender de los niños.

"Ente o ser es lo que existe
"Lo material o lo extenso,
"Es lo que con propiedad,
"Deberá llamarse cuerpo.

. . . .

"Se llama espíritu, aquello
"Que vive y no tiene cuerpo,
"Como lo es, aquel gran ser,
"Que ha creado al Universo.
"Como Atalaya que eleva
"Sus miradas hacia el cielo" etc., etc.

II — SUS DISCÍPULOS PREDILECTOS

Poseía varios idiomas, además del castellano, como el griego, guaraní, inglés, francés e italiano, y era fuerte en geografía e historia universal.

Fueron sus discípulos predilectos: José María Cordero, Adolfo Alsina, Manuel Haedo, Alejandro Magariños Cervantes, Mariano Ferreira y otros jóvenes, que tuvieron lucida figuración durante sus estudios y más tarde, en el ejercicio de sus respectivas profesiones y en el desempeño de altos puestos de la administración pública, de la Argentina y del país.

Desentendiéndose muchos, del valor de los trabajos didácticos de Bonifaz ,algunos pretendieron durante su vida y aún después de su muerte, ridiculizarle a propósito de aquella conocida anécdota con la sirvienta de cierta casa, al darle su nombre para que le anunciase; pero con ello no hicieron otra cosa, que denunciar una excentricidad como cualquier otra, que en nada amenguaba el valer del eminente educacionista de aquella remota época.

Descendía de una familia distinguida de España y por su cultura e ilustración, había adquirido una posición honrosa en la sociedad matritense, hasta que el marqués de San Carlos, personaje espectable, le nombró su secretario privado.

Grande consideración y estima mereció a este personaje, a cuyo lado se mantuvo por varios años hasta que, razones de conveniencia le indujeron a emprender viaje al Río de la Plata, fijando su residencia en Montevideo, para poco después fundar el Colegio Oriental en la calle de Cámaras en el mismo sitio que hoy ocupa el edificio designado con los números 1520 y 1522. (1)

III — RECOMENDACIÓN FRACASADA

A propósito del duque o marqués de San Carlos, viene a mi memoria cierta anécdota del distinguido e ilustrado compatriota, doctor Alejandro Magariños Cervantes, con su viaje a Europa, y apenas instalado en Madrid.

Como lo dejo consignado en la sección anterior de este capítulo, entre los discípulos predilectos del profesor Bonifaz, figuraba aquel compatriota, a quien su maestro le dio una carta de presentación para el expresado marqués, de quien Magariños desde ese momento, esperó honra y favor en la capital de España.

Pensó en que, bien podría necesitar de la influencia y protección, sobre todo, no habiendo sido su viaje muy holgado y no habiendo razón para que fuese más holgada su estadía en Madrid.

Nadie sabía mejor que él, los medios de resistencia con que contaba para hacer frente a la situación que se había creado con su viaje, y nada tenía de extraño, que el joven viajero resultase preocupado y se mostrase previsor.

A su vez Bonifaz, soñaba con la excelente recepción, que el marqués iba a acordar a su recomendado y gozaba desde ya con sólo pensarlo.

Confiaba para ello en las condiciones personales de éste, que ya se impondría, luego que cambiase cuatro palabras con el marqués, y desde que el joven salió de Montevideo, hasta que tuvo noticias de su feliz arribo, no le preocupó otra cosa, como he dicho, que la recepción de su discípulo Alejandro, como él le llamaba.

Entre tanto, llegado éste a Madrid e instalado modestamente en la calle de Sevilla, una buena tarde, se vistió con las ropas de cristianar como suele decirse y que a la verdad no eran abundantes, ni muy lucidas.

Sin embargo, después de mirarse al espejo y pagado un tanto de su apostura gallarda, le

(1) En el segundo cuerpo del Cementerio Central, a la izquierda del costado Sud, se eleva un monumento erigido en justo y merecido homenaje al digno educacionista que tantos títulos tenía, en agradecimiento y aprecio de nuestra sociedad.

pareció verse con la actitud de un dandy y con esto creció su confianza en el éxito de su empresa acerca del Marqués.

Tomó después su sombrero de copa y su bastón de puño de marfil y montando en un carricoche de alquiler, se dirigió al palacio del Duque de San Carlos, halagado por convicción tan brillante y seductora.

Llegado al palacio y recibido muy cortésmente por un gentil hombre de traje casi palaciego, calzón corto, media blanca, zapatos con hebillas relumbrantes, chaleco, cuyas extremidades inferiores, le daba al individuo un poco más abajo de la femoral, corbata blanca y esponjosa, casacón de tela adamascada como la del chaleco y para definitivo complemento, peluca blanca con moño goloso a la espalda y un lente de dos cristales colgado del pescuezo.

Para empezar pues, el ayudante, mayordomo o secretario del duque, cuando constituia por sí solo un monumento andante... ¿Qué sería el, duque?

Magariños, ante esta reflexión, tragó saliva por dos veces, pues no estaba hecho a ceremonias palaciegas y su temperamento, se resistía a ellas, pero en fin, para concluir cuanto antes, después de preguntar por el marqués, presentó al esponjoso individuo que lo recibió, la carta de presentación de que era portador... y quedó a la espera.

Un momento después regresó, diciéndole a Magariños que el señor duque se había enterado de la carta del ex secretario y que le señalaba para recibirle, la audiencia de dos días después.

En el primer momento, iba a protestar, contra aquella formalidad del Duque o Marqués de San Carlos, pero... un resto de prudencia que le quedaba, le contuvo, pero con visible desagrado se retiró, hasta el siguiente día a las diez.

El secretario, siempre cumplido, le ofreció asiento y desapareció por una gran portada del centro, que conducía a las antesalas del gran salón del duque. Pasaron diez minutos y Magariños, al fin de ellos, se levantó impaciente y empezó a pasearse por la sala de espera, concluyendo por tomar asiento de nuevo.

Al fin, el secretario apareció, y con la amabilidad de costumbre, pero un tanto contrariado y mirando con inquietud a Magariños, de cuyo temperamento había creído traducir algo, que no era para facilitar, en el caso excepcional en que el duque lo colocaba.

Algo contrariado, se despidió con una reverencia, que para ser la primera de este género, no dejó de dejarlo satisfecho y esperanzado de que una segunda que hiciese le dejaría aún mejor parado que la primera.

Excuso decir, que el día designado por el duque y a la hora precisa, se presentó de nuevo en el palacio.

Introducido por un guardia o ujier a presencia del secretario, éste le ofreció asiento y se dirigió al salón que ocupaba el duque y en el cual, en ese momento, se reía y se discutía a grandes voces, al parecer, por varias personas.

Después de cinco minutos, apareció el secretario, y con suma fineza, anunció a Magariños, que el duque, se había visto obligado a aplazar la entrèvista para el siguiente día, a la misma hora.

—Señor mío, —le dijo— el señor duque se encuentra indispuesto y no puede recibirle... —pero Magariños no le dejó continuar. Se incorporó con violencia; estrujó el sombrero entre sus manos y dando un paso hacia la puerta de salida con la mirada fija en el secretario, exclamó: Dígale usted al duque o marqués de San Carlos, que... y aquí Magariños con palabras gruesas y entonación criolla le indicó al marqués una receta de viaje que desconcertó al expresado secretario, quien dio un paso hacia Magariños exclamando a su vez en tono conminatorio: ¡insolente!... pretendiendo... después... seguir a Magariños ,que a grandes pasos trasponía los umbrales del salón y salía del vestíbulo de entrada.

—¡Lo dicho... dicho! —agregó el recomendado, en voz alta y con actitud tal, que el secretario, a pesar de su primer ímpetu, se contuvo, abandonando la agresiva actitud que había adoptado en el primer momento.

A propósito de esta anécdota, nunca pude saber, si Magariños en su larga permanencia y actuación en Madrid, llegó a conocer personalmente al tal Duque de San Carlos y mucho menos, si este último se aprovechó de la receta de aquél para viajar por regiones ignotas.

LA ATALAYA DE ULISES

LA QUINTA DE LAS ALBAHACAS

AMBIENTE DE LA ÉPOCA

A falta de mejor programa, cuadros y distracciones propias de la situación.

I — LA QUINTA DE LAS ALBAHACAS

¿Quién hay, que no conozca, aunque sea el no de nombre, la llamada "Quinta de las Albahacas", cuyo origen, resulta mucho más remoto, que el del Sitio Grande?

Buenos ratos proporcionó a la población de Montevideo, desde su fundación y muy especial

mente, durante el asedio, ya por la escasez que había de sitios aparentes para dar expansión a los ánimos contristados por los azares y desagradables sucesos de la guerra, como por otras causas originarias de los hábitos y costumbres de aquella sociedad embrionaria.

Esta quinta, situada a inmediaciones de las calles Ejido, Cerro Largo y Miguelete, era teatro, durante las tardes y primeras horas de la noche, con especialidad en verano y otoño, de muchas personas, que con más o menos frecuencia concurrían con sus familias, unas a comer o cenar, otras a refrescar, o tratando de quedar bien con la casa, hacían el pequeño gasto de un chocolate, de un té o de un café.

En aquella época, no tenía Montevideo, los bares, que hoy abundan en sus parques, playas y calles, en donde, sin duda se hace hoy más gasto y **mal gasto también**, del que se hacía entonces.

Allí concurrían, don Juan José Aguiar, don Santiago Sayago y familia, el general San Vicente, don Manuel Flores, hermano del general de este nombre, don Juan Barbosa, don Juan Giard y familia, don Salvador Ximénez, don Adolfo Cabrejo, don Francisco Estévez, don Federico Deville y familia y otros muchos que sería largo de enumerar.

Entre los variados cuadros que formaban las familias acomodadas, es de advertir, que los que no se encontraban en esta situación ventajosa, no se privaban por eso de apechugar a empresas de igual o mayor calibre.

En efecto, no era lo mismo encargar una cena con manjares y vinos elegidos, que una cena modesta, compuesta de dos platos pelados y un postre de guayaba en cajas de madera y vino seco o carlón. Sin embargo, ya he dicho, que se repetían casos de arranques generosos, en que las situaciones se equiparaban y en que, no había más distinción en el comer y en el beber, que un buen apetito y el resistir los vapores y efectos de los vinos generosos.

Se tocaban valses, cuadrillas y gavotas con arpa, violín y flauta y si en la línea de fuego se cambiaban balas entre hermanos, en la "Quinta de las Albahacas", se cenaba al aire libre, sin otra interrupción, en ciertas horas que el lejano y vedado estampido del cañón, proveniente de los reductos o fortines inmediatos de la línea exterior de defensa.

Estas prácticas, me refiero a las cenas y comidas, que como he dicho, traían su origen de tiempos remotos, nunca se acentuaron más, que desde que se inició la guerra y poco a poco, vino a constituir una verdadera necesidad.

La artillería de aquella época, no constituía felizmente un peligro inminente para los que concurrían a las cenas y comidas del "Jardín de las Albahacas", porque, como es sabido, eran cargados con tacos de estopa y no ofrecían mayor resistencia, al despedir el proyectil con el impulso formidable que hoy les imprime el nuevo sistema de bala forzada.

Las cenas de la "Quinta de las Albahacas", solían prolongarse hasta las diez de la noche, que en ese entonces, resultaba una hora avanzada.

Hoy día, sería apenas aceptable para empezar las cenas, como ocurre, a propósito de dar principio a los espectáculos de la Compañía Dramática Chilena, que en el año presente de 1922, inauguró aquellos, empezando a las diez pasadas de la noche.

A este paso, como en la Isla de San Balandrán, pronto darán principio éstos, y las cenas, dadas ya las doce de la noche.

II — EL TEATRO, EL GABINETE ÓPTICO Y LOS CANDOMBES

Con los goces que ofrecía la "Quinta de las Albahacas" alternaban los espectáculos de San Felipe, único con que contaba Montevideo, en aquella fecha, y creo, que único en todo el país. Allí se exhibía el célebre bajo Vacani, y que como he tenido ocasión de decirlo, en el primer tomo del "Carnet de un filósofo", paseábase por la calle del 25 en traje ligero, de medias blancas y zapatillas con hebillas de acero y moñas negras.

En él se exhibía también, la Piacentini, conjunta persona del señor don Carlos Salvañach; doña Angelita Tani, esposa del súbdito brasilero, señor Cunha, que fue gerente muchos años después, del Banco Mauá, la Pretti, Mr. Robert y Carlos Winter, con sus compañías acrobáticas, seguidos después por Herr Alexander, prestidigitador alemán, casi de igual fuerza que Hermann, quien nos visitó diez años después.

Del mismo modo, constituian el cuadro de agradables pasatiempos, los títeres, la cancha de Casanava, sita en la calle Rincón entre Cerro y Juncal; la del vasco Valentín, en la de Cerro, entre 25 y Cerrito; el "Gabinete Óptico" de la calle de Zabala; las tertulias en casas particulares; las retretas y por último, "los candombes", en que los morenos y morenas africanas y sus hijos bailaban y cantaban al son de tamboriles allá en el "Recinto", local ubicado al Sud de la Ciudad Vieja, después de la calle Yerbal y a orillas del río.

A la Cancha de Valentín, recuerdo que concurrían los domingos, aficionados como don José Zubillaga, hijo del ciudadano de igual nombre que en cierta época fue ministro de F... en el Departamento de Gobierno; el d...

celino Mezquita, catedrático de derecho en la Universidad de la República, los abogados argentinos señores Eguía y Miguel Cané, emigrados de Buenos Aires durante la dominación de Rosas, y un joven Zaballa que jugaba admirablemente a las cortas, como don José Zubillaga a las largas (1).

Los candombes no carecían de interés, pues allí se veían como actores a la mayoría de los morenos viejos de ambos sexos y a negritas criollas, y como espectadores, a los paseantes domingueros en general, y a muchas personas, distinguidas de la sociedad montevideana, entonces. Éstos saludaban y aplaudían a los Reyes Congos, que se exhibían, luciendo ricos trajes alquilados o prestados, tanto de rey como de reina, apareciendo en tal carácter, el moreno tío Joaquín, de la casa de Luna, o la morena tía Pemba, de la casa de don Julián Robledo que llegué a conocer y vivía en la calle hoy de 33 en el sitio mismo que ocupa al presente la casa número 1320 a 1337, propiedad de don Francisco Piria. El canto monótono, como el acompañamiento y la misma danza, formaba una combinación original ,verdaderas disonancias, a que era preciso habituar el oído.

Eculé... culé, lin... culé.
Machubá... colobá minué.
Bigulé, bigulé.

Y con éstas y otras parecidas cantinelas, se pasaban las horas en el "Recinto", sin otro aliciente, que la propia extravagancia de los detalles simples desiguales de estas fiestas originarias, del Congo y del Senegal.

Pobres distracciones por cierto, para combatir, la tristeza profunda de aquellos días de lucha fratricida entre hermanos, para después de agotados tantos errores e iniquidades como las que se cometieron durante casi nueve años de guerra y destrucción, concluir con que, no había habido durante ella, "ni vencidos, ni vencedores".

LA ATALAYA DE ULISES

LA MUERTE DE FLORENCIO VARELA

A TRAVÉS DEL RÍO

Cómo se puede ser misionero de la dicha o de la muerte.

I — EL CORTEJO

En una de las noches de los días de otoño de 184... y casi a la una p.m., repechaba la calle de Treinta y Tres en dirección al Sud, un grupo silencioso de personas de aspecto distinguido, al parecer, precedido de un ataúd, que conducían a pulso cuatro de esas mismas personas.

A este grupo seguía otro diez veces mayor, compuesto de individuos de distinto y variado talante, que a diferencia de los primeros, hablaban, aunque en voz baja y con cierto recato y misterio.

Al llegar a la boca-calle de Sarandí, ambos grupos doblaron a la izquierda, para concluir por detenerse al frente de la puerta lateral de la entonces Iglesia Matriz, hoy la Catedral.

El sereno de la manzana y los de las inmediatas (2), que sin duda habían sido llamados por lo extraordinario del caso, apostados a uno y otro lado de la expresada puerta, contuvieron la avalancha del grupo mayor, que pretendía seguir al que conducía el ataúd, trepando para ello los primeros escalones de entrada al templo sin otro móvil que la curiosidad.

El hecho es, y esto es lo esencial, que a la iglesia, sólo entró el grupo menor, quedando el otro afuera y obstruyendo el libre tránsito de la calle, a la hora que ocurría lo que acabo de relatar.

Momentos después, cerróse la puerta del templo y entonces la concurrencia, fue perdiendo la actitud de estabilidad indefinida en aquel sitio.

En efecto, empezó a alejarse en las direcciones del Este y Oeste, probablemente en busca cada individuo de sus respectivos alojamientos y en retirada definitiva de aquel día, pues era pasada ya la media noche y en aquella época honesta, los hombres de labor, y los que no lo eran, trabajaban más y trasnochaban menos.

---

(1) Los partidos a la pelota que son, generalmente organizados entre cuatro personas de a dos, cada grupo se encarga de cometer a uno de los dos que los forma a jugar a las cortas que resulta difícil por la gran agilidad que hay que desplegar para defenderse y prevenirse contra la más o menos agilidad del contrario y en cuanto a las largas que obliga a restar la pelota a grande distancia, se hace la elección de aquel jugador que tiene **más brazo,** es decir más fuerza para expulsar aquélla.

(2) Guardianes nocturnos de la ciudad y que además cantaban las horas, desde las diez en adelante.

Hace algunos años, que se suprimieron, sustituyéndolos a medias, por Guardias Civiles, que hoy brillan por su ausencia.

II — EL INFLUJO DE UN JOVEN EN ACCIÓN

Cuando esto ocurría, Arturito tenía casi once años, pero, fácilmente se comprenderá, que su programa, fuera de las tareas de colegio, no tenía mayor importancia, que la que podría atribuirse a un adolescente.

Los elementos de aquella época, para lucirse un imberbe, resultaban muy limitados, pues ni se conocía el football, ni las academias de ejercicios físicos, ni de ninguna clase, estando todo reducido al juego de bolitas de piedra, mármol o vidrio; el balero, la pelota, el trompo y los soldados de plomo y hasta por indicación de las madres y abuelos, venían los chicuelos a merecer la distinción de ayudar a misa, hacer el papel de monaguillos, llevar los ciriales e incensarios en las fiestas y procesiones y merecer la confianza de los sacristanes, Vicente Turqui, José Guerrero y su jefe superior, don B. Esparraguirre.

Nicanor San Vicente, Manuel Luque, Manuel Freire, Francisco E. Martínez y el joven Arturito, con otros contemporáneos de aquella época feliz, los más considerados y preferidos, todos a una, hacían por no desmerecer de los favores y prerrogativas, que aquellos les concedían a cambio de sus modestos servicios, para el arreglo de los altares en víspera de las grandes y pequeñas festividades.

La verdad es, que si el tiempo empleado en estas inocentes ocupaciones, no ofrecía a los chicos de aquel tiempo, glorias y trofeos de que hacer títulos y gala, al menos los preservaba del contacto contaminoso de los muchachos viciosos y mal entretenidos que hoy pululan por nuestras plazas y calles, privadas de la debida vigilancia policial: de aquéllos que juegan en ellas al football, llevándose por delante a los transeúntes, amén de algún pelotazo por carambola o de uno que otro encontrón, y todo esto acompañado, de gritos, palabras obscenas y alaridos salvajes.

Arturito y con Arturito, varios niños como él, se encontraban en aquella condición con el señor Esparraguirre y los auxiliares Turqui y Guerrero, y esta circunstancia, como he tenido ocasión de indicar anteriormente, les había familiarizado con la costumbre de concurrir al templo, los días de fiesta de mañana y muchas veces de tarde, y aun tratándose de días de trabajo, para ayudar a misa.

Por esto es, que tenían vara alta, con dichos empleados de servicio, introduciéndose en todas las vueltas y revueltas del presbiterio, sacristía, bautisterio, depósito y demás adyacencias de la iglesia sin mayor ceremonia, eran según suele decirse, "como de casa".

III — LLEGARAS A OBISPO

Y, a propósito de esta actuación de niños, que conocía el maestro de Arturito, señor Bonifaz, viene a mi memoria un pronóstico que éste le hizo en cierta ocasión en que aquél parecía extasiado oyendo las explicaciones que se le acababan de hacer sobre el ceremonial y vestimenta propia de los obispos, y a propósito de un consejo, que aunque muy bueno sin duda no resultó muy propicio para el niño: "Oye, Arturito, le dijo su maestro encontrándose como se encontraban ambos en la iglesia, ¿por qué no sigues la carrera eclesiástica, que es muy honrosa, como tú sabes y para la cual pareces predestinado?"... y como observase la sorpresa, que tal consejo y pregunta le produjo al chico, agregó sonriente y con mirada de largo alcance, "te pronostico que llegarás a Obispo", y a usar insignias como la que tienes a la vista y para ello le indicó a San Pedro que se encontraba en el altar mayor de la Matriz con motivo de la festividad del santo de ese año.

Arturito no pudo menos, que hacer una mueca de satisfacción, por lo que hacía al pronóstico, echando miradas investigadoras por todas partes de su cuerpo y alrededores a su alcance; llevó lentamente a la cabeza, su mano derecha, buscando con esta primera medida, aquello, que no pudo encontrar: la mitra, como no encontró tampoco sobre su cuerpo, el traje talar, ni la cruz sobre su pecho, ni el anillo en su dedo, ni mucho menos, el báculo, el dosel y su asiento episcopal.

No le hizo feliz, lo de Obispo a secas, pero ... no dejó por eso de acariciar la idea, allá en sus adentros, aunque dudó al fin, que la suerte le favoreciera y, con sólo esa duda, parece que quedó casi curado de aquel rasgo de ridícula vanidad.

—Vamos Arturito, le dijo, ya has pensado bastante!... pero ¿qué diablos tienes, que no contestas a mi proposición?... habla pues... ¿qué dices?...

El pobre niño, tomado de sorpresa, no sabía qué decir, porque de una parte la proposición no le seducía y de la otra, la violencia que le produjo tener que responder con una negativa a su maestro a quien tanto respetaba; lo enmudeció.

Pero al fin, apremiado por aquél, contestó a la buena de Dios, y como extremo recurso:

—Lo que digo...

—Sí, sí, vamos a ver lo que dices...

—Que soy muy chico para Obispo...

—¿Qué eres muy chico?...

—Y no voy a alcanzar el altar, como me sucede cuando ayudo a misa al padre Mamerto y al padre Borrás... pasándose enseguida la mano derecha desde la cabeza a sus mejillas, acariciándolas con amor y mirando con insistencia a su maestro.

El profesor no pudo menos de reirse con la salida escrupulosa del presunto Obispo, no dejando de hacerlo también el candidato, quien no había quedado descontento de la manera con que la casualidad, le sacó airoso del compromiso en que se había visto empeñado con su respetable maestro.

Treinta años más tarde, ya hombre Arturito, y casi octogenario el señor Bonifaz, más de una vez recordaron juntos este ligero episodio, que pertenecía tanto a uno como a otro en el curso de los años transcurridos.

Entretanto, Arturito, siguió ayudando a misa al padre Mamerto, al padre Borrás, como más tarde a los padres Guateli y Chantre, pero desde 1851, esto es, desde que ingresó a la Universidad Mayor de la República, desertó casi por completo de la Iglesia, aunque contra su voluntad, y dos años después, nadie reconocería en él al **Monaguillo** de Marras.

IV — EN EL DEPÓSITO

Volvamos ahora, al tema principal de mi relación con los antecedentes que dejo consignados, respecto a la actuación de Arturito en sus relaciones con los empleados de la Iglesia Matriz y con cierto acontecimiento de mayor importancia.

La noticia de la conducción de un ataúd a aquel templo, durante la noche anterior, apareció al siguiente día en los diarios de la mañana, con detalles, que causaron gran sensación.

Un señor Latorre, hombre de poco cuerpo, muy delgado, lampiño, casado con una hermana de Don Mariano Jampen, y padre, según tengo entendido, del finado Coronel Latorre era el encargado de la distribución del diario, titulado "El Nacional".

En ese diario en que era suscritor el padre de Arturito y en caracteres señalados, se confirmaba el suceso bastando esto para decidir al niño una vez enterado de lo que pasaba a dirigirse con premura a la Matriz. Cuando llegó se encontró con que, las puertas principales estaban cerradas lo que le indujo a ocurrir a la entrada lateral de la calle Sarandí.

Cuando pretendió entrar, el celador que se encontraba apostado en un ángulo de ella, se lo prohibió, como a otros curiosos, que pretendieron hacer lo mismo, pero la presencia accidental de Vicente Turqui, le valió la facilidad de introducirse en la Iglesia.

Grande fue su sorpresa cuando se le presentó a la vista, y bajo la bóveda, un elevado túmulo en que se había trabajado toda la noche.

Varios hombres, tendían telas negras en la nave principal, que prendían con puntas de París, en las grietas que dejaban a la vista las aristas de las lozas de mármol del piso. Otros, colocaban sillas en la misma nave a partir de la altura que ocupa el púlpito de la izquierda, que era el único que existía entonces, hasta enfrentar a los altares de Santa Catalina y de San Baltazar, a la derecha e izquierda, respectivamente.

Por último, los sacristanes, Turquí y Guerrero, y el jefe principal de éstos, señor Esparraguirre, llevaban del depósito al túmulo los candeleros con velas de cera y moñas de crespón, que debían prenderse hora y media después, pues a la diez de esa mañana, debía tener lugar la misa de cuerpo presente, lo que en aquella época y hasta mucho después era y fué permitido en los Templos Católicos.

El ver don Bernardo y sus **adláteres** Guerrero, a Arturito, e invitarle a prestar su ayuda fue todo uno. El niño tenía entonces diez años y medio, muy buena voluntad, aparte de una curiosidad por saber lo que pasaba a su alrededor.

Así es que, se puso de inmediato a las órdenes de sus invitantes y, para empezar entró en el depósito, en donde a pesar de la poca luz que lo alumbraba, pudo distinguir perfectamente un ataúd forrado en coleta negra, con filetes de cinta de hilera blanca, esto es, un cajón de pobre de solemnidad, descansando sobre un montón de bastidores, alfombras y ornamentos, que habitualmente estaban colocados sobre una gran mesa de nogal, en el centro de la vasta habitación.

Ante la sorpresa, que este cuadro le ofreció a Arturito, Don Bernardo le dijo:

—¿De qué te asustas, **farrapo?** (1)

—Yo no me asusto replicó, pero...

—De quien debes cuidarte tú, observó Don Bernardo, es de los vivos, pues son éstos los que hacen daño, los muertos sólo te exigen que les reces un padre nuestro y ruegues a Dios por ellos.

---

(1) Así le llamaban por costumbre, extensiva a todos los jóvenes que, como Arturito, prestaban servicios voluntarios en las ceremonias diarias.

Arturito, no apartaba los ojos del ataúd, que he olvidado decir, que se encontraba descubierto y al alcance del jovenzuelo, apenas la frente, la nariz y el cabello negro del muerto.

—¿Quién es, Don Bernado?, — preguntó Arturito, con interés y sin dejar de mirar en la dirección de antes.

—¿Quieres conocerlo?

—Yo no puedo... no alcanzo...

En efecto, el ataúd estaba colocado, sobre aquel montón de objetos que he expresado antes y después, Arturito no tenía si no la estatura propia de su edad.

Don Bernardo, sin esperar otra cosa, suspendió de la cintura al niño curioso, y lo colocó a medio metro del muerto.

Aquel afirmó sus manos en el borde izquierdo del ataúd, echando el cuerpo hacia atrás, pero sin dejar de mirar, vió a un rostro pálido, con sus párpados inclinados, afeitado el bigote, y conservando las patillas enteras, pudiéndole ver una pequeña herida a la izquierda del esternón.

—¿Quién es, Don Bernardo? —insistió el chico con cierta emoción...

—El Redactor del "Comercio del Plata", que anoche, ha sido asesinado alevosamente, —contestó el interrogado.

—Ya lo sé... pero ¿cómo se llama? —insistió el niño con empeño.

—Se llama, el doctor D. Florencio Varela.

Por supuesto, que Arturito hizo desde luego la resolución de no pisar el colegio esa mañana, o en otros términos, se decidió a hacer la **rabona**, cosa que, sea dicho en verdad, no acostumbraba sino en casos extraordinarios, que pudieran servirle, de excusa y justificación.

V — EL FUNERAL

A las nueve y media se abrieron las puertas de la Iglesia, para dar entrada a un público numeroso, que acababa una hora antes de enterarse, como se enteró Arturito del fúnebre suceso y que, por la condición espectable de Varela, relación que aquél tenía con la política y comentarios que se hicieron desde que cundió la noticia, no podía menos de conmover profundamente a la Sociedad de Montevideo.

Cuando dieron las diez, el templo presentaba un aspecto silencioso e imponente: las sillas colocadas hora y media antes en la nave principal estaban ocupadas en su totalidad, no tardando en llegar los cuatro hijos de Varela, Héctor. Mariano, Luis y Horacio, vestidos de rigurosa etiqueta, con un séquito de personas distinguidas, Argentinos y Nacionales: Miembros del Gobierno y de la Administración; de la Judicatura; del Cuerpo Diplomático y de la prensa Nacional y Extranjera.

El funeral empezó de inmediato, y una vez terminado, los restos fueron conducidos al Cementerio, con un cortejo tan distinguido como el que ocupaba la nave central y el que después se asoció a éste, durante la marcha, guardando el recogimiento y silenciosa actitud, a que daba lugar el hecho incalificable que se había consumado, por el puñal de un asesino aleve y la iniciativa criminal y vergonzosa de los sindicados como sus instigadores si los hubo, como se afirmaba desde el primer momento.

En efecto, a la madrugada de la misma noche del asesinato, en las avanzadas del campo enemigo se hacían alusiones al acontecimiento de horas antes, en las calles de Montevideo.

VI — EL ASESINO CABRERA

Según éste, y lo repitió porción de veces, durante su prisión, que fue bastante larga, antes del día 20 de marzo, en que consumó su plan, había estado dos veces de incógnito en esta ciudad, con el objeto de conocer a la víctima, pues de ella, sólo conocía su nombre. Además, necesitaba también conocer sus hábitos y costumbres, hora en que concurría a la imprenta del "Comercio del Plata", de cuya Redacción era Jefe, del mismo modo, que la hora en que se retiraba y entraba en su casa particular.

La travesía del río, la hacía el asesino, por el muelle de Laffone, en dirección al de Montevideo, situado al extremo de la calle de Misiones, o sea entre esta calle y la de Treinta y Tres, y en aquellos dos viajes, pudo ocuparse con resultados satisfactorios, de todo lo que podía interesar a su proyecto.

Éstas y otras cosas, allá por 1854, y tantas, las supe yo por el mismo Cabrera, a quien conocí en la Cárcel Pública, que ocupaba en esa fecha, los alojamientos y patios de la parte baja del Cabildo.

Era entonces Alcaide, de ese establecimiento carcelario, una persona de mi relación, que fue la que me facilitó todos los medios de conocer a Cabrera, de obtener su confianza y afición en muy breve tiempo.

Cabrera, era un hombre alto, delgado, de rostro pálido, lampiño, sin dejar por ello de llevar bigote y pera, aunque muy ralos, su cabello negro y ensortijado, caía sobre su frente y su nuca, hasta rodear el cuello de su chaqueta, y su sombrero en forma de cono truncado, le daba un aspecto singular.

Su expresión fría, mirar receloso y palidez cadavérica, hacían de él un individ[illegible] repulsi

vo, pero después de hablarle y oírle, cualquiera creería que se trataba de un santo varón.

Por vía de defensa afirmaba, que ninguna compensación se le acordó por el **servicio** prestado a la federación, pues se le hizo entender, que no se trataba de otra cosa, que de eliminar a un hombre, que con sólo su pluma, hacía males, sin cuento a la buena causa; que, la única concesión que se le hizo, fuera de siete onzas de oro, que se le dieron para las travesías a Montevideo y gastos menores, fue la de seguir ocupando un terreno del Paso del Molino y en el cual, hacía poco tiempo que había levantado un rancho de terrón para alojar a su familia, y por último que eran muchas las lágrimas de arrepentimiento y de dolor que llevaba derramadas por este **maldito crimen** (textual), que nunca habría consumado, por su sola deliberación.

Su proceso llevó una marcha lenta y concluyó por paralizarse definitivamente desde que fue recluído a prisión en 1853, si no estoy en un error. Para imprimir actividad a ese proceso habría sido necesario proceder contra otras personas que indirectamente se suponían comprometidas o conniventes en el hecho, y como de algunos de éstos se necesitaba, desde 1854 a 1857, por los graves acontecimientos políticos que se desarrollaron en esa época, resultaba que no se podía, no se quería o no convenía proceder contra ellas.

Y así continuó este célebre proceso, dando lugar en el andar del tiempo, a que un buen día se le suprimiesen los grillos al prevenido, permitiéndosele desempeñar ciertas funciones útiles en la cárcel, como las ejerció Carbajal, matador del joven Betancur, hasta que, le llegase en la cárcel, como le llegó, el momento solemne de dar cuenta a Dios de su paralizado crimen, pues en ella se produjo su deceso muy poco tiempo después.

LA ATALAYA DE ULISES

LOS JUDAS DE PASCUA

PRELUDIOS DE UNA VIEJA HISTORIA

De cómo dos fiestas pueden resultar contemporáneas, en año, mes, día, hora y lugar.

I. — UN JUDAS DE PASCUA

Desde tiempo inmemorial y como consecuencia de tradicionales costumbres, los sábados de aleluya, se festejaban en Montevideo hasta hace pocos años, por repiques de campanas y otras manifestaciones ruidosas.

Así ocurrió en la mañana del de 1848, con el concurso de todos los templos y centros de más compacta población y alrededores de la ciudad a la vez que, un grupo de hombres de trabajo y uno, mucho mayor de muchachos y chicuelos de la vecindad, (esquina formada por las calles de Cerrito y Cerro) llamaban la atención de los transeúntes. Estos últimos no pudieron resistir a la tentación de detenerse, para fijar su vista en cuatro postes colocados en cruz con respectiva dirección, de dos a dos, a cada una de las expresadas calles.

Y la curiosidad fue en aumento, cuando se vieron llegar varias ruedas de artificio, un castillo y para complemento, un judas de original vestimenta; de bigote y pera larga y poblada.

Las ruedas y el castillo de fuego, se colocaron en los postes clavados de antemano y el judas, siguiendo el destino que la suerte le debía deparar a todos los felones e infidentes que merecieran tal calificativo, fue colgado en medio de la muda admiración y aplausos de la concurrencia.

El espectáculo que se preparaba para esa noche, no era una novedad, si no que por el contrario, era en aquella época y en todos los años, una manifestación corriente del regocijo de los católicos al fin de la semana conmemorativa de la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios.

Desde luego, un tácito compromiso quedó contraído por todos y cada uno de los presentes, de concurrir con los miembros hábiles de sus respectivas familias, para presenciar el espectáculo que se les ofrecía en su barrio.

Al obscurecer, ya estaban prendidas cuatro barricas de alquitrán, una en cada bocacalle, las azoteas de las casas, todas de un solo piso entonces y ubicadas a inmediaciones del centro, se encontraban coronadas de gente, ávida del espectáculo que se preparaba y una pequeña banda de músicos de la legua, ya afinando, ya desafinando, hacían oír piezas de un repertorio, en que el pistón, el figle, los trombones y el bombo con los tambores y platillos llevaban la palabra.

Cohetes de la India, **dedos tiros** y voladores, estos últimos limitados en sus efectos a un estampido apenas perceptible y a un pequeño radio de fuego y chispas en el espacio, llenaban una parte del programa, pero... de luces de colores y de otra alguna de las novedades y lindezas del arte pirotécnico de nuestros días, nada nada absolutamente.

II — PARA EMPEZAR

Se trató al fin para empezar dadas las cosas, de prender las tres ruedas y el castillo que ocupaban los cuatro ángulos de las calles, que ya conoce el lector y al éxito medio que se obtuvo con esta primera parte, se agregó como segunda, el Castillo, que hubo necesidad de hacerlo girar a dedo, alternando con una paloma de fuegos para atrás, que debía recorrer y no recorrió el tiro de una cuerda, que iba desde la casa esquina nordeste de Cerro y Cerrito, hoy números 674 y 678 al actual Almacén del Vapor.

Ante éxito tan pobre, la concurrencia, puso toda su esperanza en el judas, a falta de otra cosa mejor en que ponerla y que, a juzgar por su desgraciada silueta y el precedente de los juegos artificiales y música que se le brindó, no hubiera inspirado mayor confianza.

Sin embargo, la esperanza es el último recurso que resta al hombre en los graves trances de la vida, y sin ser graves también y así es que ,finalmente, todos esperaron del judas, como ya lo he dicho lo que no podían esperar del pirotécnico, que poca o ninguna habilidad había revelado.

Entretanto, los cohetes de la India, los de dos tiros y voladores rompían a medias, la monotonía de los momentos por que estábamos pasando, pues yo y otros jovenzuelos hacíamos parte de los espectadores, hasta que, se vio brillar una luz azulada a los pies del judas.

¡Momento solemne fue aquél!

Todos, más o menos, nos encontrábamos mal impresionados por el éxito a medias de la última prueba y esperamos con ansia las primeras manifestaciones del judas.

Lo que se notó para empezar, fue un ligero chisporroteo de la mecha; a la cual se había aproximado, dos segundos antes, el lanza fuego del pirotécnico, Don Roque, cuyo apellido, no recuerdo.

En seguida se produjo un bombazo tan formidable, que provocó entre las mujeres y niños más próximos al lugar que aquél ocupaba, con un agregado de busca pies, entre unas y otros, un verdadero desparramo y corridas en todas direcciones.

Por último, las ropas y esqueleto del judas, ardieron por breves momentos para concluir con varios fogonazos producidos por cartuchos de pólvora suelta, empleados sin arte alguno, entre la paja que rellenaba la casaca y pantalones del judas, para concluir con otra definitiva bomba que hizo explosión como la anterior, cayendo aquel del gancho que lo sostenía con el resto de sus piltrafas y armazón ardiendo a llamaradas.

El espectáculo había terminado y la banda de músicos se esforzaba por demostrarlo con un alegro furioso, en que el bombo y los platillos hicieron como antes, el principal papel.

La concurrencia, que había llegado a ser numerosa, empezó a alejarse a paso acelerado en todas direcciones, no tardando en quedar despejada la localidad, mientras que Don Roque recogía los despojos de su obra que sirvió de epílogo a otras muchas por el estilo y de prólogo a otras más que le siguieron.

LOS FESTINES DE PLUTON

LOS BAILES DEL CERRITO

UN BAILE DE MÁSCARAS

Recuerdos retrospectivos del Sitio Grande.

I — EL VIAJE

Una mañana del mes de febrero de 1851, acababa de despertarse nuestro conocido joven Arturito, que figura en tres o cuatro capítulos del "Carnet de un Filósofo de Antaño" obra de que soy autor, cuando su mamá le dijo con cierta reserva:

—Mira, Arturito, que es necesario que durante la semana que corre, repases perfectamente todas tus lecciones, si es que quieres recibir una sorpresa agradable...

—¿Cómo que repase mis lecciones —observó el joven con extrañeza— si estamos en vacaciones todavía?

—Ya lo sé, continuó su mamá,— pero las clases empiezan a funcionar el 1º de marzo; estamos ya a 4 de febrero y es bueno que estés preparado para tu ingreso al aula de Matemáticas: ¿no es por esta materia que vas a empezar los estudios preparatorios en la Universidad?

—Sí, señora... y esté usted tranquila que me portaré bien; encuéntrome bastante fuerte en Aritmética mercantil, que es lo principal para empezar el estudio de la razonada que debe preceder al Algebra...

La señora pareció satisfecha con las seguridades que le ofrecía esta contestación, y mirando fijamente a su hijo:

—Pues bien, le dijo sonriendo, midiendo las frases y dejando para el final lo de más interés; sabrás, que la semana entrante aprovechando el Carnaval...

—¿Me permitirá usted disfrazarme? —interrumpió impaciente Arturito.

—No se trata de eso, por ahora, sino de algo mejor... porque iremos al Cerrito a visitar a tus hermanos, para estar aquí uno o dos días antes del 1º de marzo.

El joven no pudo contener su alegría; brincó de contento, y momentos después hacía inventario de los dos únicos trajes con que contaba, y de los demás complementos indispensables para un viaje como el que iba a emprender.

Poco o nada repasaba sus lecciones, no obstante el compromiso contraído, y durante los días que faltaban para el viaje, no hizo otra cosa que formar los castillos en el aire, que todos hacemos en esta vida engañosa, cuando nos vemos halagados por gratas perspectivas o en situaciones difíciles que pretendemos conjurar.

Los días fueron pasando unos tras otros, y durante ellos los aprestos del proyectado viaje fueron adelantando de tal modo, que ya el día 10 no faltaba sino que hubiese oportunidad de poder trasladarse al campo sitiador ya por el muelle de don Samuel Laffone, en la playa de La Teja, o por el puerto del Buceo, pues por tierra no se obtenía licencia de los beligerantes, sino en casos muy especiales.

Felizmente, dos días después, el lanchonero Montes, muy conocido en Montevideo y en el Buceo por las funciones que jugaba en aquella época, haciendo frecuentes viajes entre uno y otro puerto, envió su emisario a casa de Arturito para dar aviso a su señora madre, de que el 15, a las 9 de la mañana, saldría su lanchón, si hacía buen tiempo y siempre que el viento no fuese contrario.

Es de advertir, que también en esa época, casi todas las cosas se **hacían a dedo**, como suele decirse, porque en vez de tarjetas y circulares, telégrafos y teléfonos de ahora, las comunicaciones se verificaban por recados a domicilio, lo mismo en la vía social que en la mercantil.

En esta forma, pues, fueron notificados los viajeros, y desde ese instante todo el mundo corría de un extremo a otro de la casa; patrones y sirvientes, con Arturito a la cabeza, no hacían sino arrastrar baúles, que contenían la ropa de uso, empaquetar artículos de tienda, almacén y confitería para obsequiar con estos últimos a los parientes del campo sitiador a quienes debían abrazar, tal vez el mismo día 15, si tuviesen la suerte de contar con buen tiempo.

En esta confianza, y siendo todos optimistas en la casa, ninguno de sus habitantes dejó de dormir esa noche a pierna suelta, soñando con los encantos de la travesía que debían hacer al día siguiente, y con los agasajos que les esperaban al pisar los dominios de la Unión y Molino del "Galgo", en cuyos alrededores vivían algunos de sus parientes y amigos.

II — HAGAMOS CRÓNICA

Durante el sitio de Montevideo, y pasado el primer año sobre todo, las familias que durante ese tiempo esperaban de un día a otro la terminación del asedio y entrada al país en la vía regular, apercibidas al fin de su error y en medio de tal desengaño, empezaron a sentir la necesidad de verse y abrazarse.

Fue entonces que se iniciaron distintas gestiones, tanto en la Capital como en el campo sitiador, para que las autoridades acordaran permisos para que pudieran celebrarse entrevistas de familia, ya trasladándose sus miembros de un punto a otro por una pequeña temporada, ya citándose para un día y punto fijo en la línea de fuego y campo neutral.

Obtenida la autorización solicitada, gracias a valiosos empeños, los permisos para lo primero se otorgaban a las personas mayores de edad, y sus familias, pero para lo segundo, sólo a los menores de doce años. Para esto, acompañados los menores por sus padres o personas caracterizadas se presentaban de una parte y otra a los jefes de línea exhibiendo aquellos permisos.

Estos últimos eran otorgados por el jefe de Estado Mayor de la plaza y por el secretario privado del general Oribe, don N. Dañobeitia, ediciones éstas equivalentes a Carralón de la Rua y al doctor Angel Brian, con iguales deberes y atribuciones.

Los niños que debían entrevistarse, avanzaban en la línea hasta un punto que se les indicaba de antemano, y al salir uno, p. ej., de las avanzadas de la guarnición de la Capital, salía el otro de las avanzadas del ejército sitiador, siempre a la vista de las personas que los habían acompañado y del jefe u oficial de cada línea de fuego.

Así se verificaba el encuentro y entrevista de los hermanos, separados por las circunstancias que dividían a la familia uruguaya en aquella época de triste recordación, para concluir veinte minutos después por alejarse poco a poco unos y otros con signos elocuentes de tierna y dolorosa despedida!

¡Cuántos cuadros idénticos se presenciarían hoy mismo, no obstante los casi sesenta y siete años transcurridos, si tuviésemos que representar escenas tan tocantes y dolorosas por no ha

ber llegado aún, como dice nuestro distinguido compatriota e ilustrado publicista doctor Melián Lafinur, en su último libro, a la actuación benéfica de las agrupaciones ajenas al tradicionalismo partidario!...

Algunos casos de estos presencié hasta entre miembros de mi propia familia, y tuve ocasión de observar, que a todos producían iguales emociones y pensamientos idénticos, que jamás he podido olvidar.

Tanto en estas entrevistas de familia en la línea de fuego, como en las que tenían lugar haciéndose la travesía por el Buceo o el muelle Lafone, en los mismos permisos a que antes me he referido, se autorizaba al portador, con más o menos largueza, para llevar consigo gallinas, pollos, patos, huevos, queso, manteca y otros artículos inapreciables en la ciudad situada, si aquél procedía del ejército sitiador; así como dulces de confitería, algunas telas en cantidad limitada, libros y cualquiera curiosidad, de esas que escaseaban afuera, cuando el favorecido procedía de la Capital.

Por supuesto, que esas facturas se les permitían en el único concepto de regalo u obsequio a las personas de su familia, bajo el más severo correctivo para el caso de no proceder ajustadamente a esta condición, para lo cual se hacía una fiscalización tan prolija, como si se tratase de artículos de guerra o contrabando.

Con estos ligeros datos, que he considerado conveniente consignar de paso y con permiso de mis lectores, vuelvo a mis cominos, esto es, al proyectado viaje a que fue invitado Arturito por su señora madre.

III — ARTURITO EN VIAJE POR AGUA Y EN EXCURSIONES POR TIERRA

El día 15 de febrero recuerdo que fue bellísimo y, además, el viento no era contrario, sino que desde temprano empezó a soplar del Sudoeste, colocando a los viajeros en la condición más favorable para la travesía, aunque con marejada de fondo, que poca mella había de hacerles, siendo como eran insensibles al mareo.

Por otra parte, seis kilómetros y medio se andaban a vela en poco más de una hora, así es que, habiendo salido del muelle viejo, situado entonces en el extremo de la calle Misiones, al Norte, a las 9 1/2 a.m., fondeaban en el puerto del Buceo momentos antes de dar las once.

Hasta aquí, todo marchó bien, pero el desembarco demoró otra hora, y tal vez dos más, el que la Capitanía del Puerto los despachase. De esto resultó, que si bien almorzaban ese día con marcado apetito, buena razón tuvieron para ello, porque eran aproximadamente las 3 de la tarde, cuando se sentaron a la mesa en medio de señaladas expansiones de alegría y satisfacción.

En los dos días subsiguientes a la llegada de los viajeros, éstos no hacían sino recibir y obsequiar con dulces y confites a las personas de la familia y antigua relación que venían a saludarlos, y como en estas ceremonias, Arturito, con sus trece años, apenas, jugaba en sociedad un papel algo desairado por lo indefinido, fue independizándose gradualmente durante esos dos días, hasta que uno después, ya empezó a dar sus paseítos por la villa, que un año después había de llamarse de "la Unión".

Desde 1843 a 1847, nuestro joven había habitado aquellos dominios, y como en septiembre de este último año, fecha en que bajó a la Capital para empezar sus estudios, los cuatro años de residencia en aquellas inmediaciones le daban la preparación necesaria para extender sus excursiones a mayor distancia, no vaciló en visitar el colegio de don José Zunda, en el cual tuvo por condiscípulos a José Eduardo, Federico y Darío Brito del Pino; Claudio Balparda, Eduardo Díaz Sienra, Enrique y Juan Artagaveytia ,Carlos Miralles, José Benito Piñeyrúa y Antonio Fariña, hijo de aquel señor que se arrastraba diariamente en un tílbury pintado de colorado con estas letras negras en la parte trasera del asiento: F. o M., que no faltó quien tradujese en estos términos: Federación o M.

El Colegio estaba instalado en la casa llamada de los Padres, a poca distancia de la Unión, sobre mano izquierda, a dos cuadras, más o menos, del hoy Camino 8 de Octubre, fecha de la terminación de la Guerra Grande. La mayor parte de los condiscípulos de Arturito ya no asistían al Colegio por diferentes causas, y sólo pudo entrevistarse con su antiguo maestro don José Zunda, y condiscípulos Claudio Balparda y Antonio Fariña. Este último, a pesar de los cuatro años transcurridos desde que Arturito había salido del Colegio para trasladarse a Montevideo, se servía aún del mismo petizo overo, con el que hacía el trayecto diario de su casa al Colegio, y de éste a aquélla.

Al siguiente día el joven excursionista avanzó algo más, pues tomando la misma calle en que se encuentra hoy la verja y portón del terreno en que estaba ubicado el Colegio de Zunda, emprendió marcha hacia el Norte y en dirección al actual camino Larrañaga, que ya en-

tonces se conocía por este nombre. Detúvose en el cuartel de los Vascos, apenas distante unos quinientos metros del Camino 8 de Octubre, con el objeto de visitar al señor coronel don Ramón Artagaveytia, jefe del batallón de ese mismo nombre, a quien lo ligaba una vieja y estrecha amistad con su señor padre, y a quien en compañía de este último, había visitado muchas veces cuatro y cinco años antes.

La entrevista fue corta, y Arturito, después de despedirse del coronel siguió hasta la quinta del entonces coronel don José Ma. Reyes, pasando por frente del rancho que inmediato a la Capilla de Jackson ocupaba en aquella época el venerable sacerdote y Vicario Apostólico don Dámaso Larrañaga.

Eran más de las 6 p. m. cuando llegó a la casa-quinta de Reyes, regresando media hora después a su casa.

Para esto, el visitante volvía llevando una gran nueva, con la cual se proponía sorprender a su hermana, como le había sorprendido a él: la señora doña Manuela del Villar, esposa del coronel, le había recomendado que previniese a su concuñada y amiga, lo mismo que a su mamá, que pasados unos días se bailaría en su casa y que contaba con la concurrencia de ambas, con prevención de que las que lo desearan, podrían usar disfraz, y en la inteligencia de que en oportunidad, avisaría el día y hora.

Arturito, depositario de tan grata noticia, llegó jadeante al Molino del "Galgo", y apenas llegado, desembuchó cuanto tenía en el estómago, que siempre reputaron **enladrillado** sus amigos y hasta él mismo.

La familia quedó enterada, y estando en la antevíspera de los días de Carnaval, los aprestos para la tertulia empezaron a toda prisa.

IV — CÓMO EN ALGUNOS CASOS EL HÁBITO HACE AL MONJE.

Entretanto, continuaban los viajeros —madre e hijo— departiendo con los miembros de la familia y amigos sobre intimidades que sólo a ellos interesaban, así como sobre la plaza sitiada, personas conocidas y probabilidades de paz que pusiesen fin a la difícil situación actual.

Al iniciarse el sitio, muchas familias habían abandonado sus casas y comodidades, apenas con lo indispensable para servirse por la corta temporada que pudiese durar el sitio de Montevideo, y que engañadas en sus ilusiones al respecto, se habían visto obligadas a mantenerse lejos de su antiguo y verdadero domicilio por más de ocho años, en la época a que estoy refiriéndome, año de 1851.

Una tarde, al regresar Arturito de uno de sus paseos por el pueblo de la Unión, se encontró en casa de su hermana, con que la señora del coronel Reyes había mandado decir, que el baile iba a tener lugar el martes de Carnaval, a las 9 de la noche, en su quinta del Miguelete...

Nuestro joven, desde que su mamá le anunció el viaje al campo sitiador, no vivía sino de gratas sorpresas, y como su firme propósito fue siempre el de aprovecharse de ellas, a tal efecto, empezó a echar sus cálculos para que la fecha señalada no le tomase de sorpresa.

Faltaban tres días para que llegara el deseado martes de Carnaval, pues estábamos en viernes de la semana anterior; con todo, se abalanzó a su pequeño baúl, lo abrió, pasó vista por su traje de reserva, sombrero, zapatos y demás anexos, y después de una cepillada más o menos prolija, volvió a colocar todo en su lugar, al parecer satisfecho de la impresión recibida y... quedó a la espera de los acontecimientos.

Arturito era el Benjamín de la corta familia de que hacía parte, pues no eran sino tres hermanos, comprendido él.

La señora doña C., había encontrado a su hermano menor muy bonito y crecido, y no pudo menos de felicitarlo, aunque con algunas salvedades por el traje de viaje que vestía, pero no por el que no vestía y llevaba de repuesto, de pantalón ajustado con estriberas, levita de lustrina marrón con mangas estrechas, que le producían sudores para meter sus brazos en ellas, y mucho más para sacarlas, coronando su indumento, no muy apropiado para un adolescente de 13 años, unos botines de marroquín, de punta aguda y retorcida y sin taco, y un sombrero de copa de castor blanco, con alas de hojaldre de pastel.

Arturito era bien parecido, no puede negarse, y su silueta bastante aceptable, pero su vestimenta no lo era por cierto, y la verdad es, que puede dar gracias a llegar de la capital con la presunción en su favor de estar a la moda, que de lo contrario, quién sabe a qué pruebas se habría visto sometido.

—¿Te has fijado, mamá, la extrañeza que les ofrezco a estos gauchones?... —preguntó en cierta ocasión a su mamá.

La señora miró a su hijo, y no pudo menos de reír, porque ya en intimidad de familia, se había hecho crítica severa del traje de viaje de Arturito, y mucho más del destinado a actos solemnes y que había exhibido después de abierta su valija, tendiéndolo sobre su cama.

Cada uno por su estilo, resultaban detestables, y en ello no tenía culpa sino el sastre don

Isidoro Vivas, que Dios tenga en su gloria para bien de su alma y descanso de sus clientes.

Es de advertir, que el joven no era exigente con su sastre, ni con sus obras, pero las levitas que aquel le destinaba por regla general (pues no se conocía ni el saco ni el jacquet, en aquel entonces, avanzándose apenas a los chupetines entallados y de manga estrecha); siempre le preocupaban, llegando al extremo de constituir para él una verdadera pesadilla.

En efecto; enfundada la pieza en cuerpo y brazos después de girar un rato y de entrar en calor, por más frío que hiciese, lo primero que Arturito observaba y observaban los que estaban a su alrededor, era que una de las carteras del faldón trasero, se montaba sobre la otra, formando X, lo que todos encontraban antiestético en materia de indumentaria; y si para corregir semejante defecto, el joven abrochaba la pieza, veía que el remedio pasaba de la raya, pues entonces las carteras traseras del faldón, en vez de sobreponerse una a la otra, se abrían exageradamente, determinando un triángulo isósceles en las faldas a imitación de la cola de una tijereta.

Agréguese a los dos trajes y a guisa de complemento, una capa de lanilla de color oscuro, indefinido, forrada en tartán a cuadros y de vuelo tan amplio, que tendida formaba la superficie plana y completa de una circunferencia sin más desperdicio de tela que la necesaria para meter la cabeza.

Si amplia era la capa por su vuelo, lo era más por su largo, pues llegaba a bordear los talones de Arturito, y parado y sostenido al cuello por una entretela de loneta cruda que lo mantenía tieso, la personalidad del joven se convertía en una verdadera percha japonesa...

De cualquier modo, peor que la capa, era lo que bajo de ella se ocultaba, recordándome aquella entrada del tenor cómico en la zarzuela "Lucero del Alba":

Chito... Chito!
Que bajo la capa
Traigo el cuerpo,
Traigo el cuerpo
del... Delito...

Qué diferencia hoy para vestirse un joven presumido! Cualquier turco viste más correctamente por poco dinero, que los de aquella época, no siendo turcos y gastando buenos pesos!

Sin embargo, no había otros trajes en juego; hubo que hacer frente con ellos a la situación, y Arturito recorrió las inmediaciones del molino del "Galgo", la Unión, el Camino Larrañaga, Cuartel General y de los Vascos y Paso del Molino y Miguelete, zona que ocupa hoy parte del Prado y Camino Reyes, luciendo sus galas, sin otra restricción como transeúnte, que agregar como agregó a su sombrero de hojaldre de pastel, una divisa blanca de dos pulgadas de ancho, en la cual en letras negras se leía: "Defensor de las Leyes". (1)

No había, pues, término medio para el pobre Arturito, quien no podía conformarse viéndose coartado de esta manera en sus modestos deseos de verse siquiera en iguales condiciones y no mejores, que los demás.

V — PAPEL QUE HIZO ARTURITO EN EL BAILE.

Llegó al fin el Carnaval, y con él el dichoso martes, día designado para que tuviese lugar el baile que daba en el Miguelete la señora de Reyes.

No habían sonado las 9 ½ de la noche (2) y el salón contenía ya gran número de señoras, señoritas y caballeros, así como dos comparsas que fueron las primeras en llegar. Una de ellas se distinguía por el disfraz de súbditos de Plutón, llevando sus rabos rellenos de confites. Algunos resultaron perdidos al fin de la fiesta (me refiero a los rabos), y otros tantos diablos rabones, como fácilmente se comprenderá por el aliciente y tentación que ofrecían sus colas.

Hacían parte de la concurrencia la bellísima señora de Reyes, María García de Requena, Dolores Carvalho de Estrázulas, señoras y señoritas de Maturana, de Arana, señora Vázquez de Acevedo, señora Carmen González de Reyes, señoritas Mercedes Pinilla, Zoila y Aurelia Díaz, hijas de Pascual Díaz, aquel que hablaba de banquetes servidos de a caballo por el crecido número de convidados y para mejor aprovechar el tiempo, Raquel Foresti, Ercilia y Celia Reyes y tantas otras. Además, se hallaban presentes el coronel Reyes, don Joaquín Requena, don Jaime Estrázulas, don Eduardo Acevedo, don Joaquín Reyes, señor Maturana y otras muchas distinguidas personas.

Recuerda Arturito que la señorita Raquel Foresti, que acababa de llegar de Europa, cantó una romanza acompañada al piano por la señora de Estrázulas, obteniendo grandes aplausos que la obligaron a repetirla, mereciendo su complacencia, una nueva ovación.

---

(1) Sabido es, que el uso de la divisa era obligatorio para los hombres, como la moña punzó y blanca lo era para las señoras.

(2) En aquella época los bailes comenzaba a las 10 de la noche del día señalado y n... siguiente, como ocurre hoy.

Es excusado decir, que Arturito hizo acto de presencia antes de la hora indicada; tenía entonces trece años, como ya lo he dicho, y sin embargo, iba a concurrir al primer baile. La triste época en que vino al mundo, y en que empezaba a deslizarse su existencia, resultó poco aparente para fiestas, aparte de la falta de oportunidades y medios para presenciarlas y disfrutarlas.

Por otra parte, se le ofrecía un serio inconveniente, y era el de su edad, no deparándole ella representación alguna en un salón de baile, ni tampoco en otras situaciones, así es que nuestro joven, con su traje de levita y sombrero de copa, que ya conoce el lector, se había detenido en la puerta del salón, que daba a la galería ocupada por una pequeña banda de música.

Mientras que se bailaba en el salón, Arturito, cual otro "Caballero de Gracia", se paseaba de un extremo a otro, tarareando algo como aquello que habíamos de oír cuarenta años más tarde en la revista "La gran vía":

"Caballero de Gracia me llamai.
"Y efectivamente soy así..."

sólo que en la revista, el caballero de Gracia se presentaba de frac, bota fuerte y descubierto, mientras que Arturito, lo hacía de levita, mal entallada por falta de equilibrio, zapatos sin taco y sombrero piramidal, de castor blanco.

Alrededor de los músicos de la banda ofrecía con ellos un raro contraste: ni ellos, ni las máscaras que entraron al salón o salían de él, le sacaban los ojos: parecía un extranjero venido, no de Montevideo, sino de tierras extrañas, en la que los jóvenes, casi niños, cubrían su cuerpo y su cabeza con tan inadecuado indumento.

¡Cuántos recuerdos provocan en mí estas situaciones hijas de mi experiencia, decíame cierto día Arturito, ya hombre y casi viejo; y no sólo de mi inexperiencia, agregaba, sino también del poco gusto de mis causantes y parientes, que no supieron darme un consejo salvador!

Entretanto, soportó las miradas y sonrisas maliciosas y de inteligencia que se dirigían los que fijaban en él su atención y hasta los mismos turcos que componían la banda, como soportó el sueño que allá a las 12 de la noche empezó a apoderarse de él. Luchó cuanto pudo como había luchado con las miradas y sonrisas de los admiradores de su rara silueta a la puerta principal del salón del baile, pero al fin, dejó de pasearse, y en una vieja poltrona que se encontraba en el extremo opuesto del corredor o galería que ocupaba, se dejó caer.

En nueva lucha se encontró comprometido cuando se arrellanó en la poltrona, y aunque no quería rendir tan temprano culto a Morfeo, al fin concluyó por rendírselo, y rendírselo tan bien, que... se durmió profundamente... y en su ley, como suele decirse.

En efecto, lo hizo enfundado en sus pantalones de tiro, en su levita de lustrina, en sus botines sin tacos y con su piramidal sombrero de copa encasquetado hasta las orejas.

El hombre estaba de gala esa noche, y al arrellanarse en la butaca, no encontró motivo para alterar en lo mínimo su silueta... y fue por eso que se durmió con sombrero puesto...

VI — UNA NOCHE TOLEDANA

Se despertó a las 5 de la mañana, cuando la banda de música se retiraba, figurándosele al incorporarse, que alguien se había encargado de zamarrearlo con cierta violencia.

Los músicos se le encaraban y se reían en sus narices, preguntándole algunos, si había dormido bien, y otros, si le gustaba dormir con música.

El interrogado no contestó a esas preguntas impertinentes, porque se encontraba aturdido bajo la acción del sueño y, a la vez, transido de cansancio y con sus músculos tan doloridos como si le hubiesen dado de palos.

Buscó su sombrero (malhadado sombrero!), y lo vio en el suelo, entre la butaca y la pared: estaba ileso y, la verdad, que fue milagro en la crítica situación por que pasó.

Sentía frío, la cabeza pesada e hinchados y doloridos los pies, como que había dormido cinco horas con los botines calzados aparte de que siempre le fueron tan estrechos, como bajos de taco.

Miró a su alrededor; vio que cerraban la puerta del salón, cuyas luces se habían apagado y en tal momento, ya no vio a nadie, ni aún a los músicos, que acababan de salvar el portón Este de la quinta. Por suerte, sentía necesidad de moverse para reparar el entumecimiento de sus piernas y con este objeto, no teniendo nada que esperar en la casa del baile, y aprovechando la linda mañana que empezaba a alumbrar el sol del nuevo día, echó a andar tomando el hoy Camino de Reyes, hasta llegar al de Larrañaga, por donde había venido, y a fuerza de zancadas hizo la tremenda jornada, que desde allí lo separaba del molino del "Galgo".

Llegó al fin, pero... llegó derrengado y con recuerdos pocos gratos del primer baile de máscaras que había presenciado, y convencido de que las levitas mal entalladas y los sombreros

de copa alta, negros o blancos, con divisa o sin ella, son poco aparentes para fiestas de esa clase.

El siguiente día, lo empleó en dormir, y no obstante haber almorzado antes bastante bien, y comido después mucho mejor, sentía aún restos del cansancio que le había producido la velada de la última noche.

A la fecha, de todas las personas que concurrieron a este baile, sólo sobreviven Margarita Oribe y Zoila Díaz —hoy viudas de los señores César Reyes y coronel José María Pinilla— y nuestro joven y principal protagonista de este capítulo.

VII — EL REGRESO A MONTEVIDEO.

Arturito con la experiencia adquirida a tan caro precio, le tomó tal aversión a los bailes en general, y muy especialmente a los de disfraz, que poco tributo les prestó desde entonces, y durante su vida, no habiendo concurrido a ellos sino por compromiso y no porque le proporcionasen halago alguno.

El 27 de febrero fue el día designado por el lanchonero Montes para regresar a la capital, y excusado es decir, que el joven viajero se encontraba en ella esa misma tarde, y al día siguiente, a las 8½ a.m., en el aula de Matemáticas de la Universidad, regenteada por el doctor don Luis José de la Peña.

BOCETOS Y BROCHAZOS

EL "CAFE DE LA ALIANZA"

EL CÓNCLAVE

De cómo a nadie le falta una historia o historieta que contar, cuando se ha vivido mucho tiempo en gracia de Dios, o en provecho del Diablo.

I — EL CAFÉ DE LA ALIANZA

Mis contemporáneos, para quienes escribo, lo mismo que para algunos de los que no lo son, ni lo han sido, deben recordar el antiquísimo "Café de San Juan", ubicado en la calle de este mismo nombre, hoy de Ituzaingó.

Con mayor razón y como más moderna, deben recordar también, la casa de negocio del mismo género, el café titulado de la "Alianza", sito antiguamente en la calle de San Luis, más tarde del Cerrito y en el terreno contiguo al que ocuparon estos últimos años, las litografías de Mége y de Godel y Aubriot y al presente, el almacén o depósito comercial del señor Ortiz de Taranco. (1)

Pues bien, a uno y otro concurrían diariamente, de día y de noche, los hombres más distinguidos de Montevideo, ya por sus condiciones personales como por su posición social, comercial y política.

Entonces, no estaba dividida la opinión sobre política, como lo está al presente y la cordialidad e íntima confianza, era constante, contribuyendo esta circunstancia a amenizar las reuniones, haciéndolas lo más frecuentes y agradables.

Los habitantes de Montevideo afluían al café de "San Juan", por el rico café que en él se servía, del mismo modo que por igual motivo, afluían los porteños y los que no lo eran al café de la "Amistad", establecido desde tiempo inmemorial y hasta hoy mismo, en las arquerías del "Bajo", en Buenos Aires.

En cuanto al de la "Alianza", los tertulianos concurrían para combinar las partidas de aje-

---

(1) Es de advertir que en esa época y desde mucho antes, las calles de la ciudad vieja de Este a Oeste, y las transversales de Norte a Sur, llevaban distintos nombres de los que hoy llevan. Por ejemplo: la del 25 de Agosto se llamaba de San Telmo; la de Piedras de San Gabriel, la de 25 de Mayo de San Pedro, y antes o después del portón, por conducir esta calle, siguiendo la del Uruguay y la de la Avenida Rondeau, hasta el llamado entonces Portón de la Aguada; la de Washington, de San Diego; la de Sarandí, de San Carlos; la de Buenos Aires, de San Sebastián; la de Reconquista, de San Ramón, y la de Santa Teresa, de Pilar de San Telmo.

En cuanto a las transversales, la de Guaraní, se llamaba de San José; la de Pérez Castellanos, de Santo Tomás; la de Colón, de San Benito; la de Alzaibar, de San Agustín; la de Solís, de Santiago; la de Zabala, de San Francisco; la de Misiones, de San Felipe; la de Treinta y Tres, de San Joaquín; la del Cerro, de Nuestra Señora del Pilar, etc. etc.

Por último, las de Ituzaingó y Cerrito ya he dicho que llevaban respectivamente los nombres de San Juan y San Luis, y ahora agregaré: que la llamada actualmente de Juan Carlos Gómez, poco ha de Cámaras, llevó antes los nombres de San Fernando y antes o después el de "calle de los Judíos", con lo que se hizo muy poco favor a los vecinos de ella, con especialidad a los que ejercían el comercio, como don Simón Arrieta, don Juan Lloveras, don Domingo González, don Juan Jackson, don Manuel Luque y otros, de manera que, después de tanto santo, a la Municipalidad de Marras se le ocurrió aquella denominación, que puso en cuidado y en serio compromiso a los vecinos de la localidad, cuando tenían que designar por su nombre la calle en donde vivían.

dres y billar, gozando del relativo confort que ofrecía el local, muy superior al de "San Juan", quedando así explicada la preferencia aparte de que en él, también se servía buen café.

II — CONCURRENTES HABITUALES.

Allí se encontraban diariamente don Simón del Pino, don Roque Graseras, don Melitón González, don Apolinario Gayoso, don Diego Espinosa, don Cesáreo Lima, don Luis Lamas, don Juan Lloveras, don José María Platero, don Domingo González, don Félix Bujareo, don Agustín de Castro, don Simón Arrieta, don León Ellauri, don Jaime Illa y Viamont, don Julián Robledo, don Cayetano Gavazzo, don Juan José Aguiar, don Samuel Laffone, algunas veces y otras muchas personas.

Figuraba entre ellas un español, como la mayoría de los que dejo nombrados, quien se decía con títulos o sin ellos: "doctor en ambos derechos y jurisconsulto acreditado, con estudio... con estudio abierto", a imitación del personaje que representaba el antiguo actor cómico don Luis Cubas, en la petipieza "La familia improvisada".

El personaje de Cubas, se llamaba Aniceto Romboide, mientras que el del café de la "Alianza", se llamaba sencillamente el doctor Tollo, español, como he dicho o argentino, pues no estoy seguro, mal parecido, de semblante anguloso, nariz pronunciada, pero bien plantado de pies a cabeza, como que no contaba con ningún hueso roto ,ni torcido.

Como he dicho al principio, en las reuniones del café de la "Alianza", se jugaba a las damas, al ajedrez y a las cartas; se recordaban hechos históricos, anécdotas del país, pasajes de más o menos importancia o significación y a veces, aquéllos en que alguno o algunos de los presentes habían sido actores.

A la mayor parte de los concurrentes, no les faltaba qué contar para amenizar aquellas reuniones, sobre todo, las de la noche ,mientras que los que se encontraban en distinta situación por falta de asunto, de inventiva o de carácter, después de haber jugado el papel de simples testigos o "echando una mesa", esperaban la hora propicia del teatro, en los días jueves y domingos, para ir a ver a los actores González y Quijano en las petipiezas.

Por cierto, que bastante cosecha hicieron del "Gastrónomo sin dinero", "Vieja, niña y jorobado", "Ir por lana y volver trasquilado" y otras piezas del género cómico,

Es de advertir, que en la remota fecha que marcan los años 1841 y 1842, teníamos funcionando en el teatro "San Felipe" a los cómicos españoles La Puerta, González y la Trinidad, como más tarde a la Petronila, Fernando Quijano Zamboráin, Jiménez y Gutiérrez, discípulos aprovechados de los dos primeros y aficionados como Argüelles y Álvarez, de quienes me ocupo en el capítulo "Los Diamantes de la Corona" del primer tomo de mi libro titulado: "Carnet de un filósofo de antaño".

Así terminaban, pues, cada tarde y cada noche, las reuniones del café de la "Alianza", para repetirse al siguiente, cediendo cada tertuliano a un hábito invencible y casi a una verdadera necesidad.

Entonces, no existían clubs, ni otros centros para celebrar estas reuniones y jugar de lo lindo como se juega hoy, ni bares diseminados por todas las secciones de la ciudad, atestados de gente durante las horas de trabajo y en que, muchos jóvenes "pulidos", no todos, se procuran goces deleitosos bien que, por medios perjudiciales a la salud, al decoro y a la propia dignidad.

III — RECUERDOS TRISTES

Yo era asiduo acompañante de mi señor padre, a las reuniones del café de la "Alianza".

Y desde el año 1819 concurría con él aunque mi papel en estas reuniones era puramente pasivo en lo que tenía relación con el programa principal de ellas, no por eso dejaba de prestar mucha atención a todo lo que se hablaba.

Una de las noches de invierno, reunidos en la salita contigua al salón de las dos mesas de billar del café, habló don Diego Espinosa del trágico suceso de las negras africanas y criollas, que cediendo a la pasión de vengarse por motivos fútiles de su ama, la respetable señora de Salvañach, madre de los caballeros don Juan Pedro, don Carlos y don Cristóbal, padre este último del extinto abogado y camarista del mismo nombre, la confinaron en una habitación, infiriéndole heridas graves, para concluir por arrojarla al patio desde la galería alta de la casa que habitaba y que ocupa hoy el Banco de Seguros.

La descripción que hizo en seguida el señor Espinosa, de la ejecución de los criminales en la plaza "Independencia" o calle Yaguarón esquina 18 y expuestos al público por todo el día en que aquella tuvo lugar, me impresionó de tal manera, que esa noche no pude conciliar el sueño.

Después, mi padre refirió la actuación que le cupo en la batalla de Las Piedras, el día 18

de mayo de 1811 y el percance en que se vio comprometido con su compañero y amigo, don Francisco Santiago Cubillas, cayendo en un zanjón y que hundidos uno y otro en el barro hasta las rodillas, se vieron obligados para salir de aquella situación, a prenderse de las plantas de cardo inmediatas, a consecuencia de lo que emplearon muchos días para sacar espinas de sus manos.

Don Cayetano Gavazzo, habló del canario llegado a Montevideo a fines de la guerra grande, procedente del campo sitiador, con el objeto de empastelar la imprenta del "Comercio del Plata", y que, capturado, constituido en prisión en el antiguo cuartel situado en el mismo local de la calle Yi, que hoy ocupa el Cuerpo de Bomberos, fue juzgado y sentenciado a muerte, agregando que la ejecución tuvo lugar en una plazoleta frente al expresado cuartel y una mañana de lluvia torrencial, como que, en el mismo local, fue también fusilado años antes, el rematador público, don Luis Baena.

Por último, y a propósito de esta ejecución, se habló también de la que sufrieron el año 1853 o 1854, los lombardos aquellos, que por haber sido reprimidos a inmediaciones de la aduana por el sereno de la localidad, a causa de infracción de edictos policiales, días después se concertaron para salir en una madrugada por las calles de la ciudad armados de rifles y escopetas, matando, como mataron por venganza, a varios serenos durante las horas de servicio.

IV — UN ESPIRITISTA EN CIERNES

—Vaya unos recuerdos, que traen ustedes a colación!, exclamó don Santiago Sayago, que jugaba al ajedrez con don Simón del Pino.

—¿Y qué tienen de particular? —observó el doctor Tollo desde su asiento, en rueda con los demás tertulianos, ¿no comprende usted, que en todos esos actos, está de relieve la acción del espíritu malo, como en todas las malas obras?

—¿Y qué tenemos con eso?... ¿Acaso se propone usted probar la amenidad de tales temas?...

—No pretendo semejante cosa —replicó Tollo, porque lo que es desagradable no puede ser ameno, pero, en la vida hay que preocuparse de lo bueno y de lo malo aunque respondiendo a distintas razones y propósitos.

—Y sobre todo, agregó Espinosa, demasiados diablos nos rodean, para que nos ocupemos de otros... —y todos rieron de la ocurrencia.

—Ustedes ríen, pero no meditan, replicó de nuevo Tollo, y sin embargo, hay que meditar... porque, si yo estuviese en error ¿de qué otro origen emana el asesinato de la señora de Salvañach, el empastelamiento de la imprenta del "Comercio del Plata" y la matanza de los serenos en las calles de la ciudad?...

—Habla usted con tanta unción sobre este particular, observó el señor Sayago, y es tal su gesto y su mirada, que cualquiera podría suponer, que usted cree todo eso de buena fe; sin embargo a mí no me inspira "fiducia".

—Y así es, en efecto, replicó Tollo con sonrisa verdaderamente diabólica, a la que daba mayor matiz su fisonomía amarillenta, sus cejas arqueadas, su mirada centellante y sus dientes blancos y puntiagudos... y tanto, agregó después, cambiando de entonación y mirando al fondo oscuro de la pieza contigua, que durante el día y la noche son más los diablos que veo, que los hombres que viven en gracia de Dios!...

—¿Acaso, es usted alguno de aquéllos?, preguntó de improviso el señor Lloveras, abriendo los ojos desmesuradamente.

—¿Y qué tendría también eso de particular?... ¿Cree usted, que no lo pienso muchas veces, cuando me entrego a la meditación y hablo con mi conciencia y con los espíritus?...

Gran hilaridad provocaron las últimas palabras del doctor Tollo y sólo dos personas no tomaron parte de esta manifestación: el que las pronunció y yo.

Un prolongado silencio siguió después, sintiéndome yo subyugado por la actitud y miradas fascinadoras y centelleantes del doctor y el raro acento de su voz atiplada.

Por otra parte, todos quedaron asombrados de su locuacidad y vehemencia, pues era hombre retraído y de tan pocas palabras, que se contaban ejemplos de haber jugado mesas y mesas de billar, sin despegar los labios.

Momentos después de la escena relatada, varios de los presentes se retiraron, y entre ellos el "espiritista", mi padre y yo, siendo aproximadamente las diez de la noche. Y no hay que extrañar, por cierto, la temprana hora en que se disolvían las tertulias de este género, porque entonces se comía a las cinco de la tarde y aquellas tertulias, empezando a la entrada del sol, dejaban tiempo de sobra para frecuentarlas, haciéndose con éstas y otras prácticas, del día, día, y de la noche, noche, lo que quiere decir que las trasnochadas de hoy no estaban aún en boga...

V — TOMÓ LA PALABRA ESPINOSA

Reducido el personal de la tertulia, aunque

sin perder su animación, y después de algunas manifestaciones, propias del momento que se había producido, don Diego Espinosa dijo: que en efecto, las referencias de esa noche no habían podido ser más lúgubres, según lo había observado don Santiago Sayago y que, por consiguiente, era necesario terminar la tertulia con alguna otra que contribuyera a borrar la ingrata impresión que habían dejado aquéllas.

A todos les pareció excelente el propósito de Espinosa y por aclamación, fue designado para que lo realizase por su cuenta.

Este señor, aceptó y agradeció el cometido y sin más preludios que una entonación de pecho, a tiempo, dio principio a la relación siguiente:

—A propósito de nuestro común amigo don Santiago J. Cubillas, tan retraído y de pocas palabras como el doctor Tollo, según a ustedes les consta, y de quien esta noche se ha hablado con motivo del percance que sufrió al fin de la batalla de Las Piedras, recuerdo ahora un incidente de sobremesa que tiene su interés, y que creo contribuirá a que ustedes rían una vez siquiera.

Cierto día, del año 1835, almorzaba el general Rivera, pocos días después de bajar de la presidencia, acompañado del militar argentino de igual graduación, don Juan Lavalle; de su ayudante de órdenes, del cual no se separaba un momento; de don Francisco Llambí; de don Santiago Vázquez; de nuestros amigos Santiago Cubillas y de Domingo González, que también lo fue de Rivera desde edad temprana, como que fue, por encargo de aquél y en ese mismo año, portador de un pliego importante y reservado para don Juan Manuel de Rosas, que más tarde vino a ser precursor de ciertos hechos relacionados con la política de este gobernante.

A la derecha del dueño de casa, se sentaron a la mesa, respectivamente el general Lavalle, que hacía pocos días había llegado a Montevideo, siguiéndole después don Juan Francisco Llambí, y González, y a la izquierda, don Santiago Vázquez, Cubillas y el ayudante.

La conversación, durante el almuerzo y con especialidad a la sobremesa, versó sobre variados temas, como ocurre con generalidad en estos casos y todos los presentes, menos Cubillas, tomaron parte activa en las manifestaciones de aquella hora de gratas expansiones.

Sabemos todos, que Cubillas es retraído, de pocas palabras e incapaz de soltar prendas así no más, especialmente, cuando la casualidad lo coloca en presencia de personas extrañas.

Entre tanto, como todos los temperamentos no son iguales, a Rivera, a don Santiago Vázquez, que era hombre jovial y de verbosidad admirable y a González mismo, los tenía contrariados aquel insistente mutismo de Cubillas.

Cuando la situación, que había empezado a hacerse intolerable, llegó a punto y empezaron a apagárseles los fuegos a los oradores, el general Rivera, aprovechando el último tema sobre el que se había departido, a propósito del carácter, hábito de ciertas personas, según su nacionalidad, dijo en son de poner término a la discusión sobre el expresado tema:

—He tenido ocasión de observar, que mis paisanos, a la par de los argentinos, por regla general, no tenemos que envidiar las condiciones de carácter, distinguiéndonos por la franqueza, propia de los hijos de la madre patria.

Cubillas, a esta amable alusión del general, se inclinó ligeramente en signo de asentimiento o aprobación más que de gratitud, que bien habría podido y debido hacerlo con cuatro palabras corteses, aunque continuando en el propósito de no ofrecer oportunidad para que el general Lavalle y su ayudante hubiesen conocido, una vez por todas el metal de su voz.

A esta altura de las cosas, González se dijo: ¿De qué medio me valdré para que este hombre hable, antes de que nos levantemos de la mesa?... y creyendo haberlo encontrado, dijo al punto en tono de convicción y seguro de conseguir su propósito, conociendo como conocía el carácter y susceptibilidad de Cubillas:

—Lo que es por mi parte, hace mucho que abrigo la convicción por larga experiencia y por extraño que parezca, que catalán, andaluz, portugués, gallego y negro, todo es una misma cosa...

Un rayo o una centella que hubiese caído a los pies de Cubillas, no le habría impresionado, como conclusión tan terminante y contundente... Así es que, dejando caer de sus manos la cuchara de postre, que en aquel momento llevaba a la boca con una buena dosis de mermelada de membrillo, exclamó, con el rostro rojo de cólera e indignación:

—¡Buen favor hace usted a sus paisanos!...

—¡Vaya con Dios!, exclamó a su vez González... al fin ha hablado usted... que ya era tiempo!... Y un nuevo coro de carcajadas, sirvió de acompañamiento a aquella escena final de sobremesa.

Y después, a la par de los últimos ecos de aquel coro de hilaridad, se disolvió la tertulia de esa noche en el café de la Alianza

RESONANCIAS DEL PASADO

LA CONSTRUCCION DE "LA CORINA"

Se describen impresiones gratas de la primera juventud, que jamás se olvidan.

I — Hacía poco más de cuatro años que había empezado la Guerra Grande, cuando el 30 de agosto de 1847, aniversario de Santa Rosa de Lima, Arturito, que acababa de cumplir diez años, se embarcó en el muelle de don Samuel Laffone, en La Teja, inmediato al lugar que ocuparon últimamente los talleres de la compañía constructora del puerto de Montevideo.

Tres cuartos de hora después, el lanchón de Montes, que hacía la carrera diaria del campo sitiador a la capital sitiada, y viceversa, a pesar de la fuerte marejada que se hacía sentir ese día, como precursora del fuerte temporal, que hasta hoy mismo da en llamarse de Santa Rosa, fondeaba en el muelle de embarque y desembarque, entonces ubicado al extremo de la calle Misiones, y del cual ni restos existen al presente; y momentos después, Arturito fue conducido a su casa de la calle Paysandú, entre Andes y Convención.

Como el objeto de este viaje a Montevideo, fue colocarle en un buen colegio para aprovechar el tiempo, que en buena parte había perdido lamentablemente en el campo sitiador, escaso de casas de educación bien organizadas; el 15 de setiembre de ese mismo año, esto es, a los diez y seis días de su llegada, fue colocado en calidad de externo en el colegio de don Juan Manuel Bonifaz, director del Colegio Oriental, con recomendación expresa de apretarle las clavijas, como efectivamente se le apretaron con regular provecho, pues si el neófito no se distinguió por aplicado en aquella época, no dejó de aprovechar el tiempo, aunque distrayéndose del estudio con grande facilidad, pues el diablo quiso, que al establecerse en la calle Paysandú, había de encontrarse de inmediato con una tentación, que no fue capaz de resistir.

II — Esta tentación, fue el astillero del hoy finado don Juan Bautista Quartino, padre del apreciable rematador público don Pascual, ubicado aquel establecimiento en la manzana de enfrente del domicilio de Arturito, determinada por la expresada calle de Paysandú y las de Andes, Cerro Largo y Convención, y cuando no existían, además de dicho establecimiento, sino algunos casuchos de pobre apariencia y de más pobre realidad.

La calle Cerro Largo, no existía en aquella época ni en el nombre, porque esa calle, como las de Orillas del Plata y Miguelete hoy, no era otra cosa que parte integrante de la playa llamada del Norte, en cuya faja de ligeros peñascos, que festoneaban su orilla, depositaban sus ropas los bañistas en la estación veraniega, sucediendo otro tanto en el espacio de terreno firme, orillado por las aguas del río.

Como dejo dicho, Arturito había llegado del Cerrito para entrar en el colegio que empezó a frecuentar desde setiembre del mismo año, y desde el primer momento, fue el mayor atractivo que encontró para emplear sus ratos de ocio y algunos que no lo eran.

En su primera visita al establecimiento se encontró con los principios de un buque en construcción, empezando por su quilla extendida sobre un lecho de gruesas vigas, y algunas de las cuadernas, que apoyadas en su centro de trecho en trecho, debían concluir por formar el armazón de su casco. Cada día, se agregaban dos, tres y hasta cuatro, con sus bulones y pernos de acero, reduciendo así, gradualmente, la extensión de la quilla y dando, en cambio, forma ostensible a la manga y configuración del buque.

III — Fuera del escaso personal que trabajaba por grupos de varias piezas accesorias, en construcción aparte, el personal principal se ocupaba, como he dicho, de ir reduciendo la extensión baldía de la quilla y de engrosar el casco, hasta que la tarea quedó totalmente terminada después de unos seis meses largos, para iniciarse los primeros trabajos dirigidos a construir la cubierta y los muros con tablones de dos pulgadas de espesor y concluir con el calafateo, el alquitranamiento y el aforrado en láminas de cobre de toda la parte inferior, más arriba de la línea de flotación.

Arturito no dejaba la ida por la venida, como que estaba cerca de su casa, de manera que no bajaba de dos visitas diarias las que hacía al astillero, de mañana, antes de ir al colegio, y de tarde, cuando regresaba y mientras no era la hora de comer.

Muchas veces, y sobre todo de mañana, una de las sirvientas de su casa venía a buscarlo, pues embebido en las novedades que le ofrecían las obras del astillero se olvidaba de la hora del colegio.

En fin, eso siguió así, hasta que terminado el casco del buque y colocado el palo mes[illegible], el mayor y el bauprés, así como el mascaró[illegible] proa, el timón, las vergas y demás acceso[illegible], así como terminados los camarotes de proa y

popa, maquinaria para izar el ancla, bancos, dos botes de servicio, etc., etc., empezó la pintura del buque con los primeros anuncios de cuándo, más o menos, se bendeciría con grandes fiestas, y entre ellas, con un baile sobre cubierta.

Una tarde, al llegar Arturito al astillero, se encontró con el nombre de "Corina" colocado en letras doradas en el centro de la popa del buque, y desde ese día, creció para él el interés por la fiesta anunciada y la solemne botadura del primer buque que él había visto construir desde su quilla, que es como si dijéramos, su cimiento o piedra fundamental.

Mil castillos en el aire formó para tal ocasión, y como en el establecimiento era muy conocido constituyendo una visita diaria que llegaba a extrañarse cuando faltaba algún día, no le costó mucho obtener la promesa, de que para el día de la fiesta, se le permitiría subir a la cubierta.

IV — A los pocos días, Arturito oyó decir, que la goleta "Corina" iba a ser bendecida en uno de los próximos domingos, con la fiesta anunciada y, además, con fuegos de artificio, noticia que lo encantó al extremo de que a no ser las exigencias de la persona que lo acompañaba al colegio, se habría ido derecho al astillero a saborear la fiesta de antemano, mediante una espléndida rabona.

No la hizo, pues, pero a las 4, hora que regresaba del colegio, apenas dejó su cartera, se fue en derechura a lo del señor Quartino, obteniendo, alborozado, la completa confirmación de la grata noticia que le dieron por la mañana.

Pasaron dos semanas en preparativos, y ya a principios de la segunda, empezaron a colocarse astas, banderas en los palenques y postes del astillero, y cuerdas cruzadas más arriba de la obra muerta de la "Corina".

Empezó también la colocación de lienzos de lona para atajar el viento y el agua, la noche de la fiesta, para el caso de ser necesario; y a la vez, siguieron los trabajos de pintura en porción de detalles de la borda y con especialidad, en la sirena colocada bajo el bauprés, obra de un señor Favaro, hábil escultor en madera, padre de don Miguel y don Alejandro Favaro, nuestros conocidos y amigos de ayer .

V — En fin, llegó el día de la fiesta después de grandes preparativos, que iban trasformando el astillero en un pabellón ornado con banderas de todas las naciones, con especialidad nacionales e italianas; la "Corina" empavesada desde el palo mayor al palo mesana, y desde éstos, hasta la popa y extremos del bauprés; el piso de cubierta convertido en salón de baile, estaba tapizado de paño punzó; en postes adornados con telas de color, se habían colocado de trecho en trecho los entonces llamados quinqués, alumbrado de aceite de oliva, que producía una luz límpida y brillante; colgando en el centro, una araña de arcos, adornada también de telas de color y flores, con gran cantidad de velas de estearina; una fila de sillas de paja, rodeaba todo el perímetro de la cubierta, ocupando los atriles de una pequeña orquesta el lugar apropiado al pie del palo mesana, y por último, un toldo de lona, cubría el salón improvisado.

De cuatro a cinco de la tarde, concurrieron los padrinos y un gran número de convidados, sin contar los mirones, que por centenares, rodeaban a la pequeña "Corina".

Entre la concurrencia, recuerda Arturito a algunas personas de las familias vecinas de la localidad, como las de don Pedro Recayte, don Juan Ronra, general San Vicente, don Juan José Aguiar, don Fernando Moratorio, don Domingo González, don Juan Gard, don José Nogués, don Francisco Fourcade, don Federico Deville y otras.

Llegado el momento, y con la concurrencia del sacerdote, que lo fue el padre don Juan Bautista Cúneo, el mismo que, treinta años más tarde, llegó a ser el famoso Padre Cúneo, cura de la iglesia del Reducto, a quien le dieron nombre sus inolvidables sermones; y en medio de grupos de personas de ambos sexos, ataviadas con relación a su respectiva posición y hábitos ordinarios, la goleta fue bautizada con el nombre de "Corina".

Al oscurecer se empezó a bailar con entusiasmo hasta las doce de la noche, hora en que Arturito, ya hacía dos que dormía a pierna suelta, muerto de cansancio por los viajes que hizo durante el día, de su casa al astillero, y del astillero a su casa, sin contar las ocho primeras horas de la fiesta, desde las cuatro y media de la tarde.

En los días subsiguientes no se hizo sino recoger los adornos y desalojar la cubierta del buque, de todo lo que no tenía destino en ella, y sólo se habló del día en que debía botarse al agua, con una nueva fiesta.

VI — Pasada la bendición y bautizo de la "Corina", Arturito descuidó por unos días la asistencia al astillero porque estuvo enfermo, aunque de mal pasajero.

En el curso de estos días precisamente, el buque fue botado al agua, pero sin fiesta alguna que tuviese la trascendencia y resonancia de la del último domingo.

Apenas se levantó de la cama el enfermo

y pudo salir a la calle, lo primero que hizo una mañana fue dirigirse al astillero. Llegó jadeante y ansioso de ver una vez más a la "Corina", así como todo lo que se hubiese hecho de nuevo a su alrededor para ser botada al agua, pero, no fue chica su sorpresa, cuando se encontró vacío todo el lugar que había ocupado aquélla durante un largo año.

Instintivamente dirigió su vista a la bahía, y allí pudo distinguir a la "Corina" fondeada frente a la Barraca del Mar y distante quinientas varas de la costa más o menos, que era la medida de aquel tiempo.

El manso oleaje de la playa, sobre el cual serpenteaban los primeros rayos de sol de aquella mañana de primavera, envolvía el casco reluciente de la "Corina", que de proa a la bahía, se mecía perezosa a impulsos de la suave marea.

¡Qué inexplicable interés despertó en Arturito aquel sencillo cuadro, que inopinadamente se ofrecía a su vista! Pensaba, que en las últimas horas de una de las tardes anteriores, la pequeña nave descansaba, aún inerte, sobre las gruesas vigas cruzadas que le sirvieron de lecho! ¡Qué contraste más resaltante entre la inercia de esta situación material sobre la tierra firme, y la que ostentaba ahora, entregada al elemento del cual iba a recibir toda su vitalidad y todo el matiz de su destino futuro!...

VII — Muchos días permaneció la "Corina" fondeada en el mismo lugar, esto es: frente a la Barraca del Mar, de don Federico Deville, hoy esquina de Miguelete y Andes.

Arturito no dejó un solo día de visitar los altos peñascos de la playa, que seguían precisamente la dirección de la hoy calle de Cerro Largo, hacia el Este y aún la barraca antes designada, para gozar de la vista que le ofrecía la nueva nave, siempre meciéndose al compás de la suave brisa y oleaje de aquellas lindas mañanas de octubre.

Con este motivo, tuvo ocasión de observar que, paulatinamente, iba complementándose el velamen y aparejos; pero según le pareció, el buque había perdido algo de la libertad de sus movimientos, de su gallardía y de su esbeltez, y por último, lo encontró más bajo de borda, por no decir, más hundido en las aguas.

A fuerza de curiosidad y de las preguntas consiguientes, Arturito vino al fin a descubrir el misterio, porque interrogando a uno de los conocidos obreros del establecimiento Quartino, aquél le dijo: La verdad que eres muy curioso, pero me gusta lo seas tratándose de nuestra "Corina", que tanto has visitado y por la que tanto te interesas. Oye, pues: lo que tú extrañas en ella, es muy sencillo y explicable, porque después de terminadas todas las obras accesorias que faltaban a bordo para emprender la navegación, el buque acaba de hacer su carga completa consignada a los ríos, para los cuales debe salir de un momento a otro. Por consiguiente, debes comprender, que la pobrecita no puede hamacarse hoy con la facilidad de hace unos días, ni su borda puede destacarse tanto sobre el nivel de las aguas. Con que así, muchacho, ya está satisfecha tu curiosidad, y hasta otro rato; y se alejó con paso cadencioso, canturreando un motivo, que muchas veces tuve ocasión de oírle, cuando con él amenizaba sus diarias tareas.

El obrero dijo la verdad, pues uno o dos días después, cuando Arturito, desde la azotea de su casa trató de dominar algunos obstáculos, que se ofrecían a su vista, impidiéndole dominar por completo el astillero, y lugar que ocupaba la "Corina", con gran sorpresa no la vio ya, ni jamás debía volver a verla a pesar de los casi setenta años transcurridos desde entonces.

VIII — Hace unos tres o cuatro años, si nuestra memoria nos es fiel, que acompañado de Arturito, que a la fecha es ya un Arturo de ochenta, nos encontramos con el apreciable caballero don Pascual Quartino, hijo del finado don Juan B., constructor de la goleta "Corina", y a mi acompañante se le ocurrió hacer referencias a este buque, en un sentido de saber, si aquel señor había oído hablar de él, en el seno de su familia, como era de suponerse, contestando aquél afirmativamente... y luego de algunas frases consagradas por uno y otro a los tantos recuerdos que despertaban en ellos aquellas referencias, formuló con intención y sonriente, esta pregunta: ¿y si yo le dijese a usted, don Arturo, que la "Corina" que vio usted construir en 1848, y que supone desaparecida después de tantos años, existe a la fecha?

—¡Qué me dice usted!, exclamó emocionado Arturito, es decir, don Arturo... y su admiración subió de punto, cuando el señor Quartino, hablando por monosílabos, como de costumbre y con la calma y seriedad que le es característica, agregó: y no sólo existe, sino que aún hoy, presta servicios útiles en el cabotaje del puerto de la ciudad del Rosario de Santa Fe.

—Lo que quiere decir, observé yo en tono de franca expansión, que después de setenta años transcurridos, existen todavía, la "Corina" y el entusiasta Arturito, que la vio construir, aunque ya se trate de un buque viejo y de un Arturo más viejo aún.

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

EL CUERPO EXPEDICIONARIO FRANCES

LA EXPEDICIÓN FRANCESA

En el que se trata de las funciones que desempeñó, durante su permanencia en esta capital.

I — SU INSTALACIÓN

Como ya lo he dicho en alguno de mis libros anteriores, las continuas revueltas que se produjeron a raíz de la terminación del Sitio Grande, como complemento del motín del 1853, hizo insegura la conservación en el poder de los gobernantes que se sucedieron hasta 1858. Esto hizo necesario recurrir a la protección armada de países amigos, para conservar el orden público.

Una tras otra se sucedieron las expediciones brasilera y francesa, las cuales, mientras permanecieron en el país, lograron responder satisfactoriamente a su misión; el orden se conservó inalterable y nada hubo que lamentar en sentido contrario.

La expedición francesa, llegó a Montevideo bajo las órdenes del coronel de infantería Du Chateaux, alto de estatura, delgado, de actitud arrogante y cuya fisonomía contaba, entre otras cosas, con dos ojos de mirada brillante y expresiva, una nariz aguileña y un bigote y pera, llevados y ostentados, como puede llevarlos y ostentarlos un francés después de una batalla ganada o de una conquista amorosa.

Se componía de tres pequeños batallones de línea y de una dotación de artillería ligera, con seis piezas de bronce de calibre 8.

Desde su llegada, fueron instalados estos cuatro cuerpos de tropa; uno en la aduana, ocupando dos de sus grandes locales, que a tal efecto, fueron habilitados; otro en la barraca o terrenos, baldíos entonces, pertenecientes a don José Mª Esteves, determinado por una parte de las calles 18 de Julio, Daymán y Colonia, el tercero en la calle de Andes, en un local inmediato a la panadería de Reitud, al Sud y por último la artillería, en el fuerte "San José", que al efecto fue cedido por el gobierno en épocas en que no se contaba más que con una dotación de cañones de fuego para atrás, que no prestaba más servicio, que hacer salvas y poner a prueba la buena voluntad y tal vez la abnegación de un pequeño grupo de artilleros.

El contraste que ofrecían las tropas expedicionarias con las nuestras, era notable, bajo todos conceptos, y ocurría esto no sólo en aquella remota fecha, sino que, hoy mismo lo ofrecería.

Los directores de colegio y tantos otros individuos, sin serlo, siempre profesaron ideas de rigurosa disciplina en aquellos establecimientos y casas de corrección, sin perjuicio de observarse una conducta regular y equitativa en el régimen disciplinario y, no hay para qué decir, que los cuarteles, han estado siempre comprendidos con doble razón en un régimen semejante.

Tanto en la manera de instalarse en sus respectivos albergues o alojamientos, como en el uso de su vestuario, fuese el de diario o de gala, aseo personal y de todo aquello que se relacionaba con sus armas y el cuadro que ofrecían a la mirada investigadora del público, aquellos cuerpos, durante su tránsito por las calles de la ciudad, en las revistas en la plaza Constitución y frente al polígono, que servía de muro preservativo para los ejercicios de fuego, que se hacían cuando menos en dos o tres épocas del año; jamás se descuidaron aquellas precauciones.

II — EL POLÍGONO DEL SUD

Era constante la laboriosidad de estas tropas, ya en sus actividades fuera del cuartel y durante la formación, ya en aquel mismo y en reposo, se observaba desde luego, una preocupación en cada soldado relacionada con un quehacer eficaz. El que no cuidaba de su ropa, cuidaba de sus armas,, de su mochila, de sus tiros y correas, cepillaba su kepí o su morrión o lustraba sus zapatos.

En estos cuerpos militares no se conocía la ociosidad, sin que esto quisiera decir, que no se destinase a esta debilidad humana ciertas horas del día, en cualquier ocupación recreativa, que conciliase un goce cualquiera con la adquisición de un conocimiento útil.

En cambio nosotros, que contamos con un ejército de nuestra hechura para guardar el orden público, después de medio siglo más tarde, no sirven ni para guardarlo en las vías públicas siquiera para evitar, que los ladrones se lleven de noche y de día también, las cajas de hierro, en las que los presuntos robados guardan su dinero y sus prendas.

Al extremo de la calle de Yaguarón, o Ejido hacia el Sud, no tardaron los jefes superiores de los cuerpos que componían la expedición, de levantar un polígono de tierra y escombros, sobre un cordón de peñascos a la orilla del río.

Este polígono debía servir, como sirvió por algunos años, para tirar al blanco y evitar,

que los proyectiles pasaran de la línea que ocupaba aquél, con peligro para los bañistas y cualesquiera personas que pudieran transitar por sus inmediaciones.

Del mismo modo, servía aquel torreón para los ejercicios de fuego, que con bastante frecuencia, alternaban con el tiro al blanco en el curso de los trimestres en que aquellos ejercicios tenían lugar.

III — LA ESTANZUELA

Era ésta, otra localidad frecuentada por la guarnición francesa, con el objeto de aprovechar sus lagunas de agua dulce para lavar la ropa en un día determinado de cada semana.

Las mochilas para esto, contenían todas las piezas de ropa que cada soldado necesitase lavar, aprovechando las mejores horas de sol, y eligiendo siempre para el efecto, un día a propósito.

Terminado el lavado y expuestas las piezas al aire, hasta secarse perfectamente, se procedía a doblarlas con la mayor prolijidad y procurando acomodar en las mochilas el mayor número posible, después de desprenderlas de los bastidores improvisados con ramas secas en que se habían colocado.

Hecho esto, a un toque de corneta, aquellos bastidores se desarmaban por las manos diestras que los habían armado, doblándolos con cuidado y formando con ellos pequeños paquetes que trataban de colocar con orden en sus respectivas mochilas.

En estas excursiones semanales, ya con el objeto que dejo expresado, lo mismo que con cualquier otro propósito, no faltaban curiosos desocupados, que con marcado interés acompañaban al cuerpo o cuerpos franceses, con los cuales compartían las horas de recreo y descanso, que se les otorgaba por sus respectivos jefes, confraternizando con más o menos fruición según lo permitían al principio las dificultades que ofrecían la diferencia de idioma, hasta poco tiempo más tarde, en que tanto las tropas como los mismos acompañantes en aquellas excursiones, empezaron a familiarizarse respectivamente con ellos.

Solía jugarse a las cartas, a la pelota y a las bochas, y algunos vendedores de naranjas y otras frutas, exponían a la vista de los soldados, la tentación de comprarlas y saborearlas.

Después, al caer la tarde las tropas, eran llamadas a formar para en seguida dirigirse a la ciudad con sus músicas y bandas de tambores a la cabeza.

IV — LAS REVISTAS

Mientras la expedición francesa permaneció en Montevideo, cada tres o cuatro meses, se celebraba una revista de los cuatro cuerpos que la componían , mandándolas siempre su jefe superior, coronel Du Chateaux.

Generalmente, tenían lugar estas revistas en días festivos y siempre en la plaza Constitución, después del mediodía.

Ellas, constituían un agradable programa para los habitantes de la ciudad, que no desperdiciaban el espectáculo interesante de estos actos militares, desempeñados con la corrección y lucidez propias de tropas bien equipadas y disciplinadas.

Los balcones de la plaza, desde las diez de la mañana indicada para la revista, empezaban a adornarse con colchas de seda, granates, azules y amarillas, haciendo de ellas y de banderas frontales, de adorno para sus balcones y formando con esto un aspecto brillante y muy agradable a la vista.

Y si tal cosa ocurría a aquellas primeras horas de la mañana, a la una p.m., que era la de la revista, aquellos balcones ocupados por damas y niñas distinguidas y caballeros de igual condición y las veredas que formaban el perímetro de la plaza, ocupadas por una masa popular numerosa, hacía un lucido complemento, dando brillo y solemnidad al acto.

. . . .

A la hora de costumbre ya se oían resonar a lo lejos por el Este, Sud y Oeste de la ciudad, las primeras manifestaciones de la aproximación de las tropas, con el redoble de los tambores y la voz estridente de los clarines para terminar, ya próximas a la plaza, por los primeros compases de las distintas bandas de música, formando un conjunto disonante, que si no deleitaba el oído, imprimía alegría y animación.

De los cuatro cuerpos de la guarnición empezaban a aparecer con paso marcial, dos por la calle Ituzaingó, entre 25 de Mayo y Rincón, los que procedían del Cuartel de la Aduana y Fuerte de San José y dos por la calle Sarandí, procedentes del Cuartel de la calle de Andes, ubicados en los terrenos de don José María Esteves, calles 18 de Julio, Daymán y Colonia.

Estos cuerpos vestían vestuario de gala; pantalón azul con franjas de color punzó o amarillo; levita de faldón corto de igual color con botonadura de metal, charreteras de fleco de lana rizada en iguales colores; morrión también azul y de la forma que hace cuarenta años usaba nuestro ejército como copia exacta del vestuario francés con una placa de bronce sobre la visera,

designación de cada cuerpo y un pompón del mismo color punzó o amarillo; calzado de becerro con polaina blanca, guantes del mismo color, etc., etc.

En la marcha a paso redoblado de estos cuerpos, venían ellos precedidos de una numerosa vanguardia de chicuelos desaliñados que marchaban en silencio y al compás de las bandas de música y tambores, sudorosos, poseídos de creciente animación, alegres y contentos.

Los tres batallones, tomaban colocación, uno después de otro, sobre los tres costados de la plaza. Al Este, Sud y Oeste, resultando invariablemente el costado Norte en la dirección de la calle Rincón, el que siempre ocupaba la artillería.

Un cuarto de hora después de cubierta y alineados los cuatro cuerpos, un ordenanza, apostado en la esquina que hoy ocupa la Botica Inglesa, de pronto llevaba a su boca un clarín, previniendo así la presencia del Coronel Du Chateaux, acompañado de sus dos ayudantes, ordenanzas y corneta de órdenes.

Este bizarro jefe, en traje de gala, compuesto de pantalón galoneado y bota granadera y espuelines pequeños; levita azul cruzada; capa blanca, que llegaba a cubrir hasta el anca y costado de un brioso caballo oscuro, aparecía entonces en medio de la plaza al galope y con la primera voz de mando, como indicación preventiva de las que habían de seguir después. Y esto, en medio de los redobles de tambores, que hacían coro a la aparición del jefe de la parada y su pequeño séquito.

Una serie de evoluciones de los cuerpos en formación, cumpliendo con las voces de mando de Du Chateaux, se iniciaban desde luego manteniendo el interés del millar y medio de personas, que las presenciaban, con creciente satisfacción.

Marchas y contramarchas repetidas, ya en columnas de cuatro en cuatro o en más unidades de fondo, o en columnas cerradas recorrían los frentes de la plaza en diferentes direcciones con admirable precisión.

De modo, que la variedad de tales evoluciones repetidas en el transcurso de media hora, más o menos, venían a constituir el programa de las revistas manteniendo el interés de ellas y dando oportunidad para formar juicio acabado sobre la pericia de las tropas en aquellos ejercicios doctrinales.

Por lo general, así se producían estas revistas de la plaza Constitución, y así terminaban, procediendo después, los cuatro cuerpos que componían las fuerzas, tomando cada uno de ellos la dirección que correspondía hasta llegar a sus respectivos cuarteles, dejando en los espectadores de aquel cuadro que se les ofrecía por el distinguido jefe francés, las más gratas impresiones, y el deseo explicable, de una próxima repetición.

V — LAS RETRETAS.

Para decirlo todo de una vez, agregaré, que la música de cada uno de los batallones, concurrían también, alternando en los días festivos a la misma plaza Constitución, para hacer oír el lucido repertorio de piezas con que contaba.

Igual proceder observaban, en los días de Semana Santa y fiestas patrias de nuestro país y el que la Francia conmemora hoy mismo y conmemoraba entonces con motivo de la toma de la Bastilla.

El sitio que siempre ocuparon las bandas de música, fue invariablemente, casi en la esquina Sarandí e Ituzaingó, al Sud, frente al hoy "Hotel de las Pirámides" y al pie de la Torre del Reloj.

. . . .

Recuerdo que a estas retretas, concurrían con frecuencia varias personas que tenían y vivían en casa propia en la expresada plaza o sus alrededores, como Don Manuel Illa, Don Inocencio García, Don Juan Lloveras, Don Simón Arrieta, Don Pablo Domeq, y el calígrafo Besnes de Irigoyen, padre adoptivo del conocido ayudante del Ministerio de la Guerra, Don Ramón Irigoyen, etc., etc.

SEXTETO CLASICO

LA PAZ DE OCTUBRE EN LA UNIVERSIDAD

¿SON GALGOS O SON PODENCOS?

Se refieren escenas tocantes de una fecha memorable, y otras de grato y alegre recuerdo.

I — La Universidad Mayor de la República, fue creada por ley de 8 de junio de 1833, e instalada recién dieciseis años más tarde, esto es, el 14 de julio de 1849, nombrándose Rector de la misma, al presbítero don Lorenzo Fernández, Vicario Apostólico, en esa fecha.

En 1851, época a que tengo forzosamente que referirme, ya el Rector Fernández había sido sustituído por el doctor don Luis José de la Peña, ciudadano legal de la República, pues era oriundo de la Argentina, en donde figuró después de la caída del general don Juan M. de

Rosas, como Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Derqui.

El joven Arturito, que figura en el primer tomo de esta misma obra, después de haber concurrido cuatro años consecutivos a las clases de instrucción primaria y secundaria, fue matriculado en marzo de 1851, para empezar los estudios de bachillerato, ingresando para ello en las aulas de Latín y Matemáticas de la Universidad.

Eran las diez de la mañana del día 8 de octubre, cuando Arturito, ya con sus catorce años cumplidos, y más despierto su buen sentido que cuando concurría al Astillero de Quartino para presenciar la construcción de la goleta que tan gratos recuerdos le dejó, acababa de llegar a la Universidad (esquina Maciel y Sarandí), después del largo trayecto que había recorrido a pie, desde la calle Paysandú, entre las de Andes y Convención, en que estaba situada su casa.

En el patio principal del edificio destinado a nuestra vieja Universidad, sobre el costado Norte, se veía la sala destinada al aula de Matemáticas (que cuatro años más tarde pasó a ser la de Francés), con puerta al patio de la referencia, y más dos pequeñas ventanas, éstas y aquélla de vidriera, mientras que, una segunda puerta que daba al claustro o galería, del frente, era angosta y de tablero.

En distintos grupos, esperaban los estudiantes matriculados en aquella asignatura, hablando de cosas indiferentes, y algunos, sobre los teoremas que constituían la conferencia de esa mañana, hasta que se presentaba el catedrático, que lo era de esta materia, el doctor Peña, Rector de la Universidad, según lo he expresado al principio de este capítulo.

II — En el extremo del claustro o galería, apareció pocos momentos después, la silueta del Rector, que hoy día parecería un tanto indigesta. Por su indumento, compuesto de un pantalón negro y holgado, una robe de chambre a mitad de las pantorillas, ceñida a la cintura por presillas y un cordón, y terminando el detalle definitivo, un sombrero de copa alta, de bastante uso y dudoso color negro, podría formarse juicio acabado.

Después de una ligera inclinación de cabeza, por el maestro, y de un saludo atento, y en coro, por los estudiantes, aquél y éstos entraron al aula por la estrecha puerta, tomando posesión de sus sitios respectivos; el profesor subiendo a la cátedra, colgando su sombrero en una de sus perillas, y sentándose, y los discípulos, a su vez, ocupando una quincena de asientos.

Entre aquéllos, grato me es recordarlo, figuraban: Pablo Zufriategui, Nicolás Inzaurraga, Hipólito Marfetán, Domingo González, Amaro Carve, Daniel D'Anunzio y otros. Marfetán era el Bedel del aula, y se distinguía por sus adelantos y vocación marcada en la carrera de agrimensor, que sea dicho de paso, fue la que vino a ejercer años más tarde, instalándose en la ciudad de Mercedes o de Soriano, que, me parece, era la de su nacimiento y del de muchas personas de su familia.

Damián Vivas, otro de los estudiantes matriculados, y que no enumeré antes, se encontraba frente a la pizarra, de uso en estos casos, ocupado en la demostración de un teorema de geometría plana, cuando se sintieron pasos precipitados por la galería y por el patio, que no pudieron menos de preocupar la atención de todos los que ocupaban la sala, concluyendo con una verdadera sorpresa al sentir abrirse, con violencia y estrépito, la puerta vidriera que daba al patio, dando entrada al señor don José Gabriel Palomeque, (1) el cual, con el sombrero en la mano y temblando de emoción, exclamó dirigiéndose al doctor Peña: ¡Albricias! ¡Albricias para todos! ¡Acaba de firmarse la paz, sobre la base patriótica de que no hay vencidos ni vencedores!

El doctor Peña, no menos emocionado que el distinguido y simpático misionero de la paz, que acababa de celebrarse, se dirigió y abrazó al señor Palomeque; y tomándose ambos del brazo, abandonaron el aula, para dirigirse al departamento que el Rector habitaba, en uno de los extremos del edificio.

Excusado es decir que los estudiantes, a su vez, abandonaron el local con el mayor apresuramiento, deseando llegar a sus respectivas casas a la mayor brevedad posible; y así lo hicieron, sin preocuparse para nada del día en que debían volver a él, pues desde luego pensaron en las fiestas que habían de tener lugar en celebración de una paz tan deseada.

Al son del repique de las campanas de los templos, del estallido de los cohetes voladores de dos tiros y de la India, en medio de los innumerables grupos que empezaban a formarse en las calles de la ciudad, y de las muchas personas que corrían desatentadas en distintas direcciones, muy especialmente hombres, con la alegría pintada en el rostro, los estudiantes hicieron el trayecto de la Universidad a sus respectivas casas, esperándolos en ellas iguales manifestaciones de contento y verdadera satisfacción: todos eran dichosos en aquellos momentos .

---

(1) En 1851, este caballero no había obtenido todavía los títulos que obtuvo más tarde, en las letras y en la milicia.

Habían dado las diez de la mañana, hora de almorzar en aquella época, de manera que fue eso lo que todo el mundo hizo antes de iniciar ningún programa, conducente a disfrutar los goces que necesariamente tenía que producir la fácil comunicación entre la plaza sitiada y el campo sitiador hasta aquella fecha, y durante casi nueve años.

Arturito, por su parte, tardó muy poco en ver realizado su deseo de encaminarse al campo sitiador, en que, como lo recordará el lector, había residido durante cuatro años; esto es, desde 1843 hasta fines de 1847, pues se encontró con que sus padres concluían en ese momento de almorzar en compañía de varias personas. Sólo faltaba, en consecuencia, que él hiciese otro tanto para en seguida partir en comitiva todos los presentes, en dirección al Cerrito, y uniendo los hechos a las palabras, así lo hicieron.

III — Media hora después, Arturito, sus padres y demás personas reunidas en su casa, iban camino de la Villa de la Unión, habiendo tomado para ello la calle 18 de Julio.

Al llegar a la hoy calle de Municipio, a la derecha, se encontraron a las puertas de la casa llamada "Volada".

Era notorio, para todos los de aquella época, que las casas distinguidas con tal denominación, eran aquellas que habían volado por los aires, la mayor parte de las veces, junto con los pobres soldados, de uno y otro bando, que se resguardaban o hacían guardia en ellas, siendo esta casa de la esquina 18 y Municipio, una de ellas.

Desde esta última calle, en adelante, era campo neutral hasta la azotea, llamada entonces de "Sorchante", reedificada hoy y con casa de negocio, como siempre estuvo, y formando ángulo con 8 de Octubre y Garibaldi.

Pues bien, todo ese campo neutral, estaba poblado de una hierba abundante y frondosa, y en forma tan compacta, que dificultaba el tráfico, fatigando además la pujanza de las personas más decididas por adelantar camino.

Fue grande, la novedad que causó a la inmensa masa de gente que avanzaba a paso largo y decidido por aquellos tupidos matorrales, que, como dejo dicho, se resistían al tráfico, doblándose a su paso, para volver a erguirse una y más veces, y para poner en posición vertical sus tallos, hollados por ruda planta.

Después de nueve años de abandono, el terreno, teatro de la lucha diaria, en guerrillas, en sorpresas y descubiertas, ataques recíprocos, persecuciones, etc., etc., mal podía pretenderse encontrar sendas o caminos regulares para el tráfico: todos los que existían cuando se inició la guerra, los había borrado el tiempo, que sólo rigió para la ruina y la destrucción; no había caminos, pero había yerbales y abundante cicuta, la planta viciosa a que me he referido, y que resistía rebelde en aquella tarde memorable.

La concurrencia había cargado al centro de la línea de fuego, dirigiendo su marcha por la cuchilla grande y en dirección a la Villa...... en la cual, era de suponer, se encontrase el mayor núcleo de familias, más o menos vinculadas a las de la Capital, ya por los lazos del parentesco, como por los de la amistad.

Las escenas expresivas y tiernas, se repetían a cada paso entre parientes y amigos, que yendo y viniendo en direcciones opuestas, se encontraban y detenían; todos eran abrazos, expansiones y esperanzas para el porvenir, que por cierto, en aquellos momentos felices, nadie podía suponer que muy en breve habían de ser defraudadas.

Parece que veo las sopandas, nuevas y viejas; zerlinas y carricoches de mala facha y de peor movimiento; carretillas de trabajo, toldadas con sábanas y munidas de colchones en su lecho, para que pudiera sobrellevarse la rudeza de su traqueteo, llenas de señoras y niños.

Todo se volvía exclamaciones, saludos en voz alta y por señas, todo en medio de vivas, general regocijo y confusión con los cohetes y vocerío sostenido del inmenso gentío que avanzaba.

Ya próximos Arturito y su familia a los antiguos molinos de Ocampo, frente a los Meneses, se dejó ver a distancia de unas cuatro o cinco cuadras un piquete de caballería que atravesaba por los fondos de la quinta que ocupaba el doctor don Francisco Solano de Antuña y su familia, produciendo grande alarma y confusión en la columna que avanzaba a paso redoblado, guiada por la ansiedad de llegar cuanto antes al lugar de su destino. Para esto, una evolución que hizo el piquete por dificultades del terreno, y no por otra causa, y un grito alarmante, y en forma interrogativa de: "**¿son blancos o son colorados?**", vino a colmar la medida produciendo un desbande de mayor y menor importancia, muy especialmente en las señoras y más que en éstas, en los niños que eran conducidos de la mano por centenares.

Tal vez si no hubiesen sonado las palabras **blancos y colorados**, que desde entonces se consideraban ya borradas y extinguidas para siempre, nada hubiese ocurrido, pero el ánimo prevenido por ingrata experiencia, después de nueve años de sangre y de desquicios, borró en un segundo las gratas impresiones de aquella mañana de feliz iniciación, de una vida de reconciliación y progreso para el futuro.

El piquete de caballería venía desarmado, como no podía menos de ser, y siguió tranquilamente su camino. Otro tanto hizo la columna de pueblo, que al divisar en esos precisos momentos los primeros edificios de la Villa, que días después iba a ser bautizada con el nombre de "Unión", conmemorando el grande acontecimiento del día, se apresuró a repartirse en grupos, y éstos, a invadir todas y cada una de las calles en que aquella estaba dividida, sus alrededores, la iglesia de San Agustín y el colegio, en cuya torre flameaba un grupo de banderas nacionales.

IV — La visita en masa de la población de Montevideo duró hasta las cinco o seis de la tarde, después de haber sido acogida por pronunciadas manifestaciones de confraternidad, aunque sin exageración ni estrépito.

El regreso fue aún más expansivo que la ida, agregándose a esto, cantos y manifestaciones de todo género, no quedando un solo cajón de cohetes de la India en la Villa, que no se quemase en el tránsito de ella a Montevido.

Cuando de regreso, llegó la columna de pueblo al campo neutral por segunda vez, tuvo la oportunidad de ver: que si bien los matorrales y chircales de aquellos terrenos, incluso la cicuta que abundaba sobre todas, había insistido en erguirse con repetición, resistiendo a la presión de millares de pies en acción de marcha, al regreso, aparecían dominados sus bríos de tal manera, que quebradas por sus tallos, se habían convertido en una hermosa alfombra de mullidos juncos y espadañas.

Las personas domiciliadas en el campo sitiador, bajaron en ese día a la capital, en muy poco número, pero al día siguiente, 9 de octubre, la visita a aquella y a la Villa de la Unión, fue recíproca y en bastante número, figurando en la expedición hacia afuera el conocido Arturito, quien había sido invitado por su joven amigo, después doctor J.R.G., para pasar el día con él y probar un carnero de andar, que le había regalado, y cuyo nombre era "Florín".

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

DEL TEATRO DE ANTAÑO

LA INAUGURACION DEL SOLIS

MISCELÁNEA RETROSPECTIVA

I — Era el 25 de agosto de 1856, y Arturito, que en esa fecha contaba 19 años, subía a paso largo la calle 25 de Mayo, a la altura de la casa-habitación de don Toribio Tutzo, entonces comerciante de esta plaza. Continuó su marcha hasta llegar a la de Juncal, doblando después a la izquierda, en dirección al mercado de aquella época, y que hoy hace parte de la Plaza Independencia.

No necesitó caminar mucho más, para encontrarse en la plazoleta del Teatro Solís, cuya solemne inauguración se verificaba ese día, conmemorativo de la independencia de la República.

El teatro se destacaba entonces, aislado y en el centro de la manzana que lo contiene, libre de los adefesios laterales de hoy, reñidos con la estética y sin consultar otros intereses explicables que los mercantiles.

Por otra parte, bien pronto se palpó el perjuicio efectivo que con tales adefesios se infirió a la acústica del teatro, por el apoyo de los demás accesorios en distintos puntos de sus muros laterales, hasta la calle Reconquista, interrumpiendo otras tantas veces la reproducción de las ondas sonoras, como sucede en un piano, cuya tabla armónica sustenta un peso apreciable, en uno o más puntos de su superficie.

La sonoridad actual de nuestro principal coliseo, a pesar de la edificación, de los accesorios, es siempre notable, pero no es ya la de sus primeros tiempos, como pueden atestiguarlo algunos de nuestros pocos contemporáneos, que asistían con frecuencia a los espectáculos líricos y dramáticos del nuevo Solís.

II — En 1856, las localidades en los teatros diferían de las de hoy. Por ejemplo, los sillones de orquesta no se conocían entonces; lo que había, eran sencillamente lunetas de cedro, más o menos pulidas y más o menos *duras;* los tapices hasta en Solís se habían dejado para mejor oportunidad, que es como si dijéramos para las calendas griegas; y en cuanto a los otros teatros, como Cibils y San Felipe, ni siquiera se habló de ellos para entonces, ni aun para las mismas calendas.

Además, no abundaban los recursos, y de lo que se trató con preferencia, fue de terminar el teatro en las condiciones más favorables, lo que hay que convenir se logró, mereciendo por ello la Comisión Directiva los más cumplidos y entusiastas elogios.

Este recuerdo me provoca el de que las Comisiones Directivas que sucedieron a la fundadora, hasta veintitantos años después, antes de decidirse a ofrecer un asiento agradable, por no decir siquiera soportable, a los concu-

rrentes, pidieron y obtuvieron varios modelos de sillones, que hasta hoy mismo pueden verse en la secretaría, sin decidirse por ninguno.

Recién pasadas dos décadas, vino a aceptarse el peor modelo, a nuestro juicio, cuando hasta los teatros inferiores de Buenos Aires contaban ya con localidades tan buenas o mejores que las que hoy tiene Solís, y que no son otras que las consabidas.

Pero, nada habría sido esto, porque, al fin, en algo se había mejorado con el nuevo mueblaje, como que de él nos servimos desde 1884; pero, he aquí que, con motivo de las reparaciones hechas en Solís (1909), se le ocurrió a la Comisión de esta fecha, reducir la capacidad de los sillones de la platea, que, frente a sus defectos, poseían la buena condición de tener la amplitud necesaria para resultar relativamente cómodos.

El propósito de la Comisión fue aumentar el número de asientos de la platea, aunque sólo para los espectáculos de la temporada lírica y con sacrificio de los concurrentes, que se veían colocados en prensa durante los demás del año, y en muda contemplación del resto de las localidades que permanecían vacías, como hoy mismo sucede.

Por otra parte, los varones corpulentos empezaron a sufrir —y hoy mismo siguen sufriendo la pena negra—, y lo que es las damas —cualquiera que fuese o sea la causa de su volumen— no sólo *llenan la medida* sino que todavía se quedan cortas.

Y no estaría del todo mal, si a esto sólo se redujesen las molestias.

Supóngase a esos corpulentos o a esas corpulentas, puestos en prensa; a quienes se les hace tremolillo por detrás; a quienes se les abolla con el pie el sombrero o la pamela que guardan en el fondo de su asiento, y a cuyo oído se tose, se habla fuerte o se silba!... sí, señor, se silba, como en cualquier circo. ¿Habrá alguien que lo niegue? Además, ¿qué tiene ello de extraño? ¿No se dan voces en los tranvías y se cantan versos indigestos en coro desafinado, aturdiendo a los pasajeros, que no chistan por evitar incidentes desagradables?

III — Pero volviendo una vez más a los célebres sillones, porque unos recuerdos provocan otros, dando el resultado de una asociación de ideas, agregaré que tengo presente el año de su estreno con otros detalles, que no dejan de tener interés.

Los sillones se estrenaron en una noche del mes de mayo de 1884, destinada al debut del gran caricato Valdelli con la opereta "Donne Curiose".

Este barítono brillante, era tan brillante como Ferranti, que Arturito había oído en San Felipe, del mismo modo que oyó a Vacani: tres verdaderas notabilidades en lo referente al arte de cantar bien, pero... sin voz.

Tal vez no falte algún chusco, a quien se le ocurra observar que tal circunstancia no deja de tener su mérito y novedad, porque, cantar con voz, cualquiera canta; y aun cuando tal afirmación se apartaría de la sentencia rosiniana de que para conjugar aquel verbo se necesita en primer término voz, mucha voz... y otras cosas más, el hecho es que, con ella y sin ella, los tres artistas gozaban de renombre... y de muchos pesos en el cajón de la boletería.

Y a propósito, el artista Valdelli se encuentra actualmente en París, dando lecciones de canto, aunque no me consta que Bonetti haga otro tanto en Londres.

Otra coincidencia tuvo lugar en la misma noche del debut de Valdelli y estreno de las nuevas localidades, y aquélla fue la de la "Inspección de Teatros", confiada desde entonces y hasta hoy, al maestro compositor nacional, señor Tomás Giribaldi, como vienen a mi memoria, recuerdos de doce años antes, cuando actuaban en el hermoso coliseo de la calle Buenos Aires, artistas como la Cepeda, la Marzziali, la Briol, Amalia Passi, esposa después del maestro y empresario Angel Ferrari, los barítonos Mazzoli y Cavedagni, a quienes me parece estar oyéndoles en "Guaraní", en "Atila", en "Belisario", y en "Nabucodonosor"; a otro barítono de menores títulos, Marzziali, hermano de la notable soprano que he nombrado antes, y, entre otros, a un tenor de la misma fuerza de este barítono, llamado Setragni, estos últimos pertenecientes a la misma compañía.

A propósito de estos artistas, cierto día se anunció la "Marta", de Flotow, y en la tarde de la víspera de la función debía tener lugar el ensayo general. Marzziali y Setragni no estaban en buena relación, porque no se disculpaban sus respectivos defectos de cantantes, y como estos defectos eran evidentes, y habría podido caber muy bien una *compensación* razonable entre ellos, quedando así chancelados y en paz, se hicieron gestiones para arreglarlos, aunque sin resultado práctico. Tira de aquí y tira de allá, ocurrió al fin que, en

un pequeño intervalo del ensayo de la ópera, se suscitó un incidente desagradable entre ellos. Pasando de las palabras a los hechos, y dejando el canto a un lado, Setragni, apoderándose del dedo índice de la mano derecha del segundo, se lo llevó a la boca con violencia y le aplicó un soberbio mordisco, el cual le reservó al mordido, recuerdos imperecederos. Y digo imperecederos, porque el hombre quedó con el dedo tieso, *apuntando siempre* a todos los vientos, cualquiera que fuese el papel que jugara en los espectáculos futuros de la compañía.

Sólo debido a esto se le distinguía, por mucho que le desfigurase el traje que le impusiera la obra en escena.

Por varios días, el barítono Marzziali no pudo actuar, y cuando pudo hacerlo, fue precisamente en la "Marta", la ópera del inolvidable ensayo; y como en ella tenían aquél y Setragni que aparecer en una de las escenas, juntos como buenos amigos que eran, según el libreto, y en un solo carruaje, en previsión de algún nuevo mordisco, que, conforme interesó una vez el dedo índice de Marzziali, en una segunda podría mutilarle cualquiera de los otros dedos que le restaban, el oficial 1º de policía, señor Ramón Irigoyen, les previno: que la menor manifestación de un nuevo incidente en presencia del público, le obligaría a conducirlos al Departamento, en donde pasarían la noche, aunque no les fuese agradable.

Por último, recuerdo la falange de artistas líricos desde los más célebres en Europa, cuya edición parece haberse agotado y todos los cuales se exhibieron en el escenario de Solís.

IV — El maestro Tartini, antiguo tenor retirado hacía treinta y tantos años, concluyendo por hacerse empresario de una compañía de vejestorios, que actuó en Solís en 1881, le decía una noche a los doctores Herrera y Obes, Eduardo Fernández y García y a mí, que en Italia ya no había conservatorios, ni aun el renombrado de Milán; que lo que había eran *conversatorios*, y que a esto respondía la escasez actual de buenos cantantes, asegurando que, para principios del siglo XX, no tendríamos uno que valiese un comino.

A la fecha, y de 15 años atrás, mis contemporáneos inteligentes son los que podrán decir si ha resultado exacto el pronóstico de Tartini.

Para ello, y comparando, no habría sino que recordar las antiguas sopranos que he nombrado hace un momento, así como a la Merea, a la Belincioni, a Sofía Vera Lorini, madame Lagrange, la Alaiza (soprano sffogato), la Mollo, la Urban, Carozzi, la Cocca, la Pantalioni, la Theodorini, la Gabbi, la Scalchi-Loli, la Borgi-Mamo, la Patti, la Darclé, la Medori y la Singer, que estrenó la "Parisina", de Giribaldi; a los tenores Comoli, Tamberlik, Mirate, Irfré, Celada, Lelmi, Perotti, Piccioli, Tamagno, Signoretti, Signorini, Lucignani, Gianini, Aramburo, Oxilia, Bulterini, Massini, Stagno, Gayarre, De Lucía, Demarchi y Tonesi; los barítonos Scotti, Celestino, Cotogni, Arnauld, Reina, Battistini, Kasmann, Bonetti, Bassi, Conti-Marroni, Chiapini, Cima, Rossi-Gelli, Giani, Straciari, Menotti, Mariscalchi y otros; a las mezzosopranos y contraltos la Sáenz, la Biancolini, la Vercolini y la Zacconi; a los bajos Bottero, Susini, Nerini, Castelmary-Didot, Ordinas, Bussi, Maffei, Veccioni y Tamburini.

El tenor Ballarini, que cantaba con la Marieta Mollo, fue el que elevó el precio tradicional de las entradas (de 36 centésimos a 50).

Otro tanto podría decir, nombrando en el arte dramático al gran trágico Salvini, que hace dos años falleció en Florencia; la Ristori, la Tesero, la Duse, Ernesto Rossi, Majeroni, la Pezzana, Gualtieri, Giagnoni, Passarini, el brillante Garces, Andó, Pasta, Serafini, Oritz, Valero, la Duclos, la Segura, Belli-Blanes, Lugarto Gómez, Fernando Torres, José Pardinas, Allú, Fragoso, Jover, Revilla, Fernández Guitard, la Vignes, Reina y Codina, fusilados estos dos en el Paraguay por Francisco Solano López, García Delgado, Micaela Roca, la Paladini, Emanuel, Virginia Reiter, María Tuban, Carmen Cobeña, María Guerrero, Rosario Pino, Díaz de Mendoza, Cirera, etc., etc.

Por último, me considero deudor de un recuerdo a los directores y concertadores de orquesta: Preti-Santi-Petri, Bassi, Dominicetti, Nicolao, Salvini y otros.

Pero. . . discúlpeme el lector esta desviación de mi principal propósito al iniciar este capítulo, y pasemos a la inauguración de Solís.

V — En 1856, los billetes, que se expendían en boletería, eran vendidos, a diferencia de hoy, conjunta o separadamente, esto es: la entrada y el billete indicador del número de la localidad, o sólo esta última, pasando después el interesado a retirar la entrada correspondiente. Lo mismo ocurría con los palcos y tertulias, a excepción de las entradas y localidades de cazuela y paraíso, que se vendían juntas.

Arturito, que con gran anticipación había asegurado su luneta en la fila 5, punta de banco, y sobre el grupo izquierdo de aquéllas (1), iba ahora a recoger su entrada, que no le costó poco, por más que llevase en sus bolsillos un solitario patacón español de 960 reis, que bailaba en él con la mayor holgura.

Y digo que no le costó poco, porque se encontró con un gentío inmenso en todo el frente del teatro, comprensivo del peristilo y de la plazoleta, dificultándosele la aproximación a la boletería; y no sólo fue esto la dificultad, sino que se habían agotado las entradas.

En cuanto a localidades, hacía muchos días que no se encontraba una, ni en la boletería, ni fuera de ella.

Todo esto, que llegó a *contrariarle seriamente*, bien pudo evitarlo con sólo una palabra.

En el primer momento no se le ocurrió, y quedó mudo, pero el boletero, señor Soria, le hizo la siguiente pregunta, y Arturito recobró el habla: —Joven, ¿tiene usted localidad? —Sí señor, aquí está —contestó aquél mostrando su luneta, e inmediatamente se le entregó la entrada, porque si bien se habían agotado las que se demandaban sueltas, no así las que hacía indispensables la ocupación de las localidades adquiridas de antemano.

VI — Al fin llegó la hora deseada.

Desde las 7 de la noche, el teatro estaba profusamente iluminado en su exterior; ocupaba la plazoleta del mismo inmensa concurrencia y en el centro tocaba la banda de Artillería, que era una de las que más se distinguían.

Algunos de los miembros de la Comisión Directiva se mostraban en el vestíbulo y pórtico de entrada; la puerta de la cazuela no se había abierto todavía, ni tampoco la del paraíso, a pesar de demandarse la entrada por un público inmenso e impaciente.

La hora para los espectáculos públicos, inclusa los más solemnes, era, en invierno y verano, las 7 y 7 y 1/2 de la noche, a diferencia de hoy, que empiezan pasadas las 9, y creo que no tardarán en empezar una hora más tarde, como signo de progreso.

Sin embargo, para el estreno del Solís, se marcaron las 8 de la noche: a esa hora estaba ya cerrada la boletería, con esta advertencia en letra impresa: *No hay más localidades*.

Al fin, dadas las 7 y 1/2, las puertas de la cazuela y paraíso se abrieron con cierta solemnidad, y aquí fue Troya. Una columna compacta de señoras y niñas se abalanzó a la amplia entrada de la cazuela, a la par de los hombres, que hicieron otro tanto en la puerta del local correspondiente al paraíso, el otro extremo del frente. Fue tan rudo el avance del bello sexo en el primer tramo de la escalera de la cazuela, que el señor don Pascual Costa, creo que vocal-secretario de la directiva, que se había propuesto contener el empuje vigoroso de las damiselas uruguayas, a pesar de su resistente humanidad, fue derribado del segundo tramo de aquélla, pudiendo apenas incorporarse con la ayuda de dos matronas consideradas. No quedóle a aquel caballero vencido sino la única, aunque grata satisfacción de haber caído en medio de tules, flores y... risas, amén de un ambiente perfumado por aquel ejército de ninfas adorables.

VII — Entretanto, el público de palcos, galerías y lunetas, entraba con mejor orden, aunque con cierta impaciencia y nerviosidad.

Lo hacía por la puerta del centro y la contigua a la boletería, pues por lo que hace a la de la izquierda, se destinó en el primer momento a la salida de los operarios decoradores, que habían trabajado día y noche, turnándose, desde ocho días atrás. Llevaban sus tarros y herramientas en sus manos, con la mayor satisfacción pintada en los semblantes.

Salir el último obrero y colocarse a la puerta dos empleados uniformados como los demás, quedando así establecida una nueva entrada para el público, fue cosa de un momento. Cinco minutos después, completamente ocupados los palcos, tertulias, plateas y cazuela, localidad esta última que en aquella época, y muy especialmente en aquella noche, jugaba y jugó un rol importante.

Las localidades de preferencia no alcanzaban para satisfacer la demanda: todos querían asistir al estreno del nuevo teatro, y esto no fue posible; así es que, en las familias de posición holgada que no pudieron obtener localidades de preferencia, me refiero a las señoras y señoritas, éstas se refugiaron en la cazuela, siendo de advertir que todavía no había entrado la moda de hacer confusión de

(1) Hasta hace pocos años, el reparto de las localidades de platea se hizo en dos grandes grupos, con una entrada y senda al centro, datando desde entonces, hasta hoy, la división en tres grupos, dos sendas y dos entradas.

sexos en la platea, como se hizo más tarde y empieza a hacerse hoy en las playas en trajes livianos de más o menos transparencia.

A la verdad, que no podrá decirse que no adelantamos.

Al acto de inauguración se hallaban presentes: el gobierno en el palco oficial, compuesto del presidente de la república, don Gabriel A. Pereyra y sus ministros; del cuerpo diplomático, jefe político de la capital, don Luis de Herrera, y jefes y oficiales de alta graduación.

Entre muchas de las familias que ocupaban las localidades, recuerdo a las de don Pablo Duplessis, Pedro Zumarán, Francisco Estévez, Luis Posadas, Mariano Baudrix, general Andrés Gómez, Francisco Gómez, Rowley, Doroteo García, Emiliano Ponce de León, Gabriel Antonio Pereyra, Jaime Cibils, Eduardo Acevedo, Miguel Cané, Juan Quevedo, Gabriel Mendoza, Atanasio Lapido, Manuel Herrera y Obes, Miguel Alvarez, Alberto Flangini, Juan Bautista Capurro, Tomás Tomkinson, Tomás Basáñez, Jerónimo Gavazzo, Juan Ramón Gómez, Carlos Fajardo, Cándido Joanicó. Manuel García de Zúñiga, Cesáreo Villegas, general José María Reyes, Laurentino Ximénez, Joaquín Reyes, Adolfo Pedralbes, Mateo Magariños Cervantes, José Rovira, Luis Otero, Jaime Illa y Viamont, Manuel Illa, Francisco Solano de Antuña, Avelino Lerena, Nicasio Balparda, Luis Herrera, Samuel Laffone, Estanislao Camino, Laurindo Morales, Juan Caravia, Bernabé Caravia, Zoa Fernández, Antonio Montero, Miguel César, Jacinto Vargas, Pedro Vizcaino, Francisco Cortinas, Joaquín Requena, Apolinario Gayoso, José Antonio Pallares, Mauricio Lamas, Juan Gowland, Luis Lerena, Blas Vidal, Santiago Botana, Florentino Castellanos, Luis Risso, Gregoria Gómez de Oliveira, Agustín de Castro, Pedro Carve, doctor Brunel, Mariano Ferreira, Carlos Navia, Felipe Maturana, Francisco Rodríguez, Marcos Vaeza, Enrique Arrascaeta, Jacobo Varela y tantas otras que escapan a mi memoria.

VIII — Empezó el acto inaugural con el Himno Nacional, y apenas cayó el telón con aclamaciones entusiastas a la libertad, a la independencia de la patria y a la digna Comisión Directiva, el joven Heraclio Fajardo leyó una composición poética dedicada al acto por el ilustre poeta nacional Francisco Acuña de Figueroa, de la cual recuerdo dos de sus estrofas, que transcribo:

Salve, pueblo oriental...
Tu teatro magnífico inauguras,
Joya monumental de gran valía
En mármoles, dorados y esculturas,
Digno templo del canto y poesía,
Donde fama y aplausos aseguras;
Bello y sublime el interior contemplo
Y grandioso, el peristilo del templo!

. . . .

Hora puedes, orgullosa
Por tu digno coliseo
Competir, Montevideo,
Con Venecia y con París:
"La Fenicia", es majestuosa
"El Odeón" es aplaudido,
Pero nada hay más lucido
Que el Teatro de "Solís".

Terminada la lectura de la composición poética de Figueroa, el doctor don Cándido Joanicó, poniéndose de pie, propuso que los nombres de las personas que componían la Comisión Directiva, en demostración de gratitud y a título merecido, fuesen esculpidos en las columnas de mármol del vestíbulo de entrada.

La proposición fue aceptada por aclamación, y una hora después varios caballeros se ocuparon de hacerla práctica, con tiras de papel en que se imprimieron los nombres de aquellos dignos ciudadanos, pegándolas a las columnas en calidad provisoria, aunque es lo cierto que de efectivo nunca llegó a realizarse.

Terminaron las manifestaciones de este género, con el discurso patriótico del doctor Lapido, que, sin embargo, ofreció dos inconvenientes: el de ser algo extenso y el de haber el orador perdido la ilación al pronunciarlo.

Concluyó la gran fiesta inaugural, con la espléndida ejecución de la ópera "Hernani", de Verdi, cantada por la soprano Sofía Vera Lorini, el tenor Juan Comoli, ambos de inolvidable recuerdo; el gran barítono José Cima, al cual no le he conocido todavía un digno rival, a pesar de los abriles o diciembres con que cuento, y el bajo profundo, Federico Tatti.

En aquellos tiempos, los artistas líricos debutaban, después de ocho o diez años de conservatorio: eran músicos en primer término, y después cantores de escuela, con sus diplomas en el bolsillo: lo que es hoy, con algunas excepciones, me abstengo de abrir juicio, y me atengo a lo que se nos ofrece en retribución, con gritos... y gallos de a doce pesos, cada uno, como los últimos del año anterior.

Terminada la función inaugural, Arturito

no se retiró a su casa, hasta que Solís quedó desalojado y apagadas las luces; y tales alucinaciones le embargaron, que al día siguiente, 26 de agosto, sintió la necesidad de presentarse de nuevo en sus puertas para convencerse de la realidad de las gratas impresiones de la víspera.

....

¿Quién había de decirle a Arturito, estudiante de preparatorios en 1856, que con el andar del tiempo había de tocarle fallar como juez, el pleito a que dieron lugar los nuevos sillones de platea y sillas de palcos y tertulias de Solís, entre el mueblero Durandeau y la Comisión Directiva del mismo

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

LA PREHISTORIA DEL TEATRO INDEPENDIENTE

ESTUDIO PSICOLÓGICO SUGERIDO POR UN MONOMANÍACO CON MOTIVO DE CIERTA FIESTA INAUGURAL

De cómo un criminal, o uno que no lo sea, puede llegar al convencimiento de ser el brazo vengador de la Providencia.

I — Cierto día, en la calle Ituzaingó, se encontró el joven Arturo con un señor que salía de la casa, hoy número 1330. Pertenecía entonces esta casa, a don Antonio o a don Andrés Tavolara, y más tarde, la adquirió un señor Baibiso, y no sé si aún hoy se conserva a su título o al de su sucesión.

Su habitante, era el capitán o sargento mayor, don José Benito Perea, precisamente, la persona que salía de ella, encontrándose con nuestro joven conocido.

Estas dos personas, después de cambiar breves palabras, caminaron hasta el extremo de la cuadra, hacia la calle Buenos Aires, pero, deteniéndose de pronto, regresaron hasta la casa de Perea, y ambos entraron en ella. Una vez en el escritorio, este señor le manifestó a Arturo ser cosa acordada con el señor don Francisco Acuña de Figueroa, don León Pereda, don Juan Figueiras y otras personas de su relación entre las cuales figuraba también don José Mª Montero (hijo), ministro de gobierno, más tarde, del gobernador Latorre, instalar una sociedad de aficionados, con el objeto de dar representaciones y tertulias familiares, cultivando así el arte dramático y relaciones de sociabilidad, sin perjuicio de que muchos jóvenes pudiesen utilizar sus aptitudes e inclinaciones, haciendo de ello carrera, como recurso de vida.

—Muy bien, dijo Arturo.

—Después, agregó Perea, el teatro no nos costará nada.

—Comprendo: el señor Figueiras...

—Por supuesto, y esto, usted comprende, que es importante...

—Claro, y cuente usted conmigo.

Arturo, simpatizó con la idea, suscribiendo a ella, y todo quedó acordado con el señor Perea, asegurando éste, que antes de ocho días, quedaría instalada la Comisión celebrando la primera sesión preparatoria en aquel mismo local.

Convenidas así las cosas, Arturo se despidió, y descendió rápidamente la escalera.

En el zaguán de salida, se encontró con un mozo de buena apariencia, muy atento, el cual se inclinó, en momentos que el señor Perea gritaba desde arriba: ¡Victorio... suba usted!

El así llamado, volvió a inclinarse de nuevo, apresurándose a subir la escalera, mientras que Arturo ponía un pie en el escalón de salida y otro en la calle.

II — Los hechos, no tardaron en confirmar las palabras del señor Perea, pues antes de los ocho días del plazo señalado, se había instalado la Comisión Directiva.

Esta se componía del señor Francisco Acuña de Figueroa, en calidad de presidente; don León Pereda, vice; don Juan Figueiras, don José Mª Montero, tesorero; don José Benito Perea y don Arturo..., vocal-secretario.

Además, se organizó el cuadro de actores, con los jóvenes: Jorge Braun, Florencio Escardó, Julio Buero, Leopoldo Machado Betancour, Román Berro, N. Latorre y algún otro joven, cuyos nombres no me ocurren en este momento.

Tal vez, he debido empezar por hacer mención del jovencito de 16 años entonces José Gereda, hijo de una distinguida familia de esta capital, y que bastante figuró por sus relaciones sociales.

Este jovencito, tenía entonces apenas diez y seis años, y era bastante bien parecido. Su elección se hizo, destinándolo deliberadamente

y desde el primer momento, a los papeles de primera dama, como se destinó también al mismo género a otros jovencitos, cuyos nombres tampoco recuerdo.

Se designó para el *debut* el drama de Campodón: "Flor de un día", repartiéndose los papeles en esta forma:

Marqués de Montero, Florencio Escardó.

Don Diego, J. Braun.

Lola José Gereda.

Su padre, Leopoldo Machado Betancour.

El Negro, Julio Buero.

N. N., Román Berro.

N. N., N. Latorre.

A la vez, se encomendó al ex actor Gutiérrez, la dirección de los ensayos de la obra que debía ponerse en escena, ensayos que empezaron en casa del señor Perea, casa que a los pocos días, se parecía más a una casa de locos que a la de un cuerdo.

El entusiasta Perea, empezó, con este motivo, a decaer en sus entusiasmos y a perder los estribos con bastante frecuencia.

Como era solterón, y además radicalmente refractario al matrimonio, sus gustos, sus hábitos y mueblaje de su uso, no podían ser más sencillos, pero había tenido siempre la debilidad de rendir culto a las chucherías y a algunas cosas, que no lo eran.

Cubrían su escritorio y algunas mesitas de pie, diseminadas aquí y allí, porción de baratijas y pequeñas estatuitas de barro pintadas de colores chillones, y con tal profusión, que era difícil moverse a su alrededor, sin causar alguna avería, de más o menos importancia. Además, alrededor de la mesa de escribir y de las más pequeñas, a que vengo refiriéndome, podían verse tres figurones de cuerpo entero, de rostros patibularios y en cuya presencia tendrían forzosamente que avergonzarse sus autores.

El sirviente de confianza del señor Perea, después de un ensayo, y llegada la mañana siguiente, en que debía hacer la limpieza y acomodos de la casa, siempre antes de que se levantase su patrón, cuidaba de recoger cuidadosamente los despojos y averías del último ensayo, presentándoselas en montón al mayor Perea con el objeto de salvar su responsabilidad.

El mayor, se indignaba entonces, protestando contra el día en que metió en su casa a semejantes muchachos inquietos, y alguna vez llegó su excitación a tirar de su espada cerca de una cuarta fuera de la vaina.

Sin embargo, [illegible] con facilidad, por amor al arte que iba a cultivarse, y tomando además en cuenta la fragilidad de las mesitas de un pie, que no era extraño que hubiesen sido derribadas con las prendas que lucían.

Pero es el caso, que en un próximo ensayo, ya no se trató de las mesitas endebles, ni de la rotura de los cubiletes y pequeños mamarrachos que aquéllas contenían; sino que, uno de aquellos muñecones con mostachos de carnaval y gesto canallesco, fue derribado de un encontrón que le dio el *presunto* Marqués de Montero, en una de sus evoluciones escénicas. El monstruo con figura humana, quedó dividido en tres en medio de la sala, de la sorpresa, y... de las carcajadas del auditorio.

III — Desde el siguiente día, los ensayos tenían lugar de noche en el Teatro de San Felipe, concurriendo a ellos los miembros de la Comisión Directiva y algunas personas distinguidas de su relación y amistad.

El señor Perea vivió desde ese día en su casa, en paz y en posesión tranquila y pacífica de sus muebles, cuadros, estatuas, grandes y chicas, aunque, con ausencia del difunto muñeco de los mostachos, sacrificado en la última sesión o ensayo.

Arturo, tenía ocasión de ver con frecuencia al señor Perea, dando esto lugar, a que estrechara, como estrechó, amistad con él en los dos meses largos, que duraron los ensayos.

Una tarde, al entrar a su casa y ya en el segundo tramo de la escalera, oyó que el señor Perea hablaba con alguien en tono expresivo, concluyendo la última frase con una fuerte carcajada, que resultó seguida de otra, pero que no parecía provenir sino de distinta persona.

Al llegar al vestíbulo, salió a recibirlo el sirviente o amanuense del señor Perea, quien dirigiéndole una mirada extraña, le dijo: viene bien, viene bien; aquí está el señor, que hablaba ahora de usted...

Avanzó Arturo hacia el interior de la sala-escritorio, que tomaba todo el frente de la casa, y allí se encontró con el señor Perea, que se dirigía a su encuentro.

—Aquí me tiene usted, mi amigo, luchando con este alcornoque... e indicó con un gesto al sirviente.

—¿Y de qué se trata?, preguntó Arturo, con cierta curiosidad, y pasando a ocupar el asiento que se le indicaba.

—Se trata de un individuo que cree en duendes y en aparecidos.

Arturo, después de hacer girar la silla [illegible]

tomar asiento con frente a su interlocutor, vino en cuenta, de que el alcornoque, según el señor Perea, había desaparecido, retirándose al fondo de la casa, sin duda.

—Hágase usted cargo, continuó Perea, que este gandul afirma, que hay noches, que siente ruidos extraños en su cuarto, temblores de su cama, cantos subterráneos y ráfagas de aire caliente que le azotan el rostro, amén de otros disparates por el estilo.

—¿Acaso está enfermo ese mozo?

—Nada de eso, pues lo he hecho reconocer por el señor doctor Brunel, vecino mío, ex médico del vapor de guerra "Flambeau" de la marina francesa, y me dice, que es un *anormal*, como hay muchos, pero que, por lo demás, es tan cuerdo como cualquiera de nosotros, y es por eso que andan sueltos los de esta especie.

—Pues es particular, pensó Arturo, que una persona pueda presumir de cuerdo, cuando hace gala de ocurrencias como las que usted me cuenta: no me fiaría yo de personas de tales condiciones.

—Por el contrario, replicó el señor Perea, es imposible dar con un servidor más exacto y prolijo que Victorio, aparte de que es preciso que usted sepa, que muchas veces ha convenido conmigo en que todas aquellas ocurrencias, a propósito de duendes, ruidos y otras cosas por el estilo, no pasan de ocurrencias extravagantes y ridículas; y lo hace con tal convencimiento que pasa un mes, y dos muchas veces, sin volver a las andadas.

—Pero, observó Arturo, vuelve a ellas y tal vez con más persistencia que antes.

—Así es, afirmó Perea.

—Más en mi favor, continuó Arturo, pues usted y ese muchacho lo dicen: quedan convencidos del error, es cierto, pero para volver de nuevo a alimentarlo y a causar nuevos males y a renovar nuevos dolores, cuando no llegan a la consumación de un delito. No puede confiarse en ellos, desde que, si abandonan una falsa o inconsistente creencia, es para encontrarle nuevo fundamento, olvidando la lógica del razonamiento que le dio la convicción del error padecido; es el círculo vicioso en que incurre un cerebro desequilibrado; es, en una palabra, la falta de fijeza y consistencia del pensamiento.

Así es en efecto, dijo Perea, y esto precisamente me hace pensar que este muchacho no tiene remedio.

—Yo creo lo mismo, dijo a su vez Arturo, y después agregó: recuerdo algunos ejemplos con que cuento de *monomaníacos* o *alucinados*, que sin ser locos, hacen el papel de tales a la perfección, pudiendo decirse, en consecuencia, que más valdría que lo fuesen de verdad.

—Yo no digo tanto, observó el señor Perea.

—Pues yo sí, y tengo mis razones. Un loco puede curarse en muchos casos, mientras que uno a medias, es muy difícil, si no imposible. Son lo mismo que ciertos calaveras, que habiendo echado la muela del juicio dos veces, y habérseles cerrado herméticamente la mollera, no por eso tienen pizca de juicio.

—Tal vez tiene usted razón..., dijo Perea, pero me parece que es preferible ser loco a medias, que loco autónomo o de remate.

—Para el candidato, tal vez; pero para su familia..., para la sociedad..., lo dudo. A un alienado, se le recluye en un manicomio, pudiendo decirse que ha muerto civilmente, mientras que a un monomaníaco, un asaltado por alucinaciones sistemáticas, no puede privársele de su libertad, ni en un establecimiento como aquél, ni en uno correccional, mientras no se le declare en condición de *alienado* o delincuente. Estos alucinados, pues, andan sueltos como cuerdos, y en muchos casos proceden como locos y en algunos como verdaderos criminales, víctimas de sus propias alucinaciones, viniendo a ser azote de sus propias familias, causando su desgracia, a la par de la de ellos mismos: por eso he dicho antes, que tal vez sería preferible que estos sistemáticos, empecinados, fuesen locos de *verdad*, antes que cuerdos *artificiales*.

—Pero, ¿no ha oído usted, observó el señor Perea, que este muchacho, después de alimentar uno de esos disparates o quimeras, que le ocurren, queda desengañado de su error, y permanece curado por más o menos tiempo?...

—Ya me lo ha dicho usted, y la verdad, que éste es el proceso de las alucinaciones sistemáticas, sujeto a diferentes alternativas, mostrando profundas convicciones en un sentido como en otro; es como afirmar y proclamar un hecho, para negarlo y desmentirlo después: todos son impulsos, arrebatos, ofuscación, en una palabra. Es esto, lo que importan las alucinaciones, y de ningún modo, un verdadero y deliberado propósito. Así, el atentado de Raveca, cuando abocó su revólver sobre el presidente Borda, fue un impulso inevitable, irresistible fue el que precedió al homicidio per-

petrado en la persona del mismo presidente, mes y medio después, atenuantes aquellas que se tuvieron presentes al fallarse las causas en definitiva.

IV — Una tarde, inmediata a la inauguración de la sociedad de aficionados, Arturo llegó a lo de Perea, el cual no estaba en casa, aunque sí Victorio, que fue el que lo recibió.

Le hizo entrar al escritorio y le ofreció una silla hasta que viniese su patrón.

Pasado un momento, se le ocurrió a Arturo interrogarlo sobre sus preocupaciones favoritas.

Grande fue su sorpresa cuando Victorio se echó a reír, diciéndole que todas esas cosas no pasaban de bromas del patrón; que algo le había ocurrido a él, en épocas anteriores, pero que al presente, estaba curado de esas tonterías, convencido de que todos son sueños en esta vida; que a veces, le asaltan temores y desconfianzas que no tarda en desechar por infundados, aunque, es cierto, para volver después a ellos, concluyendo por desecharlos de nuevo.

—No negaré, agregó después de meditar un momento, que ha habido casos en que me he creído la Providencia... y reparando en la sorpresa que semejante afirmación causaba, insistió en la frase con un signo de cabeza, bien marcado.

—Vamos, exclamó Arturo, no diga usted tonterías, que lo que probablemente va a sacar de todas estas lindezas, es perder la cabeza, e inutilizarse para el servicio... sin contar con el riesgo de entrar en un hospicio, en donde escasean los buenos platos y abundan los baños fríos!

—Señor don Arturo, contestó Victorio, yo soy un ignorante, pero no tanto como puede figurarse usted; he estudiado algo en Italia y leído mucho... y como es natural, algo me ha quedado aquí; y acompañando la acción a la palabra, se llevó la mano derecha a la cabeza.

—Lo que tiene usted ahí, le dijo Arturo riendo, son pájaros. Trate, pues, de espantarlos, y no olvide que cuesta más trabajo echar remiendos a una *mocha*, que a un par de botines...

—Será así, no lo niego, pues a veces yo mismo lo creo así; pero el hecho es que cuando presencio la consumación de una injusticia, me siento impulsado a evitarla y a castigar si es necesario; es entonces que me parece obrar a impulsos de una fuerza mayor...

—¿De la Providencia, tal vez?, interrumpió Arturo con ironía.

—Sí, señor... de la Providencia... pero crea usted que, pasado un momento, no pienso más en ello y desaparece por completo la penosa ansiedad que en los primeros momentos se apodera de mí.

—Bueno, bueno, vale más así, y trate de evitar la repetición, desechando esas quimeras que se apoderan de su mente, extraviándola.

—Gracias, señor Arturo..., muchas gracias, y se retiró para las piezas interiores a pasos lentos y meditabundos.

—Este muchacho es un anormal, estoy seguro, dijo para sí Arturo, y descendió la escalera, dirigiéndose después al Teatro de San Felipe.

Por mi parte, me asaltaron recuerdos de casos idénticos de monomanía o alucinación, y entre ellos, el no muy remoto de un caballero de familia distinguida, llamado don Ramón V... y que luchaba con tres manías distintas: la de considerarse un potentado, la de los versos, aunque subordinando todo al consonante, y por último, la de llevar siempre un palito de dientes en la boca.

En artículo *mortis* o desde mucho antes, en un papel sellado o no sellado, instituyó herederos y legatarios de supuestos bienes, a porción de sus parientes, próximos y lejanos.

El hombre no tenía un solo peso, y además, no era un loco, pues hablaba sensatamente, dando pruebas al mismo tiempo de una amabilidad y cultura envidiables, propias de un caballero, pues lo era, y bien que era a la vez un iluso, un alucinado.

Como se comprende, los herederos y legatarios se contentaron con sólo la institución de que se les había hecho objeto, y más contentos habrían quedado con sólo la intención, pagando todavía el entierro y rogando por el muerto.

Esto, en lo que toca a riquezas, pues en cuanto a versos, recuerdo la quintilla siguiente, para oír la cual, hay que prepararse.

El señor don... y su hijo, eran dos respetables caballeros de fortuna y distinguida posición social. Además eran hombres de altísima estatura pero bien repartidos, constituyendo su presencia dos ejemplares notables.

El señor Batlle, que puede presumir de bien plantado, no resultaría sino un buen remedo, pero nunca un serio rival.

Pues bien, no puedo afirmar que aquella quintilla aludiese a los caballeros; pero como ni en esa época, ni después, he conocido a

otras personas de aquel apellido, se me ocurre que fuese a ellos a quienes se refería.

De cualquier modo, el señor don Ramón V., paseándose en su habitación o en las galerías de su casa, recitaba en tono enfático y con acción algunas veces, los versos que leía y retenía en la memoria, y a la vez, aquéllos de su cosecha.

Para ello, imprimía cierta elasticidad y compás marcado a su paso, a guisa de acompañamiento de los versos que recitaba, en voz más o menos inteligible.

¿Quiénes?... ¿Quiénes son?
¿Don... plessis...? ¿Duplesson?
Mastodonte... Don... plessis!
Guillotina a Duplesson.
¡Que lo manda el Rey Ramón!

V — Y quedaba jadeante, después de este fallo pilatuno, por el cual calificaba de *mastodonte* a un ser racional, a un distinguido caballero, probablemente por su colosal estatura, para en seguida condenar a guillotina a un Duplesson sin expresar causa alguna y tan luego por orden de un rey de nombre plebeyo y de dinastía enigmática.

....

Otras veces volvió Arturo a hablar con Victorio, con un motivo u otro, hasta que llegó la víspera del día de la función y baile anunciados, concluyendo después por no ocuparse más de aquel buen muchacho, aunque ese día, y a propósito de sus manifestaciones, creyó notar en él tal acento en su voz, y tal expresión en sus ojos, que no dejaron de impresionarle.

....

Al día siguiente precisamente del destinado a la función, por la mañana supo Arturo por el señor Perea, que a causa de una contestación inconveniente, se había visto obligado a despedir a su sirviente.

—Lo siento mucho, observó Arturo, pues me resultaba muy simpático.

—Y lo era, en efecto, agregó el señor Perea, mas ya había incurrido otra vez en igual falta, y con ese motivo, le aseguré que en caso de reincidencia sería despedido.

—Pero, ¿me permite una indicación?

—¿Cuál? —preguntó a su vez el señor Perea.

—Que se guarde de un segundo visionario.

—Procuraré guardarme de él.

No se volvió a hablar más de Victorio.

En cambio, durante quince días se habló en grande, de la representación de "Flor de un día", por la sociedad de aficionados.

La función tuvo un completo éxito, como lo tuvo el baile que se dio en la sala del teatro. Para la representación, las sillas de platea ocupaban un piso a nivel del escenario, como se hace para los bailes, banquetes y otras fiestas análogas en todos nuestros teatros, de modo que, apenas terminó la representación, la platea improvisada quedó convertida en espacioso salón de baile.

Las familias que tres años antes el lector había visto figurar en la inauguración del Solís (capítulo anterior), con raras excepciones, son las mismas que asistieron a esta simpática fiesta, que, como he dicho antes, fue coronada por un completo éxito.

La segunda representación, que tuvo lugar por la sociedad de aficionados, cabiéndole el papel principal a don José M. Montero Ventuises, fue el drama clásico de don José Zorrilla: "El puñal del Godo", restándole después muy poca vida a aquella sociedad, hasta que se disolvió, como sucede frecuentemente con todas nuestras empresas, y por motivos que carecen de interés al presente.

El primero de sus miembros que renunció, fue el presidente, y lo hizo en estos términos: "Señor vicepresidente y demás miembros de la Comisión Directiva del Teatro de Jóvenes Aficionados:

"No siéndome posible continuar en esa Comisión, cuya presidencia me habéis confiado, porque mis continuas ausencias de la capital y el peso de mis años neutraliza la actividad y atenciones que requiere aquel cargo, me veo en la precisión de hacer dimisión de él, resignándolo desde este momento en el señor vicepresidente, León Gereda, mientras no nombréis la persona que me sustituya.

"Yo espero que por el conducto del señor secretario, deis en mi nombre las gracias a la recomendable Sociedad de Jóvenes Aficionados, que tan dignamente han llenado nuestras esperanzas y merecido la aceptación de todo el público en la doble función de drama y baile, que por primera vez exhibieron en la noche del 30 del pasado, especialmente los que desempeñaron los cuatro roles principales del drama. Dios g.de a Vds. muchos años. Montevideo, noviembre 6 de 1858. — Firmado: *Francisco Acuña de Figueroa*".

A la fecha, no sobreviven de los miembros de aquella Comisión, iniciadora de la Sociedad de Aficionados, sino el vocal-secretario, y de los actores el ex joven José Gereda, que caracterizó admirablemente a la bella Lola de Camprodón en su "Flor de un día".

Hoy se exhibe, y puede vérsele diariamente en la galería de la Pasiva, sobre la Plaza Independencia, pero, ¡triste realidad!, mostrando su cutis cetrino, su melena gris y la poblada barba de un patriarca, en vez del semblante juvenil, la blonda cabellera y las galas que hacían el cómplemento de la Lola adorada de su Diego y ambicionada por el Marqués de Montero.

Es que han transcurrido 60 años, no siendo poca suerte para la Lola vieja, poder contar el cuento y leer esta crónica retrospectiva!

VI — Después de esto, pasó un largo año. Durante su curso recuerdo haber leído en viaje a Chile desde el Japón, una relación de la perpetración de un crimen alevoso en una fonda o casa de comida de la calle 25 de Agosto o Bóvedas, en que uno de los mozos de servicio había muerto de un puñalada al capitán Rossi, jefe de un buque mercante surto en el puerto.

El joven Arturo tuvo noticias del suceso, pero no paró la atención en los detalles, pues otros hechos delictuosos se habían producido en aquellos días.

Pasó un año más, y allá a fines de 1859 ó mediados del 1860, y en las primeras horas de una mañana muy fría, aquel joven se dirigió al Cabildo con el objeto de hablar a don Juan Santiago García, alcaide de la cárcel pública, y estando allí, se echó a la vista a una señora joven que se encontraba alojada en una pieza de alto, contigua a la de aquel empleado y que a cada momento se llevaba el pañuelo a los ojos.

El alcaide le dijo, que esa señora era la mujer del dueño del "Almacén del Vapor", sito en la esquina sudeste de las calles Cámaras y Cerrito, quien hacía unos meses asesinó a un señor Torres, descuartizándole y colocando sus restos mutilados dentro de una barrica, que con el auxilio de aquella mujer subió a la azotea.

El joven Arturo recordó haber oído hablar del hecho, siendo defensor de la señora el doctor don Jaime Estrázulas y este encuentro le despertó sumo interés.

—Pero... observó, pasado un momento, ¿qué tiempo hace que está aquí?

—Lo menos cuatro meses, contestó el alcaide.

—Y entonces, ¿por qué llora en este momento? —observó el joven.

—Es que no llora por sus pesares, pues parece que el único culpable es su marido, su causa marcha bien... llora por otra causa.

—¿Por otra causa?...

—Llora —agregó el alcaide— por el reo que van a poner en capilla dentro de un momento.

VII — Pronunciadas estas palabras, se sintió un movimiento y ruido de pasos, lo mismo que de armas, en el segundo patio del piso bajo del actual edificio de la cárcel de policía.

El alcaide y el joven Arturo se dirigieron con paso apresurado al corredor que da frente al salón de sesiones del Senado, para poder así dominar hasta el fondo del segundo patio.

En ese momento, creyeron sentir gritos ahogados, y cómo una persona lloraba. Inmediatamente apareció el Juez del Crimen de la 1ª Sección, doctor Leopoldo Olave, acompañado de su Actuario y Oficial de Justicia, haciendo comparecer a su presencia al reo, que conducido por dos personas que lo sostenían por los brazos, se lamentaba de su suerte, resistiéndose a entrar a la inmediata capilla, para ser ejecutado a las 48 horas.

Cuál sería la sorpresa del joven Arturo, cuando reconoció en la persona del reo, a su antiguo conocido, Victorio... el sirviente del mayor Perea...

Desgraciado muchacho, exclamó, tal vez algún nuevo acto de alucinación ha sido la causa de su delito! —y profundamente emocionado, sin poder oír los lamentos de aquel infeliz, se lanzó a la escalera de salida y desapareció.

Supo después, que Victorio Schapacasse, era éste su apellido, desde que el capitán Rossi empezó a hacer sus almuerzos en la fonda en que aquél servía, le dio por importunarle con su mirada, fija y provocativa, lo que dio lugar a que el capitán le increpara con cierta dureza aquella indiscreción.

Una mañana, como en las anteriores inmediatas, el capitán levantó la vista mientras comía, para observar si Victorio lo miraba.

Este no lo miraba en ese momento, pero al servirle el siguiente plato, y ponérselo por delante con la mano izquierda, con un cuchillo de cocina en la derecha, le partió el corazón!

¿Es que se creyó acaso la mano vengadora de la Providencia, como tantas otras veces?...

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

EL TRAGICO SALVINI

UN INTÉRPRETE DE SHAKESPEARE

En el que se hace la apología de los grandes artistas.

I — EL CARTEL

Una tarde del mes de junio o julio de 1871 me retiraba yo de mis ocupaciones, cuando al pasar por la acera del frente del Teatro Solís, el moreno Sayago, desempeñando su oficio o recurso de vida habitual, pegaba un cartel en la casa-esquina que ocupa hoy el Café del Rey de los Cafeteros, don Francisco San Román.

El contenido de este cartel no podía ser más lacónico, como que se reducía a estos cinco renglones:

TEATRO SOLÍS
COMPAÑÍA DRAMÁTICA ITALIANA
DE TOMASSO SALVINI
"La Morte Civile"
A las 7 1/2

Lloviznaba, y no hay que olvidar que en la fecha a que me he referido, la población de Montevideo no era numerosa, ni por lo general se iba al teatro cuando llovía, ni se derrochaba el dinero como se derrocha hoy, pensando en lo cual dije, para mi capote: ¡qué drogas serán éstas!, y aun cuando no lo sean, qué desierto va a ofrecer el teatro con la noche que se prepara, y ya me figuro el resultado que va a darle la boletería!... y seguí mi marcha sin pensar más en esta ocurrencia del camino.

Al siguiente día, siendo más o menos la 1 1/2 de la tarde, al llegar al extremo de los arcos de la Pasiva, formando esquina con la calle Liniers, una persona que salía del antiguo edificio de un señor Paredes, perteneciente hoy a don Bernardino Pons, detuvo su paso y se abalanzó a la portezuela de mi carruaje con gesto y ademán expresivo, indicándole al conductor que parase.

—Qué portento, querido Peralta!... qué inesperado acontecimiento!... ¿no sabes nada, acaso?... y la verdad es que te observo tan frío, que hasta se me figura que no has leído los diarios de hoy... de otro modo!...

—Pero hombre!... empieza por decirme de qué se trata —le observé al fin.

—¿De quién se ha de tratar, sino del gran trágico, que anoche debutó en Solís?

—Y bien... ya lo veremos, y... con que resulten confirmados tus informes... porque tú eres muy impresionable y a veces exageras...

Mi simpático e inolvidable amigo José Parpal (pues no era otro), se reprimió adoptando un gesto de seriedad y bajando el diapasón de su voz, agregó:

—No atribuyas esta vez a novelería lo que desearía detallarte, si para ello nos encontrásemos en condiciones más cómodas, pero te ruego que vayas mañana al "Hijo de las Selvas", que es el segundo espectáculo que anuncia esta excelente compañía con Salvini a la cabeza, que así se llama.

Empeñé mi palabra a Parpal, de que no faltaría, aunque abrigando siempre un resto de duda sobre las expansiones optimistas del vehemente y expresivo amigo, de quien después me despedí hasta la noche del día siguiente.

II — "EL HIJO DE LAS SELVAS"

Debo aclarar con toda franqueza, que la celebridad del titulado trágico me tomó de nuevas, pues carecía del más insignificante antecedente sobre su personalidad artística, y aun cuando durante el día en que me encontré con Parpal y el siguiente no se habló en Montevideo sino del famoso actor, yo no cumplí la palabra empeñada a Parpal.

"El Hijo de las Selvas" se dio, y yo preferí esperar a la tercera representación, que debía tener lugar esa misma semana.

Siempre fui poco afecto a la actuación en escena, de los "Otelos", "Aídas", "Celikas" y "Liropeyas" en estrechez de lazos amorosos con Desdémonas, Radameses, Vascos da Gama, Guaraníes, ni aun a la simple intervención de Amonasros y Neluscos y otros salvajes por el estilo.

Y la verdad es que me bastan las crueldades y salvajismos del presente siglo y no quiero agravar la situación con el recuerdo de los de antaño y menos, con los cuadros teatrales que pudiera exhibirse en "El Hijo de las Selvas".

Y quizá, con criterio poco feliz esta vez, debo confesarlo, y tratándose, como se trataba del artista sublime que debía exhibirse en aquel papel, no asistí al teatro, faltando a mi compromiso y teniendo que lamentarlo al siguiente día.

El éxito de esa noche por el mérito literario y dramático de la obra y estupenda in

terpretación, había hecho tal impresión en el ánimo del numeroso público que asistió a Solís, que la invasión a la boletería en los entreactos dejó pocas localidades para la función del turno inmediato.

La prensa, sin excepción y sin salvedad alguna, confirmó plenamente los informes de Carpal, y aun le superaron en grandes elogios para la compañía, y con especialidad, para su primer actor, que con tan excesiva modestia en sus anuncios y carteles, se había presentado ante el público de Montevideo.

....

Después de esto y sin haber asistido a ninguno de los primeros espectáculos, sabía ya a qué atenerme; solicité y obtuve informes autorizados, y hasta algo leí acerca del gran trágico que actuaba en Solís, contemporáneo y condiscípulo de la célebre actriz Adelaida Ristori, de Mayeroni y de Ernesto Rossi, uno de los cuales ya se había exhibido en el mismo teatro, y discípulo predilecto, el mismo Salvini, del gran Modena.

En consecuencia, a las primeras horas de la mañana del día siguiente a la segunda representación de la compañía, me dirigí a la boletería del Solís con el objeto de conseguir una localidad, y como el boletero no había olvidado mi recomendación del día anterior, pude contar con una butaca de cuarta fila para la repetición de la "Morte Civile", a petición general del público y de la prensa.

III — UN ACTOR SUBLIME

Después del estupendo acontecimiento de esa noche, los triunfos del gran trágico se repitieron uno tras otro, durante toda la temporada.

Si mi propósito fuera hacer crónica de los verdaderos acontecimientos que llegaron a importar los espectáculos que nos ofreció el sublime artista sin rival en los anales del teatro, tendría que destinar este libro con todas sus páginas para llenar debidamente mi propósito.

La obra de su estreno y la que le siguió, que ya conoce el lector, del "Otelo", "Zaira" de Voltaire, "Josué, el guardacosta", "Oreste", "Cristóbal Colón", "El Gladiador", "Francesca da Rimini", "Hamlet", y por último las comedias "Pamela" y "Romance de un joven pobre", formaron el repertorio selecto de tan insigne intérprete.

La interpretación de algunas de estas obras por otros artistas, salvo rarísimas excepciones, no pasó de una mutilación lamentable, y el contraste que vino esto a ofrecer, con el recuerdo de las noches clásicas inolvidables que nos había ofrecido Solís, vino aun a realzar la personalidad y el prestigio artístico del gran actor italiano.

En la "Morte Civile", por ejemplo, el infeliz presidiario, escapado de la cárcel pública, encuentra a su mujer asilada con su hija única, en la casa de un médico caritativo y humanitario.

A causa del delito por que fue condenado y muerto civilmente ante la sociedad, sucumbió de dolor a presencia de aquella hija como un extraño, evitándole así el bochorno que podría producirle el conocer el crimen y la afrenta de su padre.

Otelo nos ofreció el espectáculo impresionante del terrible moro dominado por los celos, que insidiosamente le sugirió Yago, movido por mezquinos propósitos, y que por cierto no olvidarán los contemporáneos que tuvieron la oportunidad y la suerte de presenciar la soberbia interpretación de la tragedia de Shakespeare, con especialidad en su último acto, en que Otelo sacrifica a Desdémona a su rencor y a sus celos.

Y si de la tragedia y del drama sentimental pasásemos a recordar la actuación de Salvini en el "Josué, el guardacosta", interpretando el papel protagonista de un burdo marinero, tan burdo y sencillote como puede serlo un hombre de mar, no resultaría menos nuestra admiración. En aquel grado y condición humildes, cuando se le denunció a su hijo como ladrón, dominando la honda impresión que esto le causó en el primer momento, respondiendo a la ley de la sangre y a los preceptos que había inculcado en el ánimo y en el corazón de su hijo, con un "non è vero", bastó y sobró para conmover al numeroso público que asistía esa noche al Solís, constituyendo este solo rasgo, una verdadera ovación.

Con la sola diferencia de las situaciones, que se ofrecerían en la alusión a otras de las obras enumeradas anteriormente, podría escribir otros tantos triunfos colosales del rey de la escena dramática.

Como he dicho antes, esto no se encuadraría en los propósitos de este libro; pero sí diré que en todos los espectáculos de Solís podía verse en la cuarta y quinta fila de sillones, en los próximos al escenario, a una gran mayoría de los intelectuales de Montevideo, quienes no faltaban a un solo espectáculo.

Los que ocupaban los palcos "avant-scène", miembros todos ellos del cuerpo médico, in-

teresados en presenciar los minuciosos detalles de la muerte de Conrado en el acto final de la "Muerte Civil", no faltaron una sola vez, de aquellas en que se repitió el drama de Giacometti.

Han transcurrido 47 años y estos recuerdos me producen, a pesar de los muchos con que cuento, emociones parecidas a las que me producían los espectáculos de Salvini, y a propósito de recuerdos viene uno a mi memoria que importando poco, a primera vista, significa mucho. Un joven abogado, muy apreciable, serio, de pocas palabras, y que jamás había manifestado alegrías con entusiasmo, ni penas con dolor visible, y que habiendo visto matar a un hombre en la puerta de su casa, entró después a ella sin decir una palabra a su familia, que sólo diez minutos después vino a conocer el suceso por uno de sus sirvientes, es el protagonista de la referencia que voy a hacer.

La noche que se representaba "Zaira" de Voltaire, ocupaba una luneta junto a la que ocupaba yo, y cuando el gran actor, que representaba el papel de un hombre supersticioso y que acababa de matar a su mujer, tendida ésta sobre un mueble en un gran salón, alumbrado por una sola lámpara, que irradiaba luz tenue sobre todos los extremos y contornos de aquél, no observó que su larga capa se había prendido de un extremo a una de las partes salientes del mueble. El matador, después de consumado el hecho, y de quedar por un momento irresoluto y horrorizado de su propia obra, empezó a dar pasos lentos hacia la izquierda, cuando, no dando más ya el vuelo de su capa, el supersticioso personaje fue detenido por un brusco e inesperado tirón...

Un grito gutural, ahogado y contenido con dificultad, fue la primera manifestación del actor, y con esta manifestación de terror, que me parece estar oyendo todavía, obtuvo una ovación idéntica a la que obtuvo en el "Josué, el guardacosta", con aquellas tres palabras: "non è vero", y a la vez que esto ocurría, mi joven abogado, cuyo modo de sentir ya conoce el lector, se incorporó de pronto (aquí una interjección de no te muevas) exclamando después: "me ha hecho parar los pelos de punta". De lo cual se deduce que el hombre al fin, habló... poco; pero para decir mucho.

Y a propósito de estas apreciaciones que me inspira el recuerdo del gran actor, merece transcribirse lo que hace diez años se escribía desde Turín, con motivo de su reaparición en escena, después de una interrupción temporaria, en "La Muerte Civil":

"A la representación del viejo y siempre impresionante drama de Giacometi, "La muerte civil", con el gran Salvini por protagonista, asistía un público numeroso. En los palcos y en las butacas se veía la flor de la aristocracia, todos los sitios de platea y galería estaban tomados; no cabía en el teatro una persona más. A la salida de Jacinta Pezzana, otra gloria del arte, estalló un aplauso fragoroso. En el segundo acto, cuando apareció Tomás Salvini bajo el traje de Conrado, en que ha sido y es insuperable, se sintió en la sala como una explosión: tales fueron de insistentes y de unánimes los aplausos.

"Ninguno de los concurrentes olvidará el «racconto» que hizo Salvini del asesinato de Alonso, de su fuga de la ergástula, y los coloquios con su mujer, con su hija, con el doctor Palmieri, y sobre todo, su muerte magistral!

"Fue, en dos palabras, una obra maestra de fineza psicológica y de potencia dramática, que legitimaron el veredicto decretado por el mundo entero a Salvini, de artista sublime. Después del tercer acto, entre aclamaciones delirantes, le fueron presentados un pergamino y una hermosa corona de laureles".

"La ejecución de «La muerte civil» resultó magistral por parte de Salvini y la Pezzana e irreprochable por De Sanctis y Dondini.

"Terminado el drama las llamadas a la escena amenazaban no tener fin; fue una ovación clamorosa".

Por mi parte, me he limitado a expresar en forma lacónica los recursos de buena ley de Salvini, como podría hacerlo refiriéndome sencillamente a la expresión fascinadora de su gesto y de sus ojos, porque avanzar hasta ocuparme de sus condiciones de trágico, no sería sino entonar un himno más de alabanzas al sublime artista, una pálida reproducción de las que se han elevado en su honor y homenaje durante su gloriosa carrera y con motivo del fúnebre acontecimiento de su muerte, hace poco más de dos años.

RESONANCIAS DEL PASADO

NUESTRA VIOLENTA POLITICA

EL MOTIN DEL 53

ALEGRE VÍSPERA DE UN TRISTE DÍA

Recuerdos de los tres primeros años, después de la paz de octubre de 1851.

1 — REORGANIZANDO

Hacía apenas un año de la terminación del Sitio Grande cuando inmediatamente después de constituidos los poderes públicos, y organizadas las principales reparticiones del estado, tanto el gobierno como los centros sociales y de comercio, empezaron a preocuparse de todo lo que se relacionaba con la marcha regular de la vida administrativa, social, y de los negocios perturbados por la anormal situación que vinieron a producir los casi nueve años que duró el asedio de la plaza.

A estas primeras y más apremiantes medidas de acertada reacción, se proyectó y empezó en nuestro puerto la construcción de los amplios depósitos de Aduana que aún hoy se encuentran en servicio, supliendo desde entonces la deficiencia de nuestra primitiva colonial aduana de la calle Zabala, y que lleva al presente, la numeración de 1511 a 1583.

Atento al desarrollo comercial del país y aumento de población, estos mismos depósitos han venido a ser reforzados y complementados por los que se han construído recientemente a lo largo de la muralla, que de Este a Oeste, bordea la Dársena A.

Al mismo tiempo que se iniciaron estas obras, siguieron las de albañilería en el Teatro Solís, interrumpidas desde mediados del año de 1843, a consecuencia también del Sitio, y para lo cual se constituyó una Comisión compuesta de los señores Juan Miguel Martínez, Manuel Errasquin, José María Roo y otros, que de acuerdo con el plano fundamental del arquitecto Garmendia, el concurso de un nuevo arquitecto, y el aditamento de reformas o alteraciones, muy poco felices algunas, quedó terminada la obra tres años más tarde.

A su vez, las familias más espectables abrían sus salones, conforme iban instalándose en sus casas, muchas de éstas abandonadas por motivos más o menos urgentes, durante los primeros años de guerra, o por haber dispuesto el gobierno que aquellas casas se destinasen a los militares de graduación o legionarios franceses e italianos que, unos voluntarios y otros enganchados, hubiesen tomado las armas en favor de la causa de la defensa.

Es de advertir y lo diré de paso, que estos ataques a la propiedad particular, se hacían después que sus propietarios habían sido obligados a pagar el pasaporte para Buenos Aires u otro punto o para el campo sitiador, como ocurrió a cierta distinguida señora, doña C. L. de García, por exigencia de don Andrés La-

mas, y a un pariente mío, por el del ministro de la Guerra, entonces don Melchor Pacheco y Obes, calificándoles después de prófugos, no obstante los mil pesos pagados por cada uno de aquellos pasaportes.

Dividida la opinión, no todos suscribían a las exigencias que se hacían por estos dos activos agentes de la Defensa, en sentido de obtener recursos para atender a la manutención de tropas y otras necesidades propias de la situación, y esto dio lugar a algunas medidas de violencia, que si no tenían justificación legal, se explicaban perfectamente.

Entretanto, estos actos hacían contraste con rasgos de desprendimiento patriótico, como el del ciudadano Joaquín Suárez, que no vacila en hipotecar o vender a bajo precio sus propiedades para que no falte la manutención al ejército; el anciano don Domingo González, que a la vez de donar una gruesa suma de dinero para las necesidades públicas, ofrece a la patria de su adopción su fortuna, si la necesitase; el general don Rufino Bauzá, que puso a disposición del gobierno las escrituras de propiedad de su casa, avaluada en 10.698 pesos, y la de su chacra del Miguelete, constando de 125 cuadras de terreno para que las hipoteque y aplique su producto a las necesidades de la defensa; don José Lavalle, que se desprende de la suma de 110.128 pesos en billetes ministeriales, etc., etc.

II — FIESTAS FAMILIARES

Decía que los centros sociales de la capital, a la par del gobierno, de la municipalidad, del comercio y de los mismos particulares en la esfera de sus respectivas facultades y recursos, empezaban a iniciar una época de relativa actividad, tendiente a restablecer el equilibrio perdido y que tan necesario era mantener en su justo medio.

A la inauguración de los bailes llamados mensuales, en los salones de la antigua casa, que vino a ocupar años más tarde la panadería de Tobal, designada hoy con el número 580, e inmediata a las Bóvedas, calle 25 de Agosto, se sucedieron amenas tertulias de carácter particular en los salones del doctor Florentino Castellanos y de don Pedro Zumarán.

Ellas constituyeron el atractivo e interés de los primeros centros sociales seguidas de otras, igualmente amenas, en las casas del doctor don Jaime Estrázulas y don Mariano Baudrix, sin contar las que escapan a mi memoria, pero de seguro no escaparán a la de mi distinguido amigo doctor Mariano Ferreira, quien siempre fue, como lo es hoy mismo, a diferencia de mí, asiduo concurrente a bailes, tertulias y saraos.

A estas fiestas se sucedían otras de tiempo en tiempo, y aunque más modestas, no por eso desmerecían de aquéllos, por las condiciones personales y posición social de los concurrentes de ambos sexos.

Entonces, éstos eran más o menos los mismos de nueve años antes; las mismas familias y las mismas costumbres; las ideas democráticas de igualdad de clases no estaban en boga como están hoy, en que poco o nada se atiende a los títulos de abolengo, por más que nuestra sociedad se componía de distintos elementos, figurando entre ellos los de cierta distinción originaria por la raza, la honorabilidad y la cultura.

El cosmopolitismo y las ideas socialistas no nos habían invadido todavía, porque apenas empezaba a acentuarse la inmigración en nuestro país; se contaban por los dedos los "misters" radicados en Montevideo, los "monsieures", los "cavallieri" y "comendatores", con título válido o falluto.

Figuraban entre ellos don Samuel Laffone, don Conrado Rücker, señor Canstatt, Usher, Tomkinson, Bugein, don Pablo Duplessis y algunos otros, sin contar a los apreciables portugueses, Figueiras, Mesquita y Forte Gato.

Pues bien; cierto día del mes de julio de 1853, uno de esos misters, el doctor Cognigan invitó a sus relaciones para una tertulia, que debía tener lugar a fines de aquel mes, es decir, el día 17.

Este señor, era miembro componente de nuestro entonces reducido cuerpo médico, formado por los doctores Gutiérrez, Muñoz, Ferreira, Arnaud, Mendoza y del propio Cognigan, reforzado más tarde por los doctores Oliveira y Bottini, esposos y conjuntas personas, en primeras y segundas nupcias de doña Goya Gómez, respectivamente, ignorando yo si entonces figuraba algún otro u otros de esta ciudad, como Capdeourat y Azarola (don José María) y Lizazo, en la próxima villa de la Unión, autorizados para ejercer la profesión en defecto de título académico.

III — CÁLCULOS Y PREPARATIVOS ESTRATÉGICOS DE UN JOVEN COMPROMETIDO

Las personas que me han dispensado el honor de leer mis modestos libros anteriores, so-

bre episodios y crónicas históricas de antaño, que llevo publicados en los años últimos, conocen bastante bien al joven Arturito, con figuración de relativa importancia en algunos capítulos de aquellas obras y en el último de este mismo libro y, como el papel que éste jugará a la fecha, no carecerá de cierto interés, voy a traerlo una vez más a escena para que luzca sus galas, si con ellas cuenta, y para que, en caso contrario, se resigne y se acostumbre a las adversidades y contrariedades de la vida.

Acababa de cumplir 15 años, cuando una persona de su familia, recibió invitación del doctor Cognigan para la fiesta anunciada y de la cual se habló mucho durante toda la semana que le precedió.

Esta persona y todos los demás miembros de su familia, eran clientes del simpático médico inglés y seguramente, por esta circunstancia, fue que al joven le cupo en suerte poder concurrir a la tertulia.

Según recordará el lector, en el capítulo IV de mi libro "Bocetos y Brochazos", que ha visto la luz pública últimamente, el joven Arturito tuvo figuración en un baile de máscaras tres años y medio antes (1851) en la casaquinta de un jefe de alta graduación, sita en el Camino Suárez, formando esquina con el Camino Reyes.

Tenía entonces, apenas 12 años y en el capítulo a que aludo puede verse el papel que podía hacer e hizo en aquel baile, porque con el raro indumento con que se exhibió esa noche con una careta y tal vez sin ella, habría podido confundirse con los mismos hijos o adeptos de Momo, sin contar lo que para remate y fin de fiesta, le ocurrió al terminar el expresado baile.

Pues, una cosa muy parecida se repitió la noche de la tertulia de Cognigan, porque el joven Arturo, jugando el papel de padre de familia, sin comerlo ni beberlo, tenía casi a su cargo y responsabilidad a un pebete de 8 años, llamado Pepito M., de aspecto triste, corto de genio, aficionado a los dulces y dispuesto siempre a llorar por cualquier cosa.

Este pequeño personaje, siempre anduvo a los tientos del joven Arturo y no fueron pocos los aprietos en que aquél lo puso más de una vez, por causas apremiantes que calla el cuento.

Desde luego comprendió, que llevando consigo a este embeleco, se exponía a algún conflicto, cuyo secreto él solo conocía, y si a este temor, se agregaba el recuerdo de las pellejerías en que se vio envuelto tres años antes, a propósito del primer baile a que concurrió el asunto se hacía más grave.

En tal situación, invocó el favor del cielo, haciendo votos, porque aquéllas no se repitiesen, como que llevaba de contrapeso a un personaje, que si no pesaba mucho en la balanza, pesaba en otro sentido, tal vez más serio y comprometedor.

A pesar de estas preocupaciones, nuestro joven no podía resistirse a la tentación de verificar o de repetir, mejor dicho, las impresiones de 1851, en una segunda fiesta, que bien podría producírselas, más agradables, o menos desagradables que aquéllas.

Esto fortaleció su espíritu y lo decidió por completo, hasta desenfundar todas las piezas de su traje de gala, que ya conocen mis lectores y que, a pesar del tiempo transcurrido desde su estreno, la escasez de la época y los cuidados de Arturito, habían conservado hasta entonces en condiciones muy aceptables.

En cuanto al que debía llevar Pepito, mi memoria flaquea de tal modo a su respecto, que nada recuerdo, bien que, es preferible no recordarlo... ni pensarlo, siquiera.

Todavía en esa época, se llevaba a imberbes y a chiquillos, a esta clase de fiestas de familia y se les llevaba, a sabiendas de que en ellas, no tenían otra misión que la de dar trabajo y provocar críticas.

Pero, esta práctica, era de la época y sólo después de setenta años, podría una crítica fundada, mientras que hoy la merece, llevar niños a las visitas, a título de bonitos, o de... feos, para que se trepen en los muebles, se apoderen de los objetos que estén a su mano y otras impertinencias por el estilo, que la dueña de casa llevada del diablo, se ocuparía de corregir, si estuviese en su mano el hacerlo en aquel momento ya ajustándoles las cuentas a los muchachos mal criados, ya a las imprudentes mamás, con preferencia.

IV — EN LO DE COGNIGAN.

En la noche del 17 de julio de 1855, una de las hermosas casas entonces, del conocido comerciante don Juan Capurro, ubicadas en las calles de Piedras e Ituzaingó, dejaba traslucir desde sus balcones y a su entrada principal, que en ella ocurría algo de extraordinario.

En efecto, desde las 9 y 1/2 de esa noche, aparecía iluminada la entrada, lo mismo que el salón de los altos, sobre la segunda calle y según podía observarse, al través de los cris-

tales y aberturas de los postigos, apenas entornados, a aquella hora.

La casa de la calle Ituzaingó, era la del doctor Cognigan y el motivo de la iluminación y movimiento, que se observaba en su puerta de calle, era la tertulia anunciada en días anteriores.

Había llegado, pues, el designado para la fiesta, y ya vestido Pepito M., el joven Arturito observó, que el sueño empezaba a vencer a su "ad-látere", por cuyo motivo, apresuró su toilette, no tardando en ponerse en franquía y tomar la calle Paysandú, en donde se alojaba, para dirigirse después al centro, por esa misma calle y la del Cerrito, hasta llegar a la de Ituzaingó.

Allí se detuvo con su acompañante, observando, que hacia el Norte y con paso acelerado, se dirigían por esa calle varios caballeros de rigurosa etiqueta y señoras y señoritas ataviadas con trajes relucientes de distintos matices y todas ellas, a pie, pues entonces, no abundaban como hoy, la variedad de vehículos, que recorren nuestras calles, hasta con los más fútiles pretextos y amenazando la vida de los transeúntes.

La hora ordinaria para estas fiestas, era de 9 a 10 de la noche del día anunciado y no las primeras del día siguiente.

Los jóvenes, incorporados a los grupos a que he hecho referencia, siguieron hasta la casa del doctor Cognigan, la cual se conserva aún con su misma fachada, sus compartimientos interiores y designada con el número 1542.

Un tanto conmovido el joven Arturo, e indiferente Pepito, recorrieron el amplio zaguán de entrada para ascender la escalera y encontrarse, al fin, en los altos. Un momento después, llegaron a la puerta del salón de baile y de una pequeña pieza al frente, en cuyo rincón de la izquierda, aunque cueste creerlo, se iban amontonando lós sombreros de los concurrentes, de modo que, haciéndose caso omiso de las perchas, no sé si por falta de la costumbre de usarlas, o por no haberse todavía descubierto, por resultar empresa tan difícil como la del teléfono sin hilos, el caso es, que el cuadro que se ofreció a la vista esa noche, no pudo ser más pobre y lamentable.

El sombrero blanco de hojaldre de pastel, perteneciente al joven Arturo, fue a ocupar su respectivo sitio en el rincón, lo mismo que la gorrita o berretina de Pepito, prenda una y otra que no tardaron en desaparecer de la vista por el número de otras muchas, que fueron colocándose sobre aquéllas en el curso de media hora.

Recuerdo haber visto esa noche en los departamentos de la casa del doctor Cognigan, a las señoras María García de Requena, Dolores Carvalho de Estrázulas, María Herrera de Morales, Carmen G. de Reyes, Isabel García de Brun, Dolores Buxareo de Pereyra y a los doctores Requena, Estrázulas, Juan I. Herrera, coronel don Pedro Brun, y a los señores Julio Pereyra, Juan Quevedo, Joaquín Reyes y Laurindo Morales y otras muchas personas, que escapan a mi memoria después de sesenta y siete años.

Allí se encontraba también, entre varios jóvenes que habían sido invitados para la tertulia, el más simpático entre ellos, llamado N. Dubroca, quien departió alegremente con las señoritas, que realzaban el interés social de la tertulia, haciéndolo en tono amable y jovial, copia de su carácter y de la mayoría de muchos de los miembros de su familia.

Y me particularizo con este joven en la presente ocasión, a propósito de lo que tendré que expresar al fin de este capítulo.

V — MERENGUES Y PANALES

Durante un momento, que se distrajo Arturito en curiosear las galerías y antesalas de la casa, el acompañante se había dedicado a contemplar los cuatro frentes de una mesa relativamente pequeña, cubierta por un mantel blanco y sobre el cual, no se veían sino cuatro bandejas de fondo negro barnizado y grandes flores pintarrajeadas, sobre sus centros y orillas.

Las grandes, contenían lisa y llanamente un buen surtido de masas de la confitería de don Mauricio Musante, establecido en la calle del Rincón hoy números 658 y 660 y padre del propietario de la farmacia sita actualmente en la calle Uruguay números 775 y 777, o bien de las pertenecientes a Narizano, a don Juan Buero y al portugués don Raymundo, sitas ellas en la calle del 25 de Mayo.

De las bandejas chicas, diré, que una contenía buena cantidad de panales de color blanco y la otra, igual cantidad, más o menos de panales color rosa.

Agréguense ahora, dos grandes botellas de agua fresca, por ser de aljibe y no por lo que pudiesen deber al hielo, y algunas de vino cerveza y licor de anís, de lo cual se deduce fácilmente, que aquella modesta mesa, propia de la época y de nuestras sencillas costumbres

de entonces, no tenía nada que ver con las de hoy y no podría resistir a los rudos embates y avances de muchos de nuestros jóvenes leones, que habituados al juego de naipes, suelen hacer penche y mesa limpia con todo lo que se ofrece a su alcance, sin excluir las repetidas copas de champagne y los no menos abundantes cigarros habanos.

El lado flaco de Pepito fueron siempre los dulces, así es que, en presencia de tanto budín, pastelillos, bocados de dama, barquillos, merengues y cabellos de ángel, se le iban los ojos, se le aguzaba la nariz, y hasta llegaba a enternecerse y a lagrimear.

Se encontraba extasiado y en muda contemplación de cosas tan de su gusto y con la vista fija en mí, cuando casualmente, entró el doctor Cognigan y dirigiéndose a Pepito, a quien acarició, dándole un golpecito en la mejilla izquierda y aproximándolo a la mesa, lo invitó a que tomase un merenguito.

El invitado, dio un paso atrás; pareció nublársele la vista y mirando alternativamente al doctor, a mí y a los merengues, no llegaba a decidirse, ofreciéndosele muy peliaguda la situación, bien que, a pesar de la obstinada negativa, si de él sólo hubiese dependido, no habría dejado uno solo en la bandeja.

Como el doctor insistía en su invitación y yo lo alentaba con la vista y hasta en signo de reprensión, vino a tocársele la cuerda sensible, pudiendo observarse, que después de un pucherete y de otro que le siguió, por el rostro apagado de Pepito, corrían dos lágrimas, en el momento preciso de estirar una manita cautelosa y trémula, para apoderarse del merengue más cercano y llevárselo a la boca.

El doctor no paró atención a la emoción ni a las lágrimas de Pepito, pero el joven Arturo sí, y no tardó en tener la explicación de aquella amalgama de merengues y lágrimas.

Pepito había creído, que debía pagar el consumo, como en cualquiera confitería y el hombre no tenía ni un solo céntimo en el bolsillo para hacer frente a la comprometida situación, que iba a crearle el malhadado merengue.

. . . .

A propósito, de lo que es el destino de las personas en este mundo, este Pepito, tan pequeño y tan débil en presencia de los dulces, llegó a formarse hombre de provecho y a ocupar, treinta y cuatro años más tarde, un alto puesto en la Administración pública, del cual descendió hace apenas doce.

VI — EN RETIRADA.

Y dieron las dos de la mañana en la mayor animación, sin notarse ningún signo precursor de decaer el entusiasmo en la fiesta, cuando llegó el joven Jacinto Vargas y don Cayetano Gavazzo, haciéndose eco el primero de rumores alarmantes, que podrían llegar a comprometer la estabilidad del actual estado político del país y esto, con el agregado, de partir la iniciativa, nada menos que de los cuerpos de línea del ejército de la capital.

Bien pronto se generalizó la desagradable noticia en aquel centro social, llegando hasta los oídos del joven Arturito, que desde ese momento, no se preocupó sino de extraer su sombrero blanco de copa, de la gran pila que se había formado en la pequeña pieza, contigua al comedor, así como la berretina de Pepito M.

En medio de explicable alarma y disgusto, los concurrentes a la fiesta, no trataron sino de retirarse para sus casas, así es que, después de media hora, la de Cognigan quedó desierta y cerrada su puerta de calle; y bien cerrada en previsión de cualquiera eventualidad.

VII — EL MOTIN.

Al siguiente día, 18 de julio, aniversario de la Jura de nuestra Constitución, bien jurada y mal cumplida, Montevideo amaneció con los edificios públicos embanderados y muchas casas particulares también nacionales y extranjeras.

En la plaza Constitución, la Junta Económico-Administrativa, con decidido apoyo del gobierno, no omitió gastos para que el aniversario de la Jura de nuestra Constitución en aquel año de 1853, dejase imperecederos recuerdos.

Desgraciadamente, fueron mayores los malos y lamentables recuerdos que dejaron al país, que los que podíamos conservar de los festejos proyectados y del motivo patriótico a que respondieron.

Entre las páginas sangrientas de nuestra historia, aparece la que conmemora el luctuoso acontecimiento de aquella fecha en la plaza Constitución, con el fusilamiento del cuerpo de guardias nacionales, que formaba en la revista decretada por el gobierno para ese día.

Don Juan Francisco Giró, Presidente de la República, electo un año y medio antes, abandonó su puesto, no habiendo sabido asumir una actitud resuelta que habría podido dete-

ner la marcha de aquel acto subversivo del orden público, con las consecuencias consiguientes, en que empezaban a renacer los celos y los odios partidarios, neutralizados transitoriamente por el pacto del 8 de octubre de dos años antes.

En ese acontecimiento, aparte de otras personas, murió atravesado por una bala de fusil, el joven Dubroca, quien diez horas antes, bailaba y reía en los salones de la tertulia de Cognigan, sin presentir el próximo y fatal fin que le esperaba. En aquella época y aún después, se quiso responsabilizar exclusivamente por este hecho al coronel de infantería don León de Palleja, sin más antecedentes que el hecho material de su presencia al frente del cuerpo de línea, que comandaba e hizo fuego, pero pasado algún tiempo, hubo motivos para saber, que no cabía a aquel jefe toda la responsabilidad, que se le atribuyó en los primeros momentos.

El coronel Palleja sabía defenderse y se defendió de los rigores de la inculpación que se le hacía, según lo afirmaban sus más íntimos amigos y algunos de sus adversarios políticos.

....

Este valiente jefe de la guarnición de la Capital, era de nacionalidad española y jugó papel importante y arriesgado en la guerra del Paraguay y en la inolvidable defensa del Boquerón, fue muerto precisamente, el 18 de julio de 1866, esto es, a los 14 años justos del luctuoso acontecimiento en nuestra plaza Constitución.

RESONANCIAS DEL PASADO

DOS HIJOS DE MARTE

De cómo se hicieron pruebas arriesgadas y produjeron sucesos lamentables, sin beneficio para ellos y con perjuicio para muchos.

I — Durante el sitio de Montevideo por los brasileños y Flores, a fines de 1864, un amigo, el Dr. Juan S., miembro autorizado de la Comisión de Trincheras, que así se titulaba la que proveía de todo lo necesario para terminarlas y ponerlas en condiciones del mejor servicio, soñaba con un cañón, aunque más no fuera, pero cañón de *grrueso* calibre, como él decía, llenándose de *erres* la boca al pronunciar la palabra *grueso,* como si con ello, viese ya arrasadas las columnas enemigas.

Felizmente, no era exigente, pues se contentaba con un solo cañón, que debía colocarse en el lugar más estratégico, a su juicio: en el fortín o batería construida en la esquina de 18 de Julio y Ejido.

Lejos de mí suponer que la idea de S. había de tomar forma práctica, pero, sin embargo días después de la confidencia que me hiciera, llegó a mí noticia, por diferentes conductos, que de un momento a otro iban a empezar los trabajos preparatorios para la fundición del expresado cañón de *grueso calibre,* designándose para el efecto la fundición de Garrigorri, sita en la esquina de Ituzaingó y Yerbal. Supe algo más y fue que el calibre de la pieza, sería de 36 y no de 24, como en su principio se supuso por el mismo S., quien, desde este momento, quedó encantado de que se interpretaran sus deseos de manera semejante.

El Jefe de Estado Mayor, aunque con ciertas reservas y ambigüedades, empezó a ocuparse del asunto, siguiendo a esto dos nuevas sorpresas para mí: una, que ya estaba el cañón, ocupándose Garrigorri de su pulimento y demás detalles; y otra, que además de este cañón, íbamos a contar al mismo tiempo con una *culebrina,* fabricada bajo la dirección técnica del comandante G., alemán de origen, creo pero incorporado con grado militar al ejército Nacional.

El mismo doctor S. se encargó de buscarme y llevarme en su compañía a visitar la fundición de la calle Yerbal, que en esos días empezaba a ser honrada con la presencia de porción de jefes caracterizados de la guarnición de la plaza, y a la vez, de particulares, que deseaban conocer de cerca la estupenda obra de Garrigorri.

Dos de los operarios, se ocuparon durante varios días en corregir todas las desigualdades que denunciaba la superficie externa del cañón, mientras que otros, a su vez, se ocupaban del pulimento más detallado y perfecto de la misma. En fin, el cañón fue terminado y colocado en la cureña construida a propósito, no restando otra cosa que la prueba, con carga simple y doble, designándose para el efecto un terreno baldío en la calle Durazno, ubicado a 50 metros del Molino a vapor, llamado entonces de Ortegá, y que hoy funciona, como funcionaba hace más de medio siglo.

El Presidente de la Comisión de Trincheras no cabía en sí de gozo, y diariamente pasaba de tres y cuatro viajes, los que hacía a la fundición, comentando el acontecimiento con cuantos amigos encontraba en la vía pública: y lo hacía en tono de triunfo, no sólo por su feliz pensamiento, que veía al fin realizado, si-

no por la confianza que tenía en los estragos que forzosamente tenía que producir el cañón en las huestes enemigas.

No le faltaba otra cosa a aquel émulo de Marte, que gritar como gritó el coronel Bastarrica en demanda de un cañón el día de la salida del general Batlle de esta plaza, para sorprender a una parte del ejército del general Timoteo Aparicio, estacionado en los alrededores de la Villa de la Unión.

II — No recuerdo la fecha precisa en que tuvo lugar la prueba del *Serpentao* de última hora, pero puedo asegurar, que muy poco se hizo esperar sin *beneficio para nadie y con perjuicio para muchos.*

Serían las 9, más o menos, de la mañana y las inmediaciones del Molino de Ortega ofrecían un cuadro de animación extraordinaria, no siendo posible hacerse ajeno a la curiosidad que despertaba el estreno del cañón de Garrigorri.

Un piquete de artillería con su dotación correspondiente, ocupaba sitio a veinte pasos de distancia, y la concurrencia de curiosos, apiñada a la espalda de la tropa y en los ángulos de las calles, —apenas diseñadas entonces por algunos casuchos en línea, más que por delineación que se hubiese hecho—, no hacía otra cosa que esperar con impaciencia el momento solemne de la prueba, que con un estampido formidable, una columna de humo y un proyectil en dirección al río, había de testimoniar lo que importaba, en momentos de aprieto, la inspiración guerrera de un defensor letrado de nuestras instituciones y la obra maestra de un técnico.

Un cañón de *grrueso* calibre con dos *erres*, construido por un Garrigorri, con doble número de ellas en su apellido, no podía menos de hacer pensar en las ruedas catalinas del próximo molino durante la molienda y en la feroz expresión y ruidosa sonoridad de una cerradura que se hace funcionar, a propósito del inspirado doctor S., cuando sostenía, que lo único que faltaba en la batería de las calles Ejido y 18 de Julio, para poner en aprietos al invasor, era un cañón de *grueso calibre*...

III — Todas las cosas tienen fin en esta vida, y en el caso de que me ocupo, se realizó esta verdad, porque, en medio de la profunda expectativa en que el público y las autoridades dirigentes del acto se encontraban, la dotación de artillería avanzó cuatro pasos con frente hacia el río, rodeando el cañón y abocándolo en igual dirección, después de desprender las mulas que lo condujeron dos horas antes, desde la fundición, al lugar en que ahora se encontraba para la prueba.

Minutos después, se colocó la carga, sin bala, y en seguida la espoleta, pues sólo hasta allí o poco más, habíamos llegado en 1865, excepción sea hecha de la artillería ligera a fulminante.

Todo el mundo respiraba con ansiedad y relativa opresión, y no había uno solo de los espectadores, incluso el doctor S., que no pensase en el estampido de nuestro *Krup* o de nuestro 42, que tanto da, tratándose de títulos o denominaciones retumbantes.

En seguida, se sintieron ayes lastimeros, voces y gritos descompasados, seguidos de oleadas de gente que se agolpaba en una y otra dirección, y esto en medio de la densa nube de humo espeso que se extendió y cubrió todo, interceptando la vista alrededor del cañón y de la dotación, que lo servía...

....

El humo se disipó, las personas y los objetos empezaron a dibujarse gradualmente sin necesidad de llegar al fin, para que lo ocurrido apareciese a la vista en toda su evidencia y brutal realidad.

IV — El cañón no había resistido la fuerza de expansión de una carga a pólvora y había hecho explosión por partida doble, presentándose a la vista de los concurrentes, el triste y lamentable espectáculo de dos hombres muertos y siete heridos, de más o menos gravedad, si mi memoria me es fiel.

Un trozo regular del malhadado cañón fue a demoler una parte del muro del frente Sud del molino inmediato, causando algunas averías en su interior.

Felizmente, la explosión no dividió sino en tres grandes trozos la obra de Garrigorri: el que hirió a los pobres artilleros, a dos de ellos con pérdida de vida; el que fue a introducirse en el piso alto del molino, y el que, como resto de la expresada obra, quedó como residuo, sostenido apenas por la cureña que le servía de techo y de frágil sostén.

Excuso decir, que el primero que desapareció del teatro de este triste suceso, fue Garrigorri, quien en retirada, dicen las crónicas, encontró al doctor S. en el camino y en retirada también, pensando en el cañón que había reventado y en otro que bien podría fundirse en su reemplazo, siempre que el fundidor no fuese Garrigorri.

V — Mientras que la prueba de la pieza

de calibre 36 fue el tema de mil comentarios, el comandante G. a toda prisa trataba de borrar la mala y lamentable impresión que había dejado el suceso que acabo de relatar, y no tardó sino un mes apenas cuando ya se anunciaba la prueba de la *culebrina* o cohetera de fabricación criolla, por más que el fabricante fuese, como he dicho al principio de este capítulo, un militar instruido en Stuttgart (Alemania).

Para esta prueba, las invitaciones se repartieron entre una treintena de amigos de confianza, y por cierto, que no faltó el doctor S., por más que no era amigo de intimidad del fabricante de la nueva arma de guerra.

En la quinta que habitaba el señor G. y a las 2 de la tarde de un bello día de Otoño, el expresado señor y sus amigos, se reunieron para presenciar la prueba de la *cohetera.*

Todos contaban de antemano con el éxito de la prueba que iba a hacerse, fundados en la pericia del señor G. y en sus notorios conocimientos científicos, y además, no podían suponer que la cohetera había de hacer fuego en las condiciones lamentables que lo había hecho el cañón: dos catástrofes, cuando menos, necesitan el transcurso de largo tiempo para producirse, so pena de llegar a creer hasta en un maleficio.

Llegó al fin el día de la prueba, y a diferencia de aquella que se hizo del cañón de Garrigorri, ideado por el doctor S., la concurrencia de señoras y señoritas de las quintas inmediatas, era muy poco menor que la de caballeros, y como iba a hacerse en cierta intimidad de familia y relaciones, el cuadro de concurrentes resultaba más homogéneo en su composición, distinguiéndose, además por su cultura y buen tono.

El comandante G. y dos auxiliares se ocupaban de los preparativos alrededor de la culebrina o *cohetera,* hasta que, una vez terminados, se colocó aquella última en el lugar que se le había destinado y que en rigor correspondía, ocupando el de preferencia, frente a la culata o cámara de la pieza que iba a probarse, su distinguido inventor.

Este, personalmente, colocó la carga dirigiendo al blanco la boca de la *culebrina,* centrándose aquel en medio de un grupo de arbustos frondosos, tomadas todas las medidas y hechas las advertencias necesarias, con votos de buen éxito dirigidos al señor G..., un tirón del cordón del gatillo dado a tiempo, hizo estallar el fulminante y el tiro... salió, pero, salió por la culata, es decir: por la abertura opuesta resultando el inventor herido en una pierna y menos feliz que Garrigorri que al fin volvió ileso a su casa, a pesar del pecado mortal cometido.

Fue recogido aquel y conducido a sus habitaciones para atenderse, como se le atendió de inmediato; y aún cuando su vida, felizmente, no resultó comprometida, del examen médico el señor G. resultó cojo... y cojo para siempre.

Así concluyeron nuestros ensayos en materia de artillería... *ligera*... y de *grueso calibre!*

Excuso decir, que desde entonces, no se ha hecho ninguna otra prueba, ni siquiera pensando en hacerla, y, sin embargo, han transcurrido cincuenta y tres años!...

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

VOLAR POR LOS AIRES

LA MINA

De cómo, por odiosidad a una sola persona, se sacrificaba la vida de muchas.

I — LO QUE SON LAS INSTITUCIONES EN ESTE PAIS.

En 186... gobernaba el país el general Venancio Flores, y no es novedad si digo que en medio de muchos ciudadanos afectos a la situación creada por aquel, había muchos más descontentos y desafectos. Por otra parte, es cosa sabida y fuera de toda discusión, por más que a cada paso se invoquen las instituciones, que no ha tenido el país una sola administración, ya buena o mala, en que no se hayan considerado conculcadas aquellas instituciones y víctimas de los de la llanura, del abuso y arbitrariedades de los que gobernaban.

Y a la vez, se ha visto, que los doloridos, que las víctimas, si se quiere, de semejantes situaciones, si les llegó la oportunidad de treparse al poder, han incurrido en las mismas faltas o flaquezas que atribuyeron con insistente y violenta propaganda a sus antecesores.

Llegó el caso en cierta ocasión, que un distinguido periodista que al fin de su carrera ocupó la presidencia de la República, y a quien se hacían cargos durante su administración, arguyéndole con sus propios artículos editoriales, a cuyo tenor no se ajustaban sus actos de mandatario, declaró en medio de sus amigos y de un coro de risas: "que el periodismo y el "gobierno eran cosas distintas, o en otros tér-" minos: que no era lo mismo criticar los actos

"ajenos, que gobernar, y deben ustedes tener "presente, agregó después, que cuando yo es- "cribía y censuraba a los gobernantes elec- "tos por ejemplo, todavía no había sido Pre- "sidente de la República, ni se me había ocu- "rrido ejercer la *influencia directriz*".

Con esta explicación del periodista-presidente, todo el mundo quedó convencido de que éste se encontraba en lo cierto al afirmar que no es lo mismo estar arriba que estar abajo, y muy particularmente el cónclave que lo rodeaba, vino a ver claro sobre el particular, cuando hasta entonces había vivido con los ojos vendados, pretendiendo ver salir el sol por allí donde se ponía.

Además, el culto y simpático Presidente, creía hacer demasiado favor de la cosa pública empleando todos los recursos a su alcance para lograrlo, sin hacerse violencia ni hacerla a los demás. Hombre práctico, jamás violentaba la naturaleza, ni se violentaba él; daba lo que podía, como he significado antes, y sabía subordinarse a la situación en que lo colocaban las circunstancias. No faltaron personas caracterizadas que le dieron la razón, y entre éstas no faltaron otras tan modestas como yo, que también se la dieron, aunque la mayoría constantemente le fuese adversa.

Por otra parte, siempre he pensado, que es peligroso querer hacer más de lo que se puede y, a propósito de esta verdad, tengo recuerdo no lejano de lo que le ocurrió a otro Presidente de este país: don Juan L. Cuestas.

El 28 de febrero de 1897, era el último día de su gobierno, y al doctor X se le ocurrió hacerle una visita en carácter particular y no oficial, como podría suponerse.

El señor Cuestas, después de significarle su agradecimiento por la atención de que era objeto, entró a hacer mérito de los actos más resaltantes de su gobierno, iniciando al doctor X en porción de cosas, que no podía explicarse dos años antes, pero que después de las confidencias que el gobernante tuvo ocasión de hacerle, llegó a explicárselas perfectamente.

Deteniéndose aquel sobre sus procedimientos, a propósito de ciertas cuestiones y de cargos que contra él se formularon por sus adversarios políticos, y por sus propios amigos, dijo en tono satírico y hasta burlón: "¿Cree usted que haya un país en que se habla más de instituciones ... en el nuestro?... Mucho me han amonestado a mí por la prensa y hasta lo he sido por este muchacho... Y como observase que el doctor X, al parecer, no atinaba a qué muchacho podía referirse... agregó, a guisa de aclaración: me refiero a este cómico de J.C.D.... Hablarme de instituciones!... a mí, que no he sido sino un dictador desde el 25 de agosto de 1897 hasta este momento! ¿Acaso he podido ser otra cosa durante la situación anormal en que se encontraba el país cuando asumí el mando? ¿Con las instituciones en la mano, habría podido prepararlo para entrar al fin en la vida constitucional?... Lo difícil, lo que tantas odiosidades y disgustos me ha costado, está ya hecho...

Luego, acompañando sus palabras de una risa más expresiva que antes, concluyó con estas textuales palabras: *ahora, cualquier zonzo hará rodar la locomotora, pero... con instituciones o sin ellas, quien la ha colocado en los rieles, he sido yo.*

II — UTIL ADVERTENCIA DE UN BUEN AMIGO.

La administración del general Flores no constituyó excepción relativamente a las anteriores, y en corroboración de esta verdad, no fueron pocas las protestas formuladas en la prensa por sus propios correligionarios, llegando hasta hacer éstos liga y causa común con sus tradicionales adversarios políticos en igual forma y hasta en las calles de Montevideo, con las armas en la mano.

Pero, fuere de ello lo que fuere, el hecho es, que ni los políticos de arriba ni los de abajo, vivían en tranquilidad, ni mucho menos el elemento de trabajo, ajeno a la dichosa política, que en mi humilde concepto, aquí, en mi país adoptivo, no pasa de un medio o recurso, tendiente a pasarlo del mejor modo posible, riéndose muchos de sus propias convicciones partidarias, que si hasta hace cincuenta años pudieron constituir y constituyeron un credo con sus explicables apasionamentos, desde entonces acá, no han pasado ni pasan hoy mismo, de vana conversación.

Esta es mi creencia, y hasta avanzaré afirmando, que es mi íntima convicción, como que, cada día me explico menos esto de *blancos* y *colorados*, después de 67 años de terminada la Guerra Grande, cuando sólo se explicarían los partidos de ocasión.

Pero... me apercibo que este preámbulo podría dar lugar a suponer, que voy a engolfarme en apreciaciones concretas sobre la política de aquellos tiempos y del presente, y como está lejos de mí semejante pretensión, el lector puede hacerse cargo de que nada he dicho y paso al asunto a que accede este últi-

mo boceto de los cinco que forman la colección de este libro.

Cierta mañana me encontré en la calle de Pérez Castellanos con Eduardo Olave, condiscípulo, aunque por limitado tiempo, y que no tardó en tener figuración en la milicia, dando evidentes pruebas de valor personal en su actuación de años después.

Con cierto misterio, me desvió de la acera, hasta sacarme de ella y meterse conmigo en un zaguán inmediato.

—¿De qué se trata?, le pregunté.

—Se trata, de que las cosas no andan bien, y en cualquier momento vamos a tener graves acontecimientos: desde anoche las tropas están acuarteladas, pero con esto y todo, no estamos seguros.

—Pero, —le observé— con esto me dices mucho, y concreto, no me dices nada.

—Porque no puedo, ni debo...

—¿Entonces?...

—Entonces, —repitió Olave—, lo que debes hacer, es meterte en tu casa y no salir a la calle, y con una mirada expresiva que yo traduje, al parecer, acertadamente, me estiró la mano que estreché, agregando: —cuanto más pronto... mejor.

Después de este breve diálogo, nos separamos; él para dirigirse a su casa de la calle 25, entre Pérez Castellanos y Colón, y yo para la mía, San José entre Andes y Florida.

Lleno de preocupaciones me acosté esa noche, después de permanecer encerrado toda aquella tarde, seguro de que Olave sabía bien a qué atenerse cuando me dió el consejo de no salir a la calle. Conocía sus afinidades con los políticos de la época y no podía menos de dar crédito a sus noticias, por más desagradables que fueran, y seguir sus consejos al pie de la letra.

III — DESCUBRIMIENTO DE UN COMPLOT

Al siguiente día, poco antes de las tres de la tarde, pasaron por mi casa varios chicuelos vendiendo boletines, en los cuales se anunciaba el descubrimiento de un complot con el objeto de hacer volar el antiguo Fuerte o Casa de Gobierno. Se decía en uno de ellos que el infernal proyecto se había descubierto, merced a la denuncia de un chicuelo de la vecindad: en otro, que a los zarpazos que durante la noche se oían en la pequeña casita de una puerta y una sola ventana, sita en el costado sud de la Plaza Zabala, que lleva hoy el número 324, y finalmente, se atribuía también a la denuncia de un individuo, cuyo nombre nunca se designó, y que habiendo sido consultado para llevar adelante el plan, se excusó, prometiendo guardar reserva.

Una vez leídos dos de los boletines que no podían ser más lacónicos y sin pérdida de tiempo, me trasladé a la Casa de Gobierno, y en la calle, que se ubicaba, entonces como hoy, al sur de aquélla, el número de curiosos era tal, que el tráfico resultaba completamente interrumpido.

Sin embargo, no desmayé; avancé lo que pude, con auxilio del Comisario L., mi amigo, hasta llegar a la pequeña casita, a cuya puerta había un centinela, además de otros en la acera del frente; entraban y salían comisarios y empleados subalternos de la Policía.

Más tarde, una vez despejado el local, no permitiéndose el tráfico por esa calle, sino a los vecinos que tenían que entrar o salir de sus casas, se practicó una abertura a un metro del cordón de la acera, operación que puso a la vista una estrecha galería subterránea que, saliendo de la casa de la referencia, tomaba la dirección del salón de acuerdos de la Presidencia.

Desde luego se comprendió cuáles eran los designios de los autores del atentado que se proyectaba, y no faltó quien afirmase en los primeros días que duró la formación de sumario, que había varios individuos complicados en ese asunto, algunos de significación y de posición social más o menos ventajosa, llegándose a citar a don Eduardo Beltrán como principal autor.

IV — CORONEL DE AYER!... CORONEL DE...!

El presunto autor que acabamos de nombrar, era visita frecuente en la Contaduría General del Estado, situada en el ángulo Nordeste del Fuerte. Allí contaba con amigos como don Tomás Villalba, Contador; José Parpal, Eduardo y Leopoldo Gard, Américo Aguiar y otros; charlaba con ellos sobre cosas indiferentes después de mariscalear un poco, retirándose luego a su casa-habitación en la calle de Wáshington, hoy número 258.

Algunos días antes del descubrimiento de la mina, don Eduardo había estado como de costumbre, en la Contaduría, pero su conversación esa tarde versó sobre algo que ninguno de sus amigos había podido traducir por la ambigüedad de los términos empleados, al ex-

tremo de que muchas veces se miraron entre sí con suma extrañeza, figurándose que Beltrán chanceaba.

Este era hombre robusto y fuerte, física y moralmente; su físico, la entonación de su voz, su gesto y su mirada, desde luego lo hacían presumir, de manera que en este hombre la fuerza moral estaba en perfecta relación con la fuerza de sus músculos, y júzguese de lo que acabo de afirmar, por lo que voy a decir en pocas palabras.

Empeñado Beltrán en cierta elección de Alcalde Ordinario, tropezó en el atrio de la Matriz, hoy Catedral, con un grupo de ciudadanos que contrariaban un tanto sus designios, electorales, y que, por consiguiente, venían a hacer discutible el triunfo con el cual él creía contar de antemano.

El hombre echó sus cuentas y a la nuca su sombrero de copa; abrió las solapas de la levita tanto como pudo; empezó a arrojar humo por las narices y a dirigir a su alrededor miradas de basilisco; y apercibido, que cierto coronel era el que hacía cabeza de la legión disidente o de oposición a su candidato, dio tres pasos al frente... uno! ... dos!... tres!..., como diría la Goya, colocándose a las barbas del militar, y tomándole de improviso por las solapas de su saco o casaca, que estrujó con fuerza entre sus manos, lo arrinconó contra el muro de la torre del reloj y puerta de la misma torre. Elevándole después a medio metro de altura y regalándole el oído con estas amables palabras, dichas *soto-voce:* "Coronel de ayer... Coronel de... estése quieto", lo dejó caer de la misma altura a que lo había elevado un momento antes... y... quieto se estuvo el coronel...

Por lo demás, don Eduardo era culto y hasta amable cuando quería serlo; tenía condiciones de excelente *causeur,* y no faltándole historias, ni bromas de buen gusto, en las cuales solía dar pruebas inequívocas de su *esprit,* lograba proporcionarse buenos ratos y proporcionarlos a sus amigos.

V — DESCRIPCION DE UN VIAJE AEREO

Decía a principios del capítulo anterior, que el señor Beltrán era concurrente asiduo a la Contaduría General, y que uno de los días antes del descubrimiento de la mina, inmediata a la Casa de Gobierno, aquel señor había empleado frases ambiguas y algunas sugerentes, que apartaban a sus amigos de la inteligencia real y razonable de las cosas para precipitarlos en conjeturas más o menos fundadas y llegar a compenetrarse de las afirmaciones y especies emitidas por él en un lenguaje enigmático y de difícil traducción.

—"¡Queridos amigos! —les decía—, a mí
" que tanto los quiero, como a mí me quiero,
" y aun más; a mí, que desearía elevarlos tanto
" sobre este mundo miserable y falaz, para que
" no se contaminasen, qué grata sorpresa me
" causaría verlos volar por los aires con la mis-
" ma facilidad que los pájaros"! —y como observase pintada en el rostro de mis amigos la más señalada sorpresa, agregaba— "no den us-
" tedes crédito a mis fantasías, ni siniestra in-
" terpretación..., pues no son otra cosa que fan-
" tasías... pero fueren lo que fueren yo los
" veo... sí, los veo volar sobre los escombros
" de esta manzana, que encierra la autoridad
" suprema de la patria, y los séquitos de adep-
" tos incondicionales... que también vola-
" rán... yo lo espero, sí... lo espero, queri-
" dos... queridísimos amigos míos"!...

Y don Eduardo se retiró riendo y accionando cómicamente, dejando a los oyentes estupefactos, pues aunque acostumbrados a estas rarezas y romanticismo de aquel señor, llegaron a sospechar esta vez, que pudiera estar enfermo, inclinándose algunos a creer que lo estaba de verdad.

En efecto, su actitud era un tanto sospechosa: tenía el rostro y los ojos encendidos; su inquietud era extrema y llegó un momento, en que una animación diabólica y una sonrisa mefistofélica se dibujaban en su semblante y en sus labios.

VI — LOS HERMANOS NEUMAYER

Claro es, que el suceso posterior del descubrimiento de la mina, vino a descorrer el velo del misterio que envolvían las palabras enigmáticas de don Eduardo. El Contador Villal[illegible] y empleados de su dependencia, quedaron, pues, al corriente una vez por todas, de los buenos deseos que abrigaba aquél, cuando ya creía verlos a todos elevados a la región de los pájaros, bien que con el laudable propósito de que no se contaminasen con los ases de la baraja de aquella fecha en la Casa de Gobierno, y que en ninguna casa de esta especie faltan, ni en este país, ni en ningún otro.

Las investigaciones alrededor del ruidoso acontecimiento y de sus presuntos autores, no pasaron de suposiciones más o menos fundadas, sin precisar más nombres propios que el

de los hermanos Pablo y Luis Neumayer, reducidos, al fin, a prisión y sometidos al Juzgado del Crimen.

Sin embargo, corrían voces que atribuían participación principal al señor Beltrán, lo que parecía confirmar la circunstancia de no conocerse su paradero, desde el descubrimiento de la mina, aunque no se hubiese dictado medida alguna contra su persona.

No siendo mi objeto detenerme en los detalles del proceso que se inició y siguió sin interrupción hasta 1874, transcribo a continuación y textualmente, los términos de una carta dirigida al entonces defensor en lo criminal, por los procesados, que hasta esa fecha y en segunda instancia, se encontraban en la cárcel pública a disposición de la Justicia:

"Isla de la Libertad, 23 de octubre de 1871.

"Señor doctor X:

"Con sumo placer ha llegado a nuestro conocimiento, que usted se empeña con todo ardor, digno de un magistrado justo, recto e intachable, en defendernos en nuestra causa ante el Superior, lo que le enaltece ante nuestros ojos y le dará una gloria y honor eterno en la opinión pública con el desempeño de su noble y humanitaria misión. Nadie mejor que usted puede dar la correspondiente luz a la causa y establecer la verdad de los hechos, y esto es lo único que nosotros deseamos; pero, nada, absolutamente nada se puede ni debe hacer, antes de ponerse en perfecto acuerdo y buena armonía con nosotros, para establecer las bases sobre que debe versar la nueva defensa.

"Así, pues, tendremos a la brevedad posible una entrevista con usted para el efecto, del modo que le parezca más conveniente".

"Reciba usted, por tanto y con anticipación, nuestro saludo y particular estimación.

(Firmados): *Pablo y Luis Neumayer.*"

Unos días después, tuvo lugar en la Isla Libertad la entrevista indicada por los prevenidos, haciendo el doctor X las primeras gestiones en la segunda instancia.

Ajustó el escrito de expresión de agravios a la ley 13, tít. 24, libro 8, R. C., para pedir como pidió la revocación de la sentencia de 11 de octubre de 1871, que condenaba a sus defendidos a la pena de diez años de presión y trabajos públicos.

Como los procesados estaban convictos y confesos desde la primera instancia, la única tesis que tenía que sostener el defensor, era la procedencia de la sustitución de prisión que sufrían aquellos desde julio de 1867 (cuatro años), por la de destierro, lo que obtenido colmaba las aspiraciones de los Neumayer, cuyas respectivas familias padecían de necesidad, mientras que la libertad con destierro y todo, abría campo vasto a sus actividades y futuras esperanzas.

La segunda instancia se inició con marcado empeño, aunque con pequeñas interrupciones, que al fin dejaron expedito el camino para llegar a su terminación. En efecto, con fecha 4 de noviembre de 1872, se revocó la sentencia de primera instancia y el destierro de los procesados de la mina fue hecho.

Por lo que respecta al señor Beltrán, éste fue prófugo desde que el complot se denunció el 30 de junio de 1867, por el Jefe de Policía, don José C. Bustamante (debiendo explotar la mina de la 1 p. m. del día siguiente); pero, siete años después (1874), gobernando el doctor Ellauri, se presentó don Eduardo Beltrán pidiendo su enjuiciamiento, aunque con protesta de su inocencia.

Fue recluido en el Departamento de Policía y el sumario se inició, hasta que, poco después, obtuvo la excarcelación bajo fianza.

Ocurrida su muerte un año y medio después, el sumario se remitió al Juzgado del Crimen entonces de la 1ª sección, para ser agregado a la causa principal.

VII — DESAVENENCIA ENTRE LATORRE Y BELTRAN

El Gobernador don Lorenzo Latorre regía los destinos del país desde los acontecimientos del 1º de enero de 1875, y digo que los regía desde esa fecha, porque si bien don Pedro Varela fue el que reemplazó al doctor Ellauri después de su derrocamiento, el papel de aquel desgraciado mandatario fue tan precario e indefinido, que su gobierno no llegó, propiamente, a marcar una época.

El coronel Latorre, como es notorio, fue el que provocó y precipitó la caída del doctor Ellauri, y desde ese día, no hubo más voluntad que la suya, ni más influencia directriz en la política del país, que la que se traducía en sus iniciativas, iniciativas que el gobernante, votado por las Cámaras con los honores de tal y todo, no hacía sino acatar y cumplir.

Un buen día, pasado algún tiempo de la fecha en que el coronel Latorre hizo a un lado al señor Varela y se proclamó dictador, don Eduardo Beltrán concurría a los ministerios y despacho de aquél, con la misma frecuencia o más, que a la Contaduría General.

El que hubiese conocido su carácter, como yo lo conocía, no podrá dudar de mi palabra si aseguro, que a veces se atrevía a censurar sus actos y hasta a recriminarle por ellos.

Sin duda, don Eduardo no se apercibió de que últimamente al coronel ya no le hacían feliz sus franquezas, ni sospechó a lo que podía conducirle su amor propio herido, y porque no se apercibió de lo uno ni sospechó de lo otro, el hecho es que una tarde hubo entre ellos cierto cambio de palabras, precursor de algo más grave y trascendental.

Don Eduardo se retiró de mal talante, y de mal talante quedó Latorre en su despacho.

El día siguiente fue festivo, y ni uno ni otro tenían para qué ir al fuerte, y no fueron, pero veinticuatro horas más tarde se presentó Beltrán en el despacho del gobernador, y entró con la franqueza y confianza de siempre, siendo recibido por aquél, como si nada hubiese ocurrido entre ellos. Es que los dos se conocían y sabían a qué atenerse y el papel que les convenía jugar.

Se habló de todo un poco y en presencia de Agustín Susviela, se habló también del doctor don Mariano Querencio, de Sagabrugo y por último, de la mina, del proceso seguido a los Neumayer y del que debía seguirse a otros, que no eran los Neumayer, pero sí, tan criminales y responsables como éstos.

VIII — ASESINATO ALEVOSO DE DON EDUARDO BELTRAN

El doctor Querencio era íntimo amigo del gobernador, como lo era real o aparentemente don E. Beltrán, sólo que aquél no tenía nada que temer del primero, mientras que del segundo no se fiaba, porque sabía que era mucho hombre y de pocos escrúpulos cuando se coartaban en algo sus propósitos.

El doctor Querencio mató de un balazo y en defensa propia, según lo afirmaba, a un Sagabrugo, cuando éste se introdujo furtivamente en su aposento de la calle Arapey, mientras que Beltrán era capaz, no sólo de defenderse, sino de agredir con armas iguales e inferiores, siendo necesario, pues era valiente e impulsivo a la vez.

Dije antes que se había hablado de varias cosas y del proceso de la mina, y algunas frases insidiosas del gobernador provocaron otras de parte de Beltrán, que parecieron precursoras de un desagradable incidente, y gracias a la interposición del doctor Querencio, que había llegado momentos antes, las cosas no pasaron de allí. Sin embargo, la conferencia no podía prolongarse por el estado de los ánimos. Latorre y Beltrán se sentían contrariados y también el doctor Querencio, así es que, éste y don Eduardo dejaron al gobernador dirigiéndose al portón de salida del fuerte, despidiéndose allí.

El doctor Querencio tomó la calle de Rincón, y don Eduardo se detuvo un momento a la puerta del Juzgado del Crimen de 1ª Sección, instalado en el piso bajo del edificio, que ocupaba el Superior Tribunal de Justicia, para hablar con el Tesorero General de la Nación, don Pedro Carve.

Entretanto, el coronel Latorre, cuando el doctor Querencio y Beltrán se retiraron, encontrándose presentes Susviela y dos jefes de su confianza, se lamentó de la insolencia de Beltrán, y de que, *estando rodeado de bigotes*, no hubiese uno de los que los llevaban, capaz de defenderle de aquel hombre que constantemente le provocaba recordando para esto la historia de la mina y el presentimiento de algún atentado, del cual él mismo pudiese ser víctima.

Es de notoriedad lo que ocurrió aquella misma tarde en el zaguán de la casa de la calle Washington, habitada por Beltrán y que he designado en el cuerpo de este capítulo.

IX — CONCLUSIÓN

Con la muerte de Beltrán, desapareció de la escena social y política aquella saliente personalidad, asociada a los recuerdos de la mina y a otros acontecimientos, aunque no de igual importancia.

BOCETOS Y BROCHAZOS

APARICIO ANTE MONTEVIDEO

DANZANTES DE ESCUELA

De cómo las opiniones políticas en 1850 y tantos, no obstaban a que se confraternizase en las aficiones al arte musical y al coreográfico.

1 — DON TIMOTEO APARICIO

Si hace cuarenta y tantos años, un visitante de nuestra capital, partiese de la Plaza Cons-

titución, tomando para ello la calle Sarandí, hacia el Este, poco tendría que andar para encontrarse con la llamada "Ciudadela' de origen colonial, o sea con el Mercado Central, en que aquélla vino a ser transformada, al andar de los años.

En su origen, pues, era una antigua fortaleza española, a la que sólo le faltaban los cañones de que estaban coronados, en otro tiempo sus muros de piedra, formando un cuadrilátero regular, por las calles, hoy Juncal, Buenos Aires, Ciudadela y costado Norte.

En la fecha a que me refiero, fue demolida bajo la administración del dictador coronel don Lorenzo Latorre, quedando así ampliada la Plaza Independencia, en las exactas condiciones de hoy.

En el octavo de manzana que ocupa actualmente el palacete de gobierno, que vino a sustituir la primitiva residencia oficial de los gobernantes anteriores al coronel Latorre (1), el ciudadano don Francisco Esteves, levantó el edificio, que lleva desde poco después esa denominación, y que adquirió el Estado para instalar el Poder Ejecutivo, siendo sus primeros ocupantes los generales don Máximo Santos y don Máximo Tajes, durante aquella prolongada época en que empezamos a saborear tan buenos platos, como los que estamos saboreando en el presente, aunque no tan buenos.

Parecía que el estreno repetido de este local por gobernantes militares, podía tener origen en la circunstancia de *figurar el nombre* de otro militar, a título de dueño del octavo de manzana de la Plaza Independencia, como que él, antes de pertenecer a don Francisco Esteves, perteneció a su causante, brigadier general don Venancio Flores, donatario de su muy amigo y lo mismo de su familia, el acaudalado ciudadano francés don Pablo Duplessis.

Pero, es de observar, que antes de vender el general su terreno, lo tenía arrendado al gobierno, allá por la fecha de la invasión del jefe nacionalista, don Timoteo Aparicio, con un pequeño edificio y varios galpones en donde se encontraba instalado un cuerpo de línea y más tarde, aunque accidentalmente, un batallón de guardias nacionales, que me parece comandaba el apreciable ciudadano don Eulogio de los Reyes, a quien me ligó una buena e íntima amistad.

II — LA SORPRESA

Hacía unos meses que había invadido el país el caudillo nacionalista a que acabo de referirme, con todas las correrías y escaramuzas de que se valían nuestros guerreros, de uno y otro bando, empleando en tales evoluciones semanas y meses, asolando los campos y sacrificando las más veces a su ambición e intransigencias, las riquezas del país.

Una mañana, que venía en mi carruaje para el centro, por la calle del 18 de Julio, que es como modestamente se le llamaba entonces, tuve ocasión de observar que del Mirador de don Bernardo Aguerre, sito en el costado sudeste de la Plaza 33, conocida por de Artola, y desde la torre de la Iglesia del Cordón, muchas personas miraban con anteojos de larga vista en dirección al norte, y con una insistencia tal, que no pudo menos de llamar mi atención, como llamaba la de los transeúntes que recorrían en opuestas direcciones, la expresada calle del 18.

—Algo ocurre, dije para mí, y por la ventanilla del frente del carruaje, interrogué a mi cochero, quien no supo qué contestarme. En esto llegábamos a la calle de Médanos, en donde un guardia civil, nos previno, que no había más entrada a la ciudad para los carruajes que la de San José, en donde se encontraba el general Rebollo, jefe del estado mayor general. Se me dijo también por la guardia civil, que Aparicio hacía una hora que se había mostrado en el Cerrito de la Victoria, coronando el sitio que ocupaba la antigua batería, con las numerosas tropas que comandaba.

No quise oír más y le di orden a mi cochero, que se dirigiera a la calle de San José, doblando para ello a la izquierda por la de Ejido, hasta encontrarme con el general Rebollo, quien no sólo me facilitó la entrada a la ciudad, sino que me advirtió, que como en el curso de esa tarde, debían empezarse a construir trincheras en las boca-calles sobre toda la extensión de la de Ejido, sin que hubiese más portón de entrada y salida, que el que yo acababa de salvar en carruaje, no debía volver, sino por esta misma calle de San José.

Además el general, tuvo la bondad de darme un pase, con el propósito de evitarme cualquier inconveniente y después de darle las gracias, continué mi camino, hasta llegar a casa de una persona de mi familia.

---

(1) El llamado "Fuerte" que ocupaba la hoy Plaza Zabala.

III — ALARMA Y CONFUSIÓN

Una hora después, salí a la calle y desde el primer momento noté grande alarma y gente que corría, pero me llamó mucho la atención que entre los particulares que se encontraban en el número de esas personas, en medio del estrépito que producía la cerrada violencia de las puertas y escaparates de las casas de negocio, corrían también algunos individuos en traje militar, pero con chambergos en la cabeza y algunos de ellos, preocupados de arrancarse las franjas de los pantalones y botones de sus casacas, lo que me hizo suponer que se trataba de un peligro inminente, como si alguna columna enemiga hubiese hecho la intentona de salvar la línea de la calle Ejido, pues se veía correr gente por la de Rincón hacia el centro, tropel de caballos y gritos en igual dirección.

Me encontré a la altura de la Plaza Independencia, con el señor don Vicente Latorre y don Claudio Balparda, igualmente alarmados que yo ,y sin saber a derechas, lo que en realidad pasaba.

Del cuartel de la plaza, salían aún algunos restos de la tropa, sin gobierno ni dirección, que corrían por la calle Buenos Aires para el Oeste y por la de Florida y Ciudadela hacia el Sur.

A los tres, tanto a Latorre, Balparda como a mí, nos pareció prudente retirarnos a nuestras respectivas casas, en previsión de que ocurriese algo más grave de lo que podíamos suponer y en medio de aquel laberinto, nos apresuramos a poner en práctica nuestro proyectado retiro.

Nos despedimos hasta más ver, y cada uno de nosotros se dirigió a su domicilio con paso acelerado.

SEXTETO CLASICO

MAXIMO SANTOS

FASCÍMIL E HISTORIA FINAL DE UN GOBERNANTE

De cómo a veces, cuesta menos dominar las alturas, que conservarse en ellas.

I — ¡PERDONO A TUTTI!

La conducta generosa del general Máximo Santos después del *Quebracho*, le había reconciliado un tanto con la opinión pública y hasta despertado ciertas simpatías en su favor.

Un "Perdono a Tutti!" como el de Carlos Quinto en la conjuración del tercer acto de "Hernani", tuvo favorable interpretación y acogida y esto alentó a Santos en los meses subsiguientes y último de su gobierno dictatorial para proceder con mayor mesura y regularidad de las que había empleado hasta entonces.

Este proceder inesperado del gobernante, se consideró de excelente presagio para más tarde y no faltaron manifestaciones, que así se lo hicieran comprender.

Sus amigos íntimos y allegados aseguraban, que al presente se encontraba en la mejor disposición de ánimo y propósitos para cambiar de política, y por último, que estaba dispuesto si fuera necesario, hasta llamar al Ministerio a algunos de los individuos más caracterizados de las fracciones disidentes de los dos partidos.

Se agregaba, que el general, desde antes de los acontecimientos que dieron lugar a la protesta armada que acababa de fracasar, se encontraba animado de los mejores deseos de buscar una fórmula que le aproximase a los hombres de la oposición y dispuesto a imponerse cualquier sacrificio, con tal de realizar su propósito.

Todas esas versiones, corriendo de boca en boca, habían preparado un ambiente de bienestar y esperanzas, que se dejaba traslucir en los centros políticos, sociales y en los del comercio, hasta traducirse en ciertos síntomas precursores de bienes, con que se había soñado inútilmente desde muchos años atrás, pero que no se creían de fácil, sino de muy difícil realización.

Así pasaron algunos meses como parece que se pasan en el limbo, esto es, sin pena ni gloria o en la condición excepcional de Quevedo, de "ni subir, ni bajar, ni estar quedo" y la cual no es preferible, ni es mejor que la situación compleja que en el limbo, se condenan a los incautos que en él se alojan.

II — LA CONCILIACIÓN DE 1886

Nadie, por lo general, tiene fe en los héroes por fuerza, porque piensan y con razón, que "lo que natura non da, Salamanca non presta", según este adagio de ocasión y consignado en un latín, de dudosa legitimidad y pureza.

Sin embargo, el general Santos, en lucha sostenida y cruenta con sus opositores y de-

fendiendo a la vez la posición oficial que ocupaba, sorprendió gratamente al país después del balazo de Ortiz, con un llamado patriótico a los hombres de la oposición en ambos partidos y, cuando nadie lo esperaba ya, a pesar de lo que se venía anunciando.

En efecto, pidió al doctor José P. Ramírez la redacción de las bases, que a su juicio y al de sus correligionarios y afiliados, podría arribarse a una conciliación.

Este paso, después de la actitud simpática adoptada con los prisioneros del Quebracho, meses antes y después de su triunfo, había atenuado la prevención que existía contra él y esta circunstancia contribuyó en mucho, a que la invitación del gobernante, fuese atendida de inmediato con fundadas esperanzas de realización.

El doctor Ramírez y amigos, cuyos propósitos constituían la aspiración del país entero, se presentó al general Santos, en su casa particular de la calle 18 de Julio, mucho más pronto de lo que éste esperaba.

Introducido a su presencia, depositó en sus manos el pliego que contenía las bases pedidas, siendo invitado de inmediato a sentarse y a cambiar ideas sobre ellas.

El doctor Ramírez, agredeció el primer ofrecimiento del general, pero ni aceptó el asiento que se le ofrecía, ni la invitación a discutir, al menos por el momento, pues suponía y así se lo expresó, que él necesitaría pasar vista por ellas tranquilamente y con el tiempo necesario para meditar y formar juicio acabado hasta colocarse en condiciones de facilitar aquella discusión a que se le invitaba y hasta la más acertada solución.

Ante actitud tan resuelta, pues el doctor Ramírez se encontraba en ese momento de pie y en actitud de abandonar la sala pues, ni siquiera hizo ademán de sentarse, ni de permanecer en aquélla; Santos se conformó y ambos se tendieron la mano, quedando Ramírez, según lo dijo, a la espera de la resolución que adoptase aquél.

III — DE LO QUE PRECEDIÓ AL BENEFICIO TEATRAL DE UNA SIMPÁTICA ARTISTA

¿Qué pueden importar esos numerosos grupos de señoras y niñas prolijamente ataviadas y de porción de caballeros y de jóvenes dragones, que descienden a grandes pasos, la pronunciada pendiente de la calle Ituzaingó, hacia el norte?

¿Qué significa ese *coupe* relumbroso arrastrado por briosa pareja de caballos zainos y de no menos relumbrosos arreos, conducido por la mano amaestrada de auriga de librea y a quien acompaña un moreno de estatura gigantesca, que lleva el vestuario e insignia de sargento 1º?

¿A dónde se dirige ese carruaje, cuando desemboca en la Plaza Constitución, siguiendo la calle Sarandí para tomar después la de Ituzaingó, sin detenerse, hasta llegar casi a la de Piedras?

Y por último, ¿cómo regresa ese carruaje minutos después, repechando con casi igual velocidad la misma pendiente por la cual se había deslizado momentos antes y apareciendo en sus portezuelas los mismos tules y las mismas flores de que hiciera gala en su carrera anterior?... ¿qué llevaba al descender y qué traía al repechar?

....

Un cuarto de hora antes, yo, a mi vez, había bajado por la misma calle Ituzaingó, hasta detenerme a la entrada del teatro Cibils, cuyos escombros se encuentran hoy a la vista, desde la fecha, no muy remota, de su incendio, mientras que entonces su frente aparecía engalanado y de fiesta.

En la noche del 17 de agosto de 1886, tenía lugar en el teatro el beneficio de la festejada primer soprano Eva Tetrazini, habiendo elegido ésta para su fiesta de honor, la hermosa ópera de Ponchielli "Gioconda", entonces en boga y además, prestigiada por la soberbia interpretación que la bella y genial artista hacía del papel protagónico.

En efecto, por ese año se encontraba en Montevideo y actuaba en el Teatro Cibils, la soprano dramática, Eva Tetrazini, que meses antes había debutado con bastante éxito, en el "Solís" y llegado el fin de la corta temporada en aquel teatro, anunció su beneficio, que debía realizarse cantándose la "Gioconda" de Ponchielli.

Gran concurrencia asistió esa noche a la representación, pues a la demanda espontánea de localidades, iniciada por los aficionados y amigos de la joven artista, mediaba la circunstancia de que ésta había hecho un gran reparto de palcos, sillones de orquesta y galerías bajas y altas, lo cual aseguraba una sala lucida y llena de animación.

La función estaba, como de costumbre, anunciada para las ocho y media p.m. y un cuarto de hora antes me encontraba en el vestíbulo, hablando con el doctor Carvalho

Lerena, que se proponía oír su ópera favorita, según me lo dijo esa noche después de habérmelo dicho otras muchas.

Faltaban apenas cinco minutos para la hora fijada en los carteles, cuando el doctor Carvalho entró a ocupar su asiento como yo a ocupar el mío, con el cual contaba desde la víspera, en la ochava izquierda de la platea; el teatro ofrecía un aspecto que parecía ser segura prenda de una noche de gratas emociones y en ese sentido, y con las salvedades del caso, me prometía aprovechar la oportunidad que se me brindaba.

Para más completa satisfacción, me encontré con que a la derecha de mi asiento, se hallaba ya instalado el respetable y antiguo comerciante de esta plaza, mi particular amigo don Bernardino Ayala y su distinguida señora, a quien no conocía personalmente en aquella fecha, pero a la cual tuve la feliz ocasión de cumplimentar esa noche.

Entretanto, la concurrencia iba en aumento gradualmente y dadas las 8 y media, que era la hora señalada para empezar el espectáculo, la orquesta hizo oír los primeros compases de la obertura o preludio y el telón se descorrió en medio de la mayor satisfacción del numeroso público, que ya ocupaba el teatro, casi en la totalidad de sus localidades, pues no faltaban por ocuparse sino dos palcos de la derecha y una que otra butaca.

Pasadas las primeras escenas y despejado el escenario, sólo el barítono quedó en él y todos nos preparamos para oír al artista en el interesante pasajè, tal vez el de más destaque que señala el primer acto de esta ópera.

La abstracción en que se mantenía el público, esperando la escena que precede a la denuncia cobarde de Barnaba por la "Boca del León", no podía ser más completa, lejos de suponer que momentos después, la escena podría cambiar radicalmente a causa de un inesperado acontecimiento.

IV — OH, MONUMENTO!...

En efecto, a esta altura del primer acto de la bella partitura, se sintió en medio de los compases ruidosos de la escena culminante de Barnaba, así como un chasquido a nuestra espalda, pero al exterior del edificio, o sea en el vestíbulo de entrada, parecido al que podría producir una o más tablas de poco espesor, que hubiesen caído de plano sobre el piso.

Al mismo tiempo, en las ochavas de la platea se producían dos remolinos o pequeños tumultos de espectadores, que ya sentados, se incorporaban bruscamente y abandonaban sus localidades con tendencia a alejarse y de otros, que abandonaban con precipitación los palcos y galerías. Y, a propósito, el señor Ayala me llamó la atención sobre don Clodomiro Arteaga, quien indeciso y en compañía de dos de sus hijas y alguna otra persona de la familia, en menos de un minuto, entró con precipitación en un palco, para salir de él y tomar otro inmediato, concluyendo al fin por abandonarlo también y desaparecer por la galería del fondo.

La mitad de los concurrentes de la platea, se hallaban de pie y mirando hacia la entrada con marcada inquietud y los mismos artistas en escena al final de la cometida al barítono, poseídos también de cierta inquietud, bien que, más hija de la curiosidad que del temor a un peligro.

Sin embargo, el espectáculo seguía adelante y los concurrentes en su mayoría no prestaban atención, pero de pronto empezaron a levantarse y a salir de la sala con el propósito, al parecer, de averiguar lo que ocurría.

Entre estas personas, el joven hijo del señor Ayala hizo otro tanto, no tardando en regresar poseído de cierta emoción, para hacernos saber que un oficial del ejército había atentado contra la persona del general Santos, descerrajándole un tiro de revólver en el momento que éste atravesaba el vestíbulo del teatro; agregando que la bala, que se suponía, explosiva, le había atravesado el rostro, entrando por entre los maxilares superior e inferior derechos y saliendo por el lado opuesto.

—¿Y el herido? —pregunté yo.

—Fue inmediatamente conducido al carruaje y a todo escape, hasta su casa habitación, cerca de la cual estará ya.

—¿Y el heridor? —agregué en seguida.

—Dicen que huyó...

—¿Que huyó?...

—Pero también dicen... que acaba de suicidarse después de consumado el hecho y de correr unas dos cuadras alrededor de esta misma manzana, seguido de cerca por el sargento al servicio del general, y que se encontraba en el pescante de su carruaje.

Quedamos profundamente impresionados con la noticia y sólo esperábamos que el actor de la ópera terminase, para adoptar la resolución que pudiera convenirnos.

Muchas familias, con estos datos y otros que se obtuvieron después, se retiraron del

teatro, pero la mayoría incluso nosotros, decidimos, aunque un tanto vacilantes, permanecer por el momento y en este estado de indecisión, empezó y terminó el segundo acto de la ópera.

Después de esto, supusimos que no había ya motivo para abandonar el teatro, cuando momentos antes de empezar el tercero y en medio de un profundo silencio y sorpresa general, se presentó un empleado en el escenario, haciéndonos saber, que por orden superior, se suspendía el espectáculo.

A un pozo cayó nuestro gozo y a media función y con cierta contrariedad abandonamos Cibils, cerca ya de las 11 de la noche, pudiendo notarse tranquilidad completa y el aspecto de siempre, en las calles de la ciudad.

Al compás de mis pasos y en dirección a mi casa, pensaba en el suceso ocurrido en el vestíbulo de Cibils, y decía para mi capote: ¿a qué responderá este atentado?, ¿será la obra de un intento vulgar, o tendrá relación, más o menos directa, con la *política* de nuestra tierra? Con algunos nuevos detalles podremos, sin duda, formar más exacto juicio, esperemos pues... Un balazo en la cara!... diablo! casi puede asegurarse, que la puntería se hizo o quiso hacerse a la cabeza y... ya sabemos cuál sería el resultado de una bala explosiva... o no explosiva, que diese en el blanco!

Probablemente... la vida del general no peligrará... salvo cualquier complicación... pero, de cualquier modo, sucesos de esta especie, son siempre precursores de... otros tanto o más importantes... ¡mañana veremos más claro, Peralta!... y Peralta entró al fin en su casa después de este monólogo.

V — EL PACTO DE CONCILIACIÓN

Al día siguiente se tenían en la prensa todos los detalles del acontecimiento de Cibils, denuncia del nombre del heridor y circunstancias de su suicidio en la calle Treinta y Tres, veinte pasos hacia el norte del taller de litografía y tipografía del "Libro Inglés".

Los motivos que se atribuían al mayor Ortiz, que fue el agresor del general Santos, no dicen al objeto de mi narración y por consiguiente, prescindo de ellos, como prescindo de los detalles del hecho en sí, por igual motivo.

Menciono sencillamente este último, sólo para poder estudiar la influencia, que a mi juicio tuvo, en los importantes sucesos políticos que se sucedieron con grande precipitación, durante el corto período restante que gobernó el general Santos, hasta que se ... sustituir en el gobierno de la nación por el teniente general don Máximo Tajes en noviembre del mismo año de 1886.

Pero sí me detendré a encomiar la conducta observada por este militar en la noche del atentado, con motivo del suceso de que vengo ocupándome.

Cuando en el cuartel de la escolta presidencial, inmediata a la casa del general Santos, y cuyo terreno ocupa hoy el Teatro "Albéniz", se supo que aquél había sido herido en el Teatro Cibils, parece que se hicieron manifestaciones de hostilidad, que llegaron a ofrecer ciertos conatos que habrían podido llegar a extremos lamentables y comprometer la situación de los concurrentes al teatro, o cuando menos perjudicar la de algunas personas, que figuraban entre ellos, con nota más o menos comprometida acerca del gobernante.

Gracias a la oportuna intervención del general Tajes, pudo conjurarse aquel peligro, haciendo valer su poderosa influencia y ordenando desde el primer momento la suspensión del espectáculo, para por este medio hacer que aquellas personas se retiraran a sus casas lo más pronto posible.

No fue pues, poca imprudencia nuestro retardo en hacerlo, por sólo el propósito de no malograr la segunda parte de la representación.

Decía al principio de este capítulo, que sucesos como el ocurrido en Cibils la noche del 17 de agosto, generalmente son precursores de otros de tanta o mayor importancia.

Y no me equivocaba, porque la influencia que ejerció el atentado contra el general Santos, que a la sazón desempeñaba la presidencia de la república, no pudo ser, ni más decisiva, ni más inmediata en los futuros destinos del país.

Quebrantada sin duda la fortaleza de su espíritu, herido en el rostro, que desde el día en que lo fue mostraba a la vista de todos la prueba evidente de aquella afrenta, él, que hasta entonces había dado pruebas de su firmeza y de su valor, bastándose para hacer su voluntad en un ambiente que le era adverso, subordinó sus ideas y tal vez aquella voluntad, a las circunstancias y buscó en el seno de sus adversarios políticos, lo que le faltaba para combatir con éxito la adversidad.

Así, tan pronto como sus heridas cicatrizaron y transcurridos dos meses y medio, fue que provocó, como se ha dicho, el llamado

pacto de conciliación dirigiéndose para ello al distinguido ciudadano doctor D. José Pedro Ramírez, y en una segunda entrevista, tuvo lugar la discusión de las bases que, como es fácil comprender, tenía que ser, como fue, bastante laboriosa.

Al fin, se aprobaron y firmaron y el día 18 de noviembre, se tiró un decreto nombrando Ministro de Gobierno al doctor Ramírez, de Relaciones Exteriores al doctor Juan C. Blanco y de Justicia y Cultos, al doctor Aureliano Rodríguez Larreta, quedando así integrado el Ministerio de Santos, pues los ministros de Hacienda y Guerra, señores Antonio María Márquez y general Pedro de León, debían continuar en los respectivos puestos que habían conservado hasta entonces.

Montevideo, o mejor dicho el país entero, después de la entronización del coronel Latorre y actuación del general Santos (1875 a 1886), se entregó delirante, por primera vez, a toda clase de regocijos y en el nublado horizonte de la política de aquellos once años de sinsabores, surgió al fin, un rayo de luz y esperanza para el porvenir.

VI — EL MINISTERIO DE LA CONCILIACIÓN

Habían transcurrido dos y medio meses y el Ministerio así titulado desde que se inició, había dado principio a su labor con marcado interés y empeño por parte del presidente y cada uno de sus ministros.

Los acuerdos de gobierno, fueron muy laboriosos desde el primer día, por las exigencias e impaciencias de unos y las resistencias explicables de otros, a quienes muchas veces, se les exigía más de lo que razonablemente podían dar en aquella difícil situación.

Todos los días hábiles se veían a los ministros, dirigiéndose *a pie o en los tranvías* al Palacio de Gobierno, haciendo práctica constantemente de este sistema, que bien podía responder a un exceso de modestia y economía, como a un cálculo o censura de los que se habían valido hasta entonces de carruajes lujosos para recorrer cortos trayectos, que no requerían la imposición de semejante erogación al Estado, poco abundante de recursos en aquella época.

La impaciencia pública por saber lo que se hacía en favor del país, cuando hasta entonces poco se había hecho, era extraordinaria, pero los rumores que llegaban hasta él, desde la altura, le hacían concebir esperanzas halagadoras.

Sin embargo, pasados unos días, se supo que el presidente, aunque desde un principio se manifestó lo más bien dispuesto en lo relativo a las medidas que se relacionaban con los Ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores y Justicia, en lo tocante a los de Hacienda y Guerra, parece que no sucedía lo mismo.

Se decía, que ciertas resistencias del presidente, eran provocadas por las impaciencias del ministro de Relaciones Exteriores, a quien Santos con palabras dulces y hasta melosas, trataba de traer a la razón.

Sostenía para ello, que en situaciones difíciles como aquélla en que se encontraban los tres ministros y él mismo, no se podía hacer la luz en un día, agregando que al fin, todo había de hacerse, pero que era necesario medir bien el paso, y por último, que no se podía sin peligro, cambiar bruscamente las situaciones, por más que, la necesidad de hacerlo, saltase a los ojos.

En un constante *tira* y *afloja* pasaron los días y semanas, aunque, con esto y todo, se adoptaron una porción de medidas, que causaron grata impresión y parecieron ser seguro augurio de otras mejores.

Y así pasaron algunas semanas.

Sin embargo, esta lucha diaria, a que el general Santos no estaba acostumbrado, la situación anómala en que lo había colocado la crisis económica del país y el acontecimiento lamentable del 17 de agosto, agotaron sus esfuerzos, que si llegaron hasta aquella fecha, se debía a la complacencia que le produjo el verse, una vez por todas, aclamado y vivado por el pueblo en medio de las expansiones a que éste se entregó el día que se proclamó el pacto de conciliación.

Pero, al fin, la realidad de las cosas, pudo más en su ánimo, y la decepción y el cansancio hizo el resto, concluyendo por renunciar como renunció a su alto puesto y proyectar un viaje a Europa, buscando descanso a sus fatigas, durante los once años que reemplazó en el poder al coronel Latorre.

La noticia, cundió como un rayo repercutiendo por todo el país, con el agregado de que el general don Máximo Tajes, lo sustituyó por los tres años que restaban para cumplir los cuatro, porque él había sido nombrado ese año, es decir: hasta el 1º de marzo de 1890.

De manera que, así quebrantada su moral y quizá, sus energías por tales causas, y amar-

gado para complemento por los primeros síntomas de una afección cardíaca, *deficiencia mitral,* que como es notorio, bien pronto precipitó su fin, su actuación al frente del gobierno, duró corto tiempo, hasta abandonar el poder y el país para trasladarse a Europa.

Han transcurrido desde entonces treinta y seis años y aún me parece ver desde el balcón de mi casa en la calle Ituzaingó y a la hora avanzada de la tarde, pasar al ex-gobernante por la esquina de la catedral hacia el norte y en dirección al embarcadero, acompañado de un séquito de amigos y de la escolta presidencial, a título sin duda, de un último honor tributado en su país, así como el relumbrar de las hojas y medias lunas de sus lanzas, bajo los últimos rayos del sol de esa tarde inolvidable.

VII — NUEVO MINISTERIO

El general Tajes, constituyó su ministerio con las mismas personas que componían el de su antecesor y en sus primeros pasos, las mismas exigencias y apremios que se le formulaban a Santos, se le formularon a él por algunos de los ministros.

El presidente, con calma y prudencia, respondía a tales exigencias, observando que toda precipitación, podía dar lugar a que, en cualquier momento, *la tierra pudiera faltarles* bajo los pies, perdiéndose entonces todo y así siguieron las cosas, hasta noviembre de 1886, en que el ministerio presentó renuncia colectiva, dando lugar desde el 24 del mismo a los doctores Julio Herrera y Obes, Domingo Mendilaharsu y Duvimioso Terra, quienes con don Antonio M. Márquez y general De León, formaron definitivamente el ministerio llamado todavía de Conciliación, pero que dejó de serlo desde entonces con la banderita al tope del Ministro de Gobierno y rehabilitación de los generales Casimiro García, Valentín Martínez y Santos Arribio, que hasta entonces y a causa del motín del coronel Latorre, que decidió la caída del presidente Ellauri, habían sido relegados a un completo olvido y aislamiento.

Si ardua y laboriosa fue la actuación del ministerio de los doctores Ramírez, Blanco y Larreta, con los presidentes Santos y Tajes, más lo fue el segundo Ministerio de Conciliación, compuesto de Herrera, Mendilaharsu y Terra, porque según he insinuado ya, la acción principal del ministro Herrera, dejaba traslucir tendencias partidarias bien marcadas, que no se avenían con las aspiraciones del país en la situación política por que aquél atravesaba.

Sin embargo, el general Tajes, con el golpe dado al 5º de Cazadores, pudo al fin afianzarse en el poder y desarrollar el plan que desarrolló durante su administración hasta el 1º de marzo de 1890, en que entregó a su vez el mando a su ministro de Gobierno, doctor don Julio Herrera y Obes, designado para el ejercicio por la Honorable Asamblea General.

VIII — A PROPÓSITO DEL REGRESO DE SANTOS

Durante los dos primeros años de la administración del general Tajes, el ex-presidente Santos paseaba en Europa, con residencia preferente en París en compañía de algunos de sus amigos hasta que realizó su regreso, no a Montevideo, pues sabía que esto no era posible después de la visita del general Tajes al Cuartel de la Plaza de Artola y de la actitud, que a continuación de aquélla, adoptó para con Santos.

El propósito de éste fue desembarcar en Montevideo, pero advertido de que no podía hacerlo por resolución superior, decidió instalarse en Buenos Aires.

Este nuevo golpe le afectó profundamente, su enfermedad se agravó un tanto más, y su familia y algunos amigos se trasladaron a la otra orilla para hacerle compañía.

Ante la conducta observada por su segundo, general Tajes, en la actuación y con el consejo de su Ministro de Gobierno, doctor Julio Herrera y Obes, ya no le quedó esperanza de reacción y se persuadió de que su influencia política en el Uruguay, había concluido.

El destino de Santos en este particular, resultaba ser el mismo, al menos por el momento, que el del coronel Latorre: no poder habitar en su país por voluntad arbitraria de un grupo de correligionarios y esto sin forma de juicio, ni sentencia legal.

Los primeros días de su residencia en la ciudad vecina, fueron de verdadera expansión, pues no le faltaban relaciones en ella, que tenían conocimiento de su próximo regreso; de las dificultades que le esperaban en Montevideo para poder desembarcar y de la necesidad de refugiarse en aquella capital.

A muchos de sus amigos encontró en ella, rindiéndole homenaje, como en sus buenos

tiempos, se lo rindieron diariamente, encontrando también a personas desafectadas, por causas más o menos justificadas, cuya conducta fue muy distinta.

. . . .

Una tarde departía Santos en cierto establecimiento público, con varios de aquellos amigos, entre los cuales figuraban dos militares argentinos.

El doctor J. M. C., hacía días que se encontraba de paseo en la capital argentina y descendía con dos parientes del piso principal del edificio al piso bajo, en que se encontraba el grupo de que hacía parte Santos y al cual saludó cortésmente, al pasar.

Pero, advertido por uno de sus parientes, que en aquel grupo se encontraba el General Santos, el Dr. C. se detuvo de pronto expresando su contrariedad y, no obstante las reflexiones que sus parientes le hicieron, retrocedió unos pasos y enfrentándose al grupo de personas a quienes acababa de saludar, dijo en todo alterado y casi agresivo: "recién me apercibo, que entre las personas que acabo de saludar, se encuentra el señor... —y designó con un ademán altamente ofensivo al general— y quiero manifestar, que si lo hubiese sabido entonces, no lo habría hecho" (textual).

El General a su vez avanzó hacia el Dr. C. y en tono de protesta, amenazó a éste con que le enviaría sus padrinos si no le daba una satisfacción de la ofensa que acababa de inferirle, a lo que C. contestó: que el día que le levantase los cargos que se formulaban contra él, ese mismo día estaba a su disposición; y después de estas palabras y arrastrado por sus acompañantes, descendió las escaleras.

Así terminó esta violenta y desagradable escena, que no tuvo consecuencias en aquel momento por la interposición de las personas, en cuya presencia se produjo.

IX — VINDICACION DE UNA OFENSA

A propósito de la residencia corta y accidental del ex-gobernante en Buenos Aires y de su actuación en el cultivo de las relaciones sociales, que mantuvo durante aquélla, no he podido prescindir de hacer mérito del incidente personal que dejo relatado, pero no sería lógico conmigo mismo, si no explicase a qué causa o causas se debía la actitud violenta del doctor C., en aquel incidente, no obstante la amabilidad y cultura que lo distinguió siempre en el trato de gentes.

Durante uno de los tantos rumores que corrieron en Montevideo, durante la dominación del General Santos, sobre la alteración del orden público, entre el nombre de varios jefes nacionalistas sonó el del finado Coronel Pampillón.

Sindicado éste por tal motivo, vióse obligado a ocultarse, pero como esto le ocasionaba una situación difícil de sostener por mucho tiempo, sus amigos buscaron los buenos oficios de una persona respetable del partido Colorado, para que, apersonándose al General obtuviese de él la promesa de que Pampillón podía regresar a su establecimiento de campo, seguro de que no sería molestado y mucho menos sometido a prisión u otra medida que pudiera perjudicarle, luego que protestaba bajo palabra de honor, no tener participación directa ni indirecta en el movimiento subversivo expresado.

El doctor C., aunque haciéndose cierta violencia, pues no conocía personalmente al General Santos, se prestó a tomar intervención en el asunto, y obedeciendo, sólo al deseo de hacer este servicio a Pampillón no obstante ser su adversario político y a las personas que se lo pidieron ,horas después se presentó en la casa particular del General.

El coronel Beltrán a quien conocía, lo recibió amablemente en el vestíbulo de entrada, anunciando su visita.

Inmediatamente después y con semblante placentero lo condujo al escritorio de Santos, cuya puerta se abrió como por resorte, apareciendo éste en el umbral, sonriente y tendiendo la mano al visitante, que quedó con tal actitud gratamente sorprendido.

La entrevista en su principio no pudo ser mas cordial, pues Santos le dio la seguridad de que Pampillón no sería molestado y que podía desde ya ausentarse para su estancia, previa presentación al Estado Mayor General.

Esta última restricción le preocupó un tanto a C. y tal vez hizo de ella demasiado argumento en el momento de despedirse llegando hasta a pedirle a Santos una reiteración de la palabra empeñada en favor de Pampillón.

Para eso, Santos le había pedido por dos veces el domicilio de aquel jefe y C. se había excusado diciendo, que lo ignoraba, pero que, aun cuando lo supiera no creía lícito decírselo.

De manera que, agregando a esto las desconfianzas que envolvieron las últimas palabras, solicitando del presidente una rectificación verbal de su promesa, hizo que éste cambiase de pronto el gesto y tono levantando la voz y accionando con brusquedad y violencia.

El Dr. C., pretendió disculpar su actitud, por lo delicado de su misión y otros motivos y no fue oído, conduciéndolo Santos hasta la puerta de salida de su escritorio, que da al zaguán y calificándole de audaz por dudar de la palabra del Presidente de la República.

Poco menos que en un segundo, el Dr. C., traspuso el umbral de la puerta, que se cerró tras de sí con estrépito.

Belén, que comprendió al vuelo, que el que había entrado en gracia de su señor, salía de aquella manera ignominiosa, nada menos que expulsado, puso a su vez cara fea y con un *salga pronto,* echó mano al mango de la espada, como si intentara dar mayor expresión y fuerza a su voz de mando.

Se anduvo listo para ganar la vereda en presencia de las amabilidades de Belén.

VIII — DE PASO, JUZGUEMOS CON IMPARCIALIDAD

Durante la permanencia de Santos en Buenos Aires, jamás se entrevistó con Latorre, por más que los acontecimientos y alternativas de la vida, les hubiese colocado en idéntica condición, ni por más que una común desgracia, suele influir en sentido de reconciliar a los más acérrimos enemigos.

Conociendo el temperamento de uno y de otro de estos hombres, cualquiera comprendería, que si el primero no era susceptible, de perdonar ofensas, el segundo, por el contrario, era capaz cuando menos, de un acto generoso como paréntesis a sus rigores del momento.

Nadie ha olvidado, que después de su triunfo en el Quebracho y prisioneros muchos de sus enemigos políticos, de quienes pudo vengarse, decretó de plano y sin vacilaciones, no obstante la expectativa de sus adeptos, la libertad incondicional de todos, sin excepción.

Además, me consta por referencia de persona de verdad, que durante su administración, por falsas denuncias y espíritu partidario, se trató de provocar la destitución de un empleado meritorio de Aduana, y entonces otro empleado subalterno del anterior y de la opuesta filiación partidaria, se apersonó al Presidente Santos, a quien le merecía aprecio y consideración por ser un hombre decente y de verdad.

Fue recibido afectuosamente e interrogado en sentido de qué significaba su presencia allí, le dijo: efectivamente, nunca he venido a tu casa desde que eres gobernante, pero ahora lo hago para evitar que se consume una injusticia con un empleado ejemplar, aunque es nuestro adversario político.

—¿De qué se trata?— observó Santos.

—Sencillamente, replicó, de evitar una iniquidad, una injusticia, según he dicho antes. . Y en seguida hizo el elogio de las condiciones relevantes del empleado y las censuras de las maquinaciones en juego para hacerlo salir del puesto.

—Pues bien, creo cuanto me dices y a propósito, trata de ver a Gradín y dile que me vea inmediatamente.

Media hora después Gradín conferenciaba con el Presidente, y al empleado en peligro de perder su empleo, no sólo se le mantuvo en su puesto, sino que en la primera vacante que ocurrió, fue ascendido.

Y por último, y a propósito del mismo incidente que he resaltado en la sección anterior de este capítulo, cuando aún no había terminado de bajar los últimos peldaños de la escalera en que aquel incidente había tenido lugar, Santos con toda la lealtad reconocía, que su actitud en su casa con aquel ciudadano, a propósito del asunto que lo llevó a ella, no fue regular y que aquel señor tuvo motivo fundado para resentirse. Agregó además, que a esta convicción responde el hecho de haber contestado a su saludo, con el mayor respeto y consideración, y que de seguro, antes de lo que acababa de suceder, habría aprovechado cualquier oportunidad que se le hubiese presentado, para darle la más completa satisfacción.

Las personas que lo acompañaban, entre ellas el Coronel Bosch, tuvieron ocasión de ofrecer testimonio de todo el disgusto que le produjo este incidente, y hasta de los elogios que Santos prodigó al doctor C., a raíz de la ofensa que éste le había inferido, declarándole indigno de su saludo y de cambiar una bala con él en el terreno del honor.

XI — LA ENFERMEDAD Y MUERTE DEL GENERAL SANTOS

La condición de éste en Buenos Aires, continuó siendo la misma durante el año 1887, llena de contrariedades que su familia contribuía a dulcificar con su presencia y sus cuidados, aunque la enfermedad ganase camino.

Se trataba de una afección muy adelantada y en los últimos meses de aquel año, se acentuó de tal manera, que empezó a ofrecer serios temores de un desenlace fatal.

Se habían consultado a los mejores médicos

de la capital bonaerense, sin resultado satisfactorio y cada día que pasaba, ofrecía a la familia, menos posibilidades de vencerla.

Por último, el estado del enfermo se agravó de una manera alarmante y tanto, que se creyó que todo terminaría en cualquier momento.

Sin embargo, la naturaleza del enfermo resistió aun durante la noche en que más se agravó, y a pesar de la intensidad del mal.

El enfermo se encontraba rodeado de varias personas de su familia y de dos jefes militares, siendo uno de ellos el General Amuedo, quien trataba de darle ánimo.

—*¡Valor!... ¡valor compañero!*, le dijo en aquellos momentos de angustiosa tribulación.

El paciente le miró con tristeza.

—*¡Valor!...* —murmuró— *valor no me falta... pero es... que no puedo más*— y dejó caer su cabeza sobre el pecho, casi desfallecido.

Y tenía razón, porque... una y media hora después, había muerto por asfixia.

Este suceso, tuvo gran resonancia en Buenos Aires por las vinculaciones que ligaban al finado con muchas personas de las clases civil y militar, y que concurrieron al domicilio de la calle Centro América, a presentar sus condolencias a la familia.

En Montevideo sucedía otro tanto, aun con mayor motivo y por lo que tal acontecimiento debía influir, en el desarrollo futuro de la política del país.

La prensa uruguaya, sin distinción de colores políticos, fue relativamente parca en apreciaciones sobre la actuación del General Santos ,durante sus once años de gobernante.

El poderoso de ayer, había pagado su tributo a la naturaleza; la apreciación de sus actos, buenos o malos, correspondía a la historia, y bien cuerda fue la benignidad de las aspiraciones de sus contemporáneos, porque... al fin, no sabíamos entonces, si con el andar del tiempo, no tendríamos que ver cosas, que sin consistir precisamente en los males de aquella época, con todo, *harían temblar las piedras* en la presente.

XII — SU SEPELIO

Una vez producido el fallecimiento, el hecho fue comunicado por telegrama a Montevideo, y además, la familia se dirigió al Gobierno, con el propósito de combinar con el Estado Mayor General, los honores que debían decretarse a aquel militar, en su categoría de Capitán General de la Nación.

Acordado todo esto y designado el día, en que debía verificarse aquel acto en Montevideo, el cadáver fue instalado a bordo de un vapor de la carrera, trasladado al puerto de su destino y de allí; a la casa particular del finado, sita en la calle 18 de Julio que hoy ocupa la Jefatura de Policía de la Capital.

Más tarde, a las 10½ a. m. tuvo lugar el entierro con gran pompa, asistiendo el Presidente de la República, y algunos de sus ministros, Cuerpo Diplomático, altos funcionarios públicos, varios ocupantes del ejército de la capital y numeroso pueblo.

En el segundo cuerpo del Cementerio Central y en el modesto panteón de don Joaquín Santos, ubicado en el ángulo inferior, Sud-Oeste, fueron depositados sus restos mortales en donde, según tengo entendido, aún reposan.

Toda la vida de actividad de este hombre, reducida a un período relativamente limitado, fue fecunda a no dudarlo, en hechos que tuvieron su época y su resonancia, que la historia juzgará.

Sin embargo, es justo que recuerde en este momento, ya que no lo hice cuando me ocupé de ciertos rasgos de nobleza y generosidad del finado gobernante, a propósito de la patriótica iniciativa de la construcción de las Escuelas Normal y de Artes y Oficios que desde entonces hasta hoy funcionan en esos dos vastos y hermosos edificios de la calle Colonia y Cuareim y parte Sud de la ciudad, inmediato a la playa Ramírez.

Muchos jóvenes de ambos sexos, nacionales y extranjeros han recibido educación en esos establecimientos de enseñanza y hasta constituir una carrera, con que hoy proveen sus necesidades y las de su familia.

Su muerte prematura tratándose de un hombre joven aún, fue tal vez la consecuencia de dos acontecimientos imprevistos, porque, antes de producirse su deceso el General Santos, ya había muerto civil y políticamente, por el atentado de Ortiz en el Teatro Cibils, y la actitud del Presidente Tajes, en el cuartel de la Plaza de Artola.

SEXTETO CLASICO

BORDA Y SU TRISTE SUERTE

JUEGOS MALABARES

De cómo suelen fallar las mejores combinaciones y convertirse en derrotas los triunfos más completos.

I — EL HOMBRE DEL FRAC NEGRO

A mediados de marzo de 1894, siendo las 2 p. m., transitaba de Norte a Sur, por la calle de la Brecha, cuando en dirección opuesta a la mía se me ofreció la silueta de un hombre vestido de rigurosa etiqueta de frac negro, corbata blanca y sombrero de copa, no tardando en reconocer en él a un senador de la República.

Ambos nos detuvimos al encontrarnos precisamente, a la puerta de la casa-habitación del distinguido caballero don Pablo Nin y González.

—Por supuesto —le dije— va usted a la constante tarea de estos días.

—Y de tiros largos, como ve usted, —contestó— porque son tantas las veces que voy y vuelvo al Cabildo, que ya no me detiene ningún escrúpulo pues prescindo del sobretodo y me exhibo en cuerpo.

—Y hace usted perfectamente, —le observé— por más que resulte infringida la regla aquella de no usar el frac negro de día.

—Así es —concluyó— y tendiéndonos la mano, nos alejamos en direcciones opuestas; el senador, seguramente, pensando en sus cominos, y yo en un hombre de frac, a esas horas, y sobre todo a cuerpo gentil.

Es posible, que a muchos como a mí, les cause extrañeza lo del frac negro, aunque recuerdo que hace poco más de medio siglo se había generalizado el uso diario y frecuente del frac entre los hombres de cierta posición social en Montevideo, sin distinción de profesión y hábitos y eran muy contados los que podían excluirse de aquella costumbre.

Usar frac, era lo mismo que usar la levita, que entonces era moda, mientras que hoy ha sido sustituida por el jaquet y por el smoking.

Pero debe tenerse en cuenta, que sólo se trataba del frac de color marrón con botones lisos de metal amarillo pues el negro estaba reservado para la etiqueta de los salones, recepciones y otros actos públicos en general.

Parece que veo pasearse por las calles de Montevideo, con especialidad las de 25 de Mayo y 18 de Julio en ese traje a nuestros "leones" de entonces figurando entre ellos Jacinto Vargas, Prudencio Ellauri, José Vázquez Sagastume, los hermanos Anavitarte, José Delizarsa, Nicolás Herrera, Manuel Carvajal, y entre estos un león "maduro" llamado Marcos Arredondo de nacionalidad argentina, cuya calva prematura había puesto a la vista su cuero cabelludo... sin cabello.

Los sastres Lacassagne y Lamolle; el sombrerero Casal y el zapatero Latril con su calzado, tan bueno o mejor que el de Fattorusso y Caimi, se encargaba de proveer a los "dandys", o dragones que dejo nombrados para complementar el respectivo indumento con que estos últimos presumían en las calles de Montevideo luciendo su frente, su perfil, y andar cadencioso de conquistadores de doncellas.

Esto ocurría como lo he insinuado hace media centuria; pero si descendiésemos algunos años más en la fecha, tendríamos que el mismo frac negro era usado, a la par del de color, de día y de noche, indiferentemente, en las fiestas, y en las tareas diarias que fuesen conciliables, se entiende, con el empleo o uso de semejante prenda.

Pero noto, y habrá notado el lector, que me he desviado un tanto del tema que expresa el título de este capítulo, y esto me obliga a reaccionar en sentido de poner a mis lectores en actitud de saber lo que debe entenderse por juegos malabares en los episodios en que me voy a permitir indicarlos.

II — EN EL MUNDO PARLAMENTARIO

Sabido es que las Cámaras Legislativas de 1894, emplearon 21 días para nombrar sustituto al doctor Julio Herrera y Obes en el cargo de Presidente de la República, siendo varias las combinaciones que surgieron en su seno, no sé si consultando los intereses nacionales o paliando los designios interesados de los círculos en que se había dividido la opinión de los legisladores.

Pero, cualquiera que fuere el móvil, por otra parte bien conocido y del cual no es mi propósito, ni tengo para qué ocuparme, el hecho es que la anormalidad de semejante actitud de las Cámaras dio fundado motivo para que el país formase un juicio desfavorable, a propósito de las artimañas y procederes poco regulares que se emplearon en tal ocasión.

Sin embargo, en medio de estrategia tan censurable, hubo uno de los diputados, el doctor Eduardo Fernández García, que sobreponiéndose a estas maquinaciones propendió patrióticamente a allanar las asperezas de la situación que se había creado, y que dificultaban indefinidamente la solución del problema presidencial.

Al fin, apurados los últimos recursos, el escándalo terminó por una combinación en que, descartada la personalidad del doctor José Ellauri, que fue electo y no aceptó y las candidaturas de don Tomás Gomensoro, don Miguel Herrera y Obes, don Alcides Montero, generales Máximo Tajes y Luis Eduardo Pérez y ciudadano don Alejandro Chucarro, a quien abonaba, desde su retiro, el doctor Herrera y Obes, fue proclamado Presidente de la República don Juan Idiarte Borda, bien que surgido de un pacto tan raro e imprevisto, como la labor de aquellos veintiún días; que hizo decir al doctor Herrera y Obes, al enterarse por teléfono y tirando el tubo de éste con enojo, la misma palabra que Cambronne pronunció en el campo de Waterloo, y que si allí subrayó una acción de heroismo aquí lo fue de contrariedad.

III — PRIMEROS ACTOS DEL NUEVO GOBIERNO Y PRESAGIOS DE TORMENTA

Ya en posesión del cargo el nuevo Presidente, su primer paso consistió en exibirse ante una parte de la guarnición de la Capital, formada desde el extremo Sud de la calle Ituzaingó hasta la plaza Constitución, no recordando bien si lo hizo en carruaje descubierto, o a caballo, ofreciendo esto, como ofreció un cuadro o espectáculo un tanto extraño y novedoso.

Después constituyó su Ministerio con los señores doctor Miguel Herrera en el Departamento de Gobierno; en el de Relaciones con el doctor Luis Piñeyro del Campo; en el de Guerra con el General Juan José Díaz; en el de Fomento con el ingeniero Juan José Castro; y en el de Hacienda con don Federico Vidiella, con cuya composición ministerial produjo la mejor impresión en el ánimo del pueblo, neutralizando en parte las contrariedades que engendraron las circunstancias irregulares de la elección.

No faltaron iniciativas felices en las medidas adoptadas por el Gobierno en sus actos posteriores, y así encaminadas las cosas todos empezamos a alimentar esperanzas más o menos probables para el futuro, aunque luchando siempre con ciertas prevenciones a que daban lugar los antecedentes indicados.

Cuando estas preocupaciones a que acabo de referirme empezaban a olvidarse, dando entrada a nuevas esperanzas, un pequeño detalle, que asalta mi memoria vino a constituir un nuevo desagrado. A consecuencia de un motivo trivial a que se dio, por el Presidente, una importancia de que carecía, a una observación que con legítimo derecho le hizo su ministro de Relaciones Exteriores durante uno de los acuerdos generales, le contuvo diciendo: "Que no permitía al señor Ministro... etc.", dando esto lugar a que este último se retirase, como se retiró, del Palacio de Gobierno mandando después su renuncia indeclinable del cargo; puesto que no era necesaria su presencia allí donde "no se le permitía", una observación sobre los asuntos que se ponían "al acuerdo".

Y así... con varias alternativas, ya de buenas, ya de malas impresiones, continuó el señor Iriarte Borda su gobierno después de subrogado el Ministro saliente por el no menos distinguido ciudadano doctor Manuel Herrero y Espinosa.

Pasaron los tres primeros años de su gobierno en lucha acentuada con las aspiraciones populares que tenían más relación con las finanzas del país, que con lo que se relaciona con la dichosa política, que tanto nos cuesta y tiene que costarnos todavía.

El horizonte fue nublándose por grados, y con paso lento pero seguro, empezaron a esbozarse los preludios de una próxima invasión al país que no tardó en encabezar el caudillo nacionalista don Aparicio Saravia y el Coronel de línea don Diego Lamas, teniendo sus primeras manifestaciones en el Departamento de la Colonia, en el Puerto del Sauce o sus inmediaciones, para terminar el primer cuadro de ella con la acción sangrienta de los Tres Árboles y continuando con otras obras de lamentable recuerdo.

IV — INCULPACIONES AL GOBERNANTE Y ATENTADO A SU VIDA

Llegó a culparse al Presidente de la República de ser el causante de la guerra civil en su país, y hasta de ser el único obstáculo para la realización de la paz, y de tal manera se difundió esta especie y fue corriendo •

repitiéndose, de boca en boca, que un formidable anatema fue pronunciado sobre el desgraciado gobernante que, en concepto de muchos, si faltas y errores cometió, de seguro no fue la de ser enemigo de la paz, en cuya realización o no realización más que él, eran otros los que podían influir e influyeron en aquellos difíciles momentos.

Llegó hasta atentarse a su vida, cierta tarde al regresar del campo a su casa de la ciudad, en la Avda. 18 de Julio, la misma que ocupa hoy el Jockey Club, no obstante haberlo hecho rodeado de sus adecanes, ayudantes y guardias y llegar en esta condición al umbral de la puerta principal de entrada.

Fue en ese momento que salió de la casa contigua a la izquierda de aquella entrada, —y la cual habitaba un dorador con su negocio, —donde lo esperaba apostado desde horas antes un joven llamado Raveca que armado de un revólver se abalanzó de pronto pretendiendo herirle en la cabeza sin conseguirlo; pues el arma negó fuego, siéndole arrebatada inmediatamente y el agresor conducido a la cárcel pública y sometido después a los Tribunales por homicidio frustrado.

Es fácil calcular el efecto que esto produciría en esta ciudad, ya en los centros políticos como en los sociales, prevenidos desfavorablemente como estaban contra el mandatario sindicado como causante de la prolongación de la guerra civil, y cuando, día a día, se recibían noticias desastrosas de campaña, no sólo por los hechos de armas que se producían sino por los destrozos y perjuicios incalculables originados en las haciendas y alambrados, tanto por el ejército invasor como por las mismas tropas del gobierno.

Nada diré de lo que se sufría en el comercio de la Capital por las medidas precaucionales que tenían que adoptarse en sentido de aminorar y de prevenir, si fuese posible, mayores perjuicios, haciendo complemento a una situación de dudas y desconfianzas semejantes que mantenía la inquietud de los ánimos y el presentimiento de nuevos males y desastres.

La prensa preocupada tanto de la política como de las finanzas, continuaba impertérrita en su propaganda tendiente a inducir una y otra por el buen camino indicando para ello algunas medidas prácticas y recurriendo desatentada y sin calcular tal vez a dónde podían conducir al país, modificando a cada paso sus esperanzas en el resultado, cuando llevando las cosas al terreno práctico se apercibía en medio de su ofuscación que no se dirigían a puerto seguro.

Todo estaba perturbado; nadie podía calcular el giro que iban a tomar los acontecimientos con la prolongación de la guerra, y al fin, nadie encontraba remedios para estos males sino en la realización inmediata de la paz.

Y la paz se proclamaba a todos los vientos por las clases conservadoras y por elementos importantes de la Administración Pública, en los cuales, no podía el Gobierno depositar toda su confianza porque hechos contradictorios y de gran significación se lo atestiguaban induciéndole a la abstención, siendo así que todo el mundo le exigía hechos de inmediato; le exigía la paz.

Y entre tanto pasaban los días y las semanas sin que esa paz se realizase; recayendo implícitamente la responsabilidad de tamaña omisión, al menos en el concepto público en el Presidente de la República, lo que constituía una verdadera sentencia o fallo formidable. Y a la verdad, no estaba en su mano realizarla por encontrar dificultades insuperables en varios e importantes elementos del ejército y del partido que llegaban hasta conminarle con que iba a colocarse en el caso de tener que responder a graves cargos de sus correligionarios.

El Presidente me decía una noche en su casa:

—¿Ha visto usted el cargo que se formula contra mí... que yo tengo nada menos que la culpa de la continuación de la guerra civil?

—Es cierto, Presidente, eso dicen; pero no debe atribuirle mayor importancia en atención al estado de los ánimos.

—Sin embargo, —replicó el gobernante— mi indiferencia podría traducirse como aceptación de la responsabilidad que se me atribuye. No puedo resignarme a quedar en esta situación en el concepto público, y entre tanto, es de otros y no de mí de quienes depende la realización de la paz, al menos, desde luego, como se pretende.

Mucho me impresionó esta confidencia y varias veces, en el curso de los años transcurridos, lo he recordado con verdadera pena cuando, por una asociación de ideas, han surgido a mi vista los cuadros lamentables del año 1897, que vinieron a servir de complemento a los graves errores que en inadvertida concurrencia todos contribuyeron a consumar.

V — PREPARATIVOS

Desde tiempo inmemorial, en Montevideo,

era costumbre corriente que los Poderes Públicos y empleados superiores de la Administración, en general, hicieran acto de presencia en las festividades religiosas.

En la semana Santa, en el día de Corpus Christi y en los de fiestas cívicas, preferentemente el 25 de Agosto, aniversario de nuestra independencia, se veía en el templo a todos aquellos personajes y miembros de legaciones y consulados, representantes de países amigos que confraternizaban y compartían con la iglesia, el placer y la satisfacción de prestigiar, en diferentes sentidos, tales actos religiosos.

Tantas veces vi a los Ministros del Interior, cuando desempeñaban esta cartera y la de Relaciones Exteriores, y más tarde cuando se creó el de Justicia y Culto, conducir con brazo firme el pesado pendón, como emblema del Santísimo inmediato al palio y un rato antes de la cruz parroquial; salir después por una de las puertas del templo hasta el atrio, recorrer éste en su extensión y entrar de nuevo por la otra nave, hasta llegar al pie del altar mayor y ponerse fin al acto.

Pero los años y nuevos gobernantes fueron sucediéndose, entibiándose por una y otra razón las buenas relaciones entre las autoridades administrativas y eclesiásticas, hasta llegar al extremo de no concurrir el Gobierno a las fiestas que se oficiaban durante el año, sin que pudiese atribuirse esto a motivos eventuales, sino que se sabía de antemano que había tenido el propósito deliberado de no concurrir.

Aquel orden de cosas vino, precisamente, a modificarse durante la administración del Presidente don Juan Idiarte Borda, y así resultó, en efecto, pues que para el 25 de Agosto de 1897 se anunció la celebración de un Tedeum, como en años anteriores en la Metropolitana, con asistencia del Superior Gobierno, miembros de los otros poderes públicos, cuerpo diplomático y empleados civiles y militares.

Pocos días después se hicieron los arreglos de costumbre en el templo, preparando convenientemente el estrado para las autoridades concurrentes, según su categoría, con la colocación, además, de dos filas de asientos a partir del sitio preciso que debía ocupar el Presidente y sus Ministros, frente al púlpito tradicional, pues entonces no había sino uno solo, hasta el cancel de la entrada de la nave mayor, para que el espacio determinado por esas dos filas facilitase el paso del Gobierno y su séquito.

Al Cuerpo Diplomático se le había destinado, así como a los Senadores y Representantes, los asientos colocados en forma circular bajo la media naranja; a los Ministros a la izquierda y derecha del Presidente, y al Tribunal Superior de Justicia el antipresbiterio, anterior a la escalinata, que conduce a este último; colocándose para ello los respectivos asientos.

Y llegó la tarde del 24, víspera del clásico día, con todos los arreglos terminados que podían tener relación con el acto que debía verificarse al día siguiente.

VI —ESTADO DE LOS ANIMOS

Una salva de veintiún cañonazos anunció la salida del sol en el gran día de la patria, poniendo una vez más a prueba la problemática resistencia de nuestros cañones de la Fortaleza del Cerro y la abnegación y valor personal de nuestros artilleros.

Nos encontrábamos, pues, en pleno 25 de Agosto, y aunque la primera impresión fue grata al son de los disparos de nuestros cañones y repiques de las iglesias de la Capital, la lectura de los editoriales de "El Día" y de "La Razón", diarios de la mañana, no pudieron menos de nublar nuestro semblante sin poder sobreponernos durante las horas que siguieron a aquella lectura, a la honda emoción que ella nos produjo.

Los rumores pesimistas que corrieron esa mañana, y que ya tenían precedente desde una semana antes, se acentuaron y en la conciencia de todos estaba grabado íntimamente, que algo grave y tal vez desastroso, tenía que ocurrir ese día.

El ambiente alrededor del Gobernante era uniforme, y había que inclinarse a una especie de fatalidad del momento a que no era posible sustraerse.

Voces corrieron en el curso de las primeras horas de la mañana en sentido de suspenderse el Tedeum, y aún algo de esto se dijo desde la víspera; pero otras versiones corrieron, no la víspera, sino en la mañana del 25, de que, a pesar de las manifestaciones de la prensa, el Presidente, procediendo dignamente, no podía dejar de concurrir al Tedeum y que, por consiguiente, aquel asistiría.

Algunas de las generaciones presentes, es posible que no conozcan los antecedentes en detalle del drama terrible de ese día, y con especialidad los términos en que aparecieron concebidos los editoriales de "El Día" y "La Razón".

Hoy mismo, para el que no está en aquellos

antecedentes, producen honda impresión, creyéndose uno transportado al escenario, puede decirse, en que con más o menos acentuación contribuye hasta dar vida y autenticidad actualmente a los hechos que allí pasaron en los dos tercios de aquel aciago día.

Las terribles palabras (que no reproduciré por cierto, a pesar de los veintitrés años transcurridos), del artículo editorial de Carlos M. Ramírez del 25 de Agosto, a la par de los cañonazos de la Fortaleza del Cerro, resonaban en los oídos y en el corazón de los habitantes de la Capital, como fúnebre presagio del triste y lamentable acontecimiento que flotaba en el ambiente, días antes, y que en la tarde de ese día tuvo fatal confirmación.

....

Han pasado casi veintitrés años, y comparando casos y situaciones, entre unos y otros, viene a mi memoria la primera presidencia del ciudadano don José Batlle y Ordóñez que, como es sabido, fue saludada por un injustificado movimiento revolucionario del caudillo nacionalista don Aparicio Saravia. Y si con motivo de tan hostil actitud, la opinión sensata del país estuvo con el gobernante, la conducta que a su vez adoptó éste para conjurar la tormenta, valiéndose para ello de la mediación del distinguido ciudadano doctor don José P. Ramírez, vino, además, a captarle las simpatías generales, con augurios felices para el desempeño de su alto cargo.

Pero, es sabido también, que restablecido el orden regular de las cosas, el expresado gobernante, con el propósito aquel "de reforzar el ejército de la Capital y de campaña para que tales cosas (1) no se repiticsen en lo futuro" envio, como ya lo he hecho notar en mi obra "Bocetos y Brochazos", dos o tres escuadrones al Departamento de Rivera, que era uno de los seis servidos administrativamente por el Partido Nacional, en virtud del pacto celebrado con el Presidente Cuestas.

Esto, fue lo mismo que poner leña a una hoguera y el incendio que se produjo, naciendo de ahí la nueva guerra civil de 1904, con el desastre de Tupambaé y fin de la contienda en Masoller.

Y bien: ¿podría deducirse de esto, que el Presidente Batlle se había propuesto provocar la guerra y ensangrentar las cuchillas con el sacrificio personal de sus compatriotas, y no ajustarse al artículo 81 de la antigua Constitución, vigente entonces, para defenderse y salvar así el principio de autoridad, como efectivamente logró salvarlo?

En mi concepto, la segunda es la suposición racional, porque sin prueba, no es posible juzgar y penar las intenciones de los hombres...

Entonces... ¿por qué no hacer aquella suposición con igual criterio en el caso del Presidente Idiarte Borda?... ¿por qué?

En el nebuloso y pesado ambiente de aquellos aciagos días del mes de Agosto de 1897, sugestionado yo, como la mayoría de los habitantes de Montevideo, pude sentirme impresionado y hasta subyugado por las palabras del redactor de "La Razón", en el editorial del día 25, pero, cuando han transcurrido casi 23 años, serenándose mi espíritu y haciendo nueva lectura de ellas, considero injustificado y hasta cruel, el anatema con que conminó al infortunado gobernante, tanto más, si se tiene en cuenta, que no hubo un hecho preciso de negativa de aquél a hacer la paz, y que pudiera servir de cabeza de proceso, para juzgarle con el rigor que fue juzgado.

Entretanto, siempre fue un problema, y lo es hoy mismo para el país, aunque no para algunos, si Arredondo procedió obedeciendo a extraños planes o a sus propios designios, no faltando ciertos antecedentes que obligan, cuando menos, a suspender todo juicio y a citar nombres propios en voz baja.

Pero fuere como fuere, el caso es, que el Presidente Borda fue elevosamente asesinado en una plaza pública, a la faz de sus Ministros, de su séquito y de sus tropas, sin otra causa política imputable, que la consigna o el fanatismo de un impulsivo o monomaníaco, a quien precipitaron las manifestaciones hostiles y conminatorias de un pueblo sugestionado.

Y si hubiésemos de considerar otros casos, inmediatos o remotos, con alteración del orden público y en que se derramó, tal vez, más sangre y se impusieron más sacrificios al país, procediendo con aquel mismo criterio para imponer sanciones tan extremas, si a ellas pudiera llamárseles, sentencias justas; con más equidad y acierto habría podido conminarse al gobernante sometido en tal ocasión al fallo popular, con las duras frases de Ramírez y el golpe homicida de Arredondo!...

VII — EL TRAYECTO

A las doce y media de la tarde empezó a afluír la población a las inmediaciones de la casa presidencial desde la calle Arapey, reforzándose por grandes grupos hasta llegar a obs-

(1) Protesta armada de Saravia.

truir las veredas y haciendo difícil el tránsito por la expresada calle en la extensión de la de Sarandí hasta llegar al Hotel de las Pirámides.

Era que la hora se aproximaba, y al fin llegó esa hora: una y media de la tarde.

Si el público, como he dicho antes, llegó a obstruir, por su gran número, las veredas y la Plaza Constitución y buena parte de la de Independencia; en cambio, brillaban por su ausencia las familias en los balcones de sus respectivas casas, empezando por las de la Avenida 18 de Julio y concluyendo por la de Sarandí y plazas referidas; excepción sea hecha del Club Uruguay y de alguna otra del trayecto, ocupadas por hombres.

He dicho antes, que había corrido la voz de que el presidente no concurriría; pero el hecho es que se decidió a concurrir llegando hasta resistirse a instancias reiteradas de su señora, munirse, en el momento crítico de salir precipitadamente, de un sombrero que encontró en la mano, en la mesa, y que no era el suyo, según se dijo, entonces, y al fin ya en su carruaje, acompañado de los ministros de Gobierno y Hacienda y de sus edecanes, partió para la catedral, a gran escape de los caballos y en medio de un silencio de protesta e indiferencia.

Precedía la escolta presidencial, y en medio de aquella atmósfera que no presagiaba nada absolutamente que pudiese halagar a un gobernante, en situación tan comprometida y acerba, y ni aun a aquel pueblo que presenciaba su llegada embargado por la duda y por la extrañeza que le producía la realidad de que hasta allí hubiese llegado ejerciendo y ostentando todavía su autoridad.

Este hombre, triste y abatido, inmutado el semblante y con mirada recelosa, descendió de su carruaje envuelto en su abrigo, al frente del pórtico principal, salvando los escalones para descender al atrio primero y al templo después.

VIII — EL TEDEUM

Cuando yo entré a la catedral por la puerta del costado sur, el sacristán principal y uno de sus auxiliares se ocupaban de encender velas y los cirios del altar mayor, y sólo alcancé a ver unos tres o cuatro senadores en sus asientos, doble número de diputados, varios miembros del cuerpo diplomático, una cincuentena de empleados superiores de la Administración, ocupando varios asientos de las dos filas a que me he referido en uno de los números anteriores y en el local designado a los ministros del Superior Tribunal de Justicia, a los ministros Piera, Fein y González, faltando los doctores Álvarez, Vázquez y Salvañach.

La concurrencia en las naves y circunscrita, naturalmente, a su capacidad utilizable, era numerosa; pero tuve ocasión de fijarme de inmediato que la puerta del coro había sido vedada al público; pues en los altos de las naves laterales no se notaba una sola persona, lo que sin duda respondía a una prudente medida en previsión de cualquier atentado, alejando de este modo un peligro para él y para todos los presentes.

El presidente llegó hasta el local que se le había destinado y después de depositar su sombrero sobre la mesa que se encontraba delante de la poltrona o sillón que se le había destinado, y aliviado del abrigo que llevaba sobre su traje de etiqueta, tomó asiento; saludando con una leve inclinación de cabeza a varios de los funcionarios que se encontraban a su frente.

Inmediatamente empezó el Tedeum, y durante él no faltaron quienes observasen que el presidente estaba pensativo, con la vista baja, levantándola sólo para mirar al arzobispo Soler que era el que pontificaba.

Al fin la ceremonia, que, se sabe, es breve, tres cuartos de hora después había terminado y el Poder Ejecutivo y su séquito, el cuerpo diplomático y empleados de la nación salieron del templo tomando la calle Sarandí hacia el Este.

Mientras esto sucedía, los ministros del Tribunal Superior, con el objeto de incorporarse más fácilmente al grupo principal de la comitiva se apresuraron a salir por la puerta lateral de la calle Sarandí, consiguiendo llegar a la esquina del Hotel de las Pirámides momentos después, pero a esta altura notaron con sorpresa que una masa compacta de gente, que se encontraba a la altura de la antigua casa de Maveroff se dirigió con impetuosidad en dirección opuesta a la que llevaba la comitiva, viéndose en aprietos los guardias de la escolta para contener el empuje de aquella masa de gente, y tras esta violenta evolución se produjo otra, aunque en otro sentido, contra miembros del cuerpo diplomático y consular que fueron atropellados y que se dirigían a la desembocadura de la calle Ituzaingó con la sorpresa pintada en el rostro y con el objeto de tomar apresuradamente sus carruajes estacionados en todo el frente del referido hotel sobre la calle Ituzaingó.

El decano del cuerpo consular señor Acevedo (padre del actual ministro del Brasil) conjuntamente con el doctor Matías Alonso Criado, cónsul general de Chile y Paraguay, no siguieron tampoco el cortejo oficial por Sarandí, temerosos de las bombas que se iban a tirar al presidente, según rumores. El doctor Alonso Criado siguió por Ituzaingó y Buenos Aires, hasta el Palacio de Gobierno, esperando cerca de media hora hasta que llegó azorado el señor Garrum, secretario de la legación de Italia, buscando a su ministro, señor Antonelli, pues la confusión del atentado dispersó y confundió al cortejo oficial.

Por último, una segunda y más recia embestida de individuos que venía a la carrera de Este a Oeste por la misma vereda de Maveroff, alarmó de tal manera a los doctores Piera, Fein y González, que este último, presintiendo que pasaba algo en ese momento, invitó a sus colegas a entrar en su casa, sita a pocos metros del lugar en que se encontraban; y fue entonces que por referencia del doctor Julio Bastos, que en esa fecha era juez de instrucción, estos últimos vinieron a saber lo ocurrido, y a la vez que la jefatura se había resistido a darle intervención en el suceso con desconocimiento de su autoridad; insinuándosele, entonces, por los camaristas, que era conveniente que hiciera efectiva su intervención con protesta en caso necesario, volviendo inmediatamente al cabildo para llenar su cometido; habiéndose reconocido, al fin su autoridad, por el jefe de policía que lo era don Gregorio Sánchez.

IX — A LAS 2 Y 40 p.m.

En la parada militar de ese día, la artillería de campaña, caballos y atalajes, cañones y soldados, ocuparon la parte norte de la calle Sarandí, entre Cámaras e Ituzaingó, lo que facilitó al agresor caminar dos pasos desde el cordón de la acera sur para consumar su agresión.

El fotógrafo Fritz Patrick, desde lo alto de la azotea del cabildo, sacó una instantánea del cortejo oficial "medio minuto" antes del asesinato, en cuya fotografía, sea dicho de paso aparece estampada la hora precisa de las dos y cuarenta que marcaba el reloj de la Matriz.

El presidente había recibido una herida que le produjo la muerte un cuarto de hora después, siendo breves las últimas palabras que pronunció, consumado el asesinato.

Preguntándole monseñor Soler en tal solemne acontecimiento, si estaba herido, con la mirada ya agonizante, le contestó afirmativamente, por lo que aquel prelado formuló esta segunda pregunta:

—¿Quiere el señor presidente que le dé la absolución?

—Sí, señor arzobispo —contestó el herido con débil voz, aunque perfectamente inteligible todavía.

Y llenado este deber piadoso el herido fue transportado al Departamento de Policía, donde falleció como lo he expresado antes.

....

Este hombre desgraciado, a quien la fatalidad de los acontecimientos que se desarrollaron del 94 al 97, más que sus faltas, le acarreó la muerte, no era otro que el hombre de frac negro de la calle Brecha, que entonces no presentía el fin que deparaba el destino a su laboriosa gestión presidencial.

RESONANCIAS DEL PASADO

CRIMENES Y ESTRADOS

PACHECO VERSUS CACERES

I — EN LOS ALTOS DEL CABILDO

Cierto día, siendo la una p.m. me dirigía yo por la vereda del Cabildo en dirección al "Café del Agua Sucia", a cargo de don Ramón Mendoza (1), con quien tenía que hablar urgentemente, cuando al llegar a la entrada de aquel tradicional edificio público tropecé con dos o tres condiscípulos más o menos de mi edad, que formando grupo con porción de personas, que amagaba a entrar al expresado edificio, con el interés y la impaciencia pintados en el rostro.

Movido por la curiosidad y cediendo a la invitación de uno de mis amigos Julián de Santiago, para que lo imitase, me incorporé al grupo y dando zancadas subí la espaciosa escalera, que conducía entonces, como conduce hoy, al local de sesiones de ambas Cámaras Legislativas.

La mayoría de los del grupo, sabía a lo que iba, mientras que yo, como cualquier Vicente, sólo iba al ruido de la gente, pero pasados cinco minutos, ya sabía de lo que se trataba, felicitándome tanto más de ello, cuanto que, había logrado instalarme en un lugar aparente, para presenciar, lo que esa tarde presencié.

En el local o Sala del Senado, que en aquella época lo era también de la de Diputados particularmente y de ambas a la vez cuando se reunían en Asamblea General, se había colocado en noviembre de 1852 una mesa y sillas, entre dos de las ventanas y balcones que daban y dan hoy mismo, a la plaza Constitución, y a un costado otra mesa y varias sillas.

Debido a no sé qué causas, se había habilitado este local para el acto de que voy a ocuparme, y a tal efecto, pasado un cuarto de hora de nuestra llegada, apareció en el estrado que ocupaba la primera mesa, el Juez del Crimen, doctor Leopoldo Olave, acompañado de su actuario, señor Luis Lebrón y varios señores que ocuparon las sillas, en calidad de jurados, según se me dijo.

El otro local del costado izquierdo, lo ocupó el General don Melchor Pacheco y Obes y el doctor don Marcelino Mezquita, y en otro pequeño estrado del frente, apareció el Coronel don Ramón Cáceres, acompañado del doctor Adolfo Pedralbes.

Se trataba de un Juri, que para mí, al menos, pues apenas contaba con quince años y medio, constituía una verdadera novedad, como que era el primero a que concurría y del primero en que iba a iniciarme.

Resultaba, que el Coronel Cáceres, se había

---

(1) Denominación poco recomendable con que se distinguía entonces, aquella casa de negocio, que hoy reedifica la señora María Ravena de Chiarino, levantando un hermoso edificio, que ocupará el señor Font propietario del Bazarcito, según voz corriente.

excedido por la prensa, haciendo inculpaciones ofensivas al General Pacheco, y que por consiguiente, importaba esto un verdadero abuso de la libertad de escribir.

He dicho, que el primer grupo lo formaba el Juez, actuario y varias personas, que debían constituir el Jurado, así es que, instalado éste, con las formalidades de ley, el expresado Juez, se retiró y el juicio dio principio.

Tomó la palabra el doctor Mezquita, y después de historiar la causa de la querella formulada, pidió la aplicación de las penas del caso, sin olvidar la imposición del pago de costas y costos, que debía hacer efectivo el injuriante o calumniador.

El doctor Pedralbes, declinó el nombramiento de oficio recaído en su persona para defender a Cáceres en aquel acto, por razones que no recuerdo, y previa venia del Tribunal que presidía, se retiró. (1)

Después de esto, el acusado tomó la palabra para ratificarse en el contenido de sus escritos, y para que se declarase que no había abuso de la libertad de escribir y se le absolviese, con imposición de costas y costos a Pacheco.

En seguida pidió la palabra este último, pues el doctor Mezquita había limitado su peroración a formular ciertas salvedades, que no decían al fondo de la defensa, reservándose el General Pacheco, hacer esto último personalmente para fijar los hechos con mayor precisión.

He dicho antes, que en esta fecha, apenas contaba yo con dieciséis años escasos y era el primer acto de esta especie a que concurría bien lejos, por cierto de suponer, que había de producirme impresión tan honda, como la que me produjo.

El General Pacheco, dijo con tranquilidad y fácil decir, todo lo que convenía a las causas que servían de fundamento a Cáceres para formular sus absurdas denuncias, por las cuales él, no experimentaba, sino un profundo desprecio. Alzó después un tanto el diapasón de su voz penetrante y con la verbosidad y elocuencia que le era característica, no tardó en ganarse la opinión de la concurrencia, que aplaudió estruendosamente al orador.

Para esto, el General, desde que Cáceres tomó la palabra, no hizo, otra cosa que interrumpirlo a cada paso, dirigiéndole puyas y enardeciéndole con ellas hasta hacerle perder la calma y tranquilidad de que tanto necesitaba en aquella difícil situación.

Al fin, el aludido empezó a irritarse y devolver por pasiva los cumplimientos que se le dirigían, dejando estas cosas vislumbrar, todo lo que podía ocurrir entre aquellos dos hombres heridos, aunque de maneras distintas, en su amor propio personal.

Tal cuadro, era nuevo para mi poca edad y experiencia, pues si había visto matarse los hombres en las trincheras durante los nueve años de la guerra que acababa de terminar, ignoraba hasta entonces, el cuadro repulsivo que ofrecían dos militares de alta graduación y cultura, destratarse de una manera, que sin derramar una gota de sangre, podría calificarse de innoble.

El presidente del Jurado reprimió al público por aquellas manifestaciones, bajo apercibimiento de hacer desalojar el local, y el silencio se restableció, pero, como el discurso de Pacheco empezó a tomar un tinte agresivo e insultante, con el que no tardó de anonadar a su adversario, solo, indefenso, e incapaz de poder contrarrestar los recursos oratorios, y de elocuencia verbal de Pacheco, el público entusiasmado, se entregó de nuevo a manifestaciones de entusiasmo y además de hostilidad para el desgraciado Cáceres.

Jamás, en mis pocos años, y hoy mismo también se me ha ocurrido, que pudiesen dirigirse a un hombre las frases y epítetos deprimentes, que Pacheco dirigió a Cáceres vencido y al que, hasta la opinión de los que presenciaban aquel acto, le era adversa.

Así, es que, en un momento de desesperación, aquel exclamó: "hay en la vida situaciones tales para el hombre, en que sólo la boca de una pistola, es preferible a tanto baldón" (textual).

Y sin embargo, el General Pacheco, en medio de su saña, no abandonaba todavía a su presa, redoblando los calificativos injuriosos y deprimentes sobre aquel hombre vencido y desmoralizado al extremo, de no faltarle más, que caer de rodillas.

El estado de mi ánimo era tal, que hondamente impresionado y corrido de vergüenza, como si a mí me dirigiesen semejantes dicterios, ansiaba con el alma, que aquel repugnante espectáculo terminase para retirarme y conmigo muchas otras personas, pues me faltaba el aire.

Aquella escena concluyó por la condenación de Cáceres con imposición de las costas y costos causados.

Pacheco, fue victoriado hasta que abandonó el Cabildo y el Coronel Cáceres, se asiló en uno

(1) Hace unos cuatro años próximamente, que durante una visita que tuvimos ocasión de hacer a este distinguido abogado, el doctor Ildefonso García Lagos y yo, tratamos de saber, si reuniendo sus recuerdos, podría explicarnos su actitud en aquel solemne acto, pero nada pudo decirnos por flaquearle la memoria a la avanzada edad con que contaba entonces.

de los departamentos de la policía en el piso bajo, vencido y humillado.

II — ¡Y VAN DOS!

Habían pasado veinticuatro años de este célebre Juri, y he aquí que me cupo presenciar otro, sin contar el del Sargento Mayor don Juan Acuña con el entonces Coronel don Gervasio Burgueño, General más tarde, esto es, entre dos militares también, que fueron buenos amigos antes del Juri y que felizmente, volvieron a serlo después.

Me refiero, al promovido por el doctor don José Pedro Ramírez, contra el Procurador, Juan María Domeq, vasco francés, de carácter pendenciero y con disposición a levantar polvaredas por cualquier cosa.

El acto tuvo lugar en una tarde calurosa en el local de la Escuela Metodista, calle Treinta y Tres, cerca del Templo Inglés y que lleva hoy mismo los números 1222 al 1230.

Las escenas que se produjeron en ese juicio, fueron muy parecidas a las que se produjeron en el Juri promovido por el General Pacheco, porque éste no fue más duro con Cáceres, que lo que fue Ramírez con Domeq.

La felpa que recibió éste fue tal, que no faltó quien gritase, ¡basta... basta...! pero Ramírez ciego de cólera y no obedeciendo sino a su resentimiento, no concluía de dar paso y tregua a su furor.

Domeq, se atajaba con las manos de los calificativos, como podría defenderse de una andanada de palos, que se hubiese descargado sobre su cabeza.

Salió de la refriega poco menos que en parihuela, pues no tenía ánimo, ni para marcar los pasos y enfocar a la puerta de salida y esto, a pesar de haberse presentado de levita cruzada y sombrero de copa, que era su indumento habitual...

. . . .

Al siguiente día, tenía que entrevistarme con el doctor Ramírez por un asunto profesional. Hablando con éste, a propósito de los infundados ataques de Domeq y del triste papel que hizo en el juicio, sin pruebas ni defensa apreciable, le dije: estoy seguro, que otra vez tratándose de un ofensor semejante y de causas tan banales e infundadas como las que han servido de base a la conducta de Domeq, usted procederá con mayor benignidad que la que ha observado en esta ocasión, pues en mi humilde concepto, ella no habría merecido, sino el silencio.

—Puede ser muy bien...

—Y será menos duro con un hombre vencido.

—Puede ser... según las circunstancias... pues creo, que efectivamente, me he excedido un tanto, con ese pobre diablo de Domeq.

. . . .

"Alma sublime tienes, si divisas"
"Postrado a tu enemigo y a tus plantas",
"La mano le das y no lo pisas"
"Y la mano le das y lo levantas..."

SEXTETO CLASICO

EL CRIMEN DE RAFFO

CALLE OLIMAR NÚMERO 11

Cómo puede cortarse el hilo de una investigación judicial, por la hábil desaparición de un hombre.

I — LA QUINTA DE RAFFO

Allá por 1871, ya se conocía con esta denominación, la hermosa casa que desde antes de esta fecha y hasta hoy mismo, se encuentra ubicada en el Camino Millán, sobre el puente de las Duranas y próximo al también Camino de Castro.

A esta localidad, afluían los coches particulares de nuestra aristocracia de entonces, formando, sobre todo en las lindas tardes de invierno, un centro de reunión sumamente agradable.

En aquella época, no existía el Prado y no pudiendo reunirse en un lugar aparente y preparado de antemano, se resignaba a reunirse en aquel camino abierto al tráfico público y el cual, con las dos filas de bancos, de madera entonces y de hierro hoy, ofrecían cierta comodidad a una parte de la concurrencia.

Muchas veces durante mi juventud, concurrí a estas interesantes reuniones y, a la gran distancia que hoy disto por mi avanzada edad de aquella época feliz y de gratos recuerdos, vienen a mi memoria los nombres de muchas de las familias que hacían acto de presencia con mayor regularidad.

Allí se veían a doña Valentina Illa de Castellanos, doña Dolores Vidal de Pereira, doña Dolores Pereira de Tocón, don Pablo Duplessis y Sra, doña Dolores Carvalho de Estrázulas, doña Carolina Vázquez de Acevedo, doña Manuela del Villar de Reyes, doña María García de Requena, doña Clemencia Esteves de Posadas, doña Eusebia Zabala de Pasos, doña Josefa Solsona de Brunel, doña Juana Solsona de Magariños y muchas otras, que sería largo enumerar.

Los carruajes, se alineaban en la extensión

de los dos costados del camino, dejando así libre el centro, para el tráfico, que más de una vez y tratándose de vehículos, nos cubrían de polvo, aunque, es la verdad y debo decirlo con placer, esto no ocurría cuando a nuestra Junta o Comisión Auxiliar del Paso Molino, se le ocurría hacer regar el camino en la localidad que servía de centro de reunión a las familias en los dos días indicados de la semana: jueves y domingos.

La Quinta de Raffo y la de don José Buschental, tenían nombre entonces, y esto se explica bien, pues hoy mismo que las hay tan hermosas, aquellas hacen su papel y no desmerecen al tener como tienen figuración en las localidades, que respectivamente ocupan.

En la primera de esas quintas, vivía su dueño, el caballero Raffo, acreditado por el gobierno italiano en nuestro país como Encargado de Negocios de la Legación y el cual gozaba de general aprecio en nuestra sociedad con la que, había estrechado relación, en las fiestas y saraos, de que hacía título y gala.

Con tales hábitos y prendas, es que el señor Raffo vivía feliz en su retiro y a pesar de la distancia, no sólo era visitado constantemente por sus amigos y miembros del Cuerpo Diplomático y Consular, si no por otras tantas personas de su relación, que llegaron a ser numerosas y además, muchas veces, lo vi en el teatro, siempre contento y bien acompañado. Era hombre de complexión fuerte, de unos sesenta años, más o menos; blanco de color; rubio, entrecano y de aspecto placentero, como si permanentemente estuviese bañándose en agua de rosas.

Sin embargo, aquella bienandanza, no debía durar mucho tiempo, pues una mañana, no sé, si en "El Siglo" o en "La Nación" (1) apareció un artículo denigrante para el señor Raffo, y dos más en los siguientes días, que levantaron alrededor de su personalidad, cierta atmósfera y polvareda, poco favorable a su buen nombre y reputación.

Tengo recuerdo de que el ofendido replicó una vez... pero, que insistiendo el autor de los escritos, sin ocuparse para nada de las razones con que Raffo arguyó en su favor y defensa, éste concluyó por ofrecer desde ese día, oídos de mercader a cuanto dijera en adelante su ofensor, con lo cual consiguió al fin, que éste fatigado de su tarea, pusiese como puso, fin a sus diatribas.

Así quedaron las cosas por el momento, pero el tenaz escritor, despechado por el silencio de Raffo, volvió de nuevo a la brecha, y esto colmó la medida en concepto de Raffo, a quien desde entonces, se le notó preocupado; no se le encontraba en su casa con la misma seguridad de costumbre, resultando de aquí comentarios muy perjudiciales para el crédito de que había gozado hasta entonces.

Por otra parte, los comentarios, a propósito de la propaganda del tenaz escritor, no dejaron de prevenir un tanto el ánimo público contra el señor Raffo; las visitas a su casa, ya no eran tan frecuentes, sin que esto debiera atribuirse a escrúpulos que hubiesen surgido por tal motivo, o por lo que he dicho antes, de no encontrársele en su casa a las horas de costumbre ,como anteriormente

II — EL ENCUENTRO

A la hora avanzada de una tarde ligeramente lluviosa, repechaba la calle Uruguay, entre la Avenida Rondeau y Yí, un viejo de alta estatura, barba gris, rostro enjuto, de andar lento y mirar receloso. Llevaba a cuestas un catre viejo y una manta que le hacía juego y colgante del brazo derecho, un atado mugriento que parecía, no pesar menos que el catre.

Dominada la pendiente, su carga le fue más llevadera de allí en adelante, pues a esta altura, las calles de Yaguarón y de Ejido hasta la del Olimar, se encuentran casi a una misma nivelación y el tráfico por ellas, no ofrece ninguna dificultad.

Cuando el viejo llegó a la esquina de la calle Olimar, un hombre que se encontraba en la acera de enfrente, trigueño y de barba poblada, vestido con cierta corrección y con sobrero hongo, de color, atravesó apresuradamente la calzada y antes de llegar a la esquina que ocupaba el viejo con su carga, exclamó:

—¡Caramba, compadre! ¿Sabe que ha tardado usted en llegar?... Hace una hora que le espero y ya iba a retirarme.

—No me ha sido posible venir antes, pero... al fin, aquí estoy y podemos seguir... por aquí... por aquí, a la izquierda... Y ambos, uno por la vereda y el otro paralelamente al cordón del empedrado, tomaron la calle de Olimar, hacia el Norte.

A las dos cuadras y al frente de la penúltima casa baja, sobre la izquierda, antes de llegar a la calle Cerro Largo, se detuvieron:

—¿Es ésta la casa? —preguntó el joven.

—Esta es, —contestó el viejo— ¿le parece bien situada?

—Muy bien la situación, pero estoy impaciente por conocer la repartición de sus habitaciones... es muy necesario...

El viejo, sin decir más, sacó una llave del

---

(1) Diarios de la época.

bolsillo de su saco, y abrió la puerta; entró su carga y después de él, entró el joven y tras de ambos, cerróse la puerta con estrépito.

. . . .

Pasados veinte minutos, salieron los dos visitantes, cerrando la puerta de calle y desapareciendo por la de Cerro Largo.

La carga que conducía el viejo, había quedado en la casa, así como el saco mugriento que completaba aquélla.

III — EN EL CAFÉ DE TORINO

Hasta no hace muchos años y desde fecha remota, existió en la calle de Río Negro un café de este nombre.

Estaba situado entre las de Mercedes y Paysandú, al costado izquierdo, bajando hacia el Norte, entre las calles Uruguay y Paysandú.

Era centro frecuentado por gente de todo vivir, y de malas mañas, que algunas veces, iban a parar a la Cárcel Preventiva y Correccional y hasta a la Penitenciaría también.

Como se ve, aquel centro de sociabilidad, no era de envidiarse, pero entre tanto, era bastante concurrido; se hablaba en voz alta y en voz baja, cuando convenía; se gritaba a voz en cuello; se cantaba con afinación o sin ella, se silbaba a discreción y no se omitían ternos ni un garrotazo o tajo por añadidura, cuando era necesario.

Con este segundo párrafo, queda, según me parece, bien completo el programa del tal Café de Torino, de ahora cincuenta años, y el lector al corriente, de todo lo bueno que podría surgir de aquel centro de méritos y virtudes.

. . . .

La misma noche del encuentro en la esquina Olimar y Uruguay, a que me he referido en el número anterior, un hombre de capa negra y sombrero gacho, se presentó en el Café Torino, siendo las once y cuarto de la noche. La reunión a esa hora era pequeña y sólo aquellos veteranos en el beber, ocupaban algunos pocos asientos, hablando, cantando a intervalos, a causa de encontrarse ebrios.

El hombre de la capa negra, echó un vistazo a los tres departamentos que componían el café, como investigando si estaban o no allí, personas a quienes sin duda esperaba, o que debieron esperarlo, y después, con acento español, muy marcado, preguntó a uno de los mozos, si un tal Gaetano, no había venido. El mozo contestó que había venido, ausentándose por breves momentos, pero que muy pronto estaría de vuelta.

En efecto, en este preciso momento, aparecieron tres individuos en la puerta del café y entonces desembozándose el hombre de la capa, resultó ser el mismo que esa tarde se encontró con el viejo de la calle Olimar y Uruguay.

—Bueno muchachos, —dijo éste— todo está pronto y sólo falta que tomemos una copa antes que venga el coche. Ustedes saben ya lo que les toca hacer y lo que es, en la casa todo está en orden.

Gaetano se apresuró a decir entonces, que ya había tratado el coche y que éste no tardaría en llegar.

Después de estas palabras, los cuatro individuos se dirigieron al centro de la sala principal, sentándose alrededor de una mesa y después de media hora de conversación, sintieron que un carruaje se detuvo a la puerta del café.

El llamado Gaetano, fue el primero que se levantó en actitud de salir, siguiéndole los demás hasta tomar los cuatro el carruaje que acababa de llegar a la puerta del café, guiado por un muchacho de unos diez y seis a diez y siete años, quien una vez ocupado el coche, emprendió marcha bajando la calle Río Negro hasta llegar a la de Cerro Largo y en seguida hasta la casa, Olimar número 11. Después de bajar los cuatro hombres y entrar sólo tres en la casa, el cuarto después de un corto diálogo, subió de nuevo al coche y partió a escape por la misma calle de Cerro Largo.

Transcurrió media hora y durante ella, la puerta de la casa número 11, se abrió dos veces, apareciendo en el umbral de la puerta la silueta de uno de los tres hombres, que momentos antes habían entrado en ella, pudiendo suponerse, que esperaban a alguno (porque si así no fuese, personas que entran en su casa a las doce de la noche, no tienen para qué estar de imaginaria en la puerta).

Así era en efecto, pues serían las doce y media de la noche, cuando se sintió de nuevo el rodar de un carruaje por la calle Cerro Largo, aparecer en la boca-calle de Olimar y detenerse al fin a la puerta número 11 de la misma.

Esta vez, venían dos personas en el pescante; el joven conductor que ya conoce el lector y otro no menos joven, que se arrojó del pescante, apenas el vehículo se detuvo, abriendo la portezuela del carruaje.

Bajaron dos hombres y con evidente apresuramiento entraron en la casa, cuya puerta de calle, se cerró como por resorte en el mismo momento.

El carruaje, se adelantó de la entrada en dirección al Sud, después de subir el joven que abrió la portezuela, y se detuvo a veinte pasos de la puerta.

El cochero no apartaba los ojos de la casa, y cuando en el momento de oír un golpe sordo que había resonado en el silencio de la noche,

vio aparecer a un hombre en la puerta, llamando al joven que le acompañaba en el pescante.

Con un latigazo formidable a los caballos, partió a la carrera en dirección al centro de la ciudad, escapando al llamado que se le había hecho, en una actitud como la que podía emplear el que tratase de huir de un gran peligro.

El hombre que había llamado, se precipitó a la carrera tras el carruaje que huía, pero no tardó en desistir de su empresa, pues bien pronto se encontró a grande distancia de su presa.

El carruaje, seguía su carrera vertiginosa y el perseguidor regresaba a la casa misteriosa, en momentos que tres de los cinco hombres que habían entrado momentos antes, se precipitaban en grupo a la calle, desapareciendo con el que acababa de llegar.

IV — EL CRIMEN

Era el 19 de abril de 1871 y nadie se acordaba ya del incidente, que tanto había influido en el ánimo de la colonia italiana, a propósito de las publicaciones sobre Raffo, cuando en la mañana corrió la voz de que en la noche anterior, se había perpetrado un crimen atroz en la persona de un médico de nacionalidad italiana, y que la autoridad policial, se ocupaba desde ese momento en la averiguación de ciertos antecedentes relacionados con el crimen, y que era probable que hallasen a sus autores.

Toda esa mañana pasó en conjeturas y supuestos inconsistentes, que no daban luz bastante sobre el hecho, pero después de medio día, empezaron a circular boletines, que anunciaban la captura de cuatro individuos de los cinco complicados en el asesinato del médico Felice Angeli con el agregado, de que con excepción de uno de ellos, los tres restantes, resultaban confesos desde el momento de su prisión.

Se agregaba, que el autor principal, hasta ese momento, no había sido aprehendido por no encontrársele como a los primeros, en su domicilio, ni en ninguno de los parajes, que acostumbraba a visitar durante el día

Los prevenidos se llamaban Insua (a) Corbalán, argentino; Gaetano (a) Rocha y Neto (a) el Chivo, orientales, confesos del delito. José Barbeta, italiano, y Agustín Veirano, uruguayo, de poco más de diez y siete años, de edad, quienes negaron toda participación en él.

Unos y otros, fueron aprehendidos en sus respectivos domicilios, en donde se encontraban lo más tranquilos y sueltos de cuerpo, a excepción del muchacho Veirano, que fue detenido en la plaza Independencia por el jefe de policía, entonces, don José Cándido Bustamante, por reconocimiento que hizo de su persona, el ayudante o amanuense del médico, José Ruibal. Éste acompañaba esa noche a su patrón, y por esto reconoció fácilmente en Veirano al cochero que los había conducido al lugar del crimen.

El citado Ruibal pudo prestar aquel servicio a la justicia, porque como he dicho, esa vez, como siempre que su patrón era requerido por algún enfermo, a hora avanzada de la noche, él fue su acompañante.

Había dado seguridad al jefe, señor Bustamante, que tan luego como viese al cochero lo reconocería, y fue así, después de una corta recorrida por frente de los coches estacionados en la plaza.

Veirano, se limitó a protestar en sentido de que cuando fue invitado para ir a buscar al médico fue para robar, pero no para asesinarlo.

Reducido a prisión Veirano, al momento denunció a los criminales que he designado antes y a una sexta persona, en calidad de autor principal.

Era éste, el que se había entendido personalmente con José Barbeta, y quien según él, había convenido con el cónsul italiano la muerte del doctor Felice Angeli, inculpación que nunca llegó a justificarse en la causa, aunque no faltaban fuertes presunciones que le comprometían.

V — EL PROCESO

La policía empleó pocos días en sus gestiones con motivo de este hecho criminal, que tanta repercusión tuvo en la capital e interior del país.

A la odiosidad del hecho, se agregaban varias circunstancias, que le daban mayor importancia y resonancia, siendo la de mayor significación el sonar desde el primer momento como sindicado en el grave acontecimiento, con razón o sin ella, el nombre de un agente diplomático, que gozaba de estimación general y de prestigio hasta entonces entre la colonia italiana y en nuestra propia sociedad.

En medio de los comentarios a que dio lugar el suceso en las primeras semanas, el sumario policial pasó al Juzgado del Crimen de la 1ª Sección, para la continuación y ampliación del sumario sin perjuicio de las demás gestiones propias del plenario, llegada su oportunidad, pues es sabido, que en aquella fecha, no existían los Juzgados de Instrucción.

Al doctor Joaquín Requena y García y al doctor X, ambos defensores de oficio en lo criminal ese año, se les encomendó la defensa de los prevenidos: al doctor Requena y García, la defensa del anciano Dotta (a) Barbeta y la del joven Veirano y al doctor X la de los tres actores principales, confesos desde que fueron capturados y convictos después, llamados: Insua

(a) Corbalán, Gaetano (a) Noriega y Neto (a) el Chivo.

El principal autor, no pudo ser hallado, según se ha dicho, y la causa siguió hasta su definitiva terminación, sin conseguirlo.

Esta circunstancia, como es fácil comprender, dificultó considerablemente la marcha del proceso y la averiguación de las inculpaciones que se hacían a Raffo, a propósito del asesinato del médico, como se verá en el curso de la sección siguiente, en que me ocuparé de los descargos y defensas formuladas por los prevenidos en conferencias tenidas con sus respectivos defensores.

Entre tanto, corrían distintas versiones sobre la desaparición de José Obaraldo, que así se llamaba el individuo que los había contratado, según los procesados, de nacionalidad española y a quien se vio por última vez en la madrugada del día siguiente al del asesinato, en compañía de Barbeta, según declaración del almacenero de la calle Tacuarembó y 18 de Julio, y del mozo de la farmacia, que existía entonces y hoy mismo en esta última calle, frente a la Capilla del Cordón.

VI — EN LA CÁRCEL

Días después de haber aceptado el cargo los defensores, estos concurrieron a la cárcel pública, en el piso bajo del Cabildo, con el objeto de conferenciar con los prevenidos.

Estos fueron conducidos desde sus respectivos alojamientos, a un espacioso aunque lóbrego y húmedo calabozo, situado bajo la bóveda de la espaciosa escalera, que entonces como hoy mismo, conduce al piso alto del edificio.

Conducidos por el alcaide, los abogados defensores, hasta la pequeña puerta que daba entrada al calabozo, salvaron el umbral, dando algunos pasos hacia el centro de aquél.

Aunque acostumbrados a estas andanzas, los abogados no pudieron menos de impresionarse del silencio de aquella mazmorra, oscura y húmeda y con la presencia de aquellas cuatro figuras patibularias y aquel muchacho extraviado. Guardaban absoluto silencio, sin hacer el más mínimo movimiento, con la vista baja y la cerviz inclinada hacia el suelo.

A la derecha, estaban enfilados contra el muro negruzco y sucio del calabozo, Insua, Gaetano y Neto, y a la izquierda, el viejo Dotta y el muchacho Veirano.

Parecían a su vez impresionados, dominados y avergonzados por la presencia de sus propios defensores.

A las primeras palabras de éstos, pareció que reaccionaban y se atrevieron a mirarlos.

Los defendidos del doctor X, se ratificaron en sus primeras declaraciones, confesando su participación en la perpetración del delito en compañía de José Obaraldo, que fue quien los contrató para consumarlo, mediante cuatro mil pesos, que según Dotta (a) Barbeta, le había ofrecido el cónsul italiano, habiendo sido el expresado Barbeta, quien llevó el catre y candelero a la calle Olimar, destinado uno y otro, para el simulacro desde el cuarto que debía ocupar Neto, en calidad de supuesto enfermo.

En cuanto a Barbeta, negó todo lo afirmado por los expresados Neto, Gaetano y Corbalán y de esta actitud, nadie lo redujo durante todo el proceso.

Como se comprende, refiriéndose los actores principales en el homicidio a Obaraldo, única persona que se había entendido con ellos, no existía medio posible para responsabilizar a Barbeta, y sobre todo, al cónsul italiano, a quien inculpaban Insua, Neto y Gaetano, pues se referían a dicho o confidencia de Obaraldo y no de Barbeta, quien negaba la inculpación, según he dicho, y así quedaron las cosas hasta sentenciada la causa en última instancia.

Entre tanto el fiscal del crimen había pedido la pena de muerte para los defendidos por el doctor X; la de diez años, que era la inmediata según las leyes españolas, para el viejo Barbeta y la de tres años de prisión para Veirano.

Sin embargo, el jurado se desatendió de esta diferencia y en el veredicto comprendió a Barbeta en la clasificación de autor del delito equiparándolo a los demás y fue condenado a la última pena.

Y aquí empiezan una serie de hechos, que contribuyeron a robustecer las desconfianzas y murmuraciones a que dio lugar la actitud del cónsul italiano en esta célebre causa.

VII — EN LA CAPILLA

Como he dicho antes, la causa fue fallada en última instancia, haciéndose los preparativos para su ejecución, una vez devuelta por el Poder Ejecutivo a quien había sido remitida unos días antes.

En el designado, los reos fueron puestos en capilla y el doctor X, como uno de los defensores, tuvo ocasión de verle varias veces al lado de sus defendidos, en el curso de las 48 horas que permanecieron en ella.

Al mismo tiempo, tuvo ocasión de notar, que un individuo, al parecer italiano de nacionalidad, elevada estatura, pálido, de cabello rubio, escaso, de actitud recelosa y mirada investigadora, se dirigió una vez al penado Barbeta, con quien habló por breves momentos,

retirándose después de cinco minutos, sonriendo, y sacando su reloj y observando después la hora para concluir por retirarse.

Preguntando el doctor X, quién era aquel individuo se le dijo, que de relación del condenado y que era ya la tercera visita que le hacía.

No volvió a verle, aunque supo, que en la noche del primer día de Capilla y en la de ese día, que fue cuando le vio, había estado varias veces y con permanencia más larga, hablándole a Barbeta con bastante animación, aunque en voz baja y en un rincón de la capilla, formado por un testero del altar y el muro izquierdo o fondo de la habitación.

Se le dijo además, por las personas que visitaban a los reos, que Barbeta, oía con suma atención las palabras del desconocido, a quien aquél estrechaba las manos con efusión, lo que para muchos no ofrecía extrañeza, pues el condenado, decía que era un viejo amigo suyo y de su familia, que se interesaba por él.

Esta especie, sin embargo, no llegaba a satisfacer la curiosidad de todos los concurrentes, empeñados más bien en encontrar ciertas afinidades por razón de nacionalidad y rumores circulantes, entre aquel individuo, Barbeta y el cónsul Raffo, aunque sin explicarse a satisfacción, aquella extrema oficiosidad en la presencia frecuente del visitante.

Con estos antecedentes, de que carecia cuando vio por primera vez al desconocido habría deseado verle y observarle por segunda vez, por si tal conducta de su parte, hubiese podido sugerirle en esa ocasión, lo que no le sugirió en aquélla, pero, ya dejo dicho, que no tuvo la suerte de encontrarse con él, sino una vez.

Sin embargo, el día de la ejecución, siendo más o menos las cinco y media de la mañana, el real o supuesto amigo del condenado, se presentó por última vez en la capilla, sosteniendo un breve cambio de palabras con aquél, retratándose en el semblante del pobre viejo, una expresión de esperanza y alegría, que no podía traducirse en otro sentido.

Tan pronto, como salió el desconocido, Barbeta rebosando de satisfacción dijo: que tenía esperanzas de salvarse en último momento, fundado en que ninguna prueba pesaba sobre él y en que el fiscal, no había pedido, sino diez años de prisión.

Esta confidencia, hecha a sus cómplices, cundió con rapidez, pero nadie le atribuyó importancia, y por el contrario, sirvió de base para suponer, que aquel oficioso desconocido le daba vanas esperanzas a Barbeta induciéndole más bien, a que se mantuviese en sus negativas, luego que, el único que podía comprometerlo, y aún comprometer a Raffo, era José Obaraldo, y sabido es, que ese testigo acusador había desaparecido desde el momento del homicidio.

Y sobre este tema, siguieron los comentarios en la mañana de la ejecución y el mismo desgraciado Barbeta en su ofuscación y seducido por la grata esperanza de salvarse, contaba a todos las seguridades que se le habían dado, pero sin demostrar las garantías que ellas le ofrecían.

VIII — LA EJECUCIÓN Y COMENTARIOS PÓSTUMOS

Entre tanto, la hora de la ejecución llegó y con ella, la de la expiación de Barbeta a la par de la de sus cómplices, quedando sumida en el misterio para siempre, la responsabilidad, que podía caber a Raffo, en el asesinato de la calle Olimar.

. . . .

Habían pasado veinte y tantos días de aquella ejecución en la plaza Treinta y Tres y todavía duraban los comentarios arriesgados a que la muerte del médico Felice Angeli, había dado lugar.

El señor De Siani, redactor a la sazón del diario "La Italia", había traducido al italiano la defensa del doctor X, que sin formular en ella cargo alguno concreto con referencia al señor Raffo, pues ni podía ni se encontraba en el deber ni en la necesidad de hacerlo, sin una base, que el proceso no ofrecía, rozaba sin embargo la reputación de aquel agente consular, con sólo referirse a las declaraciones de los reos y esto era inevitable para la defensa.

Ésta era puramente filosófica, pues los reos estaban convictos y confesos pero con toda esta circunstancia en nada contribuia a mejorar la condición del cónsul Raffo, de encontrarse expuesto a los más comprometedores comentarios.

Pero no fue esto sólo, sino que a tales comentarios, se agregaron otros acerca de la desaparición del autor principal del asesinato, José Obaraldo, suponiéndole asesinado por Lorenzo Dotta (a) Barbeta en la madrugada del día de su consumación, cuando pasó por la puerta de la farmacia ubicada en la calle 18 de Julio frente a la capilla del Cordón.

Se les había visto pasar por la calle 18 de Julio y doblar por la de Tacuarembó, hacia el Sud, para regresar tres cuartos de hora después, el italiano Barbeta solo y con un poncho a la espalda por frente a la misma botica o farmacia, a que me he referido.

Y se atribuía este hecho, a una medida de precaución, luego que la vida de Barbeta, quedaba desde entonces, dependiendo de la voluntad de Obaraldo, y la opción preferente a la mayor

parte de los 6.000 pesos, precio del asesinato según lo afirmado por el mismo Barbeta, a estar a las declaraciones de Insua, Gaetano y Neto.

. . . .

La situación de Raffo durante el proceso y después de terminado éste, se hizo insoportable. A falta de prueba legal, la sociedad juzgaba por meras presunciones, más o menos vehementes, y semejante situación, cada día ofrecía fases distintas para dar en tierra con la reputación del que era objeto de tales murmuraciones.

El señor Raffo, se aisló por completo; nadie le veía, ni hacía diligencia para verlo, y con pruebas o sin ellas, la verdad es, que tal estado de cosas llegó a hacerse insostenible, no tardando en empezar a hablarse de que aquel señor se ausentaría muy pronto del país.

Para esto, De Siani, había remitido a Europa una copia de la defensa del doctor X, traducida al italiano, según he dicho anteriormente, no tardando en correr rumores en Montevideo, de que en Italia la publicación de aquella defensa, había provocado juicios desfavorables al crédito y reputación del cónsul Raffo.

No se limitaron a lo expuesto hasta entonces, los comentarios de que he hecho mención, sino que, con motivo del supuesto asesinato de Obaraldo, por su cómplice Barbeta, empezó a circular la especie, de que no había tenido lugar tal asesinato.

Se agregó, que Obaraldo se encontraba ya lejos del país por haberse embarcado en un buque mercante que había salido para Génova, un mes antes, después de haber permanecido oculto en los sótanos de cierto edificio, de donde salió una noche para embarcarse disfrazado de marinero, llegando a designarse por su nombre al barbero que le había afeitado para mayor seguridad.

Todas estas versiones con la repetición fueron perdiendo su valor y su interés, hasta caer en la indiferencia y en el olvido.

Por último, la despedida que le hizo la sociedad de Montevideo fue fría y no lo fue menos la de Raffo, que no podía hacer frente con serenidad a la atmósfera que se le había formado a su alrededor.

A esta situación intolerable para una persona de su carácter, se agregó la circunstancia de que no había un día en que no recibiese uno o más anónimos alusivos al acontecimiento que ocupaba constantemente la atención pública, concluyendo por insultos y amenazas.

El hombre, sospechado, no era ya el mismo, que cuando se instaló en el Camino Millán hacía cincuenta y tantos años y se atrajo las miradas y simpatías de la sociedad de este país, halagada por las fiestas y saraos, con que aquel caballero galante, sin familia y casi un extraño, había sabido seducirla, proporcionándole, gratas y frecuentes horas de solaz en los elegantes salones de su confortable mansión veraniega...

SEXTETO CLÁSICO

EL BARON

Cómo un título de nobleza o distinción, no es siempre garantía de buenos procederes y cómo la reincidencia en una falta, puede preparar una sanción completa.

I. — DON GERVASIO HERRERA

Una tarde, conversaban tranquilamente el señor I. Parpal, propietario de una platería de la calle 18 de Julio, hoy avenida, y un amigo de la vecindad, señor Manuel Salgado, cuando vieron venir en dirección a ellos al viejo y común conocido, don Gervasio Herrera.

Este señor, miembro del comercio al menudeo en esta ciudad, tenía establecido su negocio en la esquina Noroeste, formada por las calles de Colonia y Río Negro, enfrentando, una de sus puertas principales, el solar ocupado hoy por la "Cochería Metropolitana", que hasta hace poco perteneció bajo otra denominación a los apreciables caballeros don Manuel Suárez y don Federico Donnelly, ya finado este último.

Don Gervasio, pues así sencillamente se le llamaba y trataba entre sus relaciones, venía a paso largo y al parecer algo preocupado, encargándose él mismo de confirmar esta suposición al cambiar las primeras palabras con sus amigos, pues, según les dijo, tenía que llegar a casa lo más pronto posible.

—¿Pues qué ocurre? —le preguntó el señor Parpal.

—Nada de mayor importancia —contestó— pero tengo que madrugar mañana y tomar la diligencia de Pando, y para esto, es preciso que hoy coma una hora antes de la de costumbre.

—¡Pero hombre! —observó Salgado— ¿qué tiene que ver la hora a que usted coma hoy con la diligencia de Pando, o con cualquiera otra cosa que deba tomar mañana?

—Es que quiero comer una hora antes para dormir una hora más precisamente el tiempo que pierdo en el madrugón. ¿No le parece a usted, señor Salgado, que soy previsor?...

Éste no pudo menos de reconocerlo, y después de invitado don Gervasio a pasar a la

tienda con el objeto de fumar siquiera un cigarro en amable compañía, invitación que no aceptó, inclinándose ligeramente, y con un apretón de manos y un "hasta mañana", se despidió continuando por la avenida 18 hasta llegar a la calle Río Negro, en la que, como he dicho, tenía establecido su modesto negocio.

Me parece, aunque no me atreva a afirmarlo, que el señor Herrera, en la fecha a que me refiero, no tenía más familia que un hijo que conocí y traté muchos años después, y así se explica que comiera y durmiera en su modesta casa de negocio, que poco o ningún confort le ofrecía.

Herrera era un hombre apreciabilísimo y bastante culto, como lo fue su hijo, a quien, he dicho antes, conocí y traté en épocas anteriores, siendo durante muchos años notificador del Juzgado Letrado de lo Civil de 3er Turno, hasta hace dos o tres en que falleció, relativamente joven todavía.

Padre e hijo, gozaron de sumo crédito por la corrección de sus procederes en la respectiva actuación, que cada uno tuvo que jugar en el cumplimiento de sus deberes, así como de grandes simpatías por sus inapreciables condiciones de carácter.

II — EL HOMICIDIO

Al siguiente día, poco más o menos a las 7½ a.m., me dirigía yo a una de las barracas del Norte, cuando al llegar a la calle Colonia y después de recorrer la distancia que va de una esquina a otra, un hombre a paso acelerado, aunque con dificultad visible, llamóme por mi nombre repetidas veces. Al mismo tiempo accionaba de manera tan rara y expresiva, que no pude menos de detener el paso; después acorté la distancia, aproximándome a él hasta reconocerle.

Era don Policarpo... el conocido don Policarpo, propietario de una tienda de la calle 25; contigua a la zapatería de don José Mª Perelló; era aquel cándido y feliz mortal, que cuando las señoras que frecuentaban su negocio, le preguntaban si tenía terciopelo, él contestaba que no, pero que en cambio tenía pana, como afirmaba tener medias cortas, cuando se le pedían medias largas.

¡Pobre don Policarpo! Nunca vi un hombre más atribulado; lloraba como un niño y en medio de su emoción, de sus sollozos y de algunas frases incoherentes e ininteligibles, apenas pude comprender que se trataba de un amigo... ¡Desgraciado!... Exclamaba ¡infames!, ¡quién lo diría!... Y callaba de pronto para entregarse a nuevas lamentaciones momentos después.

Tuve que hacer un esfuerzo para dominar mi impaciencia, por más que comprendí que algo muy grave le ocurría al pobre hombre; pero al fin éste, observando sin duda mi seriedad y mi silencio, tan expresivo en la ocasión, como habrían podido serlo mis palabras, se serenó de pronto, enjugó sus lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Señor Peralta, sabrá usted que mi querido amigo, indudablemente suyo también, don Gervasio Herrera, ha sido asesinado alevosamente.

—¿Cómo! —exclamé hondamente impresionado— ¿Cuándo?... ¿en dónde?

—Anoche... en su almacén... ¡Pobre amigo!

—¡En su almacén!... ¿Y los asesinos?...

—Hasta este momento no se ha dado con ellos, ni siquiera indicios han dejado... que pueda utilizar la justicia.

—Pero, ¿no hay sospechas más o menos fundadas, de quién pueda ser el autor, y cuál el móvil del homicidio?

—Sobre lo primero, ya he dicho, que no hay nada concreto, pero en cuanto al móvil, no ha sido otro que el robo... Allí, en el almacén —y don Policarpo dirigió su vista y su mano derecha a la esquina de Río Negro— está el juez del Crimen, su actuario y un grupo de personas de relación del finado y excelente amigo.

Después de esto, y cediendo a la impaciencia que me dominaba, me despedí de don Policarpo, quien siguió por la calle Colonia hacia el centro, agobiado de espaldas y arqueado de hombros, con sus piernas en movimiento desigual y descriptivo de innumerables XXX, que completaban la ingrata silueta de un hombre al agua.

Al fin, yo, con paso precipitado, me dirigí al lugar del suceso, haciendo mis conjeturas sobre las circunstancias que hubiesen podido concurrir en la consumación de crimen tan lamentable.

III — VAGOS DATOS SOBRE LOS PRESUNTOS ASESINOS

En 1866 la manzana que ocupa actualmente el Politeama y las subsiguientes, ubicadas en dirección a la Aguada y Cordón, como se decía entonces y hoy mismo se dice, eran terrenos baldíos en su mayor parte, cercados algunos y otros convertidos en depósito de basura; verdaderos suburbios de la ciudad nueva por esos vientos, con uno y otro casucho de trecho en trecho.

Aparte de barrancos y zanjas que dificultaban el tránsito y ofrecían serios peligros para el transeúnte durante la noche, no había alum

brado, ni qué alumbrar a derechas, y muchos ejemplos se tuvieron de viviendas asaltadas y más de viviendas, de transeúntes que al cruzar por semejantes despeñaderos fueron despojados de sus prendas.

En una palabra, la localidad tenía el aspecto de una región desmantelada y de apariencia lamentable que nada bueno decía a favor y elogio de la municipalidad, que como todas las municipalidades, hacía oídos de mercader cuando le convenía.

De lo expuesto resulta, pues, que el almacén del desgraciado Herrera, contaba con muy pocas garantías y ya se supondrá, no sólo por lo que ocurría entonces, sino por lo que generalmente ocurre hoy mismo, que la vigilancia de la policía, en aquella localidad, no había de distinguirse por la exactitud y eficacia de sus servicios.

Encontrándome yo a poca distancia del lugar en que ocurrió el lamentable suceso, muy pronto estuve al frente del almacén y con muchas personas de relación, en medio de quinientas más, que, ávidas de noticias, habían ocurrido de los alrededores, y de otras muchas, que seguían llegando con la ansiedad pintada en el rostro.

Desgraciadamente, cuanto me dijo don Policarpo, resultó de todas sus partes confirmado: don Gervasio Herrera había sido asesinado mientras dormía, y esto en las primeras horas de la noche, encontrándose detrás del mostrador con la cabeza separada del cuerpo; los cajones donde depositaba el dinero del diario, vacíos... y por último, sin tenerse dato alguno sobre quién o quiénes podrían ser los asesinos.

Sin embargo, en los días posteriores, algo se adelantó sobre un individuo sospechoso, que merodeaba por los alrededores en la tarde del día en que se consumó el crimen; unos niños de la vecindad habían visto a ese individuo, de pequeña estatura, moreno, de escaso bigote, vistiendo un traje gris y un chambergo negro. Estos niños, que jugaban al trompo en una pequeña plazoleta del frente, en donde hoy existe una canastería, decían que un poco antes de entrarse el sol, aquel desconocido se acercó y les preguntó, quién de ellos jugaba mejor al trompo, y como le contestasen que era un vasquito de la calle Ibicuí, Pedro Errandonea, que en ese momento preparaba su jugada, se esperó a que la hiciera... retirándose después sin decir palabra, hasta ocupar la esquina en que se halla actualmente ubicada la "Cochería Metropolitana".

Fuera de estos datos, nada más pudo adelantarse en el proceso, así es que, después de tres meses de inútiles gestiones, quedó paralizado y hasta olvidado.

IV — ESTADÍSTICAS DE LA CRIMINALIDAD HACE MEDIO SIGLO

Había transcurrido alrededor de año y medio, y ningún crimen atroz, como aquel de que fue víctima el apreciable comerciante Herrera, había ocurrido en la capital, ni en ninguno de los departamentos del interior.

En efecto, las circunstancias agravantes que mediaron en la perpetración de ese homicidio eran tales, que al menos por aquel tiempo, no se reprodujeron felizmente en ningún otro caso, pues los que con relativa frecuencia se cometían, eran en pelea, en lucha leal muchas veces, sin perjuicio, por supuesto, de aquello de madrugarse, rindiendo culto así al principio de que, "aquel que da primero, da dos veces".

La criminalidad en aquella época, no ofrecía la estadística alarmante que hoy ofrece, como consecuencia lógica de la abolición de la pena capital, y de la patente implícita que ella envuelve, para consumar toda clase de crímenes, sin riesgo de la vida propia.

El sentimentalismo para con los asesinos que matan por placer, por paga o remuneración, o cediendo al incentivo del robo; que proceden con premeditación y alevosía; que se ensañan con las víctimas después de sacrificadas, cualquiera que fuese su condición, su sexo y su edad; el sentimentalismo para con los asesinos, decía, no alcanza ni en el ánimo, ni en el criterio en el corazón de los sensibles, una mirada de conmiseración y de piedad para las víctimas!

Nada se consigue, dicen, con sacrificar a esos asesinos en el patíbulo, cuando con ello no se restituye la vida a las víctimas de su saña; pero olvidan que no se trata sólo del castigo por el mal causado, sino del ejemplo, tendiente a prevenir en lo posible la repetición de hechos semejantes, con nuevo sacrificio de vidas.

Las dos primeras repúblicas del mundo, la Francia y Estados Unidos del Norte, símbolos de civilización, conservan en sus códigos la pena capital: y en el mismo Río de la Plata —con excepción de nosotros— así como en los pueblos del litoral del Pacífico, la conservan también, como una amenaza, para aplicarla en los casos de crímenes atroces.

Por regla general, y rindiendo culto al espíritu de conservación, innato en el hombre, nada es más apreciable que la vida, como que de ésta dependen todos los demás halagos que ella ofrece. Por consiguiente, ninguna pena puede

prevenir los atentados criminales contra la vida ajena, como la que imponga a sus autores la pérdida de aquel bien inapreciable de que ellos privaron a un semejante.

Pero, dije antes, que en este país hace años que no rige la pena capital, y ahora agregaré que desde entonces, los asesinos son árbitros de la vida de hombres, mujeres y niños, sin que pueda siquiera rozárseles la epidermis, no faltándoles para dormir mullidos colchones, almohadas de plumas, y habiendo frío... un confortable porrón de agua caliente a los pies.

V — UN NUEVO HOMICIDIO Y CAPTURA DE SUS AUTORES

Muchos de mis lectores han de recordar la fábrica de calzado que existía hace unos treinta y tantos años en la calle 25 de Mayo esquina Juncal.

Esa casa de negocio pertenecía a dos hermanos de apellido Arriague, los que, a la vez tenían una casa sucursal en el departamento de Durazno, a cargo de otros dos hermanos menores, a quienes habían habilitado.

Estos cuatro hermanos eran vascos franceses, hacía muchos años que residían en el país, y estaban muy bien conceptuados en el comercio de esta plaza.

A dos de ellos, los conocí y traté con motivo de un pleito que les promovieron, sirviéndoles de copista cuando tenían que presentar algún escrito.

Cuando pasaba por la calle 25 de Mayo, hacía escala en el establecimiento para hablar con el joven Arriague, y también con sus hermanos, muy especialmente con el mayor de ellos, muy bromista y ocurrente.

Éste y su hermano Bautista, eran los capitalistas a cargo de la casa principal, y los otros dos, en calidad de habilitados y protegidos de aquéllos, regenteaban la casa-sucursal en campaña, obteniendo grandes utilidades.

Una mañana que leía yo "La Nación", diario redactado en aquella época por don Ramón de Santiago, después de terminar el editorial, pasé a la sección de noticias, en la segunda página, encontrándome con la siguiente, consignada en caracteres marcados por el tamaño y por el color negro subido de la tinta empleada: "Asesinato de los hermanos Arriague en el De" partamento de Durazno; saqueo de la casa de" negocio en Cuadra, y captura de I. Amaro y" alférez Ceferino Pérez (a) «el Barón»".

Inmediatamente ordené a mi sirviente, que se dirigiese a la casa de la calle Juncal y 25, con el objeto de adquirir noticias, mientras yo me vestía a toda prisa. Media hora después regresaba diciéndome que al llegar al lugar indicado, se encontró frente al establecimiento de los Arriague; que sus puertas estaban cerradas y que un vecino, observando que alguien se disponía a golpear en la trastienda, le advirtió que era inútil, pues los propietarios habían despachado a los operarios a primera hora, saliendo urgentemente para el Durazno, de donde habían recibido anoche la fatal noticia del asesinato de sus dos hermanos en la sección de Cuadra.

Después de esto, agregó el sirviente indicándome el diario que tenía en mis manos:

—Ese diario debe decir algo.

—Sí, sí —contesté— ya he visto... ya he leído lo que dice; puedes retirarte y espera mis órdenes.

VI — SENTENCIAS CONDENATORIAS

La noticia de este crimen repercutió en todo el país por las circunstancias agravantes que lo rodearon y la condición de las víctimas, con especialidad, en el seno de la colonia francesa, observándose desde el primer día, que el ministro respectivo, acreditado en el país, desplegó una actividad inusitada, acerca de los jueces y del mismo Poder Ejecutivo, pidiendo justicia con el severo castigo de los criminales.

Éstos llegaron a la capital unos quince días más tarde, y llegaron después de convictos y confesos ante las autoridades departamentales, ratificándose en sus declaraciones ante el Juez del Crimen de la 2ª sección.

Como es sabido, en aquella época remota, 1866, no existían los Jueces de Instrucción, siendo de la jurisdicción de los del crimen, no sólo el juicio plenario en todos sus trámites, sino también la instrucción de los sumarios.

El que se inició con motivo de este crimen, no fue laborioso, pues, como dejo dicho, los prevenidos resultaron convictos y confesos, bien que Amaro alegaba no haber tenido participación en el hecho, sino que habiendo podido influir para impedirlo, no lo hizo.

Sin embargo, con salvedad y todo, y a pesar de que Amaro gozaba de excelente opinión y de grandes simpatías, fue condenado a muerte, lo mismo que lo fue Ceferino Pérez (a) "el Barón".

Durante la segunda instancia ante el Tribunal de Apelaciones, la causa sufrió retardos que tomaron más del doble del tiempo que se empleó en la primera, y esto dio mérito a que el ministro francés se excediese de sus impaciencias, pretendiendo ejercer cierta presión en el ánimo del gobierno, a quien se atribuyó el deseo de que se salvase a Amaro, teniendo en consideración la circunstancia de no haber sido ac-

tor en el asesinato y a sus largos y buenos servicios prestados en distintos cargos que había ejercido.

Para ello, se alegaba por el defensor, la necesidad de establecer el grado de responsabilidad entre Amaro y "el Barón", ejecutor este último del hecho delictuoso, cuando Amaro sólo jugó un rol relativamente pasivo.

No es mi objeto detenerme a tratar este punto; me limitaré, pues, a decir, que la sentencia de primera instancia fue confirmada, constituyéndose en capilla a los reos, luego que el Poder Ejecutivo puso el cúmplase a la ejecución ordenada por los tribunales.

VII — LA EJECUCIÓN

La plaza Treinta y Tres, que siempre y hasta hoy mismo se ha conocido y conoce por de "Artola", era el año de 1867 llamada también por el nombre de plaza de "Carretas", por ser el lugar elegido por los conductores de éstas con cueros, cerda, lana, maderas, alfalfa seca y otros artículos de barraca.

A principios de 1869, se convirtió en plaza de paseo con la colocación de plantas, de una baranda de hierro en sus cuatro costados y de una fuente en el centro, debido ésto, a la iniciativa de los doctores Requena y García y González y don Eulogio de los Reyes, vecinos y propietarios de aquella localidad.

Encabezando una suscripción, pudieron reunir con su concurso y el de don Carlos Navia, señor Yéregui, don Bernardo Aguerre, señores Carrao y Ferrés y otros, una fuerte suma que pudo cubrir en su totalidad el presupuesto de los gastos que aquella mejora importaba.

Desde entonces, pues, la plaza de Artola, o sea de Carretas, se transformó en una de tantas plazas públicas de esta ciudad.

. . . .

El día de la ejecución de Amaro y "el Barón", amaneció nublado y lluvioso; a las 7 a.m., un batallón de línea, bajo las órdenes del comandante don Lorenzo Pérez, procedente del Cuartel de Dragones, se dirigió a la plaza de que acabo de ocuparme, designada de antemano también a formar el cuadro, otro cuerpo de la guarnición de la capital.

El cuadro lo mandaba el entonces coronel don Andrés Gómez montando un caballo zaino, brioso e inquieto, enjaezado con ricas prendas.

En aquellos tiempos, y como el lector tendrá ocasión de verlo, a estos actos se les daba la importancia debida: los jefes y los cuerpos que comandaban, vestían de gala y el cuadro era formado por dos batallones, cuando menos, aparte de otras formalidades, que más tarde cayeron en desuso.

Hacía ya media hora que habían llegado los dos cuerpos de línea, y que se habían materialmente obstruído las cuatro calles laterales de la plaza por inmensa concurrencia, cuando se sintió por la avenida 18 de Julio, a la altura de la calle Tacuarembó, un tropel de caballos, observándose a la vez, que en aquella dirección se dirigían todas las miradas de los millares de individuos que ocupaban la calle lateral del sur y las azoteas del mismo lado.

Acababan de dar las ocho, y no podía tratarse sino de la llegada de los reos, pues se sabía de antemano, que media hora antes, más o menos, debían salir del cabildo, que era entonces la cárcel pública.

Efectivamente, minutos después de esa hora, se presentaron frente al cuadro, y siempre sobre la avenida 18, varios carruajes conduciendo a los reos, precedidos de un piquete de caballería y acompañados del actuario del Juzgado del Crimen, defensores y dos sacerdotes, viniendo descubierto aquél que conducía a los últimos y a los reos.

Éstos y sus acompañantes, descendieron de los carruajes y entrados en el cuadro que formaban las tropas, no tardó en leerse la sentencia a los condenados, que la oyeron de rodillas, haciéndoseles ocupar momentos después los dos banquillos que se habían colocado sobre el muro Este de la plaza, a cinco metros de la avenida 18 de Julio.

Ordenado entonces el pregón por el jefe del cuadro, formalidad que hasta entonces no había dejado de observarse en estos casos, el comandante Pérez, paseándose con lentitud, a caballo, con la espada desnuda, y con pausada y solemne entonación, gritó por tres veces: Por Dios y por la patria, penan la vida los reos!... —agregando medio minuto después— ¡pena la vida el que pida por los reos!... —siguiendo a este fúnebre pregón un silencio profundo y prolongado.

Los tiradores se encontraban a cuatro pasos de los reos y estos últimos con los ojos vendados y asistidos por los sacerdotes que les prestaban los auxilios de la religión.

No faltaba sino una voz de mando, una voz suprema, para poner término a aquel cuadro doloroso, cuando el sacerdote de la izquierda, que asistía al "Barón", elevó el brazo derecho, en demostración de algo, que llamó la atención del grupo que le rodeaba y del público también.

El sacerdote que lo asistía se inclinó sobre el reo con repetición, y después, incorporándose por última vez y apartándose a un costado de

los tiradores, lo bendijo, cambiando algunas palabras con el jefe del cuadro, coronel Gómez.

Pasaron todavía algunos minutos, que en aquella situación excepcional para los reos y para los mismos espectadores fueron de profunda ansiedad, pero al fin, sonó el clarín en medio de un profundo silencio y el comandante Pérez, repitió el principio del pregón: **¡Por Dios y por la patria penan la vida los reos!**... sonando en este momento la descarga, que puso fin a la agonía de aquellos dos infelices, y dio origen a la vez a un imprevisto accidente, que felizmente no tuvo consecuencias.

El brioso caballo del jefe del cuadro se encabritó, parándose de manos y dando un fuerte resoplido; después, paradas las orejas y erizada la crin, trazó con rapidez un cuarto de circunferencia, a la izquierda, apoyado para ello en las patas traseras, y con tal violencia, que arrojó al jinete a tres metros de distancia con vestuario de gala, espada y elástico de cimera azul y blanca.

VIII — CONFESIÓN PÓSTUMA

Había terminado la ejecución y el numeroso público que la había presenciado abandonó el local repartiéndose en todas direcciones, bajo la impresión del último momento y llevando in péctore la curiosidad de conocer la causa de la interrupción que la ejecución de los reos había sufrido, mientras que los cuerpos de aquéllos eran conducidos a la pequeña y antigua capilla del Cordón para rezárseles el responso de costumbre (1).

. . . .

Una hora y media después se repartían boletines por toda la ciudad, en que se decía que el "Barón" había confiado al sacerdote que lo asistía, con recomendación de hacerlo saber al pueblo una vez terminada la ejecución, y no antes, que fue él a principios del año anterior, el que asesinó a don Gervasio Herrera, con el propósito de robarle; que a nadie debía inculparse de ese crimen, pues sólo él lo concibió y consumó y que, por consiguiente, no tenía cómplices.

BOCETOS Y BROCHAZOS

---

(1) En aquella época los cadáveres tenían todavía entrada en los templos antes de ser conducidos a la última morada.

TIPOS Y COSTUMBRES

RESPONSOS Y CHOCOLATE

Cómo cambian las costumbres con el andar del tiempo

I — Hace más de medio siglo que en todas las capitales del Río de la Plata y allende los Andes, rindiendo homenaje a las costumbres de nuestros mayores y a nuestra madre común, la España, las misas dè Réquiem, los funerales y cabos de año, estaban a la orden del día.

Era más fácil que el viudo o la viuda, y los hijos del fallecido o fallecida pobre quedasen sin un centésimo en casa, y reducidos a media ración, que el padre o madre de familia malogrados, sin la ceremonia fúnebre, rezada o cantada, con el correspondiente responso, y pagado todo en buenas monedas para que, en ningún caso, la deuda pudiese pesar sobre el alma del difunto.

Aunque observada religiosamente esta costumbre desde antigua fecha por ricos y pobres, hace tiempo que empezó a caer en desuso, a extremo de que, al presente, puede considerarse reducida a un número limitado de casos en el Río de la Plata, y casi a ninguno aquí, en Montevideo, donde los principios liberales y falta de creencias, hacen progresos en medio de los vicios que engendran para el presente y para el futuro.

Entretanto, hay que reconocer, que las ceremonias fúnebres en los templos, lo mismo que las de otro género cualquiera, se celebraban hace medio siglo con notable solemnidad por parte de la Iglesia y de los fieles, tanto por la corrección y seriedad con que se procedía, como por la actitud respetuosa del séquito de acompañamiento en los funerales y procesiones y de las demás personas que, a la sazón, ocupaban las naves del templo.

II — Eran aquellos los tiempos de don José Benito Lamas y de don Santiago Estrázulas, Cura Rector y Diácono, respectivamente de nuestro templo principal, y de los padres Chantre, Mora y Guatelli, sacerdotes apreciabilísimos que desempeñaban su digno ministerio en la hoy Catedral, llamada simplemente la Matriz, en la época a que me refiero.

El padre Chantre, primero de los tres últimos nombrados, uruguayo de nacionalidad, desempeñaba el cargo de Subteniente Cura, es decir, el de Subdiácono, en la celebración de las misas solemnes; el segundo era catalán, de una seriedad tan grave como la de un catafalco; bajo profundo de voz en cuello, cantaba en el coro por monosílabos, porque nunca ligaba las figuras musicales optando por la música picada; y, por último, el tercero, Guatelli, a juzgar por el apellido, cualquiera comprenderá que era italiano. Hablaba genovés cerrado, a pesar de diez años de residencia en

el país, pero tan cerrado, que nadie le entendía. Su *orremus*, con dos erres, repercutía en todos los ámbitos del templo con estridente sonoridad; era terrible, y más terrible todavía, cierta costumbre de su auxiliar o amanuense Petrito que, sin sonoridad o con ella —mejor habría sido no tenerla, por más que constituyera, como constituía, el más culminante de sus rasgos característicos y biográficos—, jamás causó, con tal costumbre, la desgracia de su capellán ni la de persona alguna; es muy cierto, pero, no lo es menos, que a nadie le dio la suerte grande... ni la chica, y... a su alrededor, siempre se le dejó libre la cancha . . y abiertas las puertas...

Pues en tono agudo
Y sonido fuerte,
Tocaba el clarinete
Petrito Angulo.

III — Eran también los tiempos de don Juan Esparraguirre, y de los sacristanes Guerrero y Turquí.

Hombre de edad avanzada y afable trato el primero, desempeñaba el cargo superior de intendente y de director de todos los arreglos y adornos del templo, haciendo prodigios en la ornamentación de los altares, sobre todo en las grandes solemnidades y fiestas que se celebraban durante el año. Describía iniciales, monogramas y arabescos caprichosos, con auxilio de las flores y de las velas, encendidas, en más o menos número, haciendo combinaciones ingeniosas y alegóricas al acto y al santo cuyo aniversario se festejaba.

Todo esto, producía grato efecto y admiración a la concurrencia asidua a aquellos actos religiosos, y constituía, a la vez, el crédito y reputación del apreciable y simpático intendente entre los fieles cristianos, y con especialidad, entre las devotas de pollera corta y de mucho pliegue, mantón largo y zapatos sin tacos ni taloneras.

Los segundos, esto es, los sacristanes Guerrero y Turqui, eran jóvenes; uno de ellos, el mayor, de contextura robusta, semblante tosco, cutis barroso, frente achatada, ojos saltones, boca desaforada por sus gruesos labios, dientes desproporcionados y encrespados mostachos, en una palabra, era feo como Picio, pero, en cambio, no le costaba mucho cautivar a las personas con su exquisita amabilidad. Turquí, por el contrario era mejor, es decir, pasable, de pequeña estatura, algo cargado de espaldas y más serio de lo conveniente.

Ambos se distinguieron siempre por la atracción al trabajo, y muy especialmente, por el hábil manejo de las campanas del templo que entonces sonaban armoniosamente contando dos cortos, pero melodiosos motivos mientras que hoy suenan sin compás, ni orden, medida o combinación, que denuncie el más insignificante propósito de armonizar las cuatro notas, que ellas producen.

Es que al presente, dirá alguien, se repica a tontas y a locas, se repica a badajazos y tente tieso, como quien da sobre un yunque, o como quien reparte mandobles a diestra y siniestra, aunque es la verdad, que casi en todo se procede lo mismo.

Eran también los tiempos de don Pablo Domenech, establecido con una pequeña librería en la casita, que actualmente se ubica, como se ubicó siempre, al costado norte de la Catedral, sobre la Plaza Constitución, y en la cual se vende hoy el rico café de los "Dos Americanos".

En aquella librería, más que libros, propiamente, se vendían: el manual de misa, el catecismo del padre Astete y las fábulas de Esopo, jaculatorias, letanías, cuentos en romance, estampitas y medallitas y para concluir, velas de cera de todos los calibres.

Y eran, por último, los tiempos de don Ciriaco, el organista de *fuegos para atrás*, del cantor portugués de poco *fiatto*, don Luis de Gallina Atorada, con menos *fiatto* todavía, como que bregaba diariamente con treinta y cinco centímetros de pescuezo fuera del holgado cuello de su camisa para no asfixiarse, y del moreno Misericordia Campana; estos últimos, con pujos de sacristanes *ad-honorem*, sin haber llegado nunca a serlo de efectivo.

Sin embargo, tocaron alguna vez a misa, y se les confió la *matraca* (1) y son los mismos que con algún acompañante de afición, y conducidos en grupo por los sacristanes titulares después del *santus*, y antes de alzar, aparecían en las puertas del presbiterio con un atado a cuestas de cirios encendidos, de a libra de peso cada uno, y los cuales, en conjunto, formaban pequeñas hogueras, que ponían en peligro los rostros congestionados, cabelleras y barbas, más o menos pobladas, de los conductores.

Con estos cirios encendidos, debe saberse,

---

(1) Pequeña tabla con manija y dos aros de hierro movibles que, agitada, reemplaza las campanas y campanillas en el interior de los templos durante la Semana Santa.

cia con los que, cada uno de los concurrentes a los funerales de cabo de año, pringaba con cera derretida los faldones de los fracs y levitas, pantalones, talones y zapatos de los que tenían por delante en las filas de sillas destinadas al cortejo.

Los viejos, los jóvenes, cortos de vistas, y los mismos que veían bien y no eran viejos, pero que no se ocupaban de ligeras cosas, ni se detenían en pequeños detalles, todos contribuían a pringar con cera a conocidos y desconocidos concurrentes que los precedían en la colocación, quedándose después lo más frescos, tranquilos e indiferentes ante el daño causado.

Ahora, en cuanto a la absolución, bastaban dos golpes de pecho a tiempo, y un *mea culpa*, para descargarse del pecado y almorzar sin miedo a una mala digestión.

Terminado el acto definitivamente, el sacerdote que presidía el duelo, se dirigía con éste hasta la entrada del templo, y una vez allí, se despedía.

Los deudos, a su vez, trasponían el cancel de entrada y se dirigían a pie hasta su casa-habitación, *seguidos* de casi la totalidad de los concurrentes, que en muchas ocasiones, podían llegar a un centenar y a mayor número también.

IV — ¿Qué objeto podría tener una procesión semejante por las calles de la ciudad, a las 10 1/2 u 11 de la mañana?

Voy a satisfacer a muchos de los lectores, que no están al corriente de ciertas costumbres de antaño.

Hace poco menos de medio siglo, que, ya se tratase de un funeral, inmediato a la fecha del fallecimiento de la persona en cuyo sufragio se celebraba, o de la primera edición de un cabo de año, siempre estaban los deudos en condiciones de conservar abierta una cuenta corriente, cuenta que se mantenía abierta por tiempo indefinido, hasta que la familia podía contar con otra defunción. En tal caso, se tomaba en cuenta al último fallecido, y se comprendía a éste y al anterior en la presunta invitación funeraria.

Pero, independientemente de esto, y volviendo a la costumbre de concurrir los invitados a casa de los deudos vestidos de negro, y de rigurosa etiqueta, sin exclusión de frac o levita cruzada, galera alta y bota fuerte, hay que convenir en que era una verdadera atención, que no podía menos de obligar la gratitud de los deudos.

Una o dos jícaras de chocolate, a falta de cosa mejor, con un agregado de bizcochuelo, fue lo que se le ocurrió a nuestros antepasados. Databa esta costumbre de tiempo inmemorial y no fueron pocas las víctimas que ella ocasionó en todo el continente sudamericano.

V — Estamos, pues, en que, en tales condiciones, no se podía menos que corresponder de alguna manera a semejante atención, porque no se concebía una recepción en el interior de la casa de los deudos, ni una despedida en la puerta de calle de la misma, a pico seco. En aquella época, no se conocían los sandwiches, ni el champagne, a lo menos no se había generalizado su uso, y estábamos a bandeja de dulce corrida. De lo contrario, se habría tenido la oportunidad de quedar bien con poco trabajo, pero, en cambio, se conocía el chocolate y la leche de vaca, y todos los doloridos presentes y futuros a una, mirarán como un ideal para estos casos, una buena taza de la exquisita crema. Aquí mismo, en mi juventud, he tenido ocasión de saborearla con el esponjoso bizcochuelo de las confiterías de don Raymundo y de Narizana, de la calle 25 de Mayo, y de la de don Mauricio Musante, en la del Rincón, entre Cerro y Juncal, frente a la antigua cancha de pelota de Casenave.

VI — El frente de la casa de una familia, desde la víspera de celebrarse un funeral, ofrecía movimiento inusitado, no sólo de parte de los miembros de ella, grandes y chicos, sino de los sirvientes de la casa y de las contiguas, con las cuales aquélla estaba en relación; a la vez, los chicos de la vecindad, en conocimiento de lo que iba a suceder en la cuadra en que vivían, no dejaban la ida por la venida, ni de hacer a los sirvientes de la casa sindicada, todas las preguntas conducentes al acto que se preparaba, y del cual tenían que sacar su partido al día siguiente.

Hace 50 o 60 años, el servicio doméstico, a diferencia de hoy, con raras excepciones, estaba desempeñado por mujeres de color, y cuando se trataba de un funeral, las negritas criollas, las de edad madura y hasta algunas africanas, entre ellas, se veían cruzar diligentemente de unas a otras casas de la vecindad. Entraban unas y salían otras, sólo que, cuando hacían lo último, era con una bandeja de grandes dimensiones y pintarrajeada de colores vivos, conteniendo platos, tazas, cucharillas, vasos y otros utensilios de mesa, con cuya carga

entraban en la casa de sus patrones. Como fácilmente se explica, no era posible a una sola familia contar con cien y menos, con mayor número de tazas, ni con el mismo de cucharillas, ni con las sillas que podrían necesitarse al siguiente día para hacer frente a la irrupción de los que iban a tomar por asalto aquella casa de familia.

Era necesario demandar auxilio a los vecinos, como si hubiera ocurrido una desgracia personal, un incendio o cosa parecida; hoy por ti y mañana por mí, y así lo hacían.

Las emisarias morochas, armadas de las consabidas bandejas, se presentaban en la casa del vecino A o B; daban las buenas tardes en nombre de *la señora y de las niñas*, preguntaban por la salud de todos los habitantes de aquélla y en seguida, formulaban la demanda extensiva al mayor número de tazas, platos y demás útiles, que pudiese *su merced* facilitar para el día siguiente.

Por supuesto, que la demanda era atendida sobre tablas.

Terminado el acopio de todo el material necesario para la refriega en ciernes, contratado con un tambo de las inmediaciones el mar de leche que se necesitaba y apiladas las libras y no kilos de chocolate, pues no regía entonces nuestro sistema moderno de pesas y medidas, preparada la docena de chocolateras con sus correspondientes molinillos, apilado el bizcochuelo, y por último, los vasos y los platos correspondientes, para servir el agua y satisfacer la sed de los concurrentes; la actividad en las sirvientas iba disminuyendo y volviendo la tranquilidad a los dueños de casa, que, al fin, se veían munidos de todo el material necesario.

Los vecinos, a su vez, después de remitir su respectivo contingente y considerándose felices de hacer de este modo todo el bien posible al muerto, quedaban a la espera de los acontecimientos que debían producirse en la manzana, y hasta los chicuelos del barrio, que a cada momento se asomaban a la puerta avanzando hasta dominar el patio, en el cual no iba a faltarles rol, llegado el momento propicio, empezaban a ralear por los alrededores hasta meterse en sus respectivos alojamientos en los precisos momentos de entrarse el sol de aquel día.

VII — Al siguiente, a las 8 de la mañana, empezaban a reproducirse las actividades de la víspera en todos nuestros personajes: dueños de casa, sirvientes, chicos y mirones. Advertidos estos últimos por los avisos de la prensa del notable acontecimiento a falta de otros más gratos, de que en la Matriz, en San Francisco, en la Caridad o en los Ejercicios iba a celebrarse un funeral esa mañana con orquesta o sin ella, cantado o rezado, concluyendo después por una chocolatada en casa de la familia del fallecido, encaminaban sus pasos a la casa consabida con la posible anticipación. En ella, el movimiento iba acentuándose gradualmente desde la puerta de la calle al fondo del último patio.

Siendo bajas la mayor parte de las casas en aquella época, fácilmente se notaba la acción de aquel conjunto de mujeres afanosas por llenar sus distintos cometidos.

Preparadas así las cosas, como podrían prepararse en una plaza que tiene que resistir la invasión de un enemigo poderoso, se esperaba con apariencias de tranquilidad en el interior y exterior de los departamentos de la casa, que llegase el momento de obrar, como dijera el doctor P., en cierta ocasión, y sin otra preocupación, que la de que no se quemase el chocolate.

VIII — Era llegar la hora de volver los doloridos del templo, cuando generalmente los chicuelos del barrio, se encargaban de dar la voz de alarma con un *ahí vienen!*... que hacía estremecer a todos de emoción, y aquí empezaban las corridas de un lado a otro, a obstruirse de gente las puertas, ventanas y, algunas veces, las azoteas de las casas vecinas. Un cuarto de hora después, la del difunto había adquirido una fisonomía de vida y animación extraordinarias: un contingente de más de un centenar de personas, por lo general, repartidas por el comedor, zaguán y patios, esperaban con impaciencia las jícaras y las rebanadas *macizas* de bizcochuelo, que en aquellos tiempos no se andaban con chicas, y el bizcochuelo, como el jamón y los fiambres, se comían en postas y no en láminas transparentes como se comen hoy, con pesar para los glotones y galopines.

No tardaba en hacerse general la batalla, y justo es decirlo: en ella no había un solo cobarde; todos eran héroes esclarecidos y valerosos, sin que al fin resultasen vencidos ni vencedores. La atmósfera, si no trascendía a pólvora, trascendía a cacao, y el ambiente embalsamado, retemplaba el valor y aguzaba los envites de los invasores, repitiendo muchos la dosis de dos y tres jícaras ofrecidas por la docena de morenitas que, con gran trabajo, las

repartían por los departamentos de la casa.

Los chicuelos, en medio de la confusión, y saboreando de antemano el contenido de aquellas con la vista y el olfato, invadían los zaguanes durante la jornada, concluyendo por avanzar hasta los patios, corredores, habitaciones interiores y cocinas, donde alcanzaban a atrapar una taza llena o por la mitad, rezagada en algún rincón, limpiándose después la boca con el reverso de la manga de sus camisas, y dejando en ésta y sus propios rostros, [illegible]s evidentes de haber zopeteado en esa mañana como cualquier hijo de vecino.

Media hora después, los concurrentes habían desalojado la casa del dolorido o doloridos, que nunca llegaron a merecer tal calificativo, con más justicia, que después de esta formidable batida; y poco a poco empezaban muchos de ellos a asomar la cabeza por las puertas entreabiertas, sobre todo, las señoras y niñas de la familia, que habían tenido buen cuidado de cerrarlas herméticamente durante la hecatombe.

Al fin, restablecida la tranquilidad, sólo quedaban en el interior de la casa, los despojos de la formidable batalla, y a su frente y alrededores, en fila y recostados a su muro exterior, media docena de los chicos de la vecindad, a que antes me he referido, con sus ojos brillantes en fisonomías muy lejos de encontrarse limpias, pero que servían de padrón o cartel para los transeúntes.

Con efecto, a juzgar por la chorrera de sus camisas y sus mostachos marrones, improvisados y frescos todavía, todos quedaban enterados de que en aquella morada, se había prodigado el chocolate.

IX — Esta práctica, inconveniente desde todo punto de vista, y ridícula además, fue abolida para siempre desde que un respetable señor del comercio de esta plaza (1873), acompañado al templo por sus dos hijos y un grupo de personas de su amistad, a propósito del funeral de su señor padre, hizo que estas últimas se despidiesen de él en la puerta del templo.

Ante semejante actitud, los invitados se vieron en el compromiso de hacer otro tanto, en vez de dirigirse a la misma casa del muerto, para poner a prueba la paciencia y abnegación de los vivos, que la habitaban.

Desde ese feliz día, se acabaron para siempre las chocolatadas de marras y excusado es decir, que todos se apresuraron a imitar la sabia conducta del inspirado comerciante, no ofreciéndose en lo sucesivo ningún nuevo ejemplo de práctica tan ociosa.

Y es de advertir, a propósito de esta inapreciable conquista, que debido a la iniciativa de los señores J. P. R., F. B. y familia del doctor J. C. B., se abolió respectivamente la despedida a la puerta de los cementerios, el envío obligado de coronas a la casa de los deudos, y por último, la exhibición de los cadáveres en la sala o salón de la casa mortuoria, lo mismo que las colgaduras, trapos negros en las paredes y pisos, y para concluir, acaba de suprimirse el fumo colgante en las puertas de calle.

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

LOS EXCENTRICOS DE SIEMPRE

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS POPULARES

Que describ[illegible] de ciertos personajes, que han transitado por nuestras calles en fecha remota, y alguno por nuestros salones.

I — DIEGO ALONSO

Era éste un hombre de buena presencia, de distinguido origen y de excelente educación. Su posición social y la de su familia, que la constituía su anciana madre, sorda como una tapia; un hermano cojo y una hermana estrábica, era humilde, y en su hogar, no fue la abundancia la que le hizo compañía.

Diego, no era sordo, ni cojo, ni estrábico, pero era tonto, que es algo peor, y desde luego, es fácil comprender, que las cosas no podían marchar con regularidad en una casa de sordos, cojos, estrábicos y tontos.

Así era en efecto porque los tres ad-láteres de Diego, incluso la anciana, comían, bebían y vestían como cualquier hijo de vecino, y con excepción de la estrábica, que aparaba para la zapatería de los hermanos Olivera, establecidos allá en 1864 en la calle 25 de Mayo, cuadra de la Confitería del Telégrafo, no se contaba para los gastos sino con una pequeña mensualidad debida a don Manuel Reyes, padrino de Diego, y con la cojera del hermano cojo y el estrabismo de la hermana estrábica.

La pobre vieja se ocupaba de acompañar en sus excursiones diarias a su hijo Diego; vivía en la calle Paysandú, y ésta era la pre-

dilecta de la anciana para aquellas excursiones, parte integrante del tratamiento médico, prescripto para su pobre hijo mayor, a quien adoraba. Este de pantalón, levita y sombrero de copa, sumido hasta las orejas, aprisionando una cabellera rubia, muy espesa, que rodeaba su cuello y haciendo juego con una barba poblada, rubia también; marchaba a paso acompasado y marcial a lo largo de la vereda, siguiéndole su anciana madre a veinte metros de distancia. Cuando Diego iba a terminar la extensión de la vereda, detenía su marcha, giraba lentamente sobre sus talones sin perder su tiesura, y esperaba a que su madre se pusiese a la distancia de veinte metros, que era la que había perdido por la diferencia de sus largos trancos con el andar anheloso de aquélla. Una vez conseguido esto, el pobre tonto sonreía sin intención, giraba a la derecha, como antes había girado a la izquierda, y continuaba su marcha con la imperturbabilidad de un autómata.

Este hombre desgraciado, no jugó otro papel más importante en su vida, que el de transitar en la forma descrita por las calles de Montevideo, hasta que, en un pozo manantial de la Aguada, algunos meses después de la muerte de su anciana madre, vino a concluir su triste existencia!

II — APOLINARIO S. PORTA

Este contemporáneo de Diego... y mío, era de estatura pequeña, lampiño de barba y más lampiño de bigote, pudiendo éste compararse con el de un adolescente. Usaba un *solo* pantalón para cubrir y dar forma externa a sus descarnadas y torcidas piernas, pero para hacer otro tanto con la parte superior de su cuerpo, al echarse encima, tres o cuatro chalecos de diferentes colores y de estaciones distintas, se hacía un complemento de otros tantos sacos o *jaquets,* prefiriendo siempre para el exterior y lucimiento consiguiente, uno gris-oscuro a cuadros. Se le llamaba, con razón, el hombre percha, y más que su original indumento, lo que más llamaba la atención en él, era la región de sus talones, por más que no apareciese diferencia alguna apreciable entre los suyos y los de la generalidad... ¿Por qué razón, entonces?... Muy fácilmente quedará explicado, cuando diga, que al hombre lo traía seriamente preocupado desde mucho tiempo hacía la sospecha de tener uñas en los talones, por más que esto cause extrañeza. Y tal sospecha, fue tomando cuerpo, a la par del transcurso de los años en el ánimo de Segares, hasta creeerse gallo, pues parecía que lo que tomó por uñas en su principio, iban ahora a convertirse en espolones formidables.

Así se explica, que al andar por las calles se echase de cuando en cuando una mirada investigadora e insistente a sus talones, para observar si aumentaban de diámetro los agujeros que tenía practicados sobre los tacos de sus botines y botas. Lo hacía en previsión de que sus espolones, por su crecimiento gradual, concluyesen por salir a través de aquellos conductos o aberturas.

Conociendo estas ideas avanzadas de Apolinario, en materia de uñas o espuelas de gallo, algunos muchachos viéndole salir de su estrecha casita de altos de la calle del Cerro, (hoy número...), en donde vivió solo o acompañado, le entonaban con voz cariñosa y gesto de inteligencia, esta cuarteta que transcribo textualmente:

Desde que te vimos venir,
conocimos tu intención,
Que es la de pincharnos
Con las uñas del talón.

Sin embargo, S. Porta transitaba nuestras calles sin llamar la atención de los transeuntes, a no ser cuando se hacía acreedor a algun *corito,* provocado por la repetición de las nerviosas *investigaciones* de que he hecho mención. El hombre tenía días de relativo sosiego y confianza en sus talones, pero en cambio tenía otros, en que su excitación interior, se traducía en sus miradas y movimientos desordenados.

Porta, prolongó sus años hasta hace unos veintitantos. Falleció en Canelones, y vale la pena advertir, que ninguna anormalidad se encontró en sus talones, quedando sin justificación las troneras practicadas en sus botas bajo el errado concepto que el lector conoce.

III — LOTAS

Felipe Lotas, era un loco de verdad, bien que inofensivo y sumamente gracioso.

Su familia, aunque tuvo sus comodidades antes de la Guerra Grande, y se distinguió por la cultura de todos sus miembros, carecía de bienestar en la época a que voy a referirme (1854 a 1856) así es que, no debía extrañarse, y no se extrañaba, que Felipe, loco manso como va dejo dicho, recorriese día a día las calles

de Montevideo, casi en el primitivo traje de nuestros primeros padres, gracias a una frazada de lana y de poco cuerpo que usaba ligada a su cintura por una correa de cuero. Por lo demás, su pecho, espaldas, piernas y pies, los exhibía al natural, sin más abrigo en la estación rigurosa de invierno, después de la frazada, que una camiseta a rayas de color, cuyo uso no resultaba muy constante. En este traje *abreviado*, Lotas hacía sus jornadas diarias, y a la verdad, no me constó jamás cómo la Policía lo permitía, como no me constó tampoco, que aquel, voluntaria o involuntariamente, hubiese *mostrado sus cartas* alguna vez.

Lotas era un hombre que frisaba, cuando lo conocí, en unos treinta y cinco años; bien parecido, de pelo negro, barba y cejas muy pobladas y del mismo color; ojos expresivos; ágil y airoso en el andar, lo que le cuadraba perfectamente, pues en su encuentro con los transeúntes, jamás dejaba de danzar antes de llegar a su encuentro, con piruetas, dengues y saltitos de más o menos riesgo y significación.

Estas manifestaciones amables, provocaban la risa de los transeúntes, sin distinción, aunque no todos podían gozar de ellas, porque el pobre loco, sabía distinguir muy bien, y muy poco o nada se prodigaba, con las personas que no le ofrecían consideración por su talante e indumento. Conservaba todavía el buen gusto, y no era la gente gruesa, la que más gozaba de sus piruetas y balanceos. En cambio, las damas eran las que se llevaban la palma en los encuentros con Felipito, el de los ojos negros y de tupida cabellera.

Una risita sutil y nerviosa, que dejaba ver dos filas de menudas y de blancas perlas, animaba la expresión picaresca de su semblante; su mirada brillante y cariñosa, a la vez, daba a su fisonomía una singular expresión, y ya a distancia de veinte pasos empezaban las piruetas y contorsiones graciosísimas tendiendo el brazo derecho en toda su extensión, hasta casi tocar el suelo con el extremo de sus dedos. Inclinando el cuerpo del mismo lado, para imitar la demostración más expresiva del gallo en el ejercicio de sus grandes derechos y prerrogativas, (en los gallineros, se entiende), al pasar por el lado de una dama o grupo de damas, describía con donaire un cuarto de circunferencia, produciendo un ruido imitativo del que hace el gallo al tender su ala derecha o izquierda sobre una u otra de sus patas, como signo de autoridad y del significado propósito que al fin concluye por el más completo éxito y el consabido: Co, co, ro, có!

Y casi puede decirse, que en muchos casos, esa arrastrada de ala, en dirección circular y estrecha que he expresado, produjo con intención o sin ella, más de un choque de cadera y de cuadril que no pudo evitarse, ni por el *loco*... galán, ni por las *cuerdas* damas, que en ningún caso dejaban de reir.

Y es, que he dicho, que este diablo de Lotas, era tan gracioso como simpático, tomándose por gracias sus inocentes aunque arriesgadas y provocativas envestidas a lo gallo.

IV — DON ENRIQUE EL HOJALATERO

Este popular personaje era inglés, llevando a cuestas unos sesenta y tantos años, cuando tuve ocasión de conocerlo en su boliche de hojalatería de la calle Piedras.

Era alto, flaco y un tanto agobiado de espaldas, poco pelo y menos barba, color cetrino, boca desportillada, mirada turbia, paso incierto con pretensiones de andar airoso, en fin, *un caso perdido*, para decirlo todo.

Siempre observé, que no usaba los pantalones en su lugar, produciéndose, como es natural, el correspondiente desequilibrio. No hallándose el eje y punto de apoyo de las dos piernas, atracado el pantalón a la izquierda o a la derecha del centro de gravedad de las mismas, claro es, que el inglés Enrique y cualquiera, sin ser inglés ni llamarse Enrique, tenía forzosamente que encontrarse enredado en las cuartas.

Esta era, pues, la situación del hombre, y no fue poco lo que bregó con el entorpecimiento de sus movimientos para andar libre, hasta que un ortopédico amigo suyo, le enseñó a colocarse los pantalones en su lugar, cosa que todos saben y muchos ignoran, lo que dio el garbo y donaire de que hasta entonces había carecido.

Desde ese día, don Enrique fue otro hombre, vistiendo mejor, cuidando de su cabellera y de su barba, hasta hacer arrumacos a las muchachas que visitaban de tarde y de noche la Plaza Constitución, única medianamente arreglada en aquella fecha, y que nuestro protagonista había elegido como teatro de sus futuras proezas.

Y a propósito, recuerdo que F. P., inglés de nacionalidad, nuestro viejo y querido fotógrafo, recién llegado a Montevideo, precisamente en la época en que don Enrique aca-

baba de *ajustarse* los pantalones, se encontró una tarde con este compatriota.

El fotógrafo vestía ligeramente, y en la cabeza llevaba un sombrero coquetón con un cintillo celeste, y en uno de los malos bancos que prestaban servicio en nuestra plaza, vino a tomar asiento.

No tardó en apercibirse de la presencia de su compatriota, y entablar relación con él. Don Enrique, por su parte, muy agradecido, empezó por indicarle la conveniencia de suprimir el cintillo celeste, pues podía costarle ir a pasar la noche en la policía.

Por tal motivo, y en medio de la sorpresa que este consejo le produjo, F. P. vino a saber lo que importaban las divisas en aquella época y otras muchas cosas.

Como por alguna había de empezarse, el fotógrafo empezó por suprimir el cintillo, aunque un tanto contrariado, y yo creo que hizo perfectamente.

No sé si se vieron alguna otra vez, y mucho menos, si tuvieron continuación las relaciones de aquella tarde con don Enrique, pero me inclino a suponer que no, pues estas personas, aunque hablaban el mismo idioma, no tenían los mismos hábitos, ni sus condiciones personales eran las mismas, ni siquiera parecidas.

Entretanto, en su nuevo rol de conquistador de doncellas, don Enrique se dedicó al canto, y fue con propósito deliberado, pues pensó en la influencia que él podría ejercer en el ánimo de las presuntas conquistadas.

Así es que, desde entonces, pudo verse a don Enrique sentado en los bancos de la plaza, con especialidad en los más próximos a la antigua fuente, que como la actual, ocupaba su centro; y la misma que tocó con su mano derecha un hijo de Adán y Eva, que saliendo una ocasión del Café del Ruso (ubicado en el terreno que hoy ocupa el Club Uruguay), en traje más que vaporoso, recorrió a gran carrera, de ida y vuelta, la distancia que separaba a una de otro.

—Buenas tardes, don Enrique, ¿qué hace?

—Yo vengo a cantar.

—Muy bien: pues cante usted.

—Entonces, me da usted... y estiraba la mano derecha, para que el interlocutor, hombre o mujer, depositase un vintén, o sea dos centésimos, que era el precio de cada cansoneta.

—Bueno, bueno: cante usted y después le daré el vintén.

Don Enrique, retiraba su mano, y quedaba mustio por un momento, y después reaccionando de pronto, preguntaba: ¿quiere usted, o no quiere, que cante?

—Sí, señor, que quiero: cante usted, que voy a oirlo con mucho gusto.

—Pues... entonces... y estiraba de nuevo el brazo, con la mano abierta, y bien abierta.

—Bueno, replicaba el *dilettanti*, ya le he dicho que cante, que después pagaré...

—¡Ah! ¡eso no!... el canto no *si fia*.

Y sin decir una palabra más se alejaba en dirección a otro grupo, en que calculaba sacar mayor partido, aunque en la mayoría de los casos se le daba el vintén, y don Enrique entonaba un *Gori gori*... con voz meliflua y dudosa afinación, una de esas cantinelas que no sirven ni como aperitivo ni como digestivo, y que a veces podrían producir una indigestión.

Sin embargo, don Enrique recibía, por lo general, una entusiasta ovación por cada una de sus canciones, coreadas a grandes voces por los muchachos que pululaban por la plaza.

V — CAMBALACHE

Arturito, el chicuelo aquel del 1847 y 1848, que se vió día a día en el astillero de don Juan B. Quartino, presenciando la construcción de la goleta "Corina", había cumplido doce años cuando ya campeaba por sus respetos, pues solo o acompañado de dos sobrinos de menor edad salía libremente de su casa, visitando las iglesias, los muelles, los candombes y alguna exhibición de títeres, y gracias, pues en aquellos tiempos, no existían teatros, ni biógrafos, ni carreras, ni *tennis*, ni bares para imberbes. *Vacíos* de la época, se dirá: es cierto, pero entretanto, se evitaban *llenos* lamentables que no representaban méritos ni virtudes, sino vicios. Son tantas las tentaciones y refinamiento en los gustos, que se ofrecen a la inexperiencia de la juventud, que no hay para que admirarse de las muchas anormalidades, ni de los serios problemas que se presentaban a los padres de familia y a los mismos jóvenes, que necesitan asegurarse una posición económica para el porvenir.

Todos los cálculos fallan, y fallan por el desequilibrio evidente que se observa entre el trabajo y la molicie, sin contar el tiempo lamentablemente perdido en el callejeo y atorrantismo diario, aunque se haga de *tiros largos*, aparte de que los pesos andan a caballo, por no decir que lo mismo sucedía entonces con los reales de vellón. El muchacho que pescaba dos o tres *vintenes* por semana, era

más que gaucho: estábamos en 1850, es decir, en plena Guerra Grande, no habiendo abundancia *en plaza* sino de bagres, fariña y porotos, con las consecuencias consiguientes.

Sin embargo, nadie se debilitaba ni perdía fuerzas, ni podía decirse en justicia, que dejara de hacerse fuego nutrido en la línea de defensa. Además, entre los heroicos defensores de la plaza, no había *follones ni malandrines,* como aquéllos a que aludía don Quijote cuando apechugaba a los molinos de viento.

Recuerda Arturito, que un domingo, transitando por el ángulo o rinconada de la Plaza Independencia, —que forman hoy la galería correspondiente a la Confitería y Café de la Giralda, y la que corresponde a la cuadra y galería de la casa que ocuparon los ex Presidentes de la Nación, Williman y Batlle—, no pudo menos de detenerse ante un cuadro que le sedujo y despertó en él deseos de examinarlo con atención. Era un bastidor de metro y medio de alto por uno de ancho, en el que aparecía pintado de brocha gorda, un personaje de bigote y melena rizada, con una pequeña navaja en la mano derecha, y en la izquierda, un pájaro que sangraba del pescuezo sobre una vasija colocada encima de un brasero, que despedía llamaradas rojas y azuladas.

Se trataba de un prestidigitador, aunque Arturito no se lo explicaba bien, pues no tenía remota idea de lo que importaba este extraño título.

Absorto en la contemplación del cuadro, y tratando de explicarse lo que él representaba, se apercibió, que unos pequeños anuncios impresos, detallaban las partes que debían componer el espectáculo en un circo que se había levantado en el terreno ubicado en el interior del edificio del ángulo, que no difería mucho del que existe actualmente, si es que no es el mismo.

El circo era de pruebas, y el acróbata principal recuerda Arturito que se llamaba Lupini, y hacía proezas en la maroma y alambre flojo, como las hacía Lípoli en la prestidigitación. Por lo demás, éste no era de más fuerza que Tío Blas y Hermann Moya, aquel imbécil que tomando por recurso de salvación los polvos de la madre Celestina, dio lugar a que hace veinte años en el Teatro Cibils, se le hiciese la más formidable silbatina de que hay ejemplo.

Arturito hizo propósito, desde el primer momento, de asistir al espectáculo, y a las 7 en punto de ese día, después de luchar un poco a la entrada a causa de ser numerosa la concurrencia, se instaló en el extremo de una grada pelada y dura como el alma del que la destinó a asiento.

En aquella época, todos los espectáculos empezaban a las 7 de la noche y concluían a las 11 de la misma, lo que era posible hacerse, pues las 5 de la tarde era, por lo general, la hora de comer, a diferencia del presente, en que se come a las 8, y los espectáculos públicos llevan camino de empezar a las 10 p. m. y concluir después de pasada la 1 de la madrugada.

No había empezado aún el espectáculo, cuando un hombre grueso, de pelo lacio, todo afeitado, de sombrero de copa, y una capa marrón de muchos pliegues, vino a tomar asiento al costado izquierdo de Arturito. En el momento de sacarse la capa y el sombrero para mayor comodidad, mostrando su chaleco, colgado de baratijas de todas clases, tuvo la fatalidad de pisarle el rabo a un perro del vecino inmediato, recibiendo en recompensa del pisotón, un soberbio mordisco en una pantorrilla, arrancándole al hombre un quejido y un terno a la vez.

El herido, antes de todo reconoció su pierna, e inmediatamente después recogió sus cacharpas, y amenazando con ademanes agresivos al dueño del perro, que no hacía otra defensa de este último, que la del pisotón de su cola y la atenuante de legítima defensa, salió del recinto a paso más acelerado que aquél con que entró a él.

La fisonomía de este hombre quedó tan patente a Arturito, que le fue fácil reconocerla días después, y por muchos años, concluyendo al fin por saber su nombre y su industria u ocupación habitual. Se llamaba *Cambalache,* y cargado de estuches, que ocultaba en los hondos bolsillos de su amplio Cavour, y en todos los otros, que registraban las distintas piezas de su vestimenta habitual, salía a la calle a hacer su negocio ambulante, vendiendo el contenido de sus estuches, consistente en relojes, cadenas, collares, anillos y otras baratijas.

Sin embargo, no faltaban en su factura los brillantes y las perlas, algunas de las cuales ostentaba en su corbata, en la cadena de su reloj y en sus manos, por más que éstas, y el cuello y puños de su camisa, estuviesen tan sucios como la totalidad de su indumento.

No negociaba sino de día, pues de noche podía vérsele, siempre solo y reposando en algún banco de la plaza, sin que por esto dejase

de atender a cualquier demanda que se le hiciese, pero, bien entendido, que no sería satisfecha hasta el día siguiente.

Sus transacciones eran a metálico y a permuta, en la cual tenía siempre mucho cuidado de acordarse la mejor parte, y como en esta forma, hacía lo mejor de sus negocios, y con resultado más práctico, se dio en llamársele *Cambalache,* nombre que aceptó de mil amores, pues a él respondía sin protesta de ningún género.

El aspecto de este agente de comercio ambulante, era el de un hombre feliz en la extensión de la palabra, si debiera juzgársele por la expresión de su semblante; dentro de su ampuloso capotón relleno de estuches, cuyas extremidades se alcanzaban a ver algunas veces en la entrada de sus bolsillos; con su sombrero alto, inclinado a la izquierda con cierta gracia, acompañando su marcha de cierto balanceo acompasado y marchando un tanto al sesgo; cruzaba de mañana y de tarde las calles de la ciudad para ejercer su negocio. Siempre canturreando alguna cancioneta y rindiendo culto de cuando en cuando a su caja de Rapé, con uno o dos estornudos a tiempo... o fuera de él, nuestro Cambalache sacaba apresuradamente su pañuelo de seda a grandes cuadros y ramazones, para aplicarlo a su hermosa nariz, sin interrumpir por eso la marcha, arrebujado en su capa memorable, que no abandonó hasta su muerte, acaecida en 1874.

VI — ADEMAR MAURRUPE ELIS

Este contemporáneo de antaño, se distinguió por su silueta, primero, y después por las especialidades, de que hacía gala y ostentación, debido a las rarezas de su carácter.

Era un compuesto híbrido de virtudes y pasiones, de raras genialidades y de más raros hábitos; sus ideas más avanzadas se referían al tiempo, y hay que convenir, en que el hombre no escupía fuera del tiesto o cacharro a su alcance, y más evidente resultará esta afirmación, cuando se sepa, que su primera sentencia sobre el particular, era la muy conocida, pero no siempre aprovechada, de que: "el tiempo es oro".

Algunas palabras más, y nuestro Maurrupe, aparecerá en toda la fuerza de sus convicciones, de su lógica y de su consecuencia.

Su abundante cabellera, tanto como la de Diego Alonso, aprisionada por un sombrero de castor, alto de copa y de color blanco, encasquetado hasta las orejas, sus pobladas patillas, sus pantalones, chaleco y saco holgados hasta la exageración y sus botas del número 43 cuando sólo calzaba 41, —patentizaban dos cosas: la silueta original del protagonista de esta crónica y algunos rasgos bien marcados de su rara personalidad.

Sin embargo, justificaban también su consecuencia con el juicioso principio de que "el tiempo es oro", pues siempre demostró a quien quiso oírle, que su barba y cabellera pobladas, su traje y botas sin ajustes ni estrecheces, respondían deliberadamente a la economía del tiempo. Sostenía que era muy poco el que invertía en desnudarse y en vestirse, no empleando ninguno en peinarse, en hacerse la barba y lavarse, porque jamás se ocupaba de semejantes nimiedades, imitando con este último rasgo al canario llamado Marcial, que conocí el año de 1867, y que a propósito del malhadado pleito que sostenía con un lindero de Maroñas, decía, queriendo demostrar su firmeza de carácter: "hace cincuenta años que me encuentro en este país, y van para treinta que mi cuerpo no conoce el agua", exactamente, como el capitán Alejo de la opereta "Soldados de Chocolate", cuando exclama con repetición en el curso del espectáculo: "el capitán Alejo no se baña nun... ca".

A pesar de estas máculas, porque es la verdad que lo eran, el amigo Maurrupe gozaba de buen crédito, era excelente persona y muy correcto en el cumplimiento de sus deberes, por más que, como hemos visto, no fuese muy exacto en el cumplimiento de los que tenía para consigo mismo, a propósito de la higiene doméstica.

Felizmente, se conservaba solterón, vivía en una pieza redonda, y dormía en cama de una sola plaza, de manera que, a nadie perjudicaba ni ofrecía mal ejemplo.

Siempre ignoré de lo que se ocupaba este bohemio, remedo de uno de esos misántropos, egoístas y vividores, que no saben formarse un hogar como el que se formaron sus padres, creyendo que el fin o misión del hombre es el aislamiento y el placer egoísta de su propia contemplación, según le ocurre al avaro frente a frente con su tesoro o al iluso acariciando sus sueños quiméricos.

Maurrupe jugaba bien al billar, y muchas veces le vi en este pasatiempo con el viejo Orduña, otro contemporáneo de marras disputándose el café y el *virginia* en uno de los boliches del costado norte de la Ciudadela,

utilizada para mercado desde tiempo remoto y para ampliación de la Plaza Independencia hace poco más de 40 años.

VII — EL DOCTOR DAGNINO

Entre los tipos populares contemporáneos en 1886 y siguientes figuraba en primera línea el doctor Dagnino. Por consiguiente, aunque sus condiciones de sociabilidad e ilustración le distinguen y singularizan respecto de los protagonistas de que me he ocupado antes, me veo obligado a guardar consecuencia con el epígrafe de este capítulo, pues la personalidad del doctor Dagnino, era tan popular como la de aquéllos, aunque respetable por sus propios méritos, como era perdonable la de aquéllos por sus excentricidades y la inevitable anormalidad, más o menos acentuada, de sus facultades mentales, de su situación y de sus costumbres.

El apreciable ciudadano don Hermenegildo Fuentes, vivía en 1866, a inmediaciones de la Villa de la Unión, ocupando una espaciosa casa-quinta, en el camino que conducía, como conduce hoy mismo, al ex puerto del Buceo.

En esa época, el señor X, que ya conoce el lector, solía visitar a la familia del señor Fuentes, y a su muy estimado amigo el doctor Adolfo Basáñez, casado desde no hacía mucho tiempo, con la bella y distinguida hija de aquel señor; y fue precisamente en una de esas visitas, que tuvo la oportunidad de conocer personalmente al protagonista de esta referencia.

A propósito de esa visita, y al bajar de la volanta que le había conducido hasta la puerta del jardín, el dueño de casa, acompañado de un hombre de mediana estatura, larga y ondeada cabellera, bigote retorcido y pera terminada en punta, sombrero piramidal, bastón morrocotudo con empuñadura de oro, guantes, gafas, cadena y sellos colgantes de su reloj, en fin, un individuo a quien le habría venido perfectamente el vestuario habitual de don Francisco de Quevedo, se dirigió al encuentro de los recién llegados, y después de cambiar los saludos de orden, dijo, dirigiéndose al visitante, e indicando al portador de todo aquellos dijes: "Tengo el gusto de presentar a usted al señor doctor Dagnino", dándole a la *g* y a la *n* el valor y el sonido de una *ñ*. El aludido protestó de inmediato, en estos términos: "Dagnino, como suena, pues mi apellido no es de origen italiano, por más que lo parezca".

El doctor X se inclinó, en señal de asentimiento, y a su vez, fue presentado al Dagnino, sin ñ.

—¿Acaso es médico el señor X?, preguntó aquél.

—No, señor; soy abogado —contestó éste.

—Feliz de usted, señor mío, pues de ese modo, llevará una vida más arreglada: la carrera de médico es muy penosa... y después de este feliz augurio para el abogado, los tres se dirigieron a pasos lentos, hasta penetrar en el edificio...

Poco tiempo después, el doctor X tuvo ocasión de hablar con el médico en la Universidad y de admirar sus notables condiciones de orador, sólo que sus bellos discursos improvisados, que arrebataban siempre al auditorio por los hermosos conceptos empleados, la forma galana de la frase, y la entonación viril que le imprimía, sin afectación y con feliz oportunidad, concluían, por lo general, por una andanada de palabras... fuertes y altisonantes, cada vez que, queriéndolo o sin quererlo, rozaba algún tema histórico relacionado con personajes que no comulgaban con la misma hostia que él en materia de religión.

Jamás tomó la palabra sin interesar grandemente al que tenía la suerte de oírle, pero tampoco concluyó ninguno, de sus discursos sin un desastre, siempre originado por la misma causa, a la cual no supo hacerse superior durante su vida entera.

Era un hombre, ¿qué digo, un hombre?... era un niño, en la extensión de la palabra, a quien se le manejaba con extrema facilidad, y sin embargo, resultaba obstinado, intransigente en materia de creencias religiosas.

Todos, en nuestra niñez, hemos jugado a las cartas, con trompos, con soldaditos de plomo, y hasta con palos de escoba, en los que nos arganeábamos con pujos de jinetes consumados, tales eran los saltos y corcovos que les hacíamos dar a los supuestos redomones, seguros de que no nos voltearían. Son los primeros ensayos que hacemos en medio de la impaciencia juvenil, mientras que los que hacemos en la edad madura, responden, por lo general, al cálculo, a la ambición y otras pasiones, sin excluir, justo es decirlo en honor de la humanidad, los impulsos nobles y generosos que también son pasiones, pero que dignifican al hombre.

A don Andrés Lamas (niño), mi padre le llamaba Andresito el atolondrado, y de seguro que lo calificaba bien, porque su padre y el mío eran compadres y amigos íntimos desde

la juventud, y estaban bien interiorizados en su vida íntima y recíproca. Pues bien: Andresito creció, y habiendo dado al tiempo lo suyo, cuando fue niño, supo dárselo después cuando fue hombre, teniendo en la política y en la diplomacia la brillante actuación y figuración que todos le conocimos.

Pues lo mismo le sucedió al doctor Dagnino: fue inquieto, irreflexivo, juguetón y hasta calavera, cuando joven, pero después, según él mismo lo decía, *se equilibró,* trató de ser formal, y lo fue, en todo, y hasta en sus discursos, mientras no se tocaba, sabido es, en cierto tema que le hacía perder los estribos. Volviendo entonces a ser niño voluntarioso, se exhibía el Dagnino primitivo, el Dagnino ligero e irreflexivo, para concluir por hacerse hasta héroe humanitario, algún tiempo después.

El año de 1868, durante la epidemia espantosa del cólera morbus, y la que azotó a Buenos Aires, aquí y allí, se levantó a sí propio un pedestal.

El dignísimo y abnegado español, el filántropo, el digno facultativo, colocado espontáneamente a la altura de su elevada misión, luchó con ahinco y desinteresadamente con el flagelo, exponiendo su vida en cada día y en cada hora para salvar a sus semejantes!

Cubrió su pecho, al fin de la jornada, de placas y medallas de oro, conmemorativas de tanto heroísmo, de tanta abnegación y de su gran amor a la humanidad!

Después de esto, Dagnino volvió a ser niño y a su vida humilde y tranquila; a loquear, con sus ocurrencias, con sus dichos y con sus versos, porque, con sus discursos, ya se sabe, que nunca pudo ser formal.

"Adiós hermosa", le decía a la primera que encontraba al pasar; y como generalmente la aludida contestaba con un "viejo atrevido", o con un "viejo" a secas, que ya en esta época no se usa, él enmendaba su primer saludo, con un "Adiós, fea", y seguía su camino.

Cuando se encontraba con algún caviloso o timorato, que a guisa de precaución buscaba remedio para los males futuros, él exclamaba riendo:

Aquí hay un español
Que encontrándose bueno,
Quisiera estar mejor...

Era un comensal irremplazable en la mesa, desde que empezaba hasta que concluía la comida, por el caudal inagotable de anécdotas graciosas con que sabía amenizar las dos horas que aquélla duraba, y a que también contribuían los chistes, que provocaba de parte de los demás.

El doctor Dagnino fue honrado y querido aquí y en Buenos Aires, por sus grandes servicios a la humanidad doliente. Vivió pobre, y murió más pobre aun en un rincón ignorado de esta última ciudad, sin tener a quien llorar, ni tener quien le llorase!...

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

LOS INCORREGIBLES DIPUTADOS

De cómo las provocaciones en las sesiones parlamentarias, no deben confiarse sino a la discreción y al buen sentido y acertado decir, de los que más saben y más tienen que perder

I — LO QUE NOS CUENTAN

Muchas referencias nos han dicho en estos últimos tiempos, de los incidentes que diariamente se suscitan en las Cámaras, con especialidad en la de Diputados, y cuando tales cosas nos las cuentan, nos cuentan también detalles que nos encantan de veras, por el gusto y cultura que denuncian.

Por lo visto, se desarrollan escenas edificantes, en las que nadie se queda atrás en la defensa de sus ideas y en el alcance de esa misma defensa.

He tenido ocasión de asistir a las sesiones de las cámaras francesas y españolas y he visto que en ellas, como en todas, *se cuecen habas.*

No obstante, hay que convenir, que al presente entre nosotros rige un vocabulario especial, que a nadie deja a oscuras sobre su alcance y porque he notado que se califican de buenas las sesiones, cuando los diputados aprovechan la oportunidad de brindarse el oído con los cumplimientos de que se valen para festejar a sus congéneres.

Nadie negará, que los diputados de hoy, no gozan de menos libertad que los de antaño, para cantarles las verdades al que no mida bien el paso, pues cansados están de probar todo lo contrario.

Podría hacerse colección de las *agudezas de ingenio,* con que suelen lucirse algunos de nuestros legisladores cuando juzgan las condi-

ciones y méritos personales de sus amables colegas, ostentando de tal modo la libertad con que cuentan para ello, que se pierden de vista, hasta suscitar la duda sobre su origen, su dignidad y su cultura.

Las palabras *cretino, crápula, macanas, compadre, guisote* y otras por el estilo, se cruzan en el santuario de las leyes, como pueden cruzarse en un reñidero de gallos o en un juego de bolos los billetes de banco, para según así lo afirman los concurrentes habituales a estas lides, ocurriendo otro tanto en las Juntas Departamentales cuando ellas se ocupan de lo que atañe al Municipio y no puede negarse, que los principios de igualdad, reciben en estos cuerpos colegiados, una idéntica sanción.

Lo mismo se aborda a un colega distinguido, que a un analfabeto, sin más título para ello, que la avilantez y las inmunidades y engreimientos, propios del cargo.

Una francachela de mal gusto que algunos, no todos, de sus miembros, ponen en práctica, sirve de pauta a los que, todavía bisoños, no están habituados a esta clase de *manoseos*, pero, entonces sucede, que si en algo se quedaron cortos, cuando menos piensan, resbalan y se van del otro lado del cerco, provocando protestas y las más veces, ofensivas apreciaciones.

Por supuesto, que entre estas cosas que se sacrifican estérilmente, figura en primer término, el tiempo para emplearlo en homenaje inexplicable de susceptibilidades mal entendidas y en las que, no interviene sino un amor propio personal, injustificado.

II — COMPAREMOS LOS HOMBRES Y LAS ÉPOCAS

Hace alrededor de medio siglo y tal vez de algo más, cuando ya hombre, aunque muy joven, empecé a frecuentar las Cámaras con bastante asiduidad.

Desde el año de 1858 en adelante, tuve ocasión de ser testigo de episodios curiosos, algunas veces, con amagos de producirse escenas y lances cómicos y graciosos chistes.

Pero por lo general, eran éstos de carácter pacífico, relativamente a los que hago referencia en el número anterior; y más bien, contribuían a dar entonación e interés inesperado a las sesiones, en medio de la monotonía que solía producirse en muchas de ellas, según la mayor o menor aridez de la materia de que se trataba.

A la fecha, hace otro medio siglo lo menos, que no concurro a las sesiones legislativas, que se celebran en los altos del Cabildo, según lo ha visto el lector, pero me consta por referencia de los que concurren a ellas y por la prensa, que en la actualidad y de tiempo atrás, abundan los incidentes parlamentarios siempre en tono agreste, esto es, en *tono mayor*, no dejando nada para mañana en el vocabulario grueso, del cual, tanto se abusa hoy día!

Seguro estoy, que no me faltarían variadas anécdotas para este capítulo, si aquéllas fuesen *aptas* para transcribirse y tan inocentes y sin desdoro para los actores en ellas, como reminiscencias que me asaltan, a propósito de épocas remotas, en que aún no se habían borrado de nuestros hábitos, los principios más rudimentales, que aprendimos de nuestros mayores y antepasados.

Sin embargo, lo malo como lo bueno siempre es útil tenerlo a la vista, ya sea para repudiarlo, como para imitarlo; la repulsión que ciertas cosas nos causan, es precisamente, el elogio y aplauso que nos merecen otras.

Conviene pues a mi propósito hacer notar, la diferencia que existe entre los percances parlamentarios del presente y los de nuestras épocas pasadas.

Hemos dicho, lo que según la prensa pasa hoy en nuestra Cámara de Diputados, muy especialmente, y ahora nos vamos a permitir referir algo de lo que ocurría en las de antaño.

Su composición y la cultura que distinguía a la gran mayoría de sus miembros, les colocaba en condiciones ventajosas para guardar la seriedad y decoro, censurando, si se quiere, cualquier dislate o inconveniencia entre ellos, pero sin recurrir a calificativos apasionados e injuriosos.

De este modo, lejos de provocar incidentes desagradables, más bien se provocaban escenas chistosas, de las cuales participaban la barra y la misma Cámara. Se trataba de censuras, que respondían a hechos más o menos importantes pero nunca desdorosos para los inculpados, mientras en la actualidad se concretan por lo general, a deprimir sin causa fundada, recurriendo para ello a calificativos personales, sin más justicia y autenticidad, que la que quieren atribuirles sus autores.

Recuerdo que en cierta sesión de la Cámara de Diputados, allá en mi tiempo, a la cual había afluido numerosa concurrencia, atraída por la novedad que habían despertado algunos artículos editoriales de la prensa, se sus-

citó una cuestión sumamente interesante.

El asunto que la motivaba, tenía su gravedad y los hombres de preparación y que sabían medir sus consecuencias, oían atentamente a los oradores que llevaban la palabra.

A esta circunstancia se agregaba la no menos importante, de ser los doctores don Cándido Juanicó y don Antonio Velazco, los que se ocupaban de ilustrar el punto en discusión, y toda la atención de aquéllos resultaba poca para no perder el más insignificante detalle.

Lo que tanto preocupaba a la Cámara, era en la forma, aunque no en el fondo, una cuestión gramatical: se trataba de saber, si en ella debería emplearse la palabra *neutralidad* o *neutralización;* cuestión ésta, en que el país resultaba comprometido, habiendo entretanto, la necesidad de ganar tiempo, como recurso de último momento.

Por eso se explica, que el doctor Velazco haciendo uso de la palabra y con los recursos de dialéctica de que sabía valerse en los casos difíciles durante su laboriosa actuación política, se encontrase todavía con la palabra, en el tercer día de la discusión, que preocupaba a la Cámara.

Entretanto, otros miembros de ella, menos preparados y más impacientes, daban preferencia al aburrimiento sobre la necesidad y olvidando o no alcanzando a comprender lo delicado de la situación, en que se encontraban comprometidos, empezaban a formular cargos contra los oradores, que llevaban la palabra, sin miras de terminar.

No era una novedad para nadie, que el doctor Velazco era un orador de primera fila. Cumpliendo con un propósito que respondía, según su criterio, al plan que se proponía desarrollar, hacía ya dos días y medio que estaba con la palabra, sin ánimo de terminar.

Don Atanasio Lapido, diputado como Velazco, rendido por la fatiga y la impaciencia que lo dominaba y que, desde momentos antes no atinaba a disimular, le interrumpió de pronto, exclamando: *que termine por Dios, este hombre... señor Presidente!... Hago moción para...*

—*Calle!* —le interrumpió a su vez Velazco en tono arrogante y con ademán expresivo— *que yo defiendo a la República, de pie y no en posta como usted.*

Aludiendo aquél, a cierto negocio de postas, en el cual Lapido había tenido no sé qué intervención.

Después de estas palabras, el aludido que se encontraba sentado en un sillón de la Cámara, contiguo al que ocupaba el que acababa de conminarle con tales palabras, se incorporó bruscamente y con gesto amenazante, se apartó de este lugar, para dirigirse a otro sillón lejano.

En esa misma sesión el contrincante de Velazco, don Cándido Juanicó, se encontraba con el uso de la palabra desde largo rato y esto dio lugar a otro incidente gracioso, entre el expresado orador y el escribano, don Pedro Díaz.

El doctor Juanicó, que como he dicho había tomado parte activa en la discusión aludida con el doctor Velazco y otros diputados, fue interrumpido por don Pedro Díaz, que tan impaciente como Lapido, trataba de fatigar a Juanicó y obligarle a poner término a sus réplicas, que este último hacía cada vez más largas y pesadas, a lo menos, en su concepto.

Juanicó le oía, como quien oye llover y continuaba su peroración al son de los repetidos y merecidos aplausos que se le prodigaban.

Al fin llegó un momento en que Díaz ya no pudo más y ensanchando sus pulmones con todo el aire que pudo aspirar, gritó con fuerza: *tanto hablar sin decir nada!... yo al menos, no entiendo jota de todo lo que se está diciendo.*

—*Pues es atrevimiento!* —exclamó a su vez Juanicó, con su voz atiplada y vigorosa—, *meterse a hablar de lo que no se entiende!,* provocando así la hilaridad en el salón de sesiones y estruendosos aplausos en la barra.

Otro diputado, don M. Diago, interrumpió también al doctor Velazco con motivo de igual discusión y como el expresado Diago, en cierto pasaje de su peroración le clasificase de *cómico...* —*Sí* —le replicó Velazco—, *cómico, pero... es que usted me gana en antigüedad... y la Cámara sabe que digo verdad.*

Y era, que el señor Diago, cuando hablaba, jamás se desprendía de una abusiva entonación enfática.

A don Francisco Ordeñana, un hombre distinguido, siempre bien puesto y acicalado a quien en alta voz, se le llamaba, señor Ordeñana y por lo bajo, *Marqués dos Tacos,* por usarlos entonces tan altos, como hoy los usan las señoras poco esbeltas y las que lo son también, le tocó iniciar otro gracioso incidente.

El respetable señor don Alejandro Chucarro, que actuaba en la Cámara de Senadores como el señor Ordeñana, no podía prescindir de cierto estribillo al fin de sus peroraciones

parlamentarias, como Ordeñana no podía prescindir de sus altos tacos.

El estribillo era el muy generalizado entonces de *así o asado,* equivalente a etc., etc.

En una de las sesiones, a las cuales yo concurría, el señor Ordeñana, que había soportado varias veces el *"así o asado"* del señor Chucarro, allá al quinto estribillo, no pudiendo resistir a la tentación seductora del *asado* y sin parar mientes en el *así,* dijo con apresuramiento y sonriente: el *asado,* señor senador... el *asado* es mejor... y esta vez, las risas superaron a las que se dejaron oír cuando Díaz, dijo que no entendía jota de lo que estaba en discusión.

Otra vez, allá por el año de 1892 o 93 en esta misma Cámara, siendo presidente ad-hoc un señor Rodríguez, éste, al dar cuenta de una resolución reciente, para que le sirviese de antecedente a don José Cándido Bustamante, empeñado en cierto debate, con el cual tenía relación, dijo: me permito prevenir a la Cámara, que el *Senado en sesión de tal fecha, ha resolvido...*

El *así o asado* del señor Chucarro, no le hizo más efecto a don Francisco Ordeñana, que el *resolvido* del presidente Rodríguez a don Cándido Bustamante, quien exclamó: resolvido!... ah! presidente rico!... dando esto por resultado, un parecido coro de risas al del *así o asado* del señor Chucarro.

En resumidas cuentas, concluir de este modo las sesiones parlamentarias, era menos sensible y desagradable que concluirlas como concluyeron los juris de que he hecho referencias en el Capítulo 1 y las sesiones de la actualidad, según referencias de las personas que concurren habitualmente a ellas.

V — EN LA UNIVERSIDAD

Y a propósito de bromas inocentes, recuerdo un pequeño diálogo, que no obstante su sencillez, vino en su fin a hacerse gracioso y elocuente. Se trataba de dos diputados y si aquel diálogo no tuvo lugar en las Cámaras, lo tuvo en el salón del Consejo Universitario, de que eran miembros y colegas los referidos abogados don Adolfo Pedralbes y don Alejandro Magariños Cervantes como lo eran del Consejo en su calidad de Catedráticos, si mal no recuerdo.

El doctor Magariños, al poco tiempo de llegar a Montevideo, después de su larga residencia en Madrid, se vio obligado como cualquier hijo de vecino, a adoptar el abrigo con especialidad en el invierno.

Los fríos cruentos del Guadarrama en Madrid y la escasez de su cabello, que todavía joven había empezado a perder con más rapidez que la conveniente y la serie de resfríos que le habían perseguido durante los inviernos y fuera de ellos también, le habían hecho cauto a tal extremo, que se hallaba cansado de leer casi todo lo que se ha escrito hasta la fecha sobre catarros, corizas, bronquitis, pulmonías, reumatismos y otras lacras humanas, de las cuales no quería ser víctima, o cuando menos, serlo las menos veces posibles.

No omitía pues, sacrificio alguno para precaverse de cualquier eventualidad y tanto, que cuando era senador, en las sesiones a que concurría, elegía el sitio más aparente de la sala de sesiones para evitar las corrientes de aire.

El hombre, empleaba una parte del tiempo útil de cada día, en defenderse del frío y principalmente, de las corrientes de aire, que ya le habían ocasionado fuertes constipados, cuya repetición incómoda, se proponía evitar según lo he dicho antes.

En una noche, precisamente muy fría, los legisladores de que me ocupo, en calidad de miembros del Consejo Universitario, concurrieron a la antigua sede de esta institución, para resolver una petición sobre exhoneración de exámenes en favor de varios estudiantes, que la habían solicitado.

Como dejo dicho, la noche era fría y ventosa, y la entrada de la antigua Universidad, sobre la calle Maciel, con frente al Sud, en días fríos, como aquél, hacía de tal entrada poco menos que un *Cabo de Hornos.*

El salón de sesiones, también estaba ubicado sobre la calle de Maciel y su puerta próxima a la de calle, de manera que, así se explica el peligro de aquella entrada que tanto temía el doctor Magariños y muchos sin ser él.

Al doctor Pedralbes, por su parte y a diferencia de su colega, no le importaba un bledo lo de la puerta de calle, ni le metían miedo los constipados ni corrientes de aire. Para ello, contaba con tan buena y tupida cabellera, pues con ella murió a los 94 o 95 años largos, después de haber vivido con su cabeza al abrigo de los peligros y veleidades del tiempo, que eran la pesadilla eterna de Magariños.

. . . .

El acto debía empezar a las ocho y media p. m. y al fin, la hora sonó.

Acababan de llegar el Rector, doctor don Plácido Ellauri, el doctor Arrascaeta y don Pe-

dro Giralt, catedrático de latín, y a una invitación del presidente, todos se dirigieron al salón desde el local de la biblioteca, que ocupaba la pieza situada al frente.

El presidente y secretario, entraron los primeros en el salón, siguiendo después el doctor Pedralbes y Magariños e inmediatamente después, el doctor Arrascaeta y don Pedro Giralt.

El pasaje de la biblioteca al salón, equivalía a atravesar el ancho zaguán de entrada y se hacía con presteza, por lo que he explicado en los párrafos anteriores.

De repente, se produce cierto entorpecimiento al salvar la puerta del salón: eran Pedralbes y Magariños, que se tomaron en cumplimientos sobre quién había de pasar primero; Pedralbes ofrecía la preferencia a Magariños y éste a Pedralbes, declinando ambos tanto honor, con un *gracias, pase usted.*

Entretanto, Arrascaeta y Giralt, recibían los chillones de la puerta de calle, por haber quedado atrás y otro tanto les pasaba a los mismos del diálogo, cuando en esto, se oyeron en medio de los cumplimientos, de un *pase usted,* y un *gracias* estas palabras: *no caramba!, dejame pasar, que esto va largo* (textual), que pronunció Magariños, dejando a Pedralbes a retaguardia, poniendo punto final a aquella situación y en aprietos a las personas que le acompañaban y que durante el acto, se vieron en la necesidad de hacer acopio de prudencia para no comprometerse.

Pedralbes al parecer algo cohibido, denunciaba el estado de su ánimo, después de la arremetida de Magariños y éste, un tanto contrariado miraba alternativamente a Pedralbes y a los demás colegas que componían la mesa.

SEXTETO CLÁSICO

LOS RIESGOS DE LA FORTUNA

LA ESPECULACION DE TIERRAS

EL GATO EN CAPILLA

Se hace la graciosa historieta de un negocio malogrado, y de un acuerdo eterno para dos buenos amigos.

I — Nos encontrábamos en un época de prosperidad, no sé si real o aparente, pero en la que la actividad y el entusiasmo por los negocios en general, y sobre todo en campos, preocupaba la atención y las actividades de los corredores y agentes que los iniciaban y propagaban en la Bolsa y otros centros, a donde afluían los especuladores, que compraban de primera mano, para vender más tarde, asegurando mayores ganancias.

Se hablaba en todos los centros de un negocio de campos ubicados en el departamento de..., con pastos y aguadas abundantes, y que podían obtenerse en condiciones ventajosas, y con sobras dentro de sus marcos y divisas, que con arreglo al Código Civil podían denunciarse y obtenerse su escrituración.

Esto, como se comprende, venía a constituir un nuevo aliciente para entrar en la especulación, de modo que, cada interesado dijo para su capote: campo fértil, a las puertas de Montevideo, con pastos y aguadas en abundancia y con dos leguas y media de sobras, no hay nada más de qué hablar, y al negocio... y el negocio se realizó adquiriéndose los campos por setenta y tantos mil pesos. Se emitieron acciones por doble cantidad, pues debiendo destinarse aquellos campos a la invernada de ganado flaco, contando para ello con las especiales condiciones que ofrecían, las utilidades serían numerosas y darían para todos.

Bastaron quince días de propaganda, para formar un ambiente de prestigio y una aureola color verde esperanza alrededor del negocio de los campos de... y después de esto, no se trató de otra cosa, que hacer balance de caja por cada uno de los tomadores de acciones, preparando los pesos que cada uno, según su fuerza y cálculos, se proponía emplear.

La demanda de acciones fue extraordinaria, excediendo de las esperanzas de los agentes, y jefes de propaganda, que trataban de explotar sus relaciones en pro del negocio, que creían excelente en todos conceptos.

Entre éstos, y en primera línea, figuraba don N. R., hombre inteligente, suspicaz y activísimo.

Era italiano de origen, pero adoptó esta tierra como su segunda patria, lo mismo que la he adoptado yo, aunque con la notable diferencia, de que aquel señor lo hizo desde edad temprana, no conservando ni vestigios del acento y entonaciones de su idioma natal.

En sus actividades, empleaba el tiempo en toda clase de negocios, ya fuesen judiciales o extrajudiciales, aceptando para ello poderes y comisiones por iguales, por un tanto o por mensualidades.

Era generoso y protector decidido de todo el mundo; hacía el bien posible a su prójimo, pero, con el mejor deseo del mundo, solía meter a sus amigos en negocios arriesgados, que él consideraba claros como la luz, y de ahí las víctimas que resultaban como consecuencia de sus optimismos, y de su carácter algo visionario, pero jamás de la cábala ni de ninguna pasión mezquina.

Don N. R. era, además, un hombre peligroso, pero entendámonos, peligroso por lo simpático e insinuante, y como antes he dicho, generoso, servidor oficioso, y tan diligente para servir, como otros para negar su concurso a las necesidades ajenas. Fue mi buen amigo, hasta su muerte, que sentí con verdadera pena, y no hay día que no tenga para él un recuerdo y una protesta de sincero afecto.

Entre los abogados era muy considerado y apreciado, y frecuentaba asiduamente los estudios de los doctores Antonio de las Carreras, Francisco Solano de Antuña, Ambrosio Velazco, J. Requena, Tristán Narvaja, José Ellauri, D. González, M. Berinduague y otros. Muy especialmente se le encontraba con el doctor Estrázulas, a quien le unía una íntima amistad, y era por ello el vocero de todas las relevantes condiciones de aquel distinguido jurisconsulto.

II — Por la prensa se habló, allá por el año de 1878, de la negociación en tierras de pastoreo, a que me he referido, y que, al parecer, ofrecía oportunidad propicia para una buena especulación.

Muchos individuos de negocios, tomaron cartas en el que se ofrecía bajo tan buenos auspicios, y es casi excusado decir, que don N. R., era *leader* principal que difundía por los centros de negocios las ventajas que ofrecían las tierras de..., tierras que valían poco a la sazón, pero que, por lo mismo, ofrecían mayores ganancias, gracias a las condiciones en que la mentada especulación iba a realizarse.

Entre los seducidos por el optimismo y la palabra elocuente de N. R. estaba don J. M., persona muy apreciable, a quien también conocí y traté por aquella época, y por muchos años después.

El giro a que se había dedicado, y de que hacía profesión, era completamente ajeno al negocio en que don N. R. le ofrecía villas y castillos, con las mismas seguridades que don Quijote de la Mancha ofreció ínsulas baratarias a su escudero Sancho Panza, pero las instancias del *leader* y el ejemplo de algunos amigos, que apechugaron tras el lucro que se les ofrecía destacado sobre un fondo color rosa, y con albores de verde esperanza, concluyeron por arrastrarle, y al fin, allá fueron los pesitos que había producido en un año su peluquería, ubicada al costado sur de la catedral, en el preciso lugar que hoy ocupa parte del nuevo edificio y sastrería Spera.

El hombre fue debidamente documentado, y el primero y segundo mes lo pasó leyendo lo que decía la prensa de la época sobre el negocio en perspectiva, y los comentarios y pronósticos auspiciosos de don N. R., quien al terminar sus peroraciones, acostumbraba a sacar de un tirón airoso el pañuelo de manos del bolsillo de su saco, y sonarse con estrépito, lo que hacía como compás de espera, para reanudar después con más vigor, si fuere posible, su interrumpida peroración.

III — Fueron pasando los meses, y las noticias y referencias sobre el asunto nada dejaron que desear, lamentándose más de una vez don J. M., de no haber entrado en la especulación con más capital.

A don N. R. no le sucedía otro tanto, porque él no hacía jamás negocios de ninguna clase a título propio: los hacía para sus clientes y amigos, de manera que nada arriesgaba en ellos, ni aun su comisión, porque ésta se cobraba con la anticipación de costumbre.

Un buen día, en medio de la más auspiciosa marcha del asunto y de las congratulaciones que se prodigaban recíprocamente todos los interesados en él, llegó a sus oídos un rumor alarmante, que no dejó de preocuparle y de impedir que más de uno almorzase tranquilo; pero gracias a la elocuencia de don N. R. que de buena fe creía excelente el negocio, la confianza, aunque a medias, fue restablecida entre los alarmados especuladores, conviniendo en que era prematuro formar malos juicios por referencias aisladas, y que, por otra parte, estaban en contradicción con los datos que tenía el directorio de la sociedad.

Así pasaron muchos días, y aun cuando nadie podía hacerse superior a cierta ansiedad por estar al corriente de lo que realmente ocurría, poco a poco, fue volviendo la tranquilidad a los ánimos.

Sin embargo, esto debía durar apenas un mes, porque, en agosto de 1879, vinieron a ver claro, demasiado claro, y a convencerse, muy a su pesar, de que habían tirado a la calle la mitad de su dinero.

Entretanto empezaron a correr los días, los meses y los años, hasta que llegó el de 1882,

sin que nadie hubiese podido saber qué se había hecho de sus pesos, ni qué representaban, los campos para ellos al presente, ni qué podrían representar para el futuro.

Gestiones por aquí, gestiones por allá, ruegos, amonestaciones, amenazas, gritos y hasta palos a diestra y siniestra, entre algunos del directorio y las víctimas, todo, todo fue inútil y hasta los más sensibles a la desgracia y los menos resignados, tuvieron *velis nolis* que someterse a la realidad, renunciando al infinito del verbo recuperar.

Las quejas, las críticas, los cargos e inculpaciones, fueron aminorando, y después de tan tempestuosa y amenazante situación al fin empezó ésta a serenarse, hablándose del asunto como se habla de un caso perdido, sin otro consuelo que el de hacer propósito firme de no ser ni pasar por tonto otra vez, pues tratándose de un negocio desgraciado por la falta de experiencia, no había ni a quien hacer responsable del desastre.

IV — Como generalmente sucede, al cabo de quince días, nadie se ocupaba ya del negoción famoso, que tantos dolores de cabeza había causado a muchos; pero la presencia del iniciador y propagandista don N. R., siempre provocaba sus cargos y recriminaciones, bien que en tono de broma, y que al fin como todas las cosas, pasó de moda, y nadie se ocupó ya de este señor, con motivo del desgraciado negocio.

Sin embargo, para don J. M. era de Dios que había que llegar hasta morirse sin olvidar el clavo que se había llevado, y aunque obró con deliberada voluntad, sin coacción, y menos ejercida por su amigo y corredor intermediario, el hecho es, que no lo encontraba una vez sin referirse a sus perdidos cominos.

Iba por la calle solo o acompañado, y era ver a don N. R., que se dirigía por la misma acera en dirección opuesta a la que él llevaba, cuando faltando cinco pasos, antes de pasar por su lado, le decía sonriente, en genovés y en tono zumbón: *"Il giorno ch'io veda il resultato de quel affare, io mi manggio un gatto con pelle e tutto"*, y pasaba de largo; don N. R., a su vez, apretaba el paso, sonriente también, y muchas veces contestando con alguna chuscada, imprimía a su marcha una velocidad mayor que la de costumbre.

Pero es el caso, que don J. M., no perdonaba a su viejo amigo, ni aun cuando se encontraban y se veían de una acera a otra pues, en tal caso, antes de enfrentarse, para que R. pudiese distinguir bien sus signos, se cuadraba de frente, hacía una pantomima graciosísima, simulando comerse algo con cierta dificultad, concluyendo por llevarse la mano derecha al cuello.

Como dejo dicho, y repetiré ahora, don N. R. apuraba el paso riendo y saludando a la vez con la mano con su pañuelo de colores y no tardaba en desaparecer por una de las calles que cruzaban la dirección que él seguía.

V — El estimado don J. M. murió después de pasados algunos años, sin haber logrado reunirse con sus economías perdidas en el malhadado negocio de los campos, lo que quiere decir, que no llegó la oportunidad de cumplirse la promesa condicional, tantas veces hecha a don N. R., en su tránsito por las calles de Montevideo.

CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

MARCELINO DIAZ Y GARCIA O LUZ ES LO QUE SOBRA O LOS COLAZOS DEL 90

¡BUENAS NOCHES, SEÑOR CRESO!

De cómo al consultar el arte de hacer fortuna, se olvidó él de conservarla.

I — EL NOTARIO MANCHEGO

En medio del mundo vulgar y prosaico de la especulación en que los hombres toman más o menos participación y empeño, surgen de entre estos últimos y asaltan a mi mente algunos que, en condiciones poco ventajosas y por su solo esfuerzo, se distinguen y se han distinguido por la constancia y tendencias progresistas, consultando así la propia conveniencia, es cierto, pero a la vez, el bien general para el presente, y para el porvenir.

¿Hemos tenido, acaso, la felicidad de contar entre nosotros con algunos de estos hombres meritorios, cuyo nombre sea justo y digno de recordar?

No ha de faltar quién me conteste, pero aunque no lo hubiese, yo solo con mis recuerdos, puedo contestar... y contesto afirmativamente, como me vienen a mi memoria los nombres de Zenón Rodríguez, iniciador incansable de los estudios y construcción de nuestra

primera línea férrea a Las Piedras, allá por los años de 1866 a 1868, y que más tarde y al correr del tiempo, se prolongó hasta Santa Rosa del Cuareim, Rivera y Cerro Largo, en los confines norte y nordeste con el Brasil; de don Francisco Vidiella, a quien se deben las primeras iniciativas en la viticultura que constituye a esta fecha un ramo importante en la industria nacional; de don Francisco Piria, cuya vigorosa acción y constancia, no desmentida hasta hoy, le ha elevado a la categoría merecida de un obrero del progreso urbano y rural, como lo atestiguan su acción desenvuelta en Montevideo y en sus dominios de Piriápolis; de don Francisco Lanza, uno de los elementos más caracterizados de los círculos industriales y comerciales de la república y que ofrece lugar elegido para exhibir su personalidad asociada a empresas de evidente progreso y utilidad para el país.

Cuando tanto se ha demolido en él a causa de los odios partidarios primero, y después con celos y ambiciones mal disfrazadas y con el empirismo de tanta innovación en la política y en las costumbres, siempre constituye una grata satisfacción el recuerdo de la actuación útil y honrosa de hombres diligentes y progresistas que ostentan títulos saneados para merecer la consideración y gratitud públicas.

En "El Siglo" del 18 de noviembre último, aparecieron el nombre del señor Lanza y el del señor Piria en la lista de candidatos para la próxima elección de diputados, con aplauso de las personas que han sido testigos de la actuación fecunda de estos dos distinguidos uruguayos, no por títulos de abolengo, que no hay sino heredarlos, y que no siempre se honran; por el esfuerzo propio, la inteligencia y el tesón, que son títulos muy superiores.

Y, hay que recordarlos en su honor y en el del país, como deben recordarse en este lugar los de don Enrique Finn, uruguayo también, con figuración ventajosa en Montevideo, en 1860 y años siguientes, y más tarde y hasta ahora, en Buenos Aires, al frente de la Granja Blanca y de sus valiosos establecimientos de campo.

A la fecha se encuentra en Estados Unidos por negocios relacionados con tan importantes empresas de que fue empeñoso iniciador y representante a la vez, siendo de advertir que se trata de un anciano que cuenta aproximadamente 85 años, y viaja solo, por iniciativa propia, con "mens sana in corpore sano".

Aparte de que aquí, en su país, lleva asociado su nombre, como es de notoriedad, a obras de tanta importancia como el Tranvía y Ferrocarril del Norte, Tranvía del Este, las Aguas Corrientes, la Compañía de Salubridad y, finalmente, la fundación de Villa Colón, cuya iglesia y colegio donó a los Padres Salesianos.

Debe recordarse también el del malogrado iniciador de las Empresas Telefónicas y Luz Eléctrica, y la figuración en otras, de más o menos importancia en el Uruguay, de los señores Cat, actual administrador del Tranvía "La Comercial", como lo fue del Ferrocarril Central del Uruguay, al frente de los cuales ha de figurar por sus aptitudes y su actividad personal; don Ramón Álvarez, fundador de los pueblos de La Paz, de 25 de Agosto e Isla Mala y de la explotación de la piedra, granito rosado, que tan eficaz aplicación ha tenido en muchos de nuestros edificios públicos y privados, las plazas, aceras y calles públicas de Montevideo y Buenos Aires.

Don Marcelino Díaz y García, por ejemplo, que aunque extranjero asoció su nombre a iniciativas que, humildes en su origen por los escasos elementos con que este hombre progresista contaba, no tardaron en crecer, llegando a constituir empresas de gran importancia por los servicios que hasta hoy prestan y el valor real que representan desde hace 30 años.

No voy a referirme a época demasiado remota. Nada más, retrocederé hacia el pasado, que exceda de los últimos meses del siglo XIX y primeros del presente, para llenar el programa que me impone el sencillo episodio que sirve de tema a este capítulo.

Don Marcelino Díaz y García era español... Manchego, notario distinguido y práctico; conocedor de los códigos, pragmáticas y leyes sueltas de la madre patria, que rigieron entre nosotros hasta que nos dimos legislación propia.

El señor Díaz no era, pues, un escribano improvisado y de limitados conocimientos y apenas indispensables para el desempeño de su oficio; era un profesional de consejo, cuya autorizada opinión merecía tenerse en cuenta.

Mantuvo desde su llegada a este país relaciones profesionales y de mutuo afecto con personas respetables de nuestra sociedad y del alto comercio, las que fueron estrechándose como las estrechó, con nuestro conocido doctor X, quien no tardó en tenerlo en alta y merecida estima y consideración, no sólo por su competencia profesional, sino por su honorabilidad perfecta y sus relevantes prendas de carácter.

Asiduo y diligente, pocas horas destinaba

al ocio, fuera de las tareas diarias, propias de su profesión. Cada día destinaba sus actividades a ocupaciones útiles, las que sabía acentuar y desarrollar de tal manera, que en los simples principios de su iniciación, ya tomaban forma práctica, y él mismo no podía sustraerse a la tendencia de hacer de estos ensayos un estudio completo que sirviese a alguna empresa de legítima y provechosa especulación.

De levita, sombrero de copa y gafas permanentes, sin bastón, pero sin que le faltase un expediente o un plano arrollado debajo del brazo, transpirando en el verano y sin frío en el invierno, se le veía cruzar las calles de Montevideo, siempre preocupado y distraído al extremo de no retribuir muchas veces los saludos que se le dirigían, y siempre con algún proyecto o empresa entre manos.

II — EL TELÉFONO Y LA LUZ ELÉCTRICA

Y así era, en efecto; en 1887, ya teníamos a don Marcelino con el propósito de fundar la compañía telefónica titulada más tarde y hasta la fecha "La Uruguaya", teniendo su sede en el mismo lugar que hoy la tiene.

Constituida la compañía definitivamente, el señor Díaz y García, en los últimos tiempos, vino a jugar un papel menos activo en esta empresa, a causa de los contratos que con ella celebró, como concesionario y preocupado ya de los trabajos preliminares que requería la realización del nuevo pensamiento que le asaltara.

Pensó en dotar a los particulares del servicio de la luz eléctrica y no tardó en conseguirlo, para concluir al fin, según es de notoriedad, por hacer extensivo aquel servicio al alumbrado de los establecimientos públicos y de comercio, calles, plazas y parques de la ciudad y sus alrededores.

Todos tuvimos ocasión de observar de cerca y durante una buena serie de años, la batalla diaria y pertinaz que librara aquel empeñoso obrero del progreso, a pesar de encontrarse todavía al frente de su Escribanía atendiéndola con bastante regularidad y repartirse metódicamente, para poder imprimir la mayor actividad posible a la instalación de la nueva empresa.

Al fin ésta tuvo el éxito merecido, porque su tenacidad y su fe vencieron todas las dificultades con que tropezó en el escabroso camino que se había trazado. Después de algunos años de inaugurada la hermosa Usina del Arroyo Seco, y mediante convenio solemne que celebró con el Estado, a cuyo dominio pasó la empresa, sólo quedó para el progresista manchego, la satisfacción de haber sido el feliz iniciador y diligente ejecutante de una mejora que vino a dotar a nuestra ciudad y más tarde a varias del interior de la república, de servicio tan importante como el de la luz eléctrica.

III — DON EMILIO REUS

Satán en persona, no habría producido en Montevideo la revolución que en todas las clases sociales produjo la presencia de don Emilio Reus.

Tales fueron sus actos y las resonantes consecuencias que ellos tuvieron en los preliminares de su actuación, que inadvertidamente dejaba uno conducir sus pensamientos hacia el financista travieso, ingenioso y sutil que supo explotar en su provecho y en el de los que nada tenían, los dineros y la tranquilidad de los que teniendo quisieran tener más, seducidos por la verba y las fantasías y artimañas de Reus.

Mientras no se le vieron "las patas a la sota", todo fue bien, porque de los que se aventuraron a jugar la suerte no hubo uno que no soñase con ella halagado por la esperanza del lucro, aunque fuese con la ruina ajena.

Comprendían bien, que en este juego o aventura peligrosa, al contar de buena o mala fe, y de antemano con la suerte, no importa otra cosa, que contar con una pérdida equivalente de su prójimo, porque es preciso en los juegos de azar, que uno se quede en la calle para que otro se enriquezca en pocas horas.

No faltaron en Montevideo admiradores entusiastas de don Emilio y éste, a quien no le faltaba elocuencia, supo hacerse oír en todas partes con grata complacencia y hacerse llenar los bolsillos con billetes de Banco.

Era hombre entendido en finanzas y en ardides, cosas que no se excluyen, sino que por el contrario, armonizan y puedo afirmar, que antes del primer mes de su residencia en Montevideo, el hombre era ya dueño de vidas y haciendas.

Don Emilio, haciendo el papel del diablo, logró demostrar para muchos, que no se hacía rico en tierras nuevas, como la nuestra, sino aquel que no quería serlo; que era preciso aventurar algo para asegurar el bien futuro, y que esto se conseguía, no dejando estacionaria

la propiedad, que representando como representaba una suma de dinero, debía dársele movilidad, y que, por último, resignarse cobardemente a vivir de la renta que ella pudiera producir, era sólo propio de poltrones o malandrines que no saben contar ni aprovecharse sino del presente y a quienes la molicie les ha llevado casi a los extremos vergonzosos del abandono y de la inercia.

Estaba en todas partes, como parece que debe estarlo Mefistófeles, con el propósito de perder las almas de los que fíen en él.

Estaba en la Bolsa, en las carreras, en los teatros, en el Prado, y hasta no perdonó el "Barrio de la Humedad", ubicado al extremo norte de la calle Justicia, y próximo a la Avenida General Flores, o sea antiguo Camino Goes.

En ese barrio existen hoy en pie las obras que en aquel entonces se efectuaron como operación feliz, llevan el nombre del aventurero español, y jamás han producido a sus dueños y administradores otra cosa que dolores de cabeza y muy poca plata.

Escaso tiempo pasó desde las primeras evoluciones de Reus en la Bolsa, sin que se hiciese esperar cierta entonación y movimiento inusitado en las operaciones, sonando desde luego la especie de la fundación de la titulada Compañía de Crédito y Obras Públicas, que un año después se le llamaba de "Descrédito y Obras Públicas".

De todo lo cual se deduce, que los entusiasmos y espejismos despertados por Reus, habían empezado a enturbiarse, haciendo palpable la realidad de las cosas, que al fin se exhibió en medio de una claridad tan deslumbrante, que sólo los ciegos podían abrigar esperanzas de recuperar, después de locas aventuras, lo que habían adquirido a título de economía o de herencia, y es el caso de advertir que algunos perdieron "el modo de andar" y hasta el hábito de almorzar, comer y dormir tranquilos.

IV — LA RUINA

Una de estas víctimas, fue el apreciable don Marcelino Díaz y García, quien, habiendo ganado más de trescientos mil pesos en dos operaciones, durante las primeras evoluciones especulativas del señor Reus, concluyó por perderlos en las últimas, que dieron en tierra con su ídolo y con la fortuna particular con que contaba, cuando éste sentó sus plantas en Montevideo.

Notificado el doctor X, de quien era muy amigo el señor Díaz, según he manifestado antes, de que este último había sido favorecido por la suerte, y temeroso de que pudiera comprometerse en ulteriores operaciones, se le ocurrió hacerle una visita.

Para ello, se dirigió a su casa de la calle Convención, siendo más o menos las 8 y 1/2 de la noche, y un cuarto de hora después, era introducido al comedor en donde don Marcelino tomaba el café de sobremesa, con su señora y el joven Tulio, su sobrino político.

Al pisar el umbral de la puerta de entrada, el beneficiado recibió un saludo de primera intención, en estas breves y alusivas palabras:

—Muy buenas noches, señor Creso!

Este saludo, fue acompañado de un apretón de manos y manifestaciones efusivas de parte del doctor X, por el grato acontecimiento, y con mayor motivo, cuando por la expresión del semblante del amigo y el de su señora, aquél comprendió que había llegado a tiempo para conferenciar con él e inducirle a que se abstuviera de comprometerse con Reus en nuevas operaciones.

Don Marcelino, lleno de confianza en las futuras y extremas operaciones de Reus, le obligó a insistir en su consejo, hasta que comprendió, que su buen amigo, más por consecuencia caballeresca al aventurero financista, que por cálculo o ambición abrigaba el propósito de acompañarle hasta el último esfuerzo que requería la situación ya bamboleante de la Compañía o Sociedad de Crédito y Obras Públicas.

El doctor X no creyó deber insistir, y se pasó a hablar de otras cosas, aunque las miradas de la señora le expresaron toda la angustia que le producía la actitud de su marido, presintiendo como presentía el doctor X en aquel momento, que Díaz iba derecho a la ruina.

Tal vez, ni aquélla, ni el doctor X creían que pudiesen llegar las cosas a tal extremo pero la contrariedad por que uno y otro pasaban, no podían disimularla, sobre todo, cuando pronto se incorporó don Marcelino diciendo con amable entonación:

—Doctor: espero que me disculpará, pero debo salir, para estar a las 8 1/2 en una reunión de tenedores de acciones de la compañía y no tengo más remedio que dejarlo...

—No se preocupe —contestó el doctor—, porque yo, a mi vez, voy al teatro y a igual hora debo estar en Solís...

—En tal caso —se apresuró a decir el se-

nor Díaz—, vamos a seguir igual camino, y una vez que yo baje en la calle 18 esquina Río Negro, mi carruaje seguirá con usted hasta el teatro...

Media hora después, se realizaba esto último, y minutos antes, quedaba don Marcelino en casa de Reus, casa que respondía a la primera dirección que tomó el carruaje cuando salió del domicilio del bueno y simpático manchego.

V — EL FOGONAZO

Desgraciadamente se realizó aquella noche el presentimiento de la distinguida y muy apreciable señora de Díaz y también el del doctor X porque, no sólo perdió Díaz lo que había ganado, sino que perdió lo que había economizado durante muchos años, antes de la aparición del diablo Reus.

Las acciones de la compañía sufrieron una baja alarmante que aumentó el pánico de sus tenedores. Desde ese momento, no se preocuparon sino de deshacerse de aquéllas, arrostrando toda clase de sacrificios con tal de salvar algo de lo que habían comprometido y en cualquiera de los sentidos en que se iniciaron las operaciones del nigromántico de moda.

Había pasado un mes, más o menos, desde el derrumbe de Reus y con él, de todas las combinaciones en los negocios a papeles y en obras como las comenzadas y no terminadas, en el Barrio de la Humedad, cuando el doctor X creyó de su deber visitar a su buen amigo don Marcelino y ofrecérsele en algo que pudiera resultarle útil.

Una noche, pues, se presentó en el domicilio que aquél habitaba desde hacía pocos días, sito en la calle del Yí, casa entonces del coronel Beltrán.

El señor Díaz, que tenía alma tan grande como valor de sobra para hacerse superior a la adversidad, lo recibió afectuosamente, y después de animado coloquio entre él, Díaz y su señora y en el que no se dijo una sola palabra sobre el desastre de que había sido víctima, el doctor fue invitado a pasar a la antesala, en donde iba a servirse el café.

La habitación resultaba alumbrada apenas por un débil foco de luz proveniente de la sala, e invitado a entrar, al poner el pie en el escalón que necesitaban salvar para hacerlo, un "fogonazo", un inmenso foco de luz deslumbró al doctor, obligándole a retroceder, exclamando sorprendido:

—¿Qué significa esto?

—Esto significa —contestó Díaz con ironía y riendo a la vez—, esto significa, que si me he quedado pobre como Amán, cuando menos cuento con 150 focos de luz para alumbrarme y alumbrar a mis amigos!

Y al terminar estas palabras, observando la sorpresa que ellas le produjeron al doctor X, concluyó con una prolongada carcajada que resonó en los ámbitos del ancho y prolongado zaguán de la hermosa casa del coronel Beltrán.

....

Sólo me falta decir que don Marcelino Díaz y García, cuando se disolvió la sociedad que inició el establecimiento de la luz eléctrica en Montevideo, para pasar al Estado, había reservado para él, el uso o usufructo de 150 lámparas de luz eléctrica con la intensidad de veinticinco bujías cada una.

RESONANCIAS DEL PASADO

PUBLICADOS

No. 1 (Mayo 1967)

RODÓ

(por Roberto Ibáñez, Arturo Ardao, Carlos Real de Azúa, Eugenio Petit Muñoz y Leopoldo Zea)

No. 2 (Junio 1967)

VIETNAM

(por Bertrand Russell, Jean-Paul Sartre, Ralph Schoenman y otros)

No. 3 (Julio 1967)

CUBA

(por Che Guevara, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Francisco Urondo, Régis Debray, Manuel Maldonado Denis, Philip W. Bonsal, Henri Edme, Ernest Mandel y Charles Bettelheim)

No. 4 (Agosto 1967)

URUGUAY, LAS RAÍCES DE LA INDEPENDENCIA

(por Ariosto González, Guillermo Vázquez Franco, Washington Reyes Abadie, Oscar H. Bruschera, Tabaré Melogno, Roque Faraone, Martha Campos de Garabelli, Agustín Beraza y Arturo Ardao)

No. 5 (Setiembre 1967)

GUERRA Y REVOLUCIÓN EN LA CUENCA DEL PLATA

(por Carlos Real de Azúa, Alfredo R. Castellanos, Juan Antonio Oddone, Pablo Montero Zorrilla y Hugo Licandro)

No. 6 (Octubre 1967)

EL GAUCHO Y LA LITERATURA GAUCHESCA

(por Darcy Ribeiro, Ricardo Rodríguez Molas, Lauro Ayestarán, Ángel Rama y Daniel Vidart)

No. 7 (Noviembre 1967)

CHE GUEVARA, EL TEÓRICO Y EL COMBATIENTE

(Una antología de sus escritos y discursos)

No. 8 (Diciembre 1967)

IGLESIA HOY

Mater et Magistra — Pacem in Terris — Gaudium et Spes — Populorum Progressio — Carta Pastoral de Adviento.
(Prólogo: Héctor Borrat. Epílogo: Juan Luis Segundo, S. J.)

Nº 9 (Enero 1968)

DE CAMILO TORRES A HÉLDER CÂMARA

(La Iglesia en América Latina)

Nº 10 (Febrero 1968)

LA TIERRA PURPÚREA

(por Guillermo Hudson)